José Gómez Muñoz

72 LEYENDAS-III

ALHAMBRA, RÍO DARRO, ALBAICÍN



72 Relatos breves de la Alhambra, río Darro y Albaicín, Granada, seleccionados de entre 580, de mi libro inédito:

© DESDE LA ALHAMBRA,
VENTANAS A LA ETERNIDAD

romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
ISBN 978-1-312-05634-3
Primera edición - -2014
Granada, 2010-2014

No es bueno obligar a las personas a que hagan cosas en contra de su voluntad.

Índice del tomo leyendas - III 72 relatos

Claves de los temas en estos relatos

1- Alhambra, jardines y la colina en general.	Aj
2- Río Darro, sus paisajes y recorrido.	Rd
3- Barrio del Albaicín.	Ba
4- Barrio del Realejo.	Br
5- Granada y ciudad en general.	Gc
6- Paisajes en torno a la Alhambra y Granada.	Pa

Índice del tomo leyendas -II 65 relatos

Índice del tomo Leyendas -I 70 relatos

Noche de luna clara //Pa



En su sueño, el joven se vio por el río Darro, al otro lado de la colina del Generalife y algo más abajo de Jesús del Valle. Dos ríos se juntaban por este espacio y el del centro, el que parecía principal, bajaba lleno de aguas claras y serenas. Se vio subiendo por una de las sendas, cruzó la corriente del río más ancho y luego atravesó el valle. Por donde el río principal ofrecía un pequeño vado, cruzó también este valle y buscó la sendilla que subía a lo más alto del montículo.

Estaba oscureciendo pero no sentía miedo. Quería llegar a los más alto del monte para desde ahí, es más fantástico mirador que hay sobre el río Darro, colina de Generalife y torres y murallas de la Alhambra, observar este espectáculo. Iba solo y no temía que la noche se le echara encima. Pero aligeró sus pasos y, cuando oscurecía, llegaba a los más altos del montículo. Durante un rato estuvo buscando el sitio desde donde dominar más panorama hacia toda la cuenca del río, colina de la Alhambra y Vega al fondo de Granada. Cuando la luna asomaba por lo más alto de Sierra Nevada, encontró el punto exacto en el fantástico mirador en lo más elevado de cerrillo. Se dijo: “Aquí me voy a quedar toda la noche para gozar de estos rincones y iluminados

por la luz de la luna. Y si tengo suerte, porque el cielo lo quiera, a lo mejor encuentro y veo lo que estoy buscando”.

Era final de primavera, no hacía frío ninguno y sí el airecillo que subida del río, pasaba cargado de aromas a flores de naranjos, jazmines y glicinias. Y estaba él sentado casi al borde del mirador natural en lo más alto del cerrillo, cuando sintió algunos ruidos. Miró para su derecha, un poco al lado del gran valle en el río principal y los vio. Primero como un rebaño de cabras que, iluminado por la luz de la luna parecían figuras de viento y por eso casi transparente. Avanzaron los animales hacia el otro lado del río chico y enseguida vio la figura de un gran caballo. También transparente y como alejándose hacia el Generalife. Miró para las aguas del río y como manando del viento al tiempo que se fundía con las aguas azules verdes, vio la figura de una joven. Llevaba en sus brazos a un niño que acariciaba dulcemente y decía:

- Voy al encuentro del hombre que sueño para que me dé su mano y me salve. Tú acurrúcate en mí y no tengas miedo.

Quiso bajar del cerrillo y salirle al paso para ayudarle porque creía que lo necesitaba pero en ese momento despertó. Durante unos segundos continuó en la cama recordando el sueño y luego se levantó. Caminó por las calles del barrio y cuando se encontró con el anciano sabio, le contó el sueño que acababa de tener. Y el sabio, después de escucharlo le dijo:

- Lo que has soñado es cierto aunque por aquí nunca lo haya visto nadie.

- Pero mis amigos siempre dicen que los sueños son fantasías irracionales.

- Los sueños siempre son pequeños adelantos de un mundo nuevo que por ahora desconocemos pero que existe realmente. Un día, todos los humanos y desde todos los tiempos, nos encontraremos vivos y caminando por estos fantásticos mundos de los sueños. La Alhambra, Sierra Nevada como coronando, la luz que sobre Granada cada día se derrama, las aguas de este río Darro y el azul de los cielos que por aquí muchos días vemos, son pequeños reflejos de este mundo de sueños que te digo.

La pirámide de oro //Ba



Hoy el mundo no necesita de profetas ni de poderosos ni de personas con dinero, de lo que el mundo está falto hoy es de personas sabias, libres y creativas.

I- Los dos eran muy amigos. Decían en el barrio que los niños más amigos que en aquellos tiempos había en Granada. Él tendría unos doce años y ella nueve y medio. Y a los dos, lo que más le gustaba era juntarse y organizar algunas aventuras por las partes altas del barrio del Albaicín. Por los barrancos y colina que hay frente al Generalife y el Cerro del Sol. Nadie se lo había dicho pero ellos, decían que soñaban con frecuencia, con un tesoro original en las laderas y barrancos de esta colina.

Y aquella mañana de primavera, cuando el padre del joven se fue con el ganado a las montañas de la derecha, su amiga se presentó y le dijo:
- Me gustaría ir hoy al barranco donde el otro día encontramos las puntas de cuarzo.
- ¿Y eso?
- Porque tengo la intuición de que ahí vamos a encontrar algo muy original.
- ¿En qué estás pesando?
- Tendremos que ir y buscarlo para que lo veas y sepas lo que es.
- Pues vamos ahora mismo.
Y al instante salieron de su casa, pasaron por las ruinas de algunos edificios, cruzaron por entre unas higueras en los huertos y subieron por el barranco. Antes de llegar al final, se pararon en una pequeña torrentera y a la derecha de un arroyuelo. Con un trozo corto de hierro y algo aplastado, se pusieron a remover la tierra, con la intención de encontrar puntas de cuarzo.

Y no llevaban diez minutos escarbando cuando, ante sus ojos, apareció un bonito trozo de cuarzo, en forma de punta, transparente por completo y con un tono azul violeta. Enseguida lo cogió ella, le quitó la tierra con sus dedos y comentó:
- Es el más bonito que hasta ahora hemos encontrado.
- Pues aquí hay otro un poco más pequeño.
Dijo de pronto el muchacho. Y fue a coger la transparente punta cuando, al remover la tierra para descubrirla totalmente cuando, ante sus ojos apareció lo que parecía una pirámide con una forma muy original. Dijo el joven a su amiga:
- Brilla como si fuera oro puro y está formada por láminas delgadas que se apilan dando lugar a una pirámide del tamaño de mi mano.
- Es maravillosa, cógela con cuidado no vaya a deshacerse.

Y el joven, con delicadeza y lentamente, cogió la piedra reluciente y enseguida se dio cuenta que las delgadas láminas, se separaban una de la otra. La de la base, la más grande, fue la primera en romperse y en ese momento, al quedar por completo expuesta al sol, la delgada lámina brilló con gran intensidad y mostrando el color de un ascua incandescente.
- Es oro puro.
Comentó la niña.
- Procura que no se rompan las placas y guárdala en el bolsillo junto al pecho para que nadie vea y nos quite esta joya tan bonita y valiosa.
Y fue el joven a guardarse el pequeño tesoro cuando, la voz de un hombre a solo unos metros de ellos, resonó potente diciendo:
- ¿Qué, buscando tesoros en las tierras que no son vuestras?

Rápido el muchacho escondió la piedra entre sus ropas y sin decir nada al hombre, bajaron de la torrentera, buscaron un caminillo y corrieron hacia los huertos y casas del barrio. Detrás de ellos corrió el hombre, guarda de las tierras y les decía:
- Os cogeré por mucho que corráis porque no tenéis dónde esconderos.
Desde las higueras de los huertos, los niños subieron a toda prisa por los caminillos y al llegar a las ruinas de algunas de las casas del barrio, intentaron esconderse por entre las paredes. Pero al saltar un trozo de pared caída, ante ellos apareció la figura de otro hombre que conocían muy bien. Se pararon frente a él y jadeantes le dijeron:
- Nos persigue el guarda de las montañas y nosotros no hemos robado ni hecho nada.
- No tengáis miedo porque yo os defenderé de él. Venid por aquí y me decís por qué os persigue ese guardia antipático de las montañas.

Siguieron los niños al hombre que se ofrecía salvarlos y entre las paredes que formaban como un patio pequeño, se pararon. Se volvió el hombre para ellos y les dijo:
- Para defenderos con todas las garantías tenéis que confesarme lo que realmente ha pasado.
La niña temblando de miedo y el joven con su pirámide de oro escondida entre la ropa del pecho, reflexionaron unos segundos y luego el joven dijo:
- Te lo podemos contar todo y con detalle pero antes, déjame que durante unos

minutos, medite a solas algunas cosas. Tengo que pensar bien lo que vamos a decirte para que nos defiendas con todas las garantías.
- Pues escóndete detrás de aquellas paredes mientras tu amiga se queda conmigo para entretener al guardián si llega. Yo te protegeré de este hombre y lo mismo haré con esta niña.

Sin pararse más a pensar las cosas, el joven se fue hacia el lado de las paredes rotas, se ocultó tras ellas y en esos momentos, al mirar para la Alhambra, imaginó dentro de los palacios, a los príncipes y princesas. Se dijo: “Si escondo por aquí el oro que tengo conmigo y el guarda nos quiere quitar, luego podré venir a recogerlo y disfrutaremos de su valor construyendo castillos tan grandes y más hermosos que aquellos”. Y sin más, a toda prisa, sacó de su pecho la pequeña pirámide de oro, la escondió entre unas piedras cerca de las zarzas y enseguida regresó a presencia del hombre que se había ofrecido para salvarlos. En cuanto estuvo de nuevo frente le dijo:
- Ya tengo claro cómo contarte las cosas para que nos puedas defender del que nos persigue.
El que los perseguía, ya había atravesado el bosque de las higueras y por los caminillos se acercaba a las ruinas donde los niños se habían escondido. El hombre que se prestaba a defenderlos dijo al joven:
- Pues venga dime ¿Por qué razón os persigue el guarda de las montañas?
- Él sabe que nosotros buscamos tesoros por los barrancos y laderas de esos lugares y como esta mañana nos ha visto ahí, quizá piense que hemos encontrado algo valioso y quiere quitárnoslo.
- ¿Y habéis encontrado alguno de sus tesoros?
- Es lo que a nosotros nos hubiera gustado. Pero solo hemos removido un poco de tierra.
- Pues entonces, no tengáis miedo alguno que yo sabré qué decirle a este guarda malo.

Llegó el guarda a ellos en esos momentos y antes de que dijera nada, el que se había prestado para salvar a los niños, le advirtió:
- Tranquilo y ni grites ni te sofoques que estos amigos míos no te han hecho nada.
- Con mis propios ojos he visto que han encontrado un tesoro en las tierras que pertenecen a mi amo. Quiero que ahora mismo me entreguen ese tesoro porque no es como si me lo hubieran robado.
Y muy valiente y seguro de sí, el hombre que defendía a los niños se enfrentó al guarda diciendo:
- ¿De qué tesoro estás hablando? Míralos bien y verás como ellos no tienen nada en sus manos ni guardado en los bolsillos de sus ropas. Y te digo una cosa: desde hace mucho tiempo yo conozco a estos dos niños y por eso sé que son buenos y mis mejores amigos. Así que te pido que los dejes en paz y no los asuste más ni les haga daño.
- Pero el dueño de las tierras de esa colina, dejará de confiar en mí y me despedirá si yo no hago bien mi trabajo y dejo que estos niños y otros, entre por ahí como si fueran sus campos.
- Ese no es problema de estos jóvenes. Así que déjanos en paz y aléjate de aquí.

Bastante enfadado, el guarda agachó su cabeza, miró de reojo a los niños, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia las aguas del río. Antes de alejarse mucho, volvió su cabeza para los niños y les dijo:
- Os cogeré y os quitaré el tesoro el día menos pensado.
Y el hombre que los defendía de nuevo advirtió al guarda:
- Pues cuídate mucho de hacerle daño alguno que ya sabes que son como mis pequeños hermanos.
Siguió caminando el guarda mientras ellos tres, desde las ruinas de las casas, lo observaban en silencio.

II- Por donde el padre del joven de la pirámide guardaba el rebaño de cabras, había parajes muy hermosos. Una alta montaña cubierta de monte y muchos árboles hasta la misma cumbre, un arroyo bastante grande por el que corrían aguas muy claras a lo largo de todo el año, un copioso manantial en las partes bajas de la montaña y una muy buena extensión de terreno donde crecían encinas centenarias que daban abundantes bellotas en otoño. Y era en el lado de abajo de estos bosques de encinas donde, sobre un cerrillo y tiempos atrás, habían construido un bonito edificio. En todo lo alto de este montículo donde también construyeron una gran alberca que llenaban de agua con una acequia que venía desde el arroyo. Y era por esto, por la abundancia de agua pura y fresca, por lo que todo el edificio sobre el montículo, estaba rodeado de jardines y buenas tierras de cultivo. De aquí que el lugar, en tiempos muy lejanos, había sido un espacio muy hermoso, solitario y lleno de paz y silencios.

Pero pasado el tiempo, la bonita construcción, decían algunos que propiedad de señores de la Alhambra, fue abandonada. Porque sus dueños perdieron batallas en las guerras, fueron apresados, algunos, otros heridos y varios muertos. Pero a pesar del abandono de la bonita casa sobre el cerrillo, de los campos y tierras de cultivo, por el lugar el agua de los manantiales seguía brotando y los arroyos corriendo. Precisamente lo que más le gustaba al joven de la pirámide, cada vez que recorría estos parajes cuidando a los animales. Desde la distancia, observaba el edificio sobre el montículo y al descubrirlo solitario y oculto entre la vegetación y sumido en silencio, se decía: “Nunca veo a nadie por ahí y siempre me parece que en esta casa y tierras que le rodean, hay grandes misterios que todos desconocemos. Un día, sin que lo sepa mi padre para que no me lo prohíba, tengo que acercarme ahí para descubrir y ver con mis propios ojos, lo que este edificio es y lo que encierra”.

Y unos días después del hallazgo de la pirámide de oro y el enfado del guarda de las montañas de los tesoros, cuando con su amiga jugaba por la orilla del río Darro, le dijo mientras miraba para las torres de la Alhambra:
- La solitaria casa del cerrillo entre encinas, granados y almendros, me tiene cada vez más intrigado.
Y la niña le dijo:
- Tú me has hablado tanto de ese lugar que también cada día tengo más ganas de ir a verla.
Y tres dos más tarde, una bonita mañana de primavera, el joven se fue por los campos cuidando los animales que el padre tenía a su cargo. Invitó a su pequeña amiga con la ilusión de llevarla y enseñarle el misterioso edificio del cerrillo. Siguiendo el rebaño de cabras, los dos y un pequeño perro, cruzaron los

campos, atravesaron la llanura de las encinas y se acercaron al arroyo que descendía del gran cerro del monte espeso. Buscaron el manantial que brotaba frente al cerrillo del edificio y entre unos acebuches y juncos, se pararon a beber un trago de agua fresca y pura.

Brotaba el manantial justo por debajo de una roca, corría un poco y enseguida se remansaba en un pequeño charco redondo con playas de arena fina y dorada. Y como a ella le pareció tan bonito, sereno, transparente y luminoso el pequeño charco de la arena, preguntó a su amigo:
- ¿Y si por aquí nos quedáramos para siempre, junto a estas aguas, estos árboles y el silencio de los paisajes?
Y el joven confesó a su amiga:
- Lo que yo quisiera es tener un día el dinero suficiente para comprarte joyas y perlas preciosas, la casa misteriosa del cerrillo, sus jardines y huertas.
- ¡Qué bonito seria eso!
Exclamó la niña. Y en esos momentos, al mirar para la corriente del arroyo y ver la arena lavada por las aguas, a su mente acudió un pensamiento. Dijo enseguida a su amiga:
- Mis padre me han dicho muchas veces que por estos arroyos no lejos de la Alhambra, hay oro. Podemos buscar nosotros y si encontramos mucho, lo juntamos con la pirámide que tengo escondida en unas zarzas en las viejas ruinas de las zarzas, luego lo vendemos todo y con el dinero que nos den, compramos la casa que tanto te gusta y a mí me intriga sobre el cerrillo.
- Sí que podríamos hacer eso.
Contestó la joven.

Y sin pensarlo mucho, se pusieron y en la corriente del arroyo y arena que al agua lavaba, comenzaron a buscar pepitas de oro. Lo primero que hicieron fue coger algunos puñados de arena, lavarla con cuidado mientras miraban para ver si aparecía alguna piedrecita de oro. No encontraron nada durante un buen rato y como el día avanzaba y el sol calentaba, como una hora después de nuevo la pequeña dijo a su amigo:
- Hoy no hemos encontrado nada pero vamos a trazar unos canalillos por entre estas playas de arena y dejamos que el agua pase por ahí. Volvemos otro día y a lo mejor el agua ha lavado y dejado al descubierto el oro que estamos buscando.
Le hizo caso su amigo y en la arena de las pequeñas playas, hicieron varios canalillos y encauzaron por ellos chorrillos de agua. Luego se dispusieron seguir la acequia que desde el arroyo llevaba el agua al edificio del cerrillo para ir a este lugar cuando, al mirar para el lado de la montaña, por entre una gran zarza, vieron un agujero.
- Parece la puerta de una cueva. ¿Entramos y la descubrimos?
Comentó la niña.
- ¿Y si dentro hay alimañas o algún río oculto y caudaloso?
- Puede ser peligroso pero también sería un gran descubrimiento.
- En eso tienes razón. Vamos a entrar con cuidado y descubrimos qué es lo que encierra esta cueva.

Cruzaron la corriente saltando por unas piedras, se aproximaron a las zarzas y se disponían a entrar por el agujero que en forma de puerta de cueva ofrecía el terreno, cuando oyeron las voces del padre que los llamaba.

III- Dos días después, por la mañana el joven salió de su casa, recorrió las calles del barrio dirección a la casa de su amiga y preguntó por ella. La madre le dijo:
- Se fue con unas amigas y me dijo que a las aguas del río. ¿La necesitas para algo?
- Solo quería hablar con ella un secreto.
- Pues cuando regrese se lo digo.
Pero el joven, siguió por las calles del barrio, bajó poco a poco hasta las aguas del río con el deseo de encontrarla. La vio un poco antes de llegar al río. Las amigas jugaban en las arenas de la orilla y ella, sentada en una piedra, observaba las torres de la Alhambra y parecía meditar algo. Al llegar, el joven la saludó y le dijo:
- Te estoy buscando porque hoy es un día muy bueno para realizar un plan que se me ha ocurrido.
Y algo sorprendida enseguida preguntó ella:
- ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?
- Como hoy mi padre no me ha pedido que me vaya con los animales por los campos, he pensado que podríamos regresar a las ruinas donde el otro día escondí el tesoro que el guarda de las montañas quería quitarnos.
- ¿Es que vamos a sacar esa joya de oro del lugar donde la escondiste para traérnosla a nuestras casas?
- Si nos traemos esa joya a nuestras casas pueden descubrirnos y en cuanto nuestro amigo, el que nos defendió del guarda, se entere seguro que se enfada con nosotros al darse cuenta que lo hemos engañado.
- Entonces ¿qué piensas hacer?
- Podemos ir a las ruinas de las viejas casas, sacar la joya de oro del lugar donde la escondí y luego nos vamos a los campos de la casa sobre el cerrillo y en la cueva que, en el arroyo descubrimos aquel día, escondemos este oro nuestro para que nadie nos lo robe. Y de paso miramos a ver si en los canalillos que trazamos por entre las playitas de arena, hay alguna pepita de oro. Sería estupendo porque de este modo, lo escondemos todo en el mismo lugar y junto. ¿Qué te parece mi plan?
Y después de unos segundos en silencio, la amiga contestó:
- Que es una idea estupenda.

Al salir el sol, al día siguiente, por entre las ruinas de los edificios, iban avanzando los dos. Al frente se veía la colina de la Alhambra, con las altas torres y la gran muralla rodeando y la ladera cayendo para el río. Un poco al norte, se veían las blancas casas del Albaicín y, por entre ellas, emergiendo cipreses, higueras, pinceladas verdes de huertos y jardines y, por el azul intenso del cielo, algunas nubes blancas. Un poco al norte de ellos, entre la colina de la Alhambra y en lo hondo, se veía el bonito valle del río Darro. Se adivinaban sus aguas saltando limpias y hasta se percibía el rumor de algunas cascadas. Porque esto fue lo que ellos oyeron al aproximarse a la zarza donde el joven tenía escondida su joya de oro.

Habían saltado varios trozos de tapias derruidas y al ver la espesa zarza, el joven dijo a su compañera:
- Es como si de la espesura de esta zarza brotara el rumor de las cascadas que oímos.

Y la pequeña contestó:
- Vamos a mirar a ver qué encontramos y de paso me dices el punto exacto donde se encuentra el tesoro que por aquí dejaste.
Se aproximaron un poco más a la espesura de la zarza y, por entre los verdes tallos, descubrieron como la entrada de una cueva.
- ¿Qué será esto?
Preguntó la niña a su compañero.
- Déjame que yo pase el primero y con cuidado para ver qué hay aquí dentro.
Pasó el joven por el estrecho agujero en forma de puerta de una cueva y le dio su mano a la niña al tiempo que le decía:
- Ve con cuidado y escucha por si oímos algo extraño.
Y en cuanto recorrieron unos diez metros, al fondo y no muy lejos, vieron un brillante resplandor. Más al fondo pero también cerca, se oía el rumor de las cascadas.

Comentó el joven:
- Será que por aquí corre un río nuevo que nadie conoce.
- Puede ser eso. Avancemos un poco más y lo vemos.
Avanzaron cogidos de la mano y enseguida, ante ellos, apareció una gran cavidad toda tallada en roca caliza. La luz entraba como por una gran abertura que el río había horadado y el agua de este cauce, saltaba de poza en poza desde el lado de arriba hacia el corazón de la cueva. Asombrada dijo ella:
- Es una maravilla como nunca se ha visto por estos lugares.
- Y donde el agua se remansa cuando termina de caer desde estas pozas, fíjate qué charco más claro y azul verde. Cógete firme a mí y vamos a bajar por estas rocas en forma de escaleras hasta el borde de ese pequeño lago.

Apoyándose el uno al otro y dándose ánimo, fueron saltando las escaleras talladas en la roca, se aproximaron al charco y en la misma orilla se pararon. Cogidos de la mano miraban los reflejos del agua y los remolinos que dibujaba la corriente cuando, del lado de la luz, apareció la silueta de una pequeña ave. Volando como herida y confiada y fue a posarse sobre un trozo de roca bañada por las pequeñas olas del charco. Y justo al posarse, en las aguas se reflejó su color dorado, el negro de sus alas y cola y los destellos blancos de algunas de sus plumas. Con la boca abierta y el aliento contenido, miraban ellos y pasado unos segundos el joven comentó:
- Parece una golondrina pero no solo es blanca y negra sino también dorada. Y también parece como si estuviera herida o quisiera algo de nosotros.
- Acerquémonos con cuidado para verla mejor y tocarla, si se deja.
Comentó la niña.

Caminaron muy lentamente y en silencio e iban a rozar con sus dedos las doradas plumas del ave cuando descubrieron que, como en un espejo, su color oro se reflejaba en las aguas del remansado charco, mezclados con los reflejos de las torres de la Alhambra. Al ver esta maravilla, los dos se quedaron quietos observando al ave y los reflejos dorados en las aguas mientras buscaban alguna explicación. Y no solo no entendían nada sino que de pronto, la pequeña ave, alzó vuelo y río abajo se alejó dirección hacia la alta colina de la Alhambra. La observaron inmóviles hasta que se les perdió a lo lejos y fue cuando el joven comentó a la niña:

- Puede que sea el alma de alguna de las personas que viven en esos palacios. Volvamos al barrio y les decimos a nuestros padres lo que por aquí hemos descubierto a ver si ellos nos aclaran algo.

Pero en ese momento, junto a las aguas del río y recortándose sobre la imagen de la Alhambra muy al fondo, apareció la figura de un hombre. De pie, mirándolos fijo y muy sereno. Al reconocerlo los niños, enseguida la pequeña le preguntó:
- ¿Qué haces tú aquí?
Y el hombre, con mucha calma, habló y dijo:
- Como soy vuestro amigo y hace unos días os defendí del guarda de las montañas, me gusta cuidar de vosotros y saber cómo os van las cosas. ¿Ocurre ahora algo en lo que pueda ayudaros?
Y enseguida el joven preguntó:
- ¿Por qué esa golondrina tan bonita que por aquí ha aparecido se ha marchado antes de que podamos tocarla?
- No se fía de vosotros plenamente.
- ¿De qué nos conoce y qué es lo que nosotros le hemos hecho?
- Os conoce desde hace mucho tiempo y habéis hecho algo que no es bueno.
Un poco extrañados, los niños miraban a la persona que tenían frente a ellos y ahora sintieron algo de miedo.

El hombre, de nuevo habló y dijo:
- Por mi parte, voy a explicaros las cosas para que tengáis claro que en la vida no se debe engañar a los amigos: cuando el otro día me pedisteis os defendiera del guarda que os perseguía, lo primero que os dije fue que fuerais sinceros conmigo. Que me contarais toda la verdad para poder defenderos del guarda con todos los derechos.
Hizo una pausa el hombre en su exposición y luego, miró fijo al joven, lo señaló con la mano y le dijo:
- y tú, cuando te escondiste detrás de las viejas tapias, entre las zarzas, escondiste algo que no me dijiste. Yo lo supe en ese momento pero preferí callarme y defenderos del guarda que os perseguía. Sin embargo ahora, cuando habéis vuelto a por lo que escondiste entre las zarzas, sé que era un pequeño tesoro que encontrasteis en las laderas de las montañas, las cosas no son como esperabas. Vuestro tesoro oculto, vuestro fantástico sueño y que dio lugar al engaño que ya os he dicho, ha volado. Se ha convertido en una pequeña avecilla que, como una fantasía mágica, aparece ante vosotros y ni siquiera deja que la toquéis.

Muy en silencio, sorprendidos e intrigados, los dos niños se miraban y escuchaban al amigo que tenían delante y no sabían qué hacer ni qué decir. Pasado unos segundos, el joven se animó a preguntar:
- ¿Pero por qué sucede esto?
- Ya os lo he dicho y otra vez os lo repito: no procedisteis con honestidad con migo que soy vuestro amigo y me preste a ayudaros solo para ser bueno con vosotros.
- ¿Y estás enfadado ahora?
- Desde luego que no pero es bueno que, de vuestro no correcto proceder, aprendierais una lección. Vuestro tesoro y todo lo que con él soñabais hacer, en

esta ocasión se ha desvanecido. Pero seguid soñando y buscando tesoros en la vida porque eso es bueno. Y desde ahora y para siempre, tened continuamente claro que a los amigos nunca hay que engañarlos.

Poco después, los dos niños, caminaron de regreso, salieron fuera de la gruta y luego por el agujero en la zarza entre las ruinas y regresaron enseguida al barrio. Comentaron a sus padres y amigos lo que habían descubierto y estos, ninguno los creyeron. Pero para convencerlos, los dos jóvenes les pidieron que los acompañara a las ruinas de las casas y a la zarza de la cueva. Algunos les hicieron caso pero cuando llegaron a las ruinas, aunque sí vieron la zarza, no encontraron la puerta de la cueva que ellos habían atravesado para llegar al corazón de la gruta, al claro río y azul charco con los reflejos de la Alhambra y la golondrina dorada. Algunos dijeron:
- Lo que nos habéis contado es pura fantasía vuestra.
Y los niños se defendieron confirmando:
- Pues nosotros lo hemos visto y oído y por eso estamos seguros de lo que contamos. Y hasta estamos convencidos de que esta tan hermosa visión, es parte de una verdad para todos desconocida en la Alhambra.

Cumpleaños //Ba



Las personas no mueren nunca
si al correr de los años y los siglos
se mantiene viva su memoria.

Toda la casa en si era hermosa y rezumaba esencia a cielo. Es lo que continuamente decían los vecinos y aun parece que por el lugar se palpa esto. Besada por el sol a lo largo de todo el día, en mitad de la ladera del Albaicín, por

encima del Puente del Aljibillo, frente a la colina de la Alhambra y mirando al gran valle de la vega. Y aunque la vivienda no era muy grande porque tenía solo dos habitaciones, una sala con chimenea y un patio rectangular lleno de flores, resultaba de lo más confortable y silenciosa.

Y ella, ahora ya con más de ochenta años, se sentía reina, refugiada en esta pequeña vivienda y feliz como pocas personas en el barrio. Porque fue aquí donde se instaló al poco de casarse, aquí tuvo su primer hijo, el segundo y el tercero y aquí, al calor del fuego de la chimenea, pasaba horas por las noches charlando con el marido, cuando volvía de las montañas de cuidar el ganado. Este había sido su trabajo desde pequeño y todo el barrio lo sabía y lo conocía. Con lo poco que le pagaban cuidando el ganado y con las cuatro cosillas que sacaba del huertecillo junto al río, crió a los tres hijos. Pero estos, en cuanto fueron mayores y se les presentó la oportunidad, se marcharon de la casa y del barrio. El varón mayor, se fue al norte de España y el varón pequeño, emigró a una ciudad cerca del mar. Solo la hija mediana se quedó en la casa y fue la encargada de cuidar a los padres según estos envejecían. Hasta que un día, el padre ya se quedó casi sin fuerzas, ciego de los dos ojos y con dolores por todo el cuerpo. Y una noche de invierno, al levantarse de la cama, se cayó al suelo y murió.

Acudieron los dos hermanos al entierro y entonces, entre ellos hablaron y se dijeron:
- Ahora que nuestra madre se ha quedado viuda, podemos ponernos de acuerdo y que viva una temporada en casa de cada uno.
Y la hermana mediana, al oír estas cosas, se entristeció y comentó a los hermanos:
- Ella siempre ha vivido conmigo y hasta que muera, me gustaría que de este modo siguiera.
Y al darse cuenta los hermanos que la hermana mediana necesitaba de la presencia de la madre para cuidarla y sentirse útil, nada más hablaron de este tema. Volvieron otra vez cada uno a su casa, lejos de Granada y el tiempo fue pasando. No con mucha frecuencia pero sí de vez en cuando, algunos de los hermanos volvían al barrio para ver a la madre, ya muy anciana pero con el mismo gozo de toda la vida en su corazón y alma.

Hasta que un año, al llegar la primavera, la madre ya casi sin fuerzas, dijo a la hija mediana:
- Para mi cumpleaños en esta ocasión ¿sabes lo que me gustaría?
- No puedo ni imaginarlo. ¿Qué es lo que te gustaría?
- Que nadie me haga ningún regalo ni venga a nuestra casa a verme.
- ¿Y eso?
- Desde que se fue y nos falta tu padre, no tengo ganas para nada en esta vida. Su ausencia lo ha dejado todo sin sentido. ¿Dónde lo tendrá Dios recogido? Con lo bueno que siempre fue conmigo, qué dolor tan grande que ahora para siempre falte de mi vida.
Y la hija dijo:
- Pues tú no te preocupes que la celebración de tu cumpleaños en esta ocasión será como lo deseas y sueñas.

En aquel mismo instante la hija se puso y comenzó a preparar el pequeño recinto del patio de la casa. Plantó macetas con flores muy variadas, las regó y en los arriates, sembró muchos rosales y colgó macetas en las paredes del patio y en las columnas. Florecieron todas estas plantas y justo el día de su cumpleaños, todo el patio estaba decorado con mil colores, cargado de finas esencias y resplandeciente de luces limpias y azules. En el centro del patio, la hija colocó una bonita mesa de madera y un sillón de esparto que el padre había tejido hacía muchos años, sentó a la anciana y le dijo:
- Esto es para celebrar tu cumpleaños del modo que en esta ocasión deseas. Con muchas flores vivas en la que siempre ha sido tu casa y sin más regalos que la visión de la Alhambra allá sobre su colina, el azul del cielo de esta ciudad de Granada y las blancas nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada.
En el sillón de esparto se acomodó la anciana mirando por entre las flores que de las macetas colgaban hacia las torres de la Alhambra y exclamando de vez en cuando:
- ¡Qué dolor, hija mía!

Se alzaba el sol ya a medio cielo, derramándose silencioso sobre los palacios y jardines de la Alhambra, cuando la hija volvía de hacer su trabajo en algunas casas del barrio. Y al abrir la puerta y entrar al patio, se quedó sorprendida. Toda la mesa de madera que delante de la anciana había puesto, se encontraba llena de originales y bonitos regalos. Y entre estos regalos, vio algunos dulces y ramos de flores. A los lados, por el suelo y por las paredes, las flores de las macetas y arriates, regalaban vivas pincelas de colores, como alegres mariposas queriendo volar al azul del cielo. La hija se acercó a la anciana que parecía dormir un aplacible sueño en su asiento de esparto y le dijo:
- Despierta que parece que alguien que te quiere mucho, sin que tú y yo lo sepamos, ha venido por aquí a traerte originales regalos.
Pero la anciana ni abrió los ojos ni dijo nada ni despertó. Dulcemente sonreía, mirando por entre las flores hacia la Alhambra y, por el purísimo azul del cielo, parecía irse hacia el paraíso que en su corazón toda su vida había soñado y al encuentro del espeso ausente.

El palacio de los granados //Pa

En lo más alto de la loma, no lejos del río Genil y frente por completo a Sierra Nevada, se le veía hermoso. Blanco y oro y por eso, al salir el sol cada mañana, brillaba como una bandera incandescente, en todo lo alto de esta loma. No lejos y a sus espaldas, se alzaban las torres de la Alhambra y, desde la misma puerta, ladera abajo hacia las aguas del río Genil, caía el verde bosque de granados.

A la derecha, según se miraba para las nieves de la sierra al frente, se veía una pequeña llanura salpicada de encinas. Era aquí donde nacía el arroyuelo. En un venero de agua muy clara y fresca que se derramaba por el cauce en busca del río, escoltado por fresnos, adelfas, juncos y mastranzos. A un lado de este pequeño y bellísimo arroyuelo, quedaba el trozo de ladera sembrado de naranjos, romeros, tomillos y orégano. Y al otro lado de este cauce,

todo el terreno se veía cubierto de granados. Pequeños árboles de troncos retorcidos y con ramas bajas que al llegar el verano, se llenaban de multitud de flores rojas aterciopeladas. Un poco al final de este trozo de ladera, se veían los almendros. Un bosque también muy tupido que, antes de llegar la primavera, todos los años se llenaba de millones de flores blancas y rosadas. Algo mágico que no se veía en ningún otro rincón de Granada ni del mundo entero.

Y menos se ha visto nunca en ninguna otra parte del planeta tierra, el tupido sembrado de orégano que emergía por toda esta ladera. Por entre los naranjos, los almendros y granados, brotaban estas matas al llegar la primavera y, ya en pleno verano, se engalanaban con mil diminutas florecillas blancas llenando el aire con su agradable esencia. Por eso, el bellísimo palacio de los granados, se le veía tan misterioso y relucía como la nieve y como el oro. Y más aun, cuando florecían los almendros o abrían sus rojas flores los granados.

Y era precisamente en estos momentos cuando ella, una muy hermosa princesa que solo algunos conocían, se le veía pasear por esta ladera. Montada siempre en un caballo blanco y vestida de azul violeta, recorría los caminos que iban por entre los naranjos en flor y por entre los granados teñidos de sangre fuego. Cuando la veían algunos de los pastores que por allí cerca guardaban sus rebaños, decían:
- Además de hermosa y misteriosa, montada en su caballo blanco y envuelta en su traje azul violeta, dicen que es una mujer muy buena.
- Y debe ser cierto porque ya solo observar su palacio desde la distancia y ver toda esta ladera tan llena de magníficos árboles, impresiona y hace soñar sueños fantásticos.
- Pero precisamente porque nosotros somos pastores y ella es princesa, nunca tendremos la suerte ni de ver su cara ni oír su voz.
- Aunque su perfume, cada día el aire nos los regla cuando florecen los almendros, los granados, tomillos y romeros o las pequeñas matas de orégano.

Solo esto sabían ellos de este palacio y de la princesa que lo habitaba. Y al parecer, eran muy pocas las personas de aquellos tiempos, que sabían de la existencia de este palacio y de la presencia en él de la princesa del vestido azul violeta. Hoy en día, después de muchos, muchos años, ni siquiera se adivina el lugar donde se alzaba el palacio de los granados, no lejos de la Alhambra. Sí sé yo dónde se encuentra la ladera que cae hacia el río Genil, aunque ya en ella no hay ni naranjos, almendros o granados. Solo tomillos, romeros y pequeñas matas de orégano.

La primera escuela //Ba

En qué lugar del Albaicín estuvo, hoy casi nadie lo sabe. A lo largo de mucho tiempo y despacio yo he recorrido cada calle y plaza de este barrio y ni una señal encontré de esta casa. Pero sé que el edificio existió y que, durante bastante tiempo, fue vivienda y también escuela. “La Escuela del Joven”, que era como en aquellos tiempos los vecinos y muchas personas del Albaicín, la llamaba.

Los padres, cuando todavía era pequeño, hicieron un esfuerzo para que el hijo aprendiera a leer y escribir. El viejo sabio del río Darro fue el maestro y, entre otras cosas, le enseñó a ser amable con los demás y a compartir con ellos sabiduría, pan y techo. Por eso el hijo, cuando ya estaba para cumplir los veinte años, dijo un día a su padre:
- Como somos pobres no sueño tener una casa propia para mí pero sí me gustaría poseer un lugar donde enseñar a leer y escribir a los niños pobres de este barrio.
- Pero hijo mío, tú mismo lo estás diciendo: somos tan pobres que la humilde casa que ahora tenemos es gracias a que yo mismo, ayudado por tu madre y tu esfuerzo, la construimos. De adobes de barro y paja y con techo de monte y juncos es nuestra humilde casa.
- Es que podemos convertir, parte de esta pequeña casa nuestra, en la escuela que te estoy diciendo.
- ¿Y cómo piensas tú que podemos hacer eso?
- Si me das permiso y estás de acuerdo con lo que te digo, déjame y ya verás como logro hacer real este sueño.

Le dio permiso el padre y aquel mismo día habló con los jóvenes del barrio y, al caer la tarde, desde el río Darro subieron agua, arena, tierra y piedras y se pusieron a construir los cimientos. Por el lado de arriba de su humilde casa y pegado a ésta para aprovechar las paredes. Fabricaron muchos adobes de barro y fueron a las montañas y cortaron palos y los acarrearon para usarlos como vigas en el techo. Y sin descanso, trabajaron a lo largo de varias semanas. Para darse ánimo, el joven decía a sus amigos:
- Nada puede ser más importante y beneficioso para nosotros y las personas que vengan después, que saber leer y escribir. El conocimiento de las cosas y de la vida, nos hace libres, nos eleva al cielo y nos convierten en personas nobles.

En solo unos meses, la obra estaba terminada. Y la bonita estancia de adobes de tierra y techada con ramas de árboles y retamas, se veía unida a la humilde casa. Dijo entonces el joven al padre:
- ¿Tú ves como con buena voluntad y empeño, las cosas se consiguen?
- Lo estoy viendo, hijo mío pero a partir de este momento ¿qué harás con todo esto?
- Mañana mismo lo verás.

Aquel mismo día recorrió el joven todo el barrio del Albaicín invitando a todos los niños para que al día siguiente fueran a la escuela. Y al día siguiente, no solo los niños sino también muchas personas mayores, se presentaron junto a la humilde casa y al ver la constricción, en las laderas del Albaicín, frente a la Alhambra y no lejos del río Darro, dijeron:
- Esta es la primera escuela que se pone en marcha en este barrio. Y todo se debe al empeño de este joven competente. ¿Cuánto vas a cobrarnos por enseñar a leer y escribir a nuestros niños?
Y muy diligente el joven dijo a todos los presentes:
- La cultura, ni se compra ni se vende. Enseñaré gratis a leer y escribir a vuestros niños con una única condición.
- ¿Qué condición es esa?
- Que ellos, cuando sean mayores, devuelvan a los demás lo que han recibido de

nosotros en las misma condiciones y si es posible, con creces. Solo de este modo haremos un mundo cada día un poco más hermoso y seremos más libres, buenos y fuertes. Personas sabias y honestas y que sepan enamorarse del brillo de las estrellas, es lo que realmente hacen falta y no guerreros ni guerras ni gobernantes opresores.

Los señores de la Alhambra //Pa

Han pasado ya muchos años desde que ocurrió la historia que voy a narrar a continuación. Pero yo conozco el lugar donde sucedieron los hechos, el arroyuelo, la higuera y el manantial. Despacio y con el alma encogida, he recorrido el rincón a lo largo de bastantes tardes y lo que más me ha sorprendido y me asombra cada vez que por ahí paseo, es precisamente esto: que a pesar del mucho tiempo transcurrido, sigue verde y fuerte la higuera, brota casi virgen el manantial y se refugia en su silencio de eternidad el arroyuelo. Todo como si por el rincón no hubieran hecho mella el tiempo. Y las cosas sucedieron tal como a continuación cuento:

Durante bastantes años había estado al servicio de los “Señores de la Alhambra”: reyes, príncipes, princesas, administradores y generales. Pero como en su corazón albergaba una sensibilidad especial por lo bello y respeto y amor a las personas más humildes, con frecuencia le decía a su mejor amigo:
- No son buenos los reyes que habitan en estos palacios de la Alhambra. Tampoco son buenos los príncipes y princesas ni lo generales ni administradores.
- ¿Por qué dices eso?
- ¿Tú no te das cuenta que siempre están maltratando a los más pobres al tiempo que entre sí se odian, conspiran y ponen zancadillas?
- La vida en los palacios y, sobre todo la vida de aquellos que gobiernan reinos, siempre ha sido así. Los que deberían ser mejores y dar ejemplo en bondad y honestidad, son las personas más egoístas, embusteras y miserables. Solo piensan en tener poder y acumular tesoros sin importarles nada el dolor y la pobreza de los que les rodean.

Y el joven, seguía comentando con el amigo:
- ¿Pues sabes lo que te digo?
- ¿Qué es lo que me dices?
- Que un rey o un gobernante en general, debería llegar y ocupar este cargo por ser el mejor entre todos. Estoy harto de gobernantes mediocres, infantiles y mal preparados. Por eso pienso y no me arrepiento que todos los que hay dentro de estos palacios de la Alhambra, son malos. Que no tienen corazón ni practican el amor y respeto para con los demás.
- Aunque sea así, tú ten cuidado con lo que haces y dices porque cualquier día de estos puedes tener problemas.

Y tuvo problemas. Tanto el rey como los príncipes, generales y administradores, se enteraron de su manera de pensar y ver las cosas. Entre sí comentaron que una persona con estas ideas no debería estar cerca de ellos.
- Un día de estos se levantará contra nosotros y tendremos que matarlo antes

que también se amotinen contra nosotros sus seguidores.
Llegó a oídos del joven lo que pensaban de él los grandes de la Alhambra y una noche de luna clara, salió de los recintos amurallados de los palacios. Buscó las sendas que llevan a las montañas de Sierra Nevada y caminó durante bastantes horas. Al amanecer se tropezó con un río de aguas muy claras y corriente arriba siguió caminando.

Se alzaba ya el sol a medio cielo, cuando llegó a una viña a la derecha del río. Cogió unos racimos de uvas y luego buscó la senda que subía siguiendo un arroyuelo. Al poco se tropezó con una higuera que clavaba sus raíces en el mismo surco del arroyo. Bajo este árbol y a la sombra se paró al tiempo que veía que allí mismo brotaba un claro venero. Se dijo: “Este lugar ya queda bastante lejos de la Alhambra y creo que también muy oculto. Aunque me busquen mucho, puede que no me encuentren nunca”. Y se decía esto porque ahora tenía miedo de “Los Señores de la Alhambra”, que era como él los llamaba. Sabía también que además de malos, eran crueles y vengativos y por eso temía que lo persiguieran para quitarle la vida. “Más que gobernar y usar su poder para mejorar el país y a las personas, maquinan continuamente para ver cómo quitar de en medio a los que les criticamos o podemos arrebatarles algunos de sus privilegios”.

Bajo la higuera del arroyuelo, entre unas rocas y cerca del manantial, hizo una cama de juncos y mastranzos. Para gozar tanto del rumor de las aguas que brotaban en la fuente como del aire puro y las estrellas en el cielo, en las limpias noches de primavera y verano. Y también, y era lo que su corazón le pedía con más fuerza, para orar en silencio y hacer que en su alma creciera más y más el gusto por lo bello y el desprecio por la maldad en las personas. Se dijo: “Desde estas montañas y en el centro de esta exuberante naturaleza tan limpia y llena de silencios, quiero alzar mi oración a Dios. Para pedirle que Él nunca bendiga a los malvados y sí se apiade de los pobres, sin techo y sin alimentos. Y si alguien viene por aquí a buscarme o se encuentra conmigo para pedirme algo, le indicaré este camino de paz y libertad. Lo que de verdad en el fondo necesita toda la humanidad: llenar sus vidas de cielos estrellados, alimentarse de silencio y sinfonías de arroyuelos, beber del aroma de los bosques y elevar rezos sinceros al que nos da la vida y nos ilumina hacia lo bueno. Una persona puede ser plenamente feliz con solo mirar a las estrellas, rezar sinceramente al cielo y no desear nada más”.

Estas cosas y otras parecidas alimentaba en su corazón mientras comenzaba a vivir en su nuevo mundo de serenidad. Bajaba, de vez en cuando, a la ciudad de Granada y, a escondidas de los señores de la Alhambra, se encontraba con el amigo. Al verlo, el amigo se alegraba y le decía:
- Pues ten cuidado que estos señores de la Alhambra están muy enfadados contigo.
- ¿Y por qué?
- Temen que en algún momento, tus ideas y forma de vida, sean dañina para su poder y privilegios y por eso te consideran peligroso.
- ¿Si lo único que hago es decir la verdad y rezar por ellos al cielo?
- Consideran que eres un hombre inteligente, íntegro y bueno y esto es lo que les llena de miedo.

Volvió aquel día de nuevo a su rincón pequeño, junto a la higuera y el manantial y aquella noche, contemplando a las estrellas, oró más que nunca. A la mañana siguiente, se fue a contemplar la salida del sol a una roca que se clavaba en la ladera al levante y después de hacer aquí su largo rato de oración, bajó al río. Buscó y cogió algunos peces para comer y cuando subía por la senda que llevaba a la higuera, vio algo que le sorprendió. Junto a una encina al lado de la senda, un hombre que no conocía de nada y que vestía pobremente, había montado como una especie de mostrador con palos, monte y piedras. Sobre este mostrador, en el suelo, por delante y a su derecha, había puesto pequeñas vasijas de barro en forma de cuencos alargados.

Se acercó a él lleno de curiosidad, lo saludó y le preguntó:
- ¿Quién eres y qué representa esto?
- Soy un viejo pastor en los montes de estas montañas y ayer cogí muchos panales repletos de mil de un gran enjambre que había en el tronco de un roble. De miel he llenado todas estas pequeñas vasijas de barro y me he venido a este lugar del camino. Sé que no pasa por aquí mucha gente pero por si alguien viene, aquí estoy para venderle un poco de esta miel tan buena. ¿Tú quieres probarla?
- Es que yo no tengo nada con qué pagar lo que me ofreces.
- Por eso no te preocupes. Prueba toda la miel que quieras y llévate luego contigo algunas vasijas de éstas. Con que reces por mí al cielo, ya estoy más que recompensado.

Y el que decía ser un viejo pastor de las montañas, alargó una pequeña vasija llena de miel al joven. La cogió éste, se la llevó a la boca, probó la miel y dijo:
- No solo está rica sino que hasta parece oler a romero.
- Pues sigue saboreándola y llévate contigo estos pequeños cuencos llenos hasta arriba de miel de estas montañas. Es un dulce alimento que te dará muchas fuerzas y ganas de vivir.
Siguió el joven saboreando la dulce miel que el pastor le ofrecía y, al poco, con sus peces y las dos vasijas llenas de miel, bajaba hacia la higuera junto a la fuente. Y el viejo pastor, en cuanto el joven se perdió en la curva del camino, desmontó su tinglado, recogió todas las vasijas de barro y desapareció arroyo abajo, dirección a la Alhambra. Unas horas más tarde llegaba a los palacios y enseguida se fue derecho al despacho del rey que estaba reunido con los generales y administradores. Pidió permiso y dijo a todos los presentes:
- El rebelde, ya es nuestro. Ha caído de la manera más inocente y sin tener que derramar ni una sola gota de sangre ni dar lugar a que sus partidarios se revelen contra nosotros.
- ¿Estás seguro de ello?
Preguntó enseguida el rey.
- Completamente seguro, majestad.
- Pues ojalá sea todo tan cierto como nos dices.

Y aquella misma noche, bajo la higuera y junto a la fuente, el joven rezaba al cielo mientras contemplaba las estrellas y se quedó dormido. No despertó en toda la noche ni tampoco al amanecer ni horas después. No despertó nunca más. Y como su amigo en la Alhambra, sospechaba y hasta

sabía algo, aquel mismo día fue a buscarlo. Cuando llegó se lo encontró acostado en su cama de juncos y mastranzos, bajo la higuera, cerca del manantial y como mirando al cielo y rezando. Apenado, lloró por él durante un buen rato mientras en su corazón se decía: "¡Lo han envenenado! Ciertamente que ahora compruebo que los que nos gobiernan no son buenos". Abrazó a su amigo y algo después, no lejos de la higuera y frente a las montañas de Sierra Nevada, lo enterró. Cuando en la Alhambra se supo la noticia, el rey dijo:
- A todo el que amenace mi poder y ponga en peligro mi reino, de una manera u otra, hay que quitarlo de en medio. Y sobre todo, a los más sabios, a los que piensen por sí mismos y tengan ideas propias.

Secreto de estado //Aj

El gran rey de la Alhambra, llamó al joven al salón de su palacio y le dijo:
- Se trata de un gran secreto de estado y, como confío en ti, quiero encomendártelo.
Intrigado y sintiéndose alagado por el rey, enseguida el joven le preguntó:
- ¿Qué asunto es el que su majestad tiene entre manos?
Y el rey, lentamente y con detalles, le explicó lo que tenía en mente. Al final le confesó:
- Y si todo sale tal como me gustaría, serás recompensado generosamente.
- Gracias, majestad por confiar en mí y, aunque lo que me pide es alto arriesgado y no grato a mi conciencia, le serviré a usted fielmente.

El joven, hijo de una familia de artesanos con vivienda y taller en la Medina de la Alhambra, se puso en acción aquel mismo día. Vigiló por pasillos, salones, aposentos y jardines, al que el rey quería quitar de en medio porque creía que conspiraba contra su poder. Y en un descuido que este hombre tuvo cuando recorría unos pasadizos bajo las murallas, el joven lo atacó por detrás, le clavó un puñal en el pecho y acto seguido le cortó un mechón de pelos y una oreja. También le arrancó los amuletos que colgaban de su cuello y rápido fue a buscar al rey para darle la buena noticia y mostrarle las pruebas. Enseguida éste lo recibió sin disimular su contento y en cuanto descubrió que el joven había llevado a cabo lo que le hubo ordenado, le dijo:
- Bien hecho, amigo fiel. Ahora vete a tu casa y que nadie se entere de nada. Ni siquiera los de tu familia. Recibirás la recompensa en el momento oportuno, según he acordado contigo de palabras.

Se fue el joven a su casa y ni siquiera a sus padres dijo nada del asunto. Sí ilusionado esperaba recibir el pago que el rey le había prometido. Pero éste, en cuanto el joven salió de los palacios, llamó a unos de sus generales y le dijo:
- El joven, hijo de la familia de artesanos, anda conspirando contra mí y mi reino. Hay que quitarlo de en medio sin que nadie se entere.
- ¿Y qué quiere usted que haga, majestad?
- Debe morir envenenado cuanto antes. Te encargo este caso a ti porque confío en tu honor, lealtad y valor.

- No se preocupe usted, señor, llevaré a cabo lo que me pide y con la mayor discreción del mundo. Solo usted y yo sabemos este secreto que afecta a la seguridad de su corona y de su reino.

Y el general, que era amigo de la familia de artesanos, enseguida hizo llegar al joven lo que el rey urdía contra él. Sin decir nada a nadie, a la mañana siguiente, el joven se vistió de mendigo y salió del recinto amurallado de la Alhambra. Camino por el barranco del Rey Chico, buscó una cueva por las laderas del río Darro y aquí se refugió. Enseguida llegó la noticia al rey de su desaparición y rápido llamó al general y le dijo:
- Bien por tu buen trabajo. Que nadie se entere que este joven ha muerto envenenado y en cuanto pase unos días, serás por mí generosamente recompensado.

Tres días más tarde, el general aparecía ahocado en una de las torres de la Alhambra, con un letrero en el cuello que decía: “Ha sido ejecutado por haber traicionado el reino”. Sentado en su trono en el lujoso salón de los palacios, este rey meditaba: “Así de esta manera y poco a poco me voy quitando de en medio a todos mis enemigos y a los que conspiran contra mí y el reino de Granada. Hay que gobernar con mano de hierro y apartar de mi camino a todos aquellos que pretendan arrebatarme el trono”. Llegó a oídos del joven la noticia de la muerte del general y refugiado en su cueva de mendigo, se decía: “Definitivamente este rey de la Alhambra, se ha vuelto loco. Con tal de mantenerse en el poder, no le importa quitar de en medio a todo el que crea conspira contra él. No es este el comportamiento honesto de un rey ni es esta la forma de gobernar un reino”.

Y arrepentido en su corazón por haber servido a un hombre tan malo, rezaba al cielo y buscaba la manera de llevar a cabo algún plan para acabar con el rey malvado. Vestido de mendigo, por las veredas del río Darro, bajaba a Granada y al barrio del Albaicín a pedir limosna y luego regresaba a su cueva para quitarse un poco el frío y el miedo y de este modo iba soportando su miseria. Los que se lo encontraban por las calles y caminos, decían:
- No sabemos qué habrá ocurrido en la vida de este hombre pero sí desde luego alguien o algo le ha hecho mucho daño. ¡Qué pena que ocurran estas cosas entre las personas!

Escritor desconocido //Ba

Los dos niños, convencieron a la maestra para que cogiera el libro y lo leyera. Y al día siguiente, nada más llegar a clase, le preguntaron:
- ¿Le ha gustado a usted el libro que le dimos ayer?
- Tanto que hoy vamos a comentarlo. Es un libro hermoso y muy, pero que muy interesante.
- Pues nosotros conocemos al hombre que lo ha escrito.
- ¿Es de este barrio o vive por aquí?
- Ni una cosa ni la otra pero sí que es un hombre bueno y ahora se está muriendo de viejo.

Pidió la maestra a los niños que se leyeran el primer capítulo del libro.
- Y mañana, me traéis un trabajo, bonito y claro, de este libro.
- ¿Qué clase de trabajo, maestra?
- Lo que a vosotros os guste o encontréis más interesante en el capítulo del libro que tenemos entre manos.
Poco después, todos los niños se fueron a sus casas y al día siguiente, en cuanto llegaron, dijeron a la maestra:
- El libro que usted nos ha recomendado, el lo más hermoso que nunca hemos leído.
- ¿Y habéis hecho el trabajo?
Rápidos todos los niños pusieron sobre la mesa de la maestra lo que habían escrito y ésta, se puso a leer al azar y por encima. Después de unos minutos, alzó su cabeza, miró a los niños y les dijo:
- Esto ha salido muy bien. ¿Cómo lo habéis conseguido?
- Solo hemos sido sinceros con lo que en el libro hay escrito.

Y los dos niños levantaron la mano. Los miró la maestra y les preguntó:
- ¿Qué tenéis que decir?
- Solo preguntarle si usted conoce más libros de este autor.
- Vosotros me dijisteis ayer que sois amigos del autor. Yo ni siquiera sabía que tenía este libro escrito.
Se miraron los niños entre sí y sin pronunciar palabras, estuvieron de acuerdo en lo que pensaban. Por eso, nada más terminar la clase, salieron y rápidos recorrieron la estrecha y larga calle hacia el río Darro. Al llegar al Puente del Aljibillo, se lo encontraron aquí sentado. Miraba, mudo y quieto, las aguas del río y la figura de la Alhambra sobre la colina y miraba a las personas que por delante del puente pasaban. Lo saludaron los niños y sin más rodeos le dijeron:
- Venimos a darte una muy buena noticia.
- ¿De qué se trata?
- En la clase, todos hemos leído tu libro y de él, hemos realizado un trabajo. Y todos coincidimos que no hay libro más bello en el mundo que éste tuyo.

Mudo y pensativo miró el hombre a los niños y pasado unos segundos les preguntó:
- ¿De qué libro mío estáis hablando?
- De este que tenemos aquí.
Y le mostraron el libro diciéndole:
- Así que anímate porque por fin eres famoso y la historia te recordará como al escritor que más bellas cosas escribió de la Alhambra, del río Darro, del Albaicín y de Serra Nevada.
Y aun más pensativo y mudo, el hombre siguió mirando a los niños. Pasado un buen rato habló de nuevo y les preguntó:
- ¿Y si os dijera que el libro que me estáis mostrando no está escrito por mí?
Muy sorprendidos los dos niños se miraron entre sí, miraron para la Alhambra y también después de un rato, dijeron:
- Sabemos que lo que dices no es cierto y también sabemos que tienes escritos más libros. Queremos que nos los prestes para leerlos y hablar a todo el mundo de ti y de tus libros. Y hacemos esto porque estamos convencidos de que lo mereces. Eres bueno y sabio y escribes cosas hermosas para los demás.

Se levantó el hombre de donde estaba sentado, caminó dirección a la Cuesta del Rey Chico, miró para el camino que lleva a la Fuente del Avellano y al darle el sol en la cara, en sus mejillas brillaron dos lágrimas. Le siguieron los niños, se le pusieron delante y como suplicando le dijeron:
- ¡Por favor, no te vayas sin darnos algunos de tus libros! Se lo hemos prometido a la maestra y ella está muy interesada porque dice que tus escritos enseñan cosas muy bellas.
Y les dijo el hombre:
- Escribí mis libros a lo largo de mi vida y mi única pretensión siempre fue explicarme a mí mismo mis sueños y lo que me rodea. Sé que de nada me sirve la fama ni en esta vida ni en el cielo que espero. La única ganancia que deseo con todo esto es elevarme cada día un poquito más hacia las estrellas que decoran el firmamento.

Sin saber qué hacer ni qué decir los dos niños miraban al hombre y siguiendo los impulsos de sus corazones, otra vez argumentaron:
- Pero si en tus libros hay cosas hermosas y buenas que pueden servirnos para hacernos mejores ¿por qué no deseas compartirlos?
- Decidle a la maestra que en la vida, cada persona ha de encontrar y realizar su sueño por sí misma. La búsqueda de este sueño y la lucha por conseguirlo, es lo verdaderamente bello.
Señaló el hombre en la dirección del Camino de la Fuente del Avellano y tragando saliva, pronunció estas palabras:
- Vosotros, volved otro día, cuando tengáis tiempo y queráis. Al final de este camino, hubo en otros tiempos una fresca fuente muy hermosa y, un poco más arriba, había unas cuevas escavadas en la ladera. Desde allí se ve todo el río Darro, el barrio del Albaicín y la colina de la Alhambra. En una de estas cuevas que os digo, vivió durante muchos años una joven extranjera. De ella y de estos lugares, quisiera contaros una historia que quizá os guste mucho y sirva para entender lo que os estoy diciendo. Volved otro día.

La princesa y los arrendajos //Aj

Bajo la ventana de su aposento en la torre, crecía una higuera, un cerezo y un granado. Tres árboles muy hermosos que daban frutos en tres épocas diferentes del año. El cerezo florecía al llegar la primavera y solo unas semanas después, ya tenía cerezas maduras. La higuera daba sus frutos en verano y el granado, a mediados de otoño y en los primeros meses del invierno. Un poco más tarde, ya bien entrado en los fríos del invierno, maduraban las bellotas de la vieja encina que también crecía cerca de la higuera y del granado.

Y ella, a la princesa del arrendajo que era como la conocían en la Alhambra, le gustaba y disfrutaba mucho estos árboles, a los pies de la torre y bajo su ventana. En todas las épocas del año, los árboles estaban llenos de multitud de pájaros. Gorriones, currucas, palomas, carboneros… y especialmente de arrendajos. Aves muy hermosas, con plumas azules, negras y grises y picos recios y que continuamente revoloteaban de acá para allá gritando. Sobre todo, cuando veía a los jardineros acercarse a los árboles para coger las frutas. No le importaba a ella los gritos de estas aves sino que le gustaba y hasta le producía

cierta emoción. Por eso, nunca los espantaba ni los asustaba y con frecuencia les decía a los jardineros:
- Procurad no hacerles daños ni echarlos de estos árboles.
- Pero princesa, es que se comen todos los frutos mucho antes de que maduren. Y los más aprovechados y dañinos son los arrendajos.
- Pues son los que a mí más me gustan y por eso disfruto siendo su amiga.

Se enteró el rey de esto y un año, antes de que llegara la primavera, dijo al jefe de los jardineros:
- Cuando este año los arrendajos hagan sus nidos en la encina al pie de la torre, a ver si podéis coger algunas de sus crías cuando todavía estén pequeñas.
- ¿Para qué las quiere usted, majestad?
- Quiero hacerle un regalo a la princesa.
- Pero si ella tiene bajo su ventana, todos los pájaros que hay por estos lugares.
- Pero yo estoy pensando en algo que puede ser muy interesante. Ti vigila bien y a ver si podemos coger una cría de arrendajos antes de que vuelen.

Hicieron los arrendajos sus nidos en la encina, pusieron sus huevos, los incubaron y nacieron los polluelos. El jefe de los jardineros dejó que las avecillas crecieran y cuando ya estaban con sus cuerpos cubiertos de plumas, una mañana cogió el más grande y fuerte de la pollada. En una bonita jaula el rey se lo regaló a la princesa y ésta, se alegró algo pero no tanto como el padre había pensado.
- ¿Es que no te gusta?
Le preguntó el rey a la princesa.
- Me gusta mucho pero en libertad, como cada día los veo bajo mi ventana y por entre los árboles cercanos.
- Pero en esta jaula encerrado, podrás tenerlo en tu aposento, junto a las albercas y fuentes, en lo alto de la torre, por los jardines de estos palacios… y además, en esta jaula y sin libertad te sentirás más dueño de él.
- Ni los perros ni los gatos ni los pájaros, me gustan encerrados. Todos los animales de esta tierra deben ser libres como nosotros lo humanos. Pero ya que me lo has regalado, déjalo conmigo para que comparta con él algunos juegos y aprendamos mutuamente algo.

Se llevó la princesa el arrendajo metido en la jaula y lo puso en la ventana de su torre. Le dijo: “Aquí seguirás cerca de los tuyos y no te preocupes, en cuanto puedas volar, los dos juntos haremos cosas muy divertidas”. Ella misma le daba de comer cada día y poco a poco lo fue soltando de la jaula. “Para que aprendas a ser libre y para que compruebes que yo no quiero ser tu carcelera”. Le decía. Lo llamaba y cuando ya comenzó a volar, iba y venía desde su ventana a los árboles y luego a su mano y el hombro. Dialogaba con él comentando: “También te enseñaré sonidos y palabras para que nuestros juegos resulten más interesantes”.

Y un día, con su arrendajo en libertad, se fue por los jardines de los palacios. Se encontró con un muchacho algo mayor que ella, hijo de una familia de artesanos que vivía en la Medina. Le enseñó su arrendajo y le dijo:
- Podríamos irnos por la colina, más allá de estas murallas y jugar con él en las laderas que descienden para el río.

- Pues cuando tú quieras nos vamos.
Y sin pensarlo más, salieron por las puertas de la gran muralla y se fueron a los montes que hay por las parte altas del Generalife. Dijo el joven a la princesa:
- Déjame tu arrendajo que lo voy a soltar para que baje el río y vaya a las laderas de enfrente. Luego lo llamas a ver si vuelve.
Le hizo caso la princesa y al instante abrió la puerta de la jaula y dejó que el joven cogiera su arrendajo. Con cuidado y dándole confianza, el joven cogió el pájaro, lo asomó al barranco y le dijo:
- Surca el aire y enséñanos tus acrobacias.
Después de dudarlo un poco, el ave movió sus alas y lentamente se lanzó al vacío. Como una pluma sin peso, se dejó caer para el barranco y al verlo la princesa dijo.
- ¡Qué maravilla de vuelo! No hay nada más hermoso en este mundo que ser libre y surcar los espacios en busca de los sueños que llevamos en el corazón. Este arrendajo mío me está cada día enseñando eso. Es como mi guía hacia el aire y la luz que mi alma necesita. Porque, aunque tú no lo sabes porque nunca se lo dije a nadie, en la torre donde vivo encerrada cada momento ni soy feliz ni realizo el sueño que en mi corazón palpita. Si nosotros tuviéramos la capacidad de volar para surcar los espacios como este arrendajo nuestro ¿te imaginas lo emocionante que sería?
- Sería muy emocionante y algo más que un sueño bello.

Se oyó en ese momento unos soldados que andaban buscando a la princesa porque al rey le habían dicho que se había escapado de los recintos amurallados de la Alhambra par irse con el hijo del artesano. Se presentaron estos soldados a la princesa y le dijeron:
- Tienes que volver con nosotros ahora mismo a palacios.
- Estoy jugando con mi amigo y el arrendajo que me regaló mi padre.
- Cumplimos órdenes del rey, tu padre.
- Pero ahora y de este modo no voy a dejar aquí a mis dos amigos.
- Es lo que el rey nos ha dicho y nosotros debemos hacerle caso. Así que princesa, si nos lo pones difícil, tendremos que informar de ello a su majestad.

Quiso la princesa convencer a los soldados para se su amigo que viniera con ella pero no se lo permitieron. Tampoco le permitieron llamar y coger al ave que por los paisajes trazaba sus vuelos. Escoltada la llevaron a los palacios y cuando llegaron la presentaron al rey. Nada más verla, el padre le dijo:
- Tenías prohibido salir fuera de las murallas de la Alhambra, tenías prohibido juntarte con los hijos de los artesanos y te regalé un arrendajo para que lo disfrutaras en su jaula ¿por qué has desobedecido estas órdenes y te comportas de este modo?
- Mi amigo el hijo del artesano, es tan bueno que hasta quiere enseñarme algo nuevo que nunca nadie me enseñó en estos palacios.
- ¿Qué es lo que quiere enseñarte este amigo tuyo?
- La gran belleza de mi amigo el arrendajo en vuelo y en libertad y el modo en que también nosotros algún día podamos hacerlo.
- ¿Hacer qué?
- Aprender a volar y ser libre como los pájaros. Es maravilloso y en ello hay una felicidad que tampoco hasta hoy he gozado nunca.
Y el rey pensó en ese momento que su hija estaba mal de la cabeza. Que no

razonaba con lógica y por eso también pensó que debía tomar medidas seberas.

Le ordenó que se refugiara en sus aposentos y le prohibió que se viera más con su amigo el hijo del artesano. Mandó cortar los tres árboles y la encina que había bajo la ventana de su torre y dio órdenes para que los halconeros acabaran con todos los arrendajos que por la colina de la Alhambra había. Y el primero de los arrendajos que quedó sin vida fue el que la princesa había cuidado y tenía como a su mejor amigo. Apenada y muy triste, desde su ventana en la torre, cada mañana contemplaba los jardines y colina de la Alhambra. Y como no sabía nada de las aves abatidas por los halconeros, llamaba y llamaba a su amigo y éste no aparecía.

Pasó el tiempo y la princesa se casó con un príncipe de otro reino lejos de Granada. Vivió algunos años, no tuvo hijos y nunca fue feliz porque se acordaba y acordaba de sus vivencias de pequeña y de los tres árboles bajo la ventana en su torre que habían sido cobijo de muchas aves libres y bellas. Murió un día esta princesa sin llegar a ser reina y la enterraron el algún sitio secreto de la Alhambra. Su amigo el artesano, ahora ya muy mayor, en una gran losa de mármol, esculpió este mensaje: “Quise aprender a volar contigo para irnos a mundo lejanos, para hacer de la libertad nuestro norte y guía. Tú, hoy por fin y como tu arrendajo, eres espíritu en el cielo, en algún lugar del Universo. Mi corazón de ti, estuvo siempre enamorado”. Colocó luego esta losa en la ladera donde muchos años atrás, su princesa y él, dieron libertad al arrendajo cautivo. Mirando al barrio del albaicín y al gran valle y aguas del río Darro.

Y nadie supo cómo ni por qué pero según fue corriendo el tiempo, los jardines, huertas y bosques de la Alhambra, se fueron llenando de arrendajos. Se les veían al llegar la primavera, a lo largo del verano y comienzo del invierno. Siempre revoloteando y gritando como si buscaran o llamaran a alguien. Por eso algunas personas decían:
- Estas aves parecen que esperan que en algún momento se presente por aquí a jugar con ellos la princesa.

Hoy, después de tanto y tanto tiempo, los arrendajos siguen volando por los bosques y jardines de la Alhambra. Y donde más se ven y en casi todas las épocas del año, es por las partes altas del Generalife, biblioteca y aparcamientos. Siempre revoloteando de acá para allá y siempre gritando o llamando no se sabe a quién.

El valle de los cerezos //Pa

Que la Alhambra hoy es un monumento grandioso, con mucha fama y muy visitada por los turistas, nadie lo duda. Que en tiempos pasados, cuando este monumento nacía, también fue algo hermoso y único, tampoco hoy nadie lo pone en duda. Pero que en aquellos tiempos, estos palacios y los reyes y personas que lo habitaron, fueron causa de muchas desgracias, guerras, batallas y muertes, también es cierto. Y que la Alhambra para ser alzada y llegar hasta nuestros días y tal como hoy la conocemos, se llevó por delante la vida de

muchas personas y la destrucción de muchos paisajes y riquezas, es algo que no todos saben ni tienen en cuenta.

Pero ocurrió así y de ello hay muchas referencias, algunas escritas y, las más significativas y valiosas, por completo ignoradas. Y un caso claro de lo que digo, estuvo en el desaparecido y hoy por completo ignorado Valle de los Cerezos. Lugar hermoso como pocos en este suelo al levante de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada. Donde el terreno se recoge entre dos largas cuerdas y era bañado por varios arroyos y cascadas que descendían desde lo alto. A media ladera, entre las tierras llanas y las partes altas, tenían ellos huertos. Bancales de tierras que hacía mucho tiempo habían sembrado de nogales y cerezos. Cultivaban también estas tierras con hortalizas y cereales pero lo que con más cariño cuidaban, eran los cerezos.

Por eso estos árboles, algunos tenían troncos muy recios y grandes ramas y otros, cuando llegaba la primavera, se tupian de flores blancas y olorosas. Poco después y al comienzo del verano, estos árboles se cargaban de hermosas cerezas rojas que ellos cogían cada mañana y compartían luego entre sí. También las aves de estos lugares se comían parte de la cosecha y lo mismo otros animales. Pero a ellos no les importaba porque eran amantes de la naturaleza, de la libertad y del gozo que les proporcionaba el rincón donde vivían. Y, sobre todo, de sus hermosos bancales sembrados de cerezos. Por los caminos, para descender desde los bancales hacia las casas o para ir a los arroyuelos o cascadas, sembraron muchas higueras. Y estos árboles, también al llegar el verano, daban riquísimas brevas y luego, higos negros, rayados y blancos.

Pero un día de primavera, justo cuando los cerezos empezaban a llenarse de frutos maduros, al salir el sol, desde las puertas de sus casas, ellos observaron algo muy extraño. Bañados por los rayos del sol, toda la gran ladera de los cerezos, se tiñó de color naranja oro. Luego estos colores fueron cambiando hasta transformarse en brillantes llamas rojas sangre y negras. Asombrados, algunos de los hombres se preguntaban:
- ¿Qué será lo que ocurre esta mañana en los bancales de nuestros cerezos?
- No lo sabemos pero es un fenómeno que nunca se ha visto por aquí.
- Y es hermoso el espectáculo al tiempo que resulta extraño y misterioso.

Y aquella misma mañana y solo unas horas después del espectáculo de colores, aparecieron en el valle muchos soldados y generales. Acorralaron a las personas dueños de los cerezos y los asustaron diciéndoles:
- Los ejércitos y habitantes de la Alhambra, reyes, princesas y otras personas importantes, necesitan alimentos. Desde este mismo instante, este valle ya no os pertenece ni tampoco los cerezos ni sus frutas. Todo lo que hay por aquí, pasa a ser propiedad de los habitantes importantes de la Alhambra.
Y como aquellas pobres personas se asustaron tanto ni siquiera abrieron sus bocas para protestar o pedir explicaciones. Unas horas después, recorrían los caminos de aquel valle para irse lejos y dejar por allí no solo sus cerezos y manantiales sino también sus ilusiones y sus sueños.

Durante un tiempo, personas de la Alhambra, recogieron frutas y hortalizas de aquellos terrenos. Para comérselas en los palacios y para alimentar a los soldados en las guerras. Pero según fueron corriendo los días, todo por aquel lugar iba quedando por completo abandonado. Se secaron los cerezos y las higueras, por los bancales crecieron abundantes y vigorosas zarzas y otra vegetación y las lluvias, las nieves y los vientos, fueron transformando aun más aquel precioso y recogido Valle de los Cerezos. Siguió avanzando el tiempo y como también en la Alhambra y alrededores, muchos morían y otros tuvieron que irse, lo del Valle de los Cerezos quedó cada día más y más perdido y abandonado.

Hoy, de todo aquello, solo a través del tiempo emerge este sencillo relato. No para salvar nada ni para revivir el hermoso Valle de los Cerezos sino para dar testimonio de que la Alhambra, destruyó mucha belleza y quitó la vida a muchas personas pobres. Por eso decía al principio que la Alhambra hoy será un grandioso monumento para los turistas y otras personas pero en sus entrañas, tiene un mundo oscuro lleno de sangre y dolor. Y digo esto porque si aquel Valle de los Cerezos no hubiese sido arrasado del modo en que resultó ¿no habría existido allí durante mucho tiempo y puede aun todavía, un mundo hermosísimo, libre y puro? Algo que incluso superaría en dignidad y grandeza a los propios recintos de la Alhambra y a muchas de las personas que la habitaron.

Porque los pobres, los que rezan cada amanecer al cielo para agradecer el aire que respiran y el agua de los manantiales, tienen grandes tesoros en sus corazones y poseen infinitas bellezas en sus alma. Y son los únicos que de verdad engrandecen todo lo que tocan y llenan de honor y pureza hasta los más pequeños rincones de este suelo.

Monedas de barro //Rd

El invierno que ha pasado, ha sido muy lluvioso. Tanto, que el río Darro a lo largo de estos meses de invierno y primavera, ha bajado muy crecido y con mucha arena, rocas, árboles y monte. Por el camino que, desde el Puente del Aljibillo lleva a la Fuente del Avellano, se ha hundido un trozo de torrentera. Y la otra tarde, ahora ya verano muy caluroso, me dispuse recorrer este camino hasta el rincón de la fuente. Quería ver el trozo de torrentera hundido y quería ver la cueva donde vive, desde hace años, una joven extranjera.

Pero justo al cruzar el Puente del Aljibillo, me tropecé con él. Un joven vestido todo de blanco, túnica azul y barbas negras que al encontrarse conmigo, mi miró, se paró, me saludó y me dijo:
- Por la Fuente del Avellano, ahora no hay agua. Han roto el grifo que hace unos años pusieron ahí y por donde la cueva de la joven extranjera, las zarzas han crecido y los caminillos están casi todos tapados por la hierba. Un gato gris y manso vive allí, como único amigo de esta muchacha. Es hermoso aquello por la libertad que transmite pero da pena y llena de tristeza las cuevas y las personas que las habitan.
- ¿Y la torrentera hundida?
- La están arreglando pero el río por aquí y con estos calores, ya ves como se

encuentra.
Miró para el curso de las aguas, señaló con su mano y siguió comentando:
- Ahí hay dos muchachas sentadas al borde de la corriente jugando con sus perros, un poco más allá, han puesto un sillón en medio del río y uno toca la guitarra, aquí debajo del puente, dos jóvenes y una muchacha beben cerveza mientras miran a las aguas y en este lado del cauce, otras jóvenes toman el sol casi desnudas. Este río Darro y por aquí, ya no es lo que fue.

Dejó de hablar por unos segundos y entonces aproveché para preguntarle:
- ¿Y qué fue este río Darro y cuándo?
- Por aquí mismo, por donde acabo de señalarte el espectáculo que ves, todo parecía un pequeño reino encantado, en los tiempos de los reyes de la Alhambra.
- ¿Cómo por ejemplo?
- Dos niños, ella y él y hermanos, con frecuencia se venían a jugar a las pequeñas playas de arena que la corriente de las aguas por aquí habían labrado.
- ¿Y a qué jugaban?
- Su juego predilecto era coger pequeñas pellas de tierra mojada y hacer con ellas monedas redondas o cuadradas. Las ponían al sol para que se secaran y luego las iban guardando en una cueva chica que había al lado de la umbría de la Alhambra.
- ¿Y para qué querían ellos estas monedas de barro?
- Era su juego y por eso soñaban que un día todas estas monedas se les convirtieran en oro. Se decían mientras jugaban: “El día que estas monedas nuestras se nos conviertan en oro, seremos más ricos que todos los reyes de la Alhambra”.

- ¿Y se convirtieron en oro en algún momento sus monedas de barro?
- Ellos soñaban esto y como se lo decían a las personas, un día, de la Alhambra bajaron dos guardias vestidos de negro y les robaron todas sus monedas de barro. Apenados y tristes lloraron ellos y acudieron a la madre para que les ayudara. Ésta les dijo:
- Vuestras monedas eran muy bellas pero vuestros sueños y juegos son mucho más valiosos que esos trozos de barro. Por eso, no estéis tristes. Ellos no se han llevado lo más valioso de vuestro tesoro. Así que seguí jugando por las orillas y playas de arena de este río.

Y aquellos niños, por aquí continuaron con sus juegos durante mucho tiempo. Y todos los que pasaban, al verlos, decían:
- Nunca este río y por aquí ha sido antes ni lo será en el futuro más hermoso que con la presencia de estos niños, aquí y ahora, jugando sus juegos y soñando sus cosas.
Al llegar a este punto del relato, el joven de la túnica azul, quedó en silencio. Miró un momento para la Alhambra y a punto de irse, me dijo de nuevo:
- Si tú comparas lo que ahora mismo ves por las orillas y en las aguas de este río con el juego y la ilusión de aquellos niños, ¿te atreverías a decirme cual de los dos cuadros encierra más belleza y tiene más valor eterno?
No supe qué responderle. Se despidió de mí y al poco lo vi subiendo por la Cuesta del Rey Chico.

Las niñas de las flores //Ba

Ahora por ahí pasan a diario los turistas, algunos se paran a observar la calle, otros hacen fotos, miran a los mapas y luego siguen. Y como la calle es estrecha y acaba o empieza justo en la Carrera del Darro, a ellos les llama mucho la atención esta curiosidad, las macetas con flores que cuelgan en algunos balcones y la vista de la Torre de la Vela, en la colina de la Alhambra.

Pero ninguno de estos turistas y ni siquiera las personas que ahora viven por este lugar del Albaicín, saben nada de ellas. Para indagar en las cosas y conocer su valor real, más de una tarde cuando he pasado por aquí, a las personas mayores les he preguntado:
- ¿Sabéis vosotros algo de aquellas dos niñas amantes de las flores?
Muy sorprendidos, siempre me han mirado y pasado un rato, me han preguntado:
- ¿A qué dos niñas te refieres?
- Dos pequeñas, muy amigas que vivieron por aquí hace muchos años y se les veía con frecuencia en esta calle con ramos de flores frescas y olorosas.
- Pues nunca nadie nos habló de estas niñas. Y ahora, fíjese usted: por estos lugares solo van y vienen turistas, hay gatos sucios y hambrientos en el río y muchos jóvenes con pelos largos, también van y vienen con sus perros, sin ningún control. De ningún modo se parece hoy esto a la imagen que usted nos describe de esas dos niñas amigas amantes de las flores.

También he preguntado a personas cultas y he investigado en libros y archivos y por ningún sitio hallé rastro de estas dos pequeñas. Pero, a pesar de lo dicho, si sé que ellas, cada mañana y en los días de primavera y verano, se ponían en la esquina de una de estas calles y a todo el que por aquí pasaba, le decían:
- Se vas al campo o a las huertas del río, cuando vuelvas, tráenos un ramico de flores. A ser posible, de las más olorosas y frescas que encuentres y de colores azules o violeta.
- Si puedo y me acuerdo, cumpliré con vuestro encargo pero no estoy seguro de ello. Sin embargo, una pregunta: ¿por qué las flores que pedís tienen que ser azules o violeta?
- El color del cielo o de los atardeceres mágicos, es el que más nos gusta. Es nuestro sueño.
Un hombre mayor que no vivía en el barrio y que aparecía de vez en cuando por el lugar, se acercaba a las niñas amigas, le ofrecía un ramito de flores pequeñas color violeta y muy olorosas y les decía:
- Que vuestras vidas sean siempre perfumadas como estas flores y que la historia os recuerde con el mismo aroma. Nada hay más hermoso en esta vida ni existe más valiosa empresa.

Las dos niñas cogían el ramito de flores que el hombre les ofrecía y le preguntaban:
- ¿Cómo se llaman y de qué lugar las has cogido?
- Se llaman trozos de cielo y las he cogido de la estrella más brillante que hay en el paraíso de ese cielo.
Y la niña más pequeña, la que casi siempre tenía sus ropas sucias y rotas, le

decía a la amiga:
- ¿Tú ves como en el cielo hay flores bellas y olorosas y de color azul violeta? Mi madre me lo dijo muchas veces y por eso ahora me envía desde allí estas flores, trozos de estrellas. Me sigue recordando de igual modo a cuando vivía a mi lado en esta tierra.
Le daban las gracias al hombre mayor y le pedían que volviera al día siguiente con otro ramito de flores. Volvía el hombre de nuevo con flores frescas y olorosas hasta que un día de verano, ni las dos amigas aparecieron en la esquina de la calle ni el hombre mayor regresó con más florecillas azules violeta.

Algunos vecinos dijeron:
- Ni ellas ni él vivían en este barrio sino que tenían por aquí su corazón y su sueño. Pero ahora que no están, todo por estos sitios es menos bello y ni siquiera el aire huele a incienso. Aunque en el fondo, sí al pasar por esta esquina, el alma parece impregnarse de un aroma indescriptible, como de azul cielo y brisa fresca.
La niña casi desnuda y sucia, tenía su cara redonda, su pelo era negro, sus ojos muy brillantes y siempre sonreía. Su compañera era más pequeña y siempre estaba como refugiada en la ilusión y alegría que manaba de su amiga. Y hoy, cuando de aquello ha pasado tanto tiempo, cada tarde que por aquí paso, miro a la Alhambra, oigo el rumor de las aguas del río Darro y observo a las personas y me digo: "Nuestros ojos no están preparados para verlas pero yo sé que aquí siguen con su sueño y, en sus manos, sostienen pequeños ramilletes de flores perfumadas, color azul violeta".

La mujer soberbia //Aj

Tenía poder aunque nunca había sido elegida democráticamente por nadie. Porque su poder se cimentaba en las riquezas que poseía, en las mansiones donde vivía y en las personas que a su alrededor le servían y adulaban. Y como usaba este poder no para hacer el bien a las personas y mejorar el mundo donde vivía sino para llevar a cabo cualquier capricho que se le antojara, un día dijo a sus secretarios:
- Ese hombre sabio que predica por el Albaicín y por los lugares de la Alhambra, no lo quiero.
- Eso lo sabemos nosotros señora, sin que usted nos lo diga pero este hombre es muy querido por muchas personas. Y lo quieren porque es bueno y siempre respeta y trata con la mayor dignidad hasta al más pobre de estos lugares.
- Y porque yo no soy como él ni hago lo que me pide, siempre me está criticando y diciendo a todo el mundo que soy una soberbia y dura de corazón y alma.
- Pero le advertimos, señora, que de ningún modo deberíamos ir contra él porque muchos se nos echarían encima.

Y la mujer soberbia, soltera, sin hijos, con grandes riquezas y un bonito palacio en la colina de la Alhambra, no presionó más a sus secretarios. Sí en su mente comenzó a maquinar y lo primero que hizo fue mandar a construir una especie de auditorio, grande y lujoso por donde hoy se encuentran las tierras del Generalife. Tardaron algunos meses en levantar esta construcción pero un día

de primavera, ya estaba a punto para su inauguración. Dijo a sus secretarios:
- Este recinto va a ser usado para cosas culturales y que lo disfruten todas las personas. Quiero amargarle la vida al hombre sabio y bueno que siempre habla mal de mí. Deseo acabar con él haciéndole creer a todos sus amigos que no es la persona buena que ellos piensan.
- Pues lo que usted diga y ordene, señora. Nosotros siempre estaremos de su lado.

Y aquel mismo día ordenó que se invitara a un hombre joven que ella conocía y del que estaba ocultamente enamorado. Ordenó que se celebrara en su palacio una suculenta cena y este joven fuera invitado a la fiesta. Cuando la mujer estuvo al lado del joven, le dijo:
- Necesito a una persona que hable bien y pronuncie brillantes discursos para la inauguración de mi salón cultural.
- Pues nadie hay por estos contornos más culto, sabio y brillante que el hombre que usted sabe.
- Es que de eso se trata: quiero que tú le hables a la gente de una manera hermosa y profunda para que las personas retiren su cariño a ese hombre y empiecen a confiar en mí. Tu oratoria y sabiduría debe convencerles de la manera más auténtica.
- Pero usted sabe, señora que yo no tengo tanta cultura ni soy tan sabio ni mi corazón ama de la misma manera.
- Pues por mí, debes hacer lo que te estoy pidiendo.

No tuvo otra alternativa el joven y al día siguiente, por todo el barrio del Albaicín, por toda la colina de la Alhambra y por toda la ciudad de Granada, se anunció la inauguración del salón cultural. Y en esta propaganda se anunciaba con toda claridad que el hombre culto y sabio que todos conocían, sería el encargado de pronunciar el discurso inaugural. Y se decía también que no había otra persona en el mundo más brillante y más respetado hasta incluso por los más pobre e inválidos. Y al saberse esto, tanto en el barrio del Albaicín como en la Alhambra y en Granada, unos a otros se dijeron:
- Pues tenemos que ir a ver y oír a este amigo nuestro tan bueno y sabio. Sus palabras, además de ser siempre las más bellas, dicen verdades tan grandes, que llenan de ánimo, iluminan mucho y dan valor y futuro a los más pobres y desvalidos. Como este hombre nunca hubo otro por aquí.
- Desde luego que de ningún modo podemos perdernos las brillantes palabras de este gran amigo nuestro.

Pero la mujer soberbia, llevó a su palacio al joven gallardo, le entregó lujosas ropas y le dijo:
- Tienes que ponerte estos pantalones verdes, esta camisa roja, el gorro azul y blanco y este negro cinturón.
- ¿Y esto para qué, señora?
- Porque vas a ser el afortunado de pronunciar el discurso inaugural y por eso debes presentarte ante la gente, vestido con lo más elegante. Para impresionar y que todos acepten que eres mejor que el sabio que tanto admiran.
- Pero si ya le dije que yo nunca en mi vida he pronunciado un discurso. Será un fracaso porque ni tengo cultura ni poseo el don de palabra que sí tiene ese hombre que usted odia tanto.

- Lo harás por mí y recibirás una bonita recompensa a cambio.

Al caer la tarde, las personas fueron llegando al recinto cultural. Todos entusiasmados por la oportunidad que se les había presentado para oír y ver al gran sabio y hombre bueno. Por eso, cinco minutos antes de comenzar el evento, el salón estaba rebosando. Y al llegar el momento, se hizo un gran silencio. Apareció en el escenario el gallardo joven vestido de la forma más estrafalaria y al verlo, un gran murmullo y revuelo se formó entre todos los presentes. Enseguida empezaron a levantarse y antes de que el joven pronunciara las primeras palabras, ya no quedaba nadie en el gran salón. Se acercó el joven a la mujer soberbia y le preguntó:
- ¿Qué hago yo ahora si todos se han marchado?
- Está claro que tu discurso inaugural ha sido profundo y brillante incluso sin que hayas pronunciado ni una sola palabra. Por eso la que te pregunta soy yo a ti: en vista del éxito de este evento ¿qué hago yo ahora con mi soberbia, con las personas que me odian, con el hombre sabio que tanto me critica y contigo?

Años después, a esta mujer, se le veía pasear por algunos recintos y jardines de la Alhambra. Siempre iba sola, cabizbaja y como abstraída de la realidad que le rodeaba. Los que la conocían comentaban:
- Desde aquel día del discurso inaugural, esta mujer no es la misma. Algo profundo ha debido ocurrir en su corazón y la ha convertido en otra persona.
- Y es una pena porque ella era hermosa y tenía una luz y brillo en sus ojos que deslumbraba. Pero como a nadie cuenta nada, no sabemos qué le pasa.

Llamó ella un día a uno de sus administradores y le dijo:
- Cualquier día de estos me muero y de mi corazón y mente no puedo apartar el pensamiento del hombre sabio y bueno. Por más que lo he intentado, de ningún modo he podido acabar con él. Es como si solo le importara ser honrado y hacer el bien y por eso no teme a nada ni a nadie. Y mucho menos le importa el dinero o la comodidad de suntuosos palacios.
Y al darse cuenta el administrador el gran disgusto y fracaso personal que la mujer alimentaba en su corazón, le preguntó:
- ¿Quiere usted que un día hable con ese hombre y le pida que venga a verle?
- Quiero que hagas eso porque presiento que cualquier día de estos, la muerte me visitará y me iré con la sensación de haber arruinado para siempre mi vida.

Buscó el administrador al hombre sabio y bueno y al día siguiente vino al palacio de la mujer soberbia. La saludó con la mayor cortesía y sin más rodeos, ella le preguntó:
- Cuando dentro de unos días por fin la muerte me lleve ¿qué voy a encontrarme en ese otro mundo que tú dices existe y no se compra con dinero?
- Eso solo Dios lo sabe pero sí tengo claro que quien en esta vida no procede con amor y cariño a los demás, es probable que allí no encuentre un paraíso. No ha hecho méritos en esta tierra para conseguirlo.
- Y todas esas personas que tanto te quieren a ti y siempre a mí me han criticado ¿seguirán siendo mis enemigos después de mi muerte?
- Si usted no hizo nada bueno para consolar sus penas y dolores ni para aliviarlos algo en su miseria en los días de su vida en esta tierra ¿por qué ellos van a recordarla con cariño y para siempre?

- Y en los cuatro días que me queda de vida ¿qué puedo hacer para remediar este tan desgraciado entuerto?
- Algo podría usted hacer pero no es lo mismo proceder con miedo a lo que pueda encontrar después de la muerte que vivir toda la vida en la verdad, amando lo bello y siendo bueno con los demás.

Tres días después de esta conversación, la mujer murió. Solo algunos la lloraron pero no por el amor que le tenían. Sus administradores la enterraron donde ella había construido el gran auditorio, por encina de los palacios de la Alhambra y frente al barrio del albaicín y luego comentaron:
- Nada bueno ni hermoso hizo en este suelo. El poco amor que tenía en su corazón lo gastó en sí misma y en su avaricia por los lujos y el dinero. ¿Cómo es posible que ahora Dios le regale y, para toda la eternidad, un paraíso lleno de luz y paz en algún lugar del Universo?

Fuenteliria //Pa

El sueño de un científico

> Los paisajes al levante de Granada,
> antes de las cumbres de las nieves,
> y por donde nacen los ríos de las aguas blancas,
> contienen más belleza y misterios
> que todos los mundos de la Alhambra.

I- Desde un país lejano llegó a Granada con la intención de conocerla y visitar la Alhambra. Pero además de esto, el motivo principal por el que venía a esta ciudad era, según decía él, “para descubrir un gran misterio”. Algo que había leído en algunos de los antiguos libros y a lo que nadie ahora daba importancia a pesar del valor, según también su opinión, tenían. Comentaba a los amigos:
- El lugar de Fuenteliria y Molino del Avellano, están lleno de secretos que encierran grandes misterios. Tengo que recorrerlos y descubrir para la humanidad, todos los signos y mensajes que ese camino y territorios encierran.

Por eso, en cuanto pisó las calles de Granada, lo primero que hizo fue preguntar por Fuenteliria. Unos y otros y también en las oficinas de turismo, le dijeron:
- Que mire usted, señor, que aquí en Granada y en los paisajes que rodean, no hay ningún manantial ni lugar con ese nombre.
- No lo conoceréis vosotros pero yo estoy convencido de que esa fuente existe.
- ¿Y por qué lugar cree usted que se encuentra?
- No lejos de Granada, entre la colina de la Alhambra y las montañas de Sierra Nevada.
- Pues ya le decimos: nadie en esta ciudad ni conocemos ese sitio ni hemos oído hablar de él nunca.
- ¿Y alguna persona mayor que haya vivido por los rincones que digo?
- Quizá el viejo pastor del Albaicín. Vaya a ese barrio y pregunte.

Apuntó en su cuaderno esta recomendación y al caer la tarde del caluroso día de verano, se encerró en la habitación de su hotel, desplegó mapas,

miró los apuntes en sus cuadernos, leyó algunos capítulos de varios libros que creía interesantes y ya muy cansado y casi de madrugada, se fue a la cama. Todavía antes de coger el sueño, imaginó muchas cosas e hizo planes y, con todas estas imágenes y emociones en su mente y pensando en el viejo pastor que le habían dicho, se quedó dormido. Tuvo un sueño y en él, vivió lo que pongo a continuación:

Al ponerse el sol por la Vega de Granada, recorría el Paseo de los Tristes y subió al barrio del Albaicín. Preguntó por el viejo pastor y cuando por fin lo encontró y le contó qué era lo que por esta ciudad buscaba, el anciano le dijo:
- Puedo llevarlo a usted al lugar que dice pero le advierto que hace ya muchos años que no recorro eso. Puede que todo lo que por ahí encontremos, esté ya por completo cambiado y muchas cosas, incluso hayan desaparecido.
- Eso no importa y hasta incluso pienso que es mejor. Así tú me cuentas las cosas tal como las conociste cuando eras pequeño y yo las comparo con lo que he leído en los libros y lo que ahora por ahí encontremos. Será un descubrimiento fascinante. Esto es lo que exactamente estoy buscando.
- Pues cuando quiera usted vamos y recorremos esos lugares y caminos.
- Mañana mismo, a primera hora, nos ponemos en marcha. Pero antes ¿te puedo hacer una pregunta?
- Pregunte usted lo que quiera, señor.
- Por hacer de guía y explicarme las cosas ¿qué me vas a pedir a cambio?
- Eso lo hablamos cuando terminamos lo que estamos planeando. Pero para su conocimiento y tranquilidad, le digo que no voy a pedirle dinero ni ropa ni propiedades. Solo algo que usted puede darme sin gran esfuerzo y que se lo haré saber, como ya le he dicho, cuando demos por finalizado lo que estamos acordando.
- Pues confío en tu palabra y mañana nos vemos.

II- A primera hora del día siguiente, pastor y extranjero, salieron de Granada, siguiendo las veredas que discurrían por los cauces de ríos y arroyos. Y era ya más de medio día cuando llegaron al punto que el pastor había planeado. Un sitio bastante lejos de la Alhambra y donde se abría un valle surcado por algunos arroyuelos con aguas frescas y claras. Dijo el pastor al investigador:
- En esta ocasión, vamos a dormir aquí para que usted también sepa lo que es pasar la noche al aire libre, frente a los cielos estrellados de estas montañas.
- Es interesante tu plan pero ¿qué esperas enseñarme con ello?
- El camino que desde este punto vamos a recorrer hasta las primeras casas del Albaicín, lo hice yo ciento de veces siendo pequeño y siempre al comenzar el día. Quiero revivir esa experiencia para contarle las cosas tal como las tengo en mis recuerdos almacenadas.
- Pues sea como quieres.

Enseguida se pusieron a buscar un lugar para acampar y pasar la noche. Lo encontraron junto a una gran roca donde la hierba crecía abundante y brotaba un copioso manantial. Buscaron algunas ramas secas, hicieron fuego para calentar alimentos y por si el frío, a lo largo de la noche, aparecía. Y un poco antes de ponerse el sol, el científico dijo al pastor:
- Si me describes la ruta que aremos mañana, dibujaré un pequeño plano que

iremos luego completando según recorramos el camino y descubras las cosas.
- Eso está hecho ahora mismo. Coja usted papel y algo para escribir que empiezo a contarle: el primer tramo del camino es desde la junta de los dos arroyos de la encina hasta Fuenteliria. Ya verá usted qué bonito y misterioso es eso. Desde Fuenteliria avanzaremos hasta el famoso trozo conocido con el nombre de Camino de la Fruta, ruinas de las casas y Molino del Avellano. Desde ahí, ya avanzaremos derecho al Huerto y Casa de la Higuera, a solo unos metros de las primeras calles del barrio del Albaicín. Esto es, en esquema y muy rápido, lo que mañana veremos.
Sobre una hoja de papel en blanco, el científico dibujó un pequeño plano y puso algunos nombres en los puntos más destacados. Luego dijo:
- Ya tengo bastante claro el esquema. Luego esta noche, mientras cogemos el sueño en medio de estos campos y a la luz de la luna, te preguntaré cosas concretas que deseo saber.
- Usted pregunte todo lo que quiera pero ya le dije que lo mejor es recorrer el camino y ver y explicarlo en directo.

III- Mientras la noche fue avanzando y la luz de la luna iluminaba los campos, hablaron de muchas cosas. De fondo les acompañaba el rumor del claro manantial brotando bajo la roca y el canto de los grillos. Hasta que en un momento de la conversación, el pastor dijo:
- Al amanecer, verá usted que hermoso se ve este valle. Y como en este lugar tengo tantos recuerdos y todos bonitos aunque en aquellos días fueran duros, ahora se me viene a la mente la imagen de mi mejor amigo.
- ¿Le ocurrió algo a este amigo tuyo?
- La imagen que este momento viene a mi mente es la de aquel día por la mañana temprano. Subía él desde las tierras llanas de este valle e iba por las veredas surcando la ladera cuando de pronto, me lo encontré de frente. Al vernos nos paramos, nos saludamos y enseguida le pregunté:
- ¿A dónde vas por aquí a estas horas tan tempranas?
- Ya he terminado.
- ¿Qué es lo que has terminado?
- He recorrido todo el valle después de venir de las montañas al otro lado y ahora me dirijo a Granada.
- ¿Qué tienes que hacer allí?
- Me han llamado de los palacios de la Alhambra para que les des una información.
- ¿Información de qué?
- Por lo visto alguien por allí ha dicho que yo soy amante y conozco bien todas estas montañas. Quieren escribir un libro y realizar algunos planos y me necesitan para que les confirme los nombres de los lugares y caminos de estos sitios.
Al oír esto, en mi corazón tuve un extraño presentimiento. Sabía que mi amigo era la persona que mejor conocía todos estos lugares, valles y montañas. Y sabía que más amante de la naturaleza, caminos, fuentes y ríos no había otro en toda Granada. Por eso eché una amplia mirada a este valle, observé a mi amigo durante unos segundos y empujado por lo que en mi corazón sentía, le volví a preguntar:
- ¿Y ya no volverás más por aquí?
- Seguro que sí pero si ahora me llaman para que les confirme nombres y sitios,

no me queda otro remedio que ir.
- Sé que como tú de bueno, fuerte y sano no hay otro en el mundo. Por favor, vuelve.
Y mi amigo me dio un abrazo y nunca más volvió por aquí. Desde entonces para mí, estos lugares tienen un significado extraño: bellos, desde luego por el recuerdo de aquel tan buen amigo pero también triste y con sabor amargo y lejano. Cuando las cosas que amamos, se rompen en el corazón y para siempre, la vida entera cambia de color, de sentido y hasta de valor. Con la pérdida para siempre de aquel tan gran amigo mío, aprendí mucho en mi soledad y refugiado en mi especial dolor.

IV- En silencio total y con el aliento contenido, el científico había escuchado el sencillo relato del pastor. Mientras con sus ojos observaba asombrado las estrellas en el oscuro cielo y los blancos rayos de la luna reverberando sobre las últimas nieves en las cumbres de Sierra Nevada. Guardó silencio también el pastor y, durante unos minutos, se concentró en el rumor del agua brotando en el manantial bajo la roca. Poco después, a los dos los venció el sueño.

Cuando despertaron ya el sol se derramaba por los campos. De sus mochilas sacaron algunos alimentos, los compartieron y después de apagar el fuego, se dispusieron a comenzar la ruta que tanto le interesaba al científico. Por eso, cuando ya bajaban por la ladera al encuentro de la junta de los arroyos antes de Fuenteliria, preguntó al pastor:
- ¿Y lo de la encina milenaria y el granado de las tres ramas retorcidas que anoche me decías?
- Lo del granado y la encina son también partes importantes de mis vivencias por estos lugares y ahora sucede que de ningún modo puedo borrar de mis recuerdos.
- Tus recuerdos me sirven a mí para enriquecer la investigación que pretendo. Te pagaré muy generosamente si me sigues ilustrando con estas vivencias tuyas por aquí.
- Ya le dije a usted que ni una moneda voy a cobrarle por lo que ahora comparto. No me interesa el dinero ni el oro ni la plata. Después de los años vividos, he descubierto que hay cosas mucho más importantes y para siempre valiosas. Pero como también le dije, de todo esto hablaremos cuando concluyamos el camino que ahora comenzamos.
- Y estuve y estoy de acuerdo pero descubro que tu corazón es noble y tú eres sincero. No quiero que en algún momento pienses que me estoy aprovechando de ti.
- Nunca pensaré eso sino todo lo contrario: usted me está ofreciendo una oportunidad como nunca he tenido en mi vida. Vamos ya llegando a la junta de los arroyos y como enseguida aparecerá ante nosotros la gran encina que le dije, voy a contarle la pequeña historia de mi perra de agua, blanca y negra. Lo del granado de las tres ramas retorcidas, se la explicaré después.
- Pues adelante que estoy deseando escucharte.

V- Y el viejo pastor, aguardó unos minutos antes de comenzar su relato. Llegaron a la encina milenaria, a la izquierda del camino y exacto donde los dos arroyos se juntan, se apartó de la senda, avanzó hacia el tronco del árbol, lo tocó

con sus manos y apoyándose luego en la hierba ya casi seca, se sentó en el suelo. Procurando que el grueso y gris tronco del árbol le sirviera de respaldo, mientras miraba en la dirección en que se iban las aguas por el arroyuelo. Le pidió al científico que le acompañara, invitándole a que se sentara en la piedra de la derecha y éste le hizo caso. Después de unos segundos que le sirvieron como para meditar o relajarse un poco, el pastor habló y dijo:
- Sobre el tronco de esta encina y tal como ahora estamos sentados, es como me gustaría terminar los últimos momentos de mi vida. Respirando el aire puro de estos lugares, escuchando el rumor del agua de este arroyuelo y mirando para las cumbres de Sierra Nevada. La muerte más hermosa y digna que siempre he soñado y cada día le pido al cielo. Y me gustaría que el día que la muerte se digne llevarme de este suelo, me sorprenda sin avisar, sin dolor ni complicaciones para otras personas porque creo que es la forma más hermosa para irse de este mundo. Morir de repente, solo conmigo mismo y con el cielo frente mí lleno de estrellas y, de fondo, la música del viento y el perfume que respiré desde pequeño.

Lo escuchó muy sorprendido el científico y no supo qué responder ni comentar. Por eso se mantuvo en silencio con la intención de no perturbar el momento. Pasado unos minutos, el viejo pastor de nuevo habló diciendo:
- Era yo pequeño cuando un día, junto al camino estaba con mi padre cuidando el rebaño de ovejas. Pasó por allí un hombre con una borriquilla y dentro de las aguaderas llevaba un perrillo con no más de un mes de vida. Al verlo tan blanquito, regordete y juguetón, le dije al hombre de la borriquilla:
- ¿Me regala usted este perrillo?
- ¿Para qué lo quieres?
- Pienso que puedo criarlo y darle todo lo que necesite para que sea mi amigo.
Y el hombre miró a mi padre y oí que dijo:
- El chiquillo está solo y tiene necesidad de jugar con alguien.
- Pues tenga usted este cachorrillo y déselo a su hijo para que lo cuide y tenga un buen amigo. Es de una raza que por aquí llaman de agua. Por eso, si lo educa bien, cuidará de los animales mejor que usted.

Si pronunciar palabra mi padre cogió el perrillo, lo acarició un poco y luego me lo dio diciendo:
- Ya tienes lo que querías.
Y en ese momento sentí tanta alegría que salí corriendo por los campos, llamando al animal y diciendo: “Venga, vente conmigo y sed libre como el viento que por aquí siempre corre”. Trotó un poco la débil cachorrilla y al enredarse con la hierba y algunas matas de monte, comenzó a recular como si tuviera miedo. Me volví para atrás, la cogí en mis brazos, le dije palabras buenas y de ánimo y lo acurruqué contra mi pecho. Le dio mi padre las gracias al hombre de la borriquilla y al poco lo vi perderse por la curva de la senda en la ladera.

Aquel día, al siguiente y en los meses que siguieron, fui el más feliz de todos los niños del mundo jugando y corriendo por los campos con aquel animal tan bello, inteligente y bueno. Le enseñé a cuidar de las ovejas y a que me obedeciera cuando le pedía algo, a que jugara y durmiera en cualquier sitio, junto a mí o fuera de la casa. Ni un solo día de su vida, mi pequeña y hermosa perra de agua, durmió dentro de la vivienda. Lloviera, hiciera frío o calor, ella nunca

entraba a la casa ni se refugiaba junto a nosotros. Y le digo esto para que sepa que ser amigo de un perro, cuidarlo y quererlo, no necesariamente hay que tratarlo como se hace con cualquier ser humano. Estos animales, son amigos de la libertad, de los paisajes, del aire, las lluvias y el frío. Y darle esto al mismo tiempo que respeto y cariño, es lo más sabio y mejor para ellos. Es lo que aprendí de aquella perra de agua, el mejor amigo que nunca he tenido y el más fiel y cariñoso conmigo.

Todo fue así durante varios años. Hasta que un día, al amanecer la llamé para que se viniera conmigo por los campos y no apareció por ningún lado. La seguí llamando y la busqué durante varias horas y al final la encontré junto a esta encina, acurrucada entre las ramas del lentisco que tenemos a la izquierda. La cogí en mis brazos y me di cuenta que ni tenía ganas de jugar ni de comer. Me la llevé a la casa, la refugié en un rincón del cobertizo, entre pajas y algo de ropa vieja y aunque le volví a dar de comer, no probó bocado. Apenas dormí aquella noche pensando en ella y en las pocas fuerzas que tenía. Por eso, en cuanto salió el sol, fui a buscarla y tampoco me la encontré. Bajé por el arroyuelo y me vine derecho a esta encina. Al llegar, otra vez me la encontré acurrucada entre las ramas de este lentisco. Pero en esta ocasión, aunque la llamé y enseguida me acerqué para acariciarla, ella no reaccionó nada. Descubrí que estaba muerta.

En mi corazón sentí una muy extraña sensación y tuve ganas de llorar. Lo hice durante un buen rato y luego, cogí una azada, junto al tronco de esta encina cavé un gran hoyo y aquí la enterré diciendo: “Descansa en paz mi fiel y buena compañera de juegos y fantasías. Sé que te has marchado a un paraíso grande y bello y por eso, aunque estoy triste porque ya no estás conmigo, no me quedo desconsolado ni vacío. Vendré por aquí a estar contigo cada vez que pueda y nunca se borrará de mi mente tu recuerdo”.

VI- Con estas palabras el viejo pastor puso fin al pequeño relato. Tragó saliva limpiándose unas lágrimas que le rodaban por la cara. El científico lo miraba todo interesado y ahora ni se atrevía a pronunciar palabra. Dejó que el silencio lo llenara todo y sí pasado un largo rato, preguntó al pastor:
- Y después de aquella bonita perra de agua, blanca y negra ¿has sido dueño de algún perro más?
- De ninguno, señor. Fue tan intenso y tan bello lo que viví con aquel animal y su muerte me dejó un dolor tan grande, que no he querido tener ningún otro amigo animal. Pienso que todo en la vida tiene una sola vez y que siempre es única. Por eso, aprender todo lo posible de ese momento, es lo más sabio y más sabio es aun no intentar repetirlo de nuevo. Cuando las cosas se viven y gozan desde la inocencia, es como hacer real el cielo en esta tierra. Pero las personas crecemos y siempre un día, aunque no lo deseemos, el alma pierde su candidez. Esforzarse e intentar prolongar indefinidamente la pureza de nuestros primeros sueños, yo creo que no tiene sentido ni tampoco es bueno. Cada instante de la vida que vivimos, es único y hay que separarlo del pasado y del presente.

Se levantó el pastor de donde estaba sentado, tocó con sus manos el grueso tronco de la vieja encina, respiró hondo como intentando aliviar lo que le oprimía en el pecho y caminó despacio hacia la senda. Le siguió el científico y

lentos los dos caminaron por la pequeña torrentera entre los dos arroyos, dirección a la cerrada entre rocas en el arroyo que bajaba de Fuenteliria. Dijo de nuevo el pastor, según avanzaba delante del científico y sin detener sus pasos:
- De aquella experiencia y de otras después, he ido aprendiendo poco a poco en esta vida. Y entre otras muchas cosas que ahora sé, tengo claro que hasta los mejores amigos se nos van, en algún momento, de nuestro lado. Y del dolor que estos trances dejan, he concluido por mi cuenta que en algún lugar del Universo ha de existir un cielo y un Dios grande y bueno. De ningún modo pueden morir y desaparecer para siempre las personas, seres y cosas buenas y bellas que en esta vida hemos conocido y amado. Dios tiene que existir aunque solo sea por la necesidad de que eternamente perdure esto que he dicho.

Nada argumentó el científico a las palabras y reflexiones que el pastor hacía mientras caminaban. Aunque sí estaba ya a punto de preguntarle algo, cuando fue interrumpido por la recia voz de su compañero que habló otra vez preguntando:
- ¿Y sabe usted qué le digo?
- Dime que te escucho interesado. ¿Qué es lo que quieres decirme?
- Que a lo largo de mi vida, también he descubierto que no sirve de nada ir de aquí para allá buscando sitios y situaciones nuevas donde encontrar la felicidad. La felicidad en este suelo es puro espejismo. De todo e incluso de las personas queridas, nos cansamos después de un tiempo y hasta comprobamos que en ninguno de estos sitios o personas está la dicha que buscamos. Es inútil cambiar de sitio o buscar lugares nuevos con el fin de hallar la dicha que nos falta. Al poco tiempo de vivir en un lugar, nos cansamos y descubrimos que la esencia que estamos buscando, tampoco se encuentra ahí.
Guardó silencio el pastor y de nuevo el científico sintió la necesidad de hacerle algunas preguntas. Pero justo en estos momentos, siguiendo la sendilla y arroyuelo arriba, comenzaban a caminar por los primeros metros de la bonita cerrada de Fuenteliria.

VII- A la izquierda de ellos, según avanzaban, apareció una inclinada pared rocosa. Un bonito y a la vez impresionante tajo que las aguas del arroyo y a lo largo del tiempo, habían tallado en la pura roca de la montaña. Por su derecha, el terreno se configuraba como una suave torrentera que ascendía hacia la alta colina que también por este lado coronaba. Al descubrir el científico la dorada pared rocosa de la cerrada por la izquierda, la observó muy interesado. Y más interesado se mostró en los caracteres que descubrió tallados en la roca. Preguntó al pastor:
- Y estos signos que aquí veo ¿qué son y qué misterio encierran?
- Yo no lo sé, señor. A lo largo del tiempo que por aquí viví de pequeño y en mi juventud, muchas veces los vi y otras tantas veces pregunté a mis padres y conocidos y nunca nadie supo darme razones lógicas. Al parecer son signos de un idioma desconocido y por eso no se sabe cuál es el mensaje que transmiten. ¿Usted los entiende?

Con mucho interés y fijamente el científico clavaba sus ojos en los signos que en la pared aparecían tallados. Sacó un papel de su bolsillo y con paciencia comenzó a copiarlos lentamente. Detuvo el pastor sus pasos y aprovechó para aclararle al científico:

- El otro mensaje que también hay escrito en esta misma pared y casi a la altura nuestra, sí lo conozco bien porque es obra mía. Al poco de morir mi perra de agua, un día busqué una piedra de pedernal, rompiéndola con otra piedra, le saqué punta y con este punzón, tallé en esta pared rocosa lo que usted puede leer sin problemas.
Y el científico leyó: “Un día menos me queda”. Intrigado preguntó al pastor:
- ¿Qué significado tiene este mensaje tuyo?
- Lo sé muy bien y se lo revelaré a usted al final de la ruta que estamos haciendo.
- ¿Por qué al final y no ahora?
- Porque usted tendrá que oír y ver bastantes cosas más de las que por aquí y de mí ha oído y visto. Será entonces cuando entenderá con toda claridad lo que ahora me pregunta y le sería difícil comprender, por muy claramente que yo se lo explique.

VIII- Después de que el científico tomara nota en su papel de los enigmáticos signos que en la pared rocosa se veían, el pastor le preguntó:
- Y usted señor ¿entiende el significado de estos textos?
- Algo sí lo entiendo aunque es un idioma muy complejo. Pero lo mismo que tú me has dicho, te digo yo ahora: te revelaré algo del mensaje que estos escritos encierran cuando lleguemos al final del camino que recorremos.
Y el pastor no hizo ningún comentario.

Siguieron caminando arroyuelo arriba, ahora el pequeño cauce que bajaba desde el manantial de Fuenteliria y cinco minutos después, rozaban las verdes matas de mastranzo que por el terreno crecían. Por eso, según se acercaban, el airecillo les regalaba un muy agradable aroma, fresco y limpio. Miraba el científico cada vez más emocionado e interesado, no solo al frente sino al lado de la izquierda y para la ladera de la derecha. Y descubrió que por la umbría de la izquierda, la senda remontaba como siguiendo una valla de monte y piedras. Intrigado preguntó al pastor:
- ¿Por qué desde este lugar la senda se eleva por ahí?
- Va derecha a unas casas que hubo en lo alto. Y por ese lado, usted ya no lo verá ahora pero es donde crecían las higueras y se extendían las tierrecillas que mis amigos cultivaban y sembraban en aquellos tiempos.
- ¿Hubo por ahí huertos?
- Muy fértiles y donde crecían abundantes y hermosos árboles frutales.
- ¿Y qué fue de ellos?
- La historia y algunas personas lo borraron de estos lugares.
- ¿Qué personas y qué historia?
- Se lo cuento enseguida.

Llegaron a donde manaba un chorrillo de agua clara que se remansaba en un redondeo charco. Apartó el pastor la juncia, los mastranzos y los juncos y al borde del charco pidió al científico que se sentara. La hizo caso y junto a él se sentó también el pastor, metió sus manos en el fresco y transparente líquido y mirando para la senda que subía por la ladera de enfrente, dijo al científico:
- Le comenté que a lo largo de mi vida no tuve muchos amigos pero sí de pequeño y luego según crecía, conocí por aquí a bastantes personas. Entre ellas, a un joven mayor que yo que vivía y cuidaba de su rebaño de ovejas en las

casas que había en lo alto de la loma. Cuidaba el hombre a sus animales y cultivaba un trozo de tierra en las laderas y valle de las huertas. Cuando me encontraba con él por estos campos siempre me decía: “Nunca le tomes cariño a nada ni a nadie”. Y yo le preguntaba: “¿Y eso por qué?” “Porque todas las cosas y personas, más tarde y más temprano, se van de nuestro lado y eso te partirá el corazón. La tristeza se instalará en tu alma y llorarás cuando lo que amas se te muera o se marche a otro lugar. Y no dormirás por las noches y te sentirás solo y desconsolado cuando notes el vacío de las personas o las cosas que se fueron para siempre de tu vida”.

No comprendía yo entonces el significado ni la verdad profunda que había en las palabras que mi amigo pronunciaba. Pero un día de primavera, al salir el sol, lo vi solo caminando por estos campos. Había bajado desde las casas en lo alto de la loma y llevaba en sus manos un corderillo blanco y muy bello. Descendió por la senda de la solana de la encina y al llegar al arroyo preguntó a unos hombres que por ahí conocía:
- ¿Dónde puedo dar de beber a este corderillo mío tan bello, el último animal vivo que me queda de mi gran rebaño de ovejas?
- Este arroyo y el de Fuenteliria y la fuente misma, tienen sus hilos de agua buena y clara como siempre.
- Querréis decir tenían.
- ¿Cómo que tenían?
- Mirad el agua de este arroyo y olerla.
Miraron aquellos hombre a la corriente del arroyo y entonces se dieron cuenta que estaba, no solo turbia sino que olía mal. Asombrados preguntaron:
- ¿Qué ha pasado o está pasando?
- Eso es lo que yo quisiera saber y por eso también os he preguntado dónde puedo dar de beber a este último corderillo que me queda.
- Pues nosotros no lo sabemos. Sigue buscando y cuando encuentres o sepas la causa de lo que por aquí ahora está pasando, vuelves y nos lo dices.

Con su corderillo en los brazos, mi amigo caminó por la senda que discurre pegado al arroyo de la encina. Buscaba él un manantial por ahí y al no encontrarlo se vino derecho a esta fuente. Cuando llegó se arrodilló al borde de las aguas, bebió y dio también de beber a su corderillo. Y fue justo cuando el animalico bebía, cuando mi amigo notó que el agua de esta fuente brotaba turbia. Se sorprendió y más se preocupó cuando a su olfato llegó el fuerte y agrio olor. Apartó rápido su cordero del manantial y él mismo también se retiró. Se dijo: “No entiendo lo que está pasando con el agua de estos arroyos y manantiales. Siempre han sido limpias y sabrosas y ahora, todas están turbias y huelen mal. ¡Qué extraño me resulta esto!”
Y en ese momento, mi amigo sintió un fuerte dolor en el vientre. Miró y vio que su corderillo se movía como borracho. Y fue a cogerlo cuando se cayó al suelo. Junto al cordero y entre estos juncos y mastranzos, los dos al instante se quedaron muertos.

Interrumpió el pastor su relato porque en la garganta se le formó como un nudo que le impedía hablar. Tragó saliva, emitió como un lastimero jipido y se llevó sus manos a las mejillas. Con sus dedos, de la cara apartó unas lágrimas que por las mejillas le corrían al tiempo que triste, miró de frente al científico. Se

estremeció éste conmovido por el dolor que intuía en el corazón del pastor. Le preguntó:
- ¿Supiste tú después, en algún momento, qué fue lo que a tu amigo y a su cordero le pasó?
Y el pastor, tragó saliva de nuevo y dijo:
- Lo supe y esta es una de las razones por la que estoy acompañando a usted por estos lugares.
- ¿Qué razón es esa?
- Luego más adelante se la aclararé con todo los detalles. Ahora, observe usted muy despacio todo lo que por este rincón de Fuenteliria hay. Puede ver que aun por aquí sigue brotando un interesante borbotón de agua. Y hasta parece clara y fresca y ya no huele como en aquellos días. Pero antes del accidente de mi amigo y su corderillo, toda la vida de Dios y desde que yo había conocido este manantial, por aquí solo había vida, verde y fresco. Desde las casas en lo alto de la loma, las personas bajaban a por agua a este venero. Y decían que era la más buena y sana que había en todas las montañas de Granada. A este manantial acudían a beber todas las aves silvestres de estos campos. También las manadas de ovejas y cabras y los hombres con sus borriquillos para llevar agua a sus casas.

Pocos días después de la muerte de mi amigo, también enfermaron muchas personas de las casas en la loma. Se secaron árboles y plantas en los huertos que había al lado de arriba y se murieron animales, aves y fresnos. Fue entonces cuando a ese lado del arroyo, hicieron el pozo que usted ve ahí. Decían las personas:
- Puede que el agua de este pozo salga limpia y buena y no tenga contaminación como sí la fuente.
Pero el agua que empezó a salir en el pozo, tampoco estaba clara ni sabía a sana. Así que las personas, las pocas que aun por aquí todavía resistían con algunas energías y esperanzas, se fueron marchando. A Granada, algunos, al barrio del Albaicín, otros y a pueblos y ciudades lejanas, los que podían y tenían medios para ello. Fue por aquellos días cuando mi madre también enfermó y al poco murió.
En este momento, el pastor acarició con sus dedos la pequeña cruz de oro que colgaba de su cuello. Al ver el gesto el científico, deseó preguntarle el origen y qué significaba para él esta peculiar joya pero no dijo nada. Dejó que su compañero siguiera con el relato y éste continuó aclarando:
- Y no muchos días más tarde de la muerte de mi madre, un bonito amanecer y después de una extraña noche de tormentas, mi padre también voló al cielo. Se lo contaré yo a usted en su momento. Por aquellas fechas, ya era yo bastante mayor y por eso, con algunas de las familias que se fueron al Albaicín, me marché de aquí. Sin más pertenencias que la vieja ropa que llevaba puesta, mi fe en el cielo y la esperanza de que todo podría irme bien.
Y de nuevo el pastor acarició tiernamente la pequeña cruz que relucía en su pecho.

IX- De nuevo guardó silencio. Lo miraba muy interesado el científico y cuando vio que éste se levantó y se puso en disposición de continuar el camino, lo siguió. Con la decisión de no preguntar nada más sobre las aguas y el manantial de Fuenteliria. Pero antes de cruzar el arroyo para tomar la senda que

al frente se veía ascendiendo por la ladera, sí volvió a comentar el pastor:
- Le contaré yo a usted, y también en su momento, dónde por fin encontré mi tesoro personal y de qué modo lo fui acumulando y dónde lo guardo ahora.
Sorprendido el científico por esta revelación y así de repente, dijo al pastor:
- Me gustará mucho saber eso de tu tesoro personal. Quizá me sea útil para completar la investigación que pretendo.
- Puede que sí, señor y mucho más de lo que usted espera.
Palabras enigmáticas del pastor que de nuevo dejó desconcertado al científico.

Según subían ya por la senda de la ladera hacia lo más alto de la loma, a la derecha, comenzó a verse una tosca valla de piedras y monte. Dijo el pastor:
- Al otro lado de esta valla, es donde le dije estaban los huertos y los árboles frutales de donde recogían alimentos aquellas personas. Y mire usted ahora lo que se ve por ahí.
Por el terreno, de apariencia muy fértil y configurado en repisas sujetas con piedras, solo se veían algunos árboles, mucha vegetación baja, zarzas y retamas. Y abajo, donde la ladera de las terrazas moría junto al arroyo en una llanura recogida y bella, se veían troncos de árboles secos y vegetación aun más espesa. Preguntó el científico:
- ¿Y todo lo que vamos viendo, por aquí quedó abandonado?
- Por completo y para siempre.
- ¿Y lo del camino de la fruta, que me contaste?
- Lo recorremos justo ahora mismo.

En esta roca de nuestra izquierda, era donde cada día se ponía el hombre. Bastantes mayor, con pelos y barbas largas y negras y vestido muy pobremente. Tenía él, en la pequeña vega junto al arroyo de la fuente, un número considerable de árboles frutales. Y en la época en que estos árboles daban su cosecha, el hombre madrugaba, de sus árboles cogía la fruta y llenaba un par de cestas de esparto, cargaba con ellas y se venía a esta roca que vemos a nuestra izquierda. Se ponía aquí, como ve a solo unos metros de la senda y a todas las personas que pasaban, les decía:
- Toma, para que te alimentes un poco con esta fruta mía tan buena.
- Pero es que hoy tampoco tengo un solo centavo para pagarte lo que me das.
- Tú no te preocupes por eso. Ahora cómete esta fruta y ya me pagarás cuando puedas. Lo primero es alimentarse y vivir un día más. Después, ya Dios suplirá.
Y las personas le agradecían siempre su sincera generosidad. Algunos, cuando podían, le daban pequeñas monedas, otros, le cuidaban o labraban los árboles y los que no podían ni una cosa ni la otra, le decían:
- Rezaré al cielo cada día por ti para cuando vayas a ese lugar, Dios te pague todo lo que nos das, con el mejor de todos los paraísos jamás soñados.
- Ni tú ni nadie en esta vida me debéis nada porque esto que hago, me sale del corazón y lo realizo en libertad. Pero sí que es hermoso que reces al cielo cada día por mí. ¿Sabéis vosotros? Yo sí creo en un paraíso lleno de luz, colores, agua y aire fresco donde todos y para siempre, seremos libres y poseeremos la felicidad perfecta que de ningún modo es posible encontrar en este suelo. Por eso, ahora que vivo aquí en esta tierra y entre vosotros, lo que menos me preocupa es tener dinero u otras riquezas materiales. Y lo que sí me interesa mucho, porque en ello creo, es juntar un grupo grande de buenos amigos en el paraíso que estamos diciendo.

Con la boca abierta y muy interesados, todos los que por aquí cogíamos y comíamos la fruta que él nos regalaba, escuchábamos sus sabias y emocionadas palabras. ¿Y sabe usted lo que le digo?
Al oír esta pregunta, el científico se quedó parado, miró fijo a su compañero de camino y a su vez le preguntó:
- ¿Qué es lo que me dices?
- Que cuando aquel hombre de la fruta junto a este camino, hablaba anunciando lo que hace un momento le he comentado, sus palabras parecía prender fuego. Le salían con tanta fuerza y transmitían tanto entusiasmo, que el corazón se aceleraba y el alma se llenaba de ilusión. Por eso todos nos sentíamos orgullosos de aceptar y comernos la fruta que nos regalaba. Y aunque el hombre era tan pobre y aparentaba tan poca cosa, muchos veíamos en él al más sabio, noble y grande de los reyes de esta tierra. Lo considerábamos nuestro hermano, padre, guía y sabio. Y aun más cosas que yo no sé ahora decirle a usted de palabras.

X- Al llegar el pastor a la altura de la roca donde el hombre de la fruta se ponía a regalarla, se apartó unos metros de la senda, tocó con sus manos la gran piedra clavada en mitad de la ladera y como dominando a Fuenteliria y al valle, de nuevo dijo al científico:
- Cuando todavía mi perra de agua jugaba conmigo, en cuanto podía, siguiéndola a ella, nos veníamos a esta roca para encontrarnos con aquel tan especial hombre. Y ahora recuerdo el cariño tan dulce y amable que él siempre nos daba y las palabras tan bonitas que nos regalaba. Y recuerdo aquel día caluroso del mes de julio. De sus higueras, muy temprano él había cogido bastantes brevas muy maduras. Las colocó muy bien en su cesta de esparto, cubriéndolas con algunas hojas de las mismas higueras y se vino a esta roca. Llegué yo aquel día el primero, acompañado de mi inseparable perra de agua y en cuanto me vio, me saludó con las palabras más amables. Luego me dijo:
- Estas brevas mías hoy no están muy maduras pero es que tanto los mirlos como los gorriones, arrendajos y palomas, las picotean en cuanto las ven un poco blandas. Toma tú y cómete estas cinco o seis mejores que las otras y luego te quedas aquí conmigo que tengo que hablarte de un gran asunto.
- ¿Se trata de un tesoro o de un cuento fantástico como el que me narraste el otro día?
Le pregunté enseguida. Y me respondió:
- Las dos cosas y una tercera aun más hermosa y buena.

A su lado me senté en esta misma roca y mirando al valle de las higueras y para el arroyo de Fuenteliria, comencé a pelar las brevas y a comérmelas. Y recuerdo ahora que sabían a gloria por la dulcísima miel que destilaban y lo fresquitas que estaban. Mientras emocionado saboreaba estos frutos, él me miraba y vi que su cara irradiaba una felicidad limpia y hermosa como la misma luz del día que nos abrazaba. Nunca en mi vida he visto yo a una persona más feliz y con tanta paz como la que transmitía aquel hombre en aquel momento. Le pregunté:
- ¿Y qué gana usted regalándome a mí y a otras personas esta fruta tan buena cada día?
Me alargó, con mucha amabilidad y afecto, una breva ya pelada y partida en dos mitades al tiempo que respondía a mi pregunta:

- Lo gano todo, hijo mío.
- ¿Qué es todo?
- Un tesoro que no se ve con los ojos de la cara ni tampoco lo pueden robar los ladrones, ni roer la carcoma.
- ¿Qué tesoro es ese y dónde se encuentra?
- Es el tesoro del paraíso del cielo en la eternidad.

Al pronunciar estas palabras, miró triste para el valle de las huertas y para el arroyo de Fuenteliria, permaneció mudo durante unos segundos y como yo no acababa de entender el significado de lo último que me había dicho, no le pregunté de nuevo. Sí él, transcurridos unos segundos otra vez me dijo:
- Como ya habrás visto en el trozo que vida que llevas recorrido, todas las personas en este mundo, luchan y se afanan para alimentarse, tener una casa donde vivir y poseer cuantas más cosas y dinero le sea posible. No es malo esto sino que Dios así nos lo tiene mandado pero la mayoría de las personas en este suelo, se comportan como si no hubiera más vida después de ésta ni otro mundo más allá de esta vida y esto no es así, hijo mío. Esta vida es solo una mala noche o una fría mañana de invierno que pasa pronto. Al final de la mala noche o la fría mañana, se encuentra y nos espera un bello momento que dura toda la eternidad en un lugar indescriptiblemente bello. Estoy yo por completo convencido de que lo que te digo es cierto y por eso me comporto con todos vosotros del modo en que estás viendo. Porque sé que, no dentro de mucho, voy a marcharme de este suelo y conmigo no puedo llevarme nada de lo que aquí acumule. Pero sí podré llevarme conmigo las buenas cosas que haga ahora a las personas que tengo a mi lado. Este es el tesoro que te decía antes y que poseo y cada día agrando un poco.

Sabes, hijo mío, tú deberías procurar no enamorarte nunca ni de nadie ni de nada en este suelo. Trata siempre con mucho respeto a las personas y darle todo el amor y ternura que puedas pero no les pidas nada ni esperes nada de ellas. Acurrúcate en el cielo y lucha para ir juntando allí la mayor riqueza que puedas. Será tu gran felicidad eterna y el momento en el que te encontrarás con todas aquellas cosas y personas buenas que tu corazón hayas deseado en tus días por este suelo. No hay mayor tesoro que éste en el mundo ni más grande sabiduría en el ser humano.

Terminó de pronunciar estas palabras y otra vez guardó silencio. Mi corazón ardía y mi alma se elevaba en esos momentos. Apuré el último trozo de la breva que me había dado y le pregunté:
- Pero las pequeñas cosas que a mi corta edad ya he amado en este suelo y se me han muerto ¿cómo podré recuperarlas y tenerlas conmigo para siempre?
- Las pequeñas cosas que a todos en la vida se nos van muriendo, serán siempre parte de nosotros y por eso sufrimos cuando las perdemos. Dios así lo quiere para que descubramos el valor que estas pequeñas cosas tienen. Es una forma de enseñarnos y, al mismo tiempo, prepararnos para el cielo que te vengo diciendo. Nada de lo que de verdad se ama en este suelo, se pierde nunca.

Y con estas palabras, puso punto y final a su charla conmigo aquella mañana. Volví por este mismo sitio dos días más tarde y ya no lo vi en esta piedra sentado regalando sus frutas como sí otros días. Pregunté a los conocidos

que vivían en las casas de la loma y ninguno supo decirme qué había sido de él. Sí, igual que yo, lo echaban de menos y sentían pena que de la noche a la mañana, se hubiera ido de por aquí y para siempre. Lo mismo me pasaba a mí pero mi dolor, solo conmigo y el silencio de estos campos, podía compartirlo.

XI- Se levantó el viejo pastor de la roca donde se había sentado y pidió al científico continuar el camino. Éste, como mostrando un profundo respeto por todo lo que su compañero le contaba, lo siguió en silencio. Con muchas ganas de preguntar no solo una sino mil cosas pero algo en su interior le obligaba considerar como sagrado la narración que le había regalado el viejo pastor. Por la pequeña senda, se pusieron en marcha hacia lo más alto de la loma y después de unos minutos caminando y cuando ya estaban cerca de las ruinas de las casas, el pastor detuvo sus pasos. Miró para la ladera de las huertas y las higueras, suspiró y al poco dijo al científico:
- ¿Y sabe usted lo que también le digo?
- Ni siquiera puedo imaginarlo.
- Pues que ya en aquellos momentos y después lo he confirmado más, comencé a descubrir el gran valor que tiene en nuestras vidas el agua.

A esta nueva revelación del pastor, tampoco hizo ningún comentario el científico. Siguió en su silencio y ahora sí esperaba que el hombre que le guiaba por estos lugares, desarrollara más lo que le había revelado. Pero el pastor, no comentó nada más de este tema. Con la cabeza agachada para que su compañero no descubriera las lágrimas que de vez en cuando le brotaban de los ojos, continuó marcando los pasos. No tardaron en encontrarse atravesando las ruinas de las casas. Trozos de paredes de tierra y piedras, grandes fragmentos de troncos, tejas de barro cocido casi todas rotas y hasta algún que otro rústico utensilio de hierro. Por el lado derecho de este sembrado de ruinas, discurría la senda y por ahí siguieron avanzando. Volcando en algún tramo para la ladera de las terrazas y los huertos y, en otros trayectos, enfilaba derecha como hacia el centro de lo que tiempos atrás había sido el corazón de este pequeño núcleo de viviendas.

Dijo el pastor:
- Al poco tiempo de marcharme de aquí, volví por estos lugares algunas tardes. Y los primeros días, siempre que recorría esta senda y pisaba estas tierras, el corazón se me rompía por los recuerdos que en mi mente se agolpaban. Y todo cuanto pisaba y mis ojos recorrían, me dolía. Porque por aquí solo encontraba silencio, soledad, como un inmenso mundo muerto, bañado de sol y profunda quietud. Y pasado algún tiempo, como todavía seguía viniendo por aquí de tarde en tarde, a pesar de la tristeza que siempre experimentaba, lo que más me dolía era no encontrarme nunca a nadie por estos lugares. Ni un pastor ni un anciano que fuera o viniera a las huertas ni una mujer lavando la ropa en los charcos del arroyo ni los niños entretenido en sus juegos. Todo solitario, triste y vacío pero cuajado de recuerdos cada día para mí más amargos.

Preguntó el científico:
- Si tanto te dolía y te fue doliendo la visión de estos lugares ¿por qué volvías?
- Tenía y tengo que volver. No sé explicárselo yo a usted pero es como una gran necesidad vital. Tengo que volver de tarde en tarde para recorrer estas sendas

en solitario aunque sepa que no voy a encontrarme a ningún niño jugando. Y sé cierto que ya en ningún momento voy a encontrar aquello que fue tan hermoso para mí cuando era pequeño. Pero dígame usted ¿qué puedo hacer yo en el trozo de vida que me queda si no vuelvo de vez en cuando por aquí y saboreo la soledad desde la más amarga tristeza?

XII- **La tormenta**

Antes de llegar a lo más alto de la loma, de pronto, el científico preguntó:
- A lo mejor para ti es un trago más y también doloroso pero me gustaría saberlo: ¿Te atreves y me cuentas cómo fue la muerte de tu padre?
Y el pastor, sin responder nada, dejó de caminar por la senda, se desvió para el lado izquierdo y, por entre casquetes de tejas, piedras, algunas maderas y trozos de paredes, avanzó. Al poco llegó al borde de la colina, por entre el sol de la mañana y la puesta al caer la tarde. Se paró en lo que era una pequeña llanura que se abría hacia un paisaje muy amplio, con grandes montañas al fondo, el surco de un caudaloso río y, a la derecha y más próximo al sol de la tarde, se elevaba una puntiaguda montaña. Desde este rellano el pastor miró durante un rato, respiró hondo y en silencio y luego preguntó al científico:
- ¿Ve usted ese gran río que ahí en lo hondo corre y se aleja?
- Claro que lo veo.
- ¿Y se da cuenta usted de la altísimo montaña que tenemos a nuestra derecha y es donde el gran río nace?
- La estoy observando y me asombra tanto su figura como la altura que presenta. ¿Vamos nosotros a remontar esta cumbre?
- No vamos a remontarla porque para usted sería muy duro y para mí, más que doloroso.
- ¿Y eso por qué?
Y el pastor, con calma y cuidando cada detalle, explicó al científico:

- Cuando ya los últimos días habían llegado por aquí y al poco de morir mi madre, los pastores de estas montañas y entre ellos mi padre, juntaron sus rebaños para ver si de este modo salvaban las ovejas que aun les quedaban. Durante unas horas recorrieron las sendas y paisajes en busca de nuevos pastos. Se acercó la noche y por el cielo se acumularon las nubes. Estallaron los truenos y los pastores, preocupados por sus animales, los refugiaron en unas grandes covachas que se abrían en ese barranco no lejos del río. Junto a sus ovejas se guarecieron ellos y charlaban entre sí, cuando la tormenta comenzó a descargar con toda su fuerza. Retumbaron los truenos por estos barrancos y brillaron los relámpagos y las lluvias caían a chorros por todos estos campos.

Y ellos pensaban que estaban seguros y también sus animales cuando, desde esa gran montaña puntiaguda, bajó una tromba de agua gigantesca. Anegó todas las covachas y se llevó por delante, río abajo, todas las ovejas que ahí había refugiadas. Los pastores, se salvaron porque salieron a tiempo de las covachas y buscaron otro refugio en las partes altas. Ahí siguieron acurrucados hasta que amaneció. Y cuando las primeras luces del nuevo día llegaron, el primero en salir del refugio, fue mi padre. Les dijo a los compañeros:
- Voy a ver si aun puedo salvar alguna oveja.
Se acercó a las covachas y en ese momento, otra ola gigante bajó por el río

cogiéndolo por delante. Ni siquiera tuvo tiempo de llamar a los compañeros. La corriente lo arrastró y río abajo se lo llevó para siempre.

Cuando unas horas más tarde los demás pastores difundieron la noticia por todos estos lugares, lo único que a mí se me ocurrió fue correr y subir a lo más alto de esta montaña que tenemos a la derecha. En mi corazón creía que desde estas alturas iba a ver a mi padre refugiado o agarrado al tronco de algún árbol flotando en las aguas del río. Mucho me costó remontar hasta lo más alto de esta cumbre pero cuando por fin lo conseguí, desde ahí miré durante mucho rato y lo único que pude ver, fue el gran surco del río, abierto como un mar sin límites y las turbias aguas que aun bajaban por las laderas de esta montaña. Intuía que mi padre estaba por ahí y aunque miré y lo llamé, fue todo inútil. Tenía que serlo porque desde la cumbre de esta montaña era imposible ver lo que pretendía. Lo sabía pero, al mismo tiempo, algo me empujaba a llevar a cabo lo que estaba haciendo. Me comportaba como si la gran altura de esta montaña, me acercara más y más al cielo donde también intuía, se había ido mi padre. Desde entonces yo, considero a esta cumbre la culpable de la muerte de mi padre al mismo tiempo que también, el lugar desde donde voló al paraíso en el que creo.

XIII- Al concluir el pastor este relato, guardó silencio, se volvió para atrás, por entre las ruinas de las casas buscó de nuevo la senda y, ya en todo lo alto de la colina, siguiendo el caminillo, se venieron más para el lado de la derecha. Al poco, se tropezaron con el arroyo y ahora sí dijo el pastor:
- Aquí mismo, donde usted ve estos tres verdes árboles, brotaba el primer manantial de este arroyo. Y casi en el mismo manantial, construyeron el molino. No le puedo decir yo a usted en qué fecha fue eso pero sí que yo lo conocí desde pequeño. Y una de las cosas que nunca podré olvidar, es la vida, el olor el ruido que siempre envolvía a este molino. Cada vez que yo venía por aquí, veía a las personas yendo y viniendo, ocupados en la moliendo del trigo, cebada o garbanzos y, en la época de la recogida de la aceituna, extrayendo el aceite de estos frutos.

Este molino era propiedad de una muy buena familia que vivía en unas de las casas que hemos visto en ruinas. No había, en todos estos contornos, personas más amables y bondadosas que ellos. Las personas venían por aquí, trituraban sus semillas o aceitunas y luego se llevaban la harina o el aceite. Le dejaban una pequeña parte al dueño del molino y estos se lo vendían a otras personas que lo necesitaban y de este modo todos iban viviendo. ¿Pero sabe usted lo que sucedió un día?
Miró el científico al pastor y sin pronunciar palabras, esperó a que éste ofreciera una respuesta a la pregunta que había formulado. Y lo hizo de esta manera:
- Un día, los hombres que con frecuencia venían a este molino a triturar sus semillas, se lo encontraron cerrado. Llamaron a las puertas y dieron voces pero nadie daba señales de vida. Pensaron que le había pasado algo a la familia dueña de este pequeño molino y, después de comentar entre ellos bastantes cosas, regresaron a sus casas con los granos sin moler. Preguntaron a unos y otros y volvieron al día siguiente y al otro pero seguían encontrando cerradas esta fábrica de harina y aceite. Pasaron los días y entonces se supo que esta familia se había marchado no a Granada sino a otros sitios lejanos. Crecieron las

zarzas en las paredes y alrededor de este edificio y poco a poco se fue desmoronando. También volvía yo por aquí alguna vez que otra y cuando veía las ruinas de este edificio y todo vacío y solitario, me entraban ganas de llorar. ¡Qué malos ratos y qué amargo me resultaba hasta en aire que en esos momentos respiraba! Porque no podía comprender cómo las cosas suceden de esta manera ni tampoco aceptaba que se hubiera marchado aquella familia y para siempre. Ya sabe usted: nos acostumbramos a veces, a vivir de un modo concreto y cuando, por el paso del tiempo o por lo que sea, cambia algo, nos cuesta mucho hacernos a lo nuevo. Y cuando lo que se ha perdido fue puro y bello, más aun nos cuesta adaptamos a las nuevas circunstancias.

XIV- Al terminar esta reflexión, el pastor dejó de hablar. Ojeaba el científico cada trozo de piedra y pared en ruinas y también anotaba en el pequeño cuaderno que en ningún momento soltaba. Y como había hecho en otros momentos, de nuevo mostraba gran respeto por el dolor en el corazón del pastor. Dejó que pasara unos minutos y antes de seguir el camino, le preguntó:
- ¿Y por qué llamabais a este molino “del Avellano”?
- Usted ya no lo ve pero ahí mismo, donde manan las aguas y por la acequia que conducía estas aguas a la maquinaria del molino, crecían varios de estos árboles. Hermosos como no había otros en todo el reino de Granada. Y como nos resultaban tan especialmente bellos y amigos nuestros, nadie de estos contornos cogía nunca una avellana de estos árboles. Siempre dejaban que maduraran y siempre disfrutábamos mucho viendo a las ardillas saltando por la ramas para comérselas y lo mismo con los arrendajos y los pájaros carpinteros.

Aquí mismo, a solo unos metros de la puerta que daba acceso al interior del molino, crecía el más viejo de aquellos avellanos. En sus ramas bajas y gruesas, cada año hacía el nido un mirlo. Los dos niños, ella y él, hijos de la familia del molino, seguían con interés todas las aventuras de aquellas aves y su nido. Cada día lo visitaban un par de veces hasta que las nuevas avecillas, comenzaban a volar y se marchaban con los padres. Y entonces, aquellos dos niños, los mejores amigos que de pequeño tuve por aquí ¿sabe usted lo que hicieron?
- A todos los niños del mundo se les ocurren cosas muy curiosas, siempre inocentes pero que en muchas ocasiones desconciertan. ¿Qué fue lo que hicieron estos dos tan buenos amigos tuyos?
- Dejaron el nido en la misma rama del avellano y cuando las avellanas de aquel año maduraron, las que desde el arbusto se caían al suelo, ellos las recogían y las guardaban en el nido. “Para que a las ardillas, cuando llegue el invierno y aparezcan los hielos, no les falten alimentos”. Decían.

Y un año, recogieron tantas avellanas que el nido de pasto y barro, rebosó y no tardaron en descubrirlas las ardillas mucho antes de que los fríos llegaran. Saltaron por las ramas, se acercaron al nido colmado de avellanas, las cogieron y se las llevaron. Al verlas los niños, felices como pocos niños haya nunca en este suelo, emocionados se decían:
- Ahora ya tenemos más amigos en este molino nuestro. Estas ardillas tan graciosas e inteligentes, seguro que cuando nos vean aparecer por donde viven, no se asustarán porque se habrán dado cuenta que las cuidamos y no queremos hacerles daño.

Al ver y oír estas cosas las personas que acudían a este molino, entre sí y con el padre de los niños, comentaban:
- Son ingeniosos estos críos pero alguien debería prohibirles ciertos comportamientos.
Algo sorprendido el padre preguntaba:
- ¿Qué es lo que vosotros veis que yo debo prohibirle a mis hijos?
- Por ejemplo, que no gasten tanto tiempo en juegos tan insignificantes y sin provecho.

Y a estos comentarios, el padre siempre respondía:
- ¿Sabéis vosotros qué es lo que pienso?
- ¿Qué es lo que piensas?
- Que prohibir, encauzar o reprimir a las personas para que hagan o sean lo que quiera yo, no debería estar permitido.
- ¿Y eso por qué?
- Porque cada persona tiene derecho a ser y expresarse según su mundo interno. El único camino a la verdadera libertad y gozo interior de cada uno. Si yo prohíbo, quizá consiga que los otros hagan lo que me guste a mí pero eso, al fin y al cabo, ¿para qué sirve? Muchas veces, solo para sentirme bien yo pero no para resolver los problemas ni abrir caminos nuevos hacia mundos distintos y quizá mejores que los que conocemos y vivimos.

Y las personas que con el padre hablaban estos asuntos, al oírlo reflexionar de este modo, se quedaban sin argumentos. Y debo confesarle, señor, que hasta yo mismo, a pesar de que por aquellos días todavía era pequeño, aprendía mucho de aquel hombre. En el fondo de mi corazón, intuía que él tenía mucha razón. Y esto, pasado el tiempo, las personas, los hechos y la vida, me lo han ido confirmando. Por eso nunca me olvidé yo de aquellos niños ni de sus padres. Me enseñaron y me dieron lo que nunca nada ni nadie, después. Así que ya sabe usted el por qué este molino siempre le hemos llamado del avellano.

XV- Era ya media mañana y el sol se alzaba muy luminoso por encima de las cumbres de Sierra Nevada. El pastor, después de narrar al científico algunos de los recuerdos de sus años de niño y joven por estos lugares, guardó silencio y frente a las ruinas y paisajes de lo que en otros tiempos fue un rincón lleno de vida, estuvo mirando durante un buen rato. Ahora sin decir nada, cosa que intrigaba más al científico. Por eso, para sí y este buscador de tesoros, se preguntaba: "¿Qué será lo que por el corazón y alma de este hombre, pasa cada vez que se para, mira en silencio y no cuenta nada? Me gustaría saberlo pero también comprendo que será algo tan íntimo y elevado, que debo respetarlo por lo que de sagrado hay en ello. Pero intuyo que debe ser maravilloso lo que por el corazón y alma de este hombre se aviva y grita y ahí se queda en su mundo".

Dio media vuelta el pastor y sin pronunciar palabra, volvió a indicar al científico que debían continuar la marcha. Frente a ellos y cerca, ahora se ve veía el surco de un arroyuelo, colmado con un buen caudal de agua muy clara. Lo siguieron durante unos metros hasta que se encontraron con unos olivos y bajo ellos, cinco o seis bloques de piedra tallada en forma rectangular. Uno de estos bloques, se veía casi al borde de las aguas del arroyuelo y los otros, bajo

las ramas de los olivos y a la sombra de algunos álamos. Preguntó el científico:
- ¿De dónde proceden estas piedras y qué historia tienen?
Aclaró el pastor:
- ¿Ve usted aquella montaña que se alza imponente a nuestra derecha y coronada por el sol que en todo lo alto centellea?

Miró el científico para el levante, lugar por donde también se alzaban las altas cumbres de Sierra Nevada y después de un buen rato en silencio, respondió:
- Desde que comenzamos a recorrer este camino, me viene intrigando la robusta figura de esa impresiona montaña. Y hasta me he preguntado si en algún momento de este recorrido nuestro, vamos a escalarla. ¿Qué hay en esa montaña que tú sepas y puedas revelarme?
- Mucha belleza, señor y también mucho asombro, silencio, misterio, dolor y gozo.
- ¿Vas a revelarme algo de todo esto?
Y el pastor, parándose junto a uno de los grandes bloques de piedra tallada, miró fijo a la montaña rocosa y bañada por el sol del día que avanzaba, dijo al científico:

La montaña del sol

XVI- Aquella mañana del mes de agosto, se abría muy luminosa. Serena por completo, con el cielo teñido de azul intenso y con muchos cantos de chicharras a lo largo y ancho de la gran ladera y del valle. Desde su pequeña habitación, en la casita de piedra y casi colgada en la roca de la montaña, ella observaba los paisajes. En silencio y como transformada por la gran belleza que los paisajes reflejaban. Preguntó a la madre que en aquellos momentos se movía de acá para allá por la casa:
- ¿Qué podría hacer yo para sujetar en el tiempo y conservar para siempre los colores y la luz que ahora mismo irradian estos lugares?
Y la madre, muy sorprendida por la pregunta que la niña le hacía, respondió:
- Si fueras artista y supieras pintar cuadros, podrías dibujar lo que me estás diciendo.
- ¿Y qué hay que hacer para ser artista?
- Creo que lo que tú haces ahora: contemplar las cosas, dejar que el corazón se llene de la luz y belleza que manan de estas cosas y saborearlas lentamente dentro.

No preguntó nada más en aquel momento a la madre. Siguió mirando por la ventana y vio al padre que, con su pequeño rebaño de ovejas, descendía por las veredas hacia el valle. Y comprobó que precisamente esto, aumentaba aun más la asombrosa belleza que la mañana esparcía por los paisajes. Una de las ovejas que iba en el rebaño que guiaba el padre, se apartó de la manada. Desde la distancia ella lo distinguió y por eso, enseguida comprobó que era con la que más continuamente jugaba. Sabía que estaba preñada, ya casi a punto de parir. Dijo de nuevo a la madre:
- Voy corriendo en busca de la oveja mansa para que ni se pierda ni se despeñe por la ladera.

Rápida salió de la casita de piedra, surcó la inclinada ladera por el lado del sol de la mañana y, en lugar de irse derecha a la oveja que se había separado del rebaño, coronó por entre las rocas hasta lo más alto. Caminó como por una estrecha trinchera justo en todo lo alto de la cumbre, con la intención de asomarse al precipicio para ver por qué parte de la ladera se movía la oveja mansa. En ese momento, el sol brillaba en la mitad el cielo de la mañana y derramaba su mejor luz justo sobre la alta cumbre que la joven coronaba. Por eso, desde la casa, la madre la descubrió y algo en su corazón tembló. Quiso llamarla para pedirle que tuviera cuidado pero sabía que no podía oírla por la gran distancia.

Cuando ya la niña terminó de coronar al filo de la roca comienzo del gran precipicio, se asomó un poco más mientras se decía: “Si desde aquí descubro a la oveja mansa que está de parto, llamo a mi padre y le dijo que suba a recogerla”. Pero no le dio tiempo ni a encontrar a la oveja mansa ni al llamar al padre. Su pequeño cuerpo al borde del acantilado, perdió el equilibrio y desde lo más alto, salió volando. Como una mariposa recién venida al mundo. Desde la casa de piedra la madre la vio cayendo al vacío y luego la vio rebotar en las rocas de la ladera y saltando por encima de los árboles. La oveja mansa, al sentir los gritos y verla rodar, se asustó y corrió hacia el rebaño, en el fondo del valle. Detrás de ella trotaba un corderilla muy blanco, aun casi sin fuerzas y por completo desorientado.

Corrió la madre hacia el fondo del valle llamando al padre y llamando a la hija. Cuando llegó por donde el rebaño pastaba y la hierba se extendía en grandes alfombras verdes, se encontró al padre con la niña entre los brazos, mirando a la montaña por donde en esos momentos el sol iluminaba con unos colores y fuerza como nunca se ha visto por aquí. Y desde aquel momento, a lo largo de muchos, muchos años hasta el día de hoy, a esta cumbre siempre se le ha conocido con el nombre de “La Montaña del Sol”.

Por completo impresionado por el relato que el pastor le había contado, el científico preguntó:
- ¿Y qué fue de aquella niña?
- En el rincón más bonito de aquel valle y que se veía claramente desde la ventana de la casa de piedra, los padres la enterraron. Y por todos aquellos contornos, corrió la noticia como la pólvora. Muchas personas, la lloraron en silencio y hasta la soñaban por las noches. Cuando yo conocí esta historia, me impactó, que desde aquel día tengo como estampada en mi pensamiento, la pequeña casita de piedra, el valle con sus ovejas, la alta cumbre rocosa y la imagen de la niña asomada al voladero, besada por el sol y aquel día, tan triste y bello.

Mientras el pastor había ido desgranando este relato, su acompañante el científico, no dejaba de observar la gran montaña que al levante se alzaba. Sobre la cumbre, el sol se reflejaba casi con la misma fuerza y luz que el pastor había descrito en su narración. Movido por la curiosidad, de nuevo preguntó al pastor:
- Claro que es triste y bella la historia que me acabas de contar pero nada me has dicho de estos grandes bloques de piedra que hay aquí, frente a las ruinas

del que fue el Molino del Avellano. ¿Qué conexión tienen estas piedras con la pequeña de la Montaña del sol?
- Tienen una gran conexión y también es triste y bella. Voy a contársela yo a usted para que lo sepa.

Donde dieron sepultura a la niña, en el rincón más bello del valle de las lagunas azules, el padre quiso hacer algo especial. Le dijo a la mujer: “Para que nuestra querida hija esté siempre presente por aquí, aunque el tiempo avance”. Y lo primero que hizo fue sembrar tres árboles: un ciprés, un granado y una morera que a la primavera siguiente brotó con mucha fuerza. En solo unos años, crecieron mucho estos tres árboles y aunque los vientos lo azotaban con fuerza y las nieves del invierno los cubrían, los árboles resistían firmes, verdes y muy fuertes. Especialmente la morera que se cubría de grandes hojas verdes en primavera y verano y derramaba su sombra sobre la tierra donde dormía la mariposa del valle. A este árbol y al granado, en primavera acudían muchos pájaros en busca de los frutos que de las ramas colgaban y esto, llenaba el aire de una música especial en el centro del hondo y silencio del valle.

Mientras tanto, ayudado por algunos amigos suyos, el padre cortaba pequeños y grandes bloques de las rocas en la cumbre de la montaña. Abrió cimientos cerca de la tumba de la niña y comenzó a colocar los bloques de piedra tallados hasta levantar una pequeña construcción. Un oratorio para refugiarse en las noches frías del invierno y en los calurosos días del verano y estar de este modo cerca de donde dormía su niña y rezar al cielo por ella. Le decía a la esposa: “Ahora no podemos oír su voz ni ver su cara ni observar el brillo de sus ojos cuando contemplaba los paisajes pero eso no quita que la tengamos en nuestros corazones y elevemos oraciones por ella al cielo. Para que allí en su paraíso, Dios nos la guarde y nos la entregue el día que a ese lugar lleguemos”.

La pequeña pero bonita construcción de bloques de piedras talladas, se alzó robusta y muy hermosa. Junto a los tres árboles y la tumba de la niña y frente a la alta cumbre y el sol de la mañana, con el fondo de Sierra Nevada algo más lejos. Pasó el tiempo y los padres de aquella niña murieron, se desmoronó casi por completo la casita de piedra en la ladera de la montaña pero los tres árboles no se secaban. En las azules aguas de una pequeña laguna, se reflejaban al salir el sol cada día y al atardecer en verano.

Un día, algunos de los arquitectos que por aquellos tiempos trabajaban en la construcción la Alhambra y a las órdenes de los reyes, vinieron por estos lugares, recorrieron la montaña del sol y al llegar al valle de la tumba de la niña, se fijaron en la construcción de piedras talladas que el padre había regalado a su niña. Uno de los arquitectos, al ver los magníficos bloques de piedra y tan primorosamente trabajados, dijo:
- Estas piezas son las que necesitamos para la construcción que en la Alhambra estamos levantando. Que se den las órdenes pertinentes y que parte de estas piedras sean llevadas hasta aquellos palacios.
Al día siguiente, derribaron la pequeña construcción y acto seguido, se llevaron las mejores piedras, algunas pequeñas y otras no tanto. Tres de aquellos bloques, los más grandes, rectangulares y que el padre había puesto muy cerca

de la tumba de su niña, los dejaron por aquí esparcidos, no lejos de la azul laguna y del lugar donde dormía el ángel.

Al enterarse los dueños de este molino del Avellano y otras familias amigas, de lo ocurrido en la construcción del oratorio del valle, se enfadaron mucho. El dueño del molino dijo:
- Tenemos que hacer algo para que no se pierda por completo el recuerdo de aquella hermosa niña y los momentos de amor que para ella tuvo el padre.
Y los vecinos dijeron:
- Estamos a tu disposición para ayudarte en lo que necesites y nosotros podamos.
Al día siguiente subieron al valle, prepararon los grandes bloques de piedras talladas, con bestias y palos los arrastraron y después de mucho esfuerzo y bastantes días, lograron traerlos hasta este lugar. Y aquí, no lejos del molino y cerca de este arroyuelo y entre estos olivos, los colocaron diciendo:
- Para que todo el que venga por estos lugares, pueda sentarse en estos bloques de rocas casi sagrados. Y para que, si también quiere y su corazón se lo pide, desde aquí observe la cumbre del la Montaña del Sol y en silencio rece una oración por aquella niña y por los padres que tanto amor le dieron.

Y el científico, al concluir el pastor esta narración, dio unos pasos, se acercó al primer bloque de piedra, justo al lado del olivo más viejo, se sentó frente a la alta montaña de rocas y en silencio, miró conteniendo el aliento. A su lado se sentó el pastor y muy quedamente le dijo:
- ¿Y sabe usted, señor? Cuando yo de pequeño recorría estos lugares con la bonita perra de agua de la que ya le he hablado, en más de una ocasión, al pasar por aquel valle de las alfombras de hierba y los pequeños lagos azules, me sentía muy atraído por el lugar donde estuvo la construcción de los bloques de piedra y crecían los tres árboles. Todavía siguen allí clavados en la tierra, como guardianes de aquella niña y reflejo de las oraciones que el padre elevó por ella al cielo. En más de una ocasión, en mis visitas a ese valle, procuraba que la noche se me echara encima y sin miedo ninguno, al lado de algunas rocas que por allí aun hay y no lejos de los árboles, me recostaba para pasar la noche. Y se lo aseguro: siempre esas noches y el sueño que en ese rincón he disfrutado, han sido para mí la experiencia más dulce, relajada y placentera que he vivido a lo largo de los días que tengo.

El rumor del aire al pasar por entre las hojas de la vieja morera, el aroma de la hierba fresca por toda aquel valle, las azules aguas de las pequeñas lagunas y la luna reflejada en ellas, el canto de los grillos y el hondo silencio de esos hermosísimo paisajes, no tienen comparación con nada en este suelo. Ni siquiera los maravillosos palacios de la Alhambra, sus jardines y fuentes, superan en belleza y eternidad a estos lugares. Por eso, cuando usted quiera y si tiene tiempo, un día vamos a este valle para quedarnos a dormir y así comprobar si es cierto o no lo que le estoy diciendo.
Dejó de hablar el pastor. El científico seguía en silencio escuchando sin dejar de mirar a la lejana cumbre de las rocas y el sol. Y el pastor, para sí y en su corazón susurró: “Dios, dueño de todo el Universo, permíteme que un día yo también y en el paraíso que para muchos nos tienes reservado, me encuentre con los padres de aquella niña y con ella misma. Será un gozo inmenso y con nada comparable,

poder jugar y correr con ella por los bellos paisajes que desde su casita de piedra, contemplaba en las mañanas de luces purísimas y cielos azules".

XVII- Después de esta sencilla oración en el corazón del pastor, no dijo nada más el científico. En silencio se quedó y dejó que pasara el tiempo mientras también en silencio, el científico observaba a la montaña del sol. La sombra del olivo los arropaba, el rumor de las aguas del arroyuelo los envolvía y algunos pajarillos, de vez en cuando, esparcían sus trinos por todo el rincón. La mañana ya muy avanzada, seguía regalando un cielo azul muy brillante y por completo limpio. Todo, como si a pesar de los lejanos recuerdos que el pastor rumiaba y de las ruinas de casas y lugares, no significara nada. Como si el tiempo y el palpitar natural del Universo, siguiera su ritmo ajeno por completo a lo ocurrido y vivido por las personas en estos lugares.

Dijo el pastor al científico:
- Ya ve usted: lo que más de mil veces en mi vida he sentido, ahora mismo por aquí casi podemos palparlo.
Sorprendido el científico le preguntó:
- ¿A qué te refieres?
- Cuando las cosas nos golpean en el corazón y los problemas nos abren heridas en las carnes y en el espíritu, siempre creemos que lo que vivimos en ese momento, es único y supera a todo lo creado y conocido. Pero el tiempo sigue su marcha, las personas nacen y mueren y la naturaleza brota y envejece y todo lo nuestro va quedando perdido en un infinito y silencio total. Como si fuéramos menos que una mota de polvo, sin nombre y sin latidos, dentro del grandioso y hondísimo misterio de la Creación. Nada, absolutamente nada significo ni soy yo y sin embargo, al mismo tiempo, sigo teniendo conciencia de que soy casi el corazón real del Universo. Como si no hubiera nada más fuera de mí ni existiera más dolor, sufrimiento, soledad o alegría que la que cada día vivo y experimento. ¿Entiende usted lo que le digo, señor científico?
Y el hombre, mucho más sorprendido que en otros momentos, muy torpemente se atrevió a confesar:
- Creo que no logro a comprender plenamente lo que pretendes decirme pero en mi interior, algo me dice que tus palabras sí encierran una gran verdad. Eres sincero y lo que expresas es muy elevado.

Pasado un buen rato sin pronunciar palabras, el pastor se levantó del bloque de piedra a la sombra del olivo, se apoyó en un pequeño palo de acebuche que llevaba en la mano y comenzó a caminar con la intención de continuar la ruta. Lo siguió el científico y, durante un buen rato, avanzaron por la senda que ahora, discurría al borde mismo del arroyuelo que llevaba sus aguas hacia el hondo surco de un caudaloso río. Y habrían recorrido ya unos doscientos metros cuando el pastor, al mirar para las aguas del arroyo, dijo a su compañero de camino:
- ¿Y sabe usted qué otra cosa le digo?
Ahora el científico se mantuvo en silencio y dejó que el pastor expresara lo que le había anunciado:
- Que yo pienso que nunca nadie podrá ser feliz si vive el tipo de vida que le impone otras personas.
Y al oír esto, ahora sí el científico preguntó:

- ¿Qué quieres decir con esto?
- Usted mire el agua que salta y desciende por este arroyuelo. Baja libre en busca del río y por sí sola, abre camino, serena a veces, remansándose en charcos y saltando por las cascadas. Si nosotros ahora mismo obligáramos a la corriente de este arroyuelo a cambiar de dirección para que se fuera hacia las partes altas, las aguas se revelarían. Su tendencia natural es bajar y unirse al río y volver al mar. Y esto lo asemejo yo a la vida de las personas. Que cada uno sea libre y responsable del camino que debe recorrer a nuestro paso por este suelo, sin que se nos sea impuesto por nada ni nadie.

Ni una palabra más pronunció ahora el científico. Sí otra vez intuyó que algo hermoso y por completo importante quería mostrarle y por eso se mantuvo expectante. Caminaba ahora a la par del pastor, no detrás ni delante sino a su lado derecho. Siguiendo la senda que en estos momentos, comenzaba a caer por un pronunciado barranco hacia el río. Y según por la senda descendía, por el lado derecho que era también por donde el sol avanzaba desde el levante, se les iba quedando una muy alta montaña. Como perdida entre algunas brumas y fundida algo con el azul del cielo. Por su lado izquierdo, saltaba la corriente del arroyuelo, desde los olivos de los asientos de piedra y las ruinas del molino del avellano. Pero como al científico le intrigaba ahora, además del silencio que mantenía el pastor, la misteriosa silueta de la cumbre a su derecha, preguntó a su compañero:
- ¿Y el palacio de la niebla que anoche antes de dormir, me decías?
- Justamente señor, en la cumbre que va quedando a nuestra derecha, se alzaba.
- ¿Y qué fue de eso y cómo acabó, si es que lo sabes?
Y el pastor, sin dejar de caminar y tragando saliva le dijo:
- Nunca en mi vida se me ha borrado y, para que esto que hoy vivimos quede bien completo, le cuento algo:

El palacio de la niebla

XVIII- Siendo yo todavía pequeño, ya de joven y ahora de mayor, pasé y sigo recorriendo con frecuencia este camino. Y cuando era pequeño, las primeras veces que pasé por aquí, me impresionaba mucho el palacio sobre esta alta cumbre que se nos va quedando por la derecha. Desde aquí se veía con claridad, la prolongada escalera de piedra que asciende por la montaña, la misteriosa casa blanca ya en lo alto y al final de la escalera y luego la gran fachada del palacio también de piedra color caramelo. Solo esto era lo que desde esta senda se veía. Porque el resto del enigmático palacio, el cuerpo que tenía a continuación de la fachada, siempre estaba tapado por la niebla. Ni siquiera en los días más soleados lograba ver yo de este palacio más trozo que su fachada de piedra, la casa blanca por delante, el rellano donde terminaba la escalera y esta larga escalera agarrándose a la ladera de la montaña.

Y como al pasar por aquí me impresionaba tanto la visión de todo lo que le he dicho, una vez y otra preguntaba a mi padre:
- ¿Qué es este palacio en lo más alto de la montaña, siempre tapado por la niebla, en silencio y de aspecto tan gigante y misterioso?
Y recuerdo que mi padre, siempre respondía a mi pregunta diciendo:
- Yo nunca he podido saber lo que es este palacio y, menos aun, el misterio que

encierra. Según he oído, en este lugar lo construyeron hace mucho tiempo, personas relacionadas con la Alhambra y que lo habitaron durante algún tiempo.
- Y ahora mismo ¿quién vive ahí?
- Tampoco lo sé, hijo mío. Y, aunque también he preguntado a mis conocidos, ellos tienen menos información que yo.
- Y si un día de los que pasamos por aquí, cogemos esta escalera y nos encajamos en aquel edificio blanco que se ve en el rellano de la puerta del palacio ¿qué pasaría?
- A lo mejor no pasa nada pero, por si acaso, mejor es no llevarlo a cabo.

No me dejaban tranquilo las palabras que salían de la boca de mi padre. Por eso, cada vez que seguía pasando por aquí en su compañía y cuando él ya murió, siempre intrigado, miraba y miraba para la fachada de este palacio. Hasta que un día, una tranquila mañana de primavera, vi algo que me llamó mucho la atención. Por este lado derecho de la escalera y aquí donde el terreno ya es llano, una mujer muy bella recogía flores. Vestida con traje largo como de seda y color azul blanco. En su brazo derecho portaba una muy bonita cesta de mimbre y en ella iba echando las flores que de aquí de allá recogía. Al verla tan hermosa y como fundida con el verde del paisaje y las mil florecilla que con la primavera por aquí habían germinado, me oculté un poco tras el tronco de algunos árboles y, desde la distancia y en silencio la observé muy interesado.

Era de estatura alta, con pelo largo y negro, de cuerpo delgado, cara redonda y manos finas como los pétalos de las flores que iba recogiendo. Caminaba muy despacio por entre la hierba y algunas matas de monte bajo y por momentos me deslumbraba más y más su limpia y fresca belleza. Porque ante mí, el cuadro resultaba fantástico: solitaria en medio de este florido trozo de tierra, con la soberbia imagen del palacio en todo lo alto, la escalera remontando por la ladera, el bosque de árboles a mi derecha y esta senda cayendo por el barranco hacia el valle del río, todo esto me parecía como la visión de un sueño. Esperé paciente, muy concentrado en la elegante figura femenina y después de un rato y ya con muchas flores en su cesta, se vino para este lado de la izquierda. Por entre la hierba y algunos arbustos, mientras seguía cortando las flores más frescas, avanzó hasta que se me perdió como detrás de la montaña que sostenía al misterioso palacio.

Durante unos minutos, seguí oculto en los árboles, intentando adivinar quién era y por qué andaba por aquí cortando flores y luego me fui, llevándome estampada en mi mente la bonita imagen de esta joven. Por eso, cuando unos días después volví a pasar por este mismo sitio, lo que más deseaba era volver a ver. Y tanto lo deseaba que venía dispuesto presentarme ante ella, saludarla y preguntarle. Me decía: “Lo primero que voy a preguntarle es si vive en el palacio de la niebla. Y en caso de que me diga que sí, la segunda pregunta que le haré es si ella es princesa, reina o dueña de este palacio”.

Y aquel día, también por la mañana pero ya con el sol muy alzado, venía yo pensativo y rumiando lo que ya le he dicho cuando, unos metros antes de llegar a la escalera, lo vi. Un hombre joven, con un zurrón a sus espaldas, subía por ese barranco que vemos al frente, a este lado de la escalera. Y me pareció que salía o del rellano en los primeros peldaños de la escalera o como

de alguna galería o cueva que por ahí existiera. Al igual que el día de la mujer de las flores, detuve mis pasos, me oculté un poco entre las matas de retama y lo observé muy interesado. Me dije: “Creo que ese joven también tiene algo que ver con el imponente palacio en la cumbre de la niebla. Y por lo que veo, también como la mujer de las flores, viene por aquí buscando algo. Aunque sea solo por curiosidad, me interesa averiguar de él todo lo que pueda”.

Después de unos minutos y cuando ya se alejaba siguiendo el arroyuelo de este barranco, abandoné los arbustos que me protegían y con mucho cuidado para que no me descubriera, comencé a seguirlo. Procurando no acercarme mucho y, al mismo tiempo, teniendo cuidado de no perderlo de vista. Por una empinada veredilla que discurre pegada al arroyuelo de este barranco, remontó a toda prisa. Sujetando con su mano derecha el zurrón que llevaba a las espaldas. Como si diera la impresión de que este bártulo pesaba mucho y para que no se le cayera, lo sujetaba con fuerza. Cuando terminó de remontar, lo perdí de vista durante unos minutos porque los troncos de algunos árboles, me lo taparon. Aligeré mis pasos, remonté a toda prisa y al llegar a lo alto, con mucho cuidado, me fui asomando. Lo vi enseguida, ahora bastante cerca de mí. Se había parado y charlaba con otro hombre que al parecer había bajado por el lado de la montaña que desde aquí no vemos. Había descolgado su zurrón de las espaldas, lo tenía en el suelo y muy cerca de sus pies, lo había abierto y de ahí había sacado un puñado de monedas. Las vi claramente porque en ese momento, los rayos del sol incidían desde el lado del levante y al caer sobre las monedas que el joven mostraba en sus manos, éstas relucían con un brillo vivo y dorado.

Tapándome con lo que podía, me aproximé por entre los troncos de árboles y lentiscos y cuando ya estuve a solo unos metros, oí que el joven de las monedas decía al que había llegado por el lado oculto de la montaña:
- En estos momentos, no tengo más dinero para darte. Lo siento.
- Pues ya sabes que te doy solo una semana de plazo.
- Y si en este tiempo tampoco puedo reunir lo que me falta ¿qué hacemos?
- Por mi parte, lo tengo muy claro. Tienes que pagarme todo lo que me debes y entonces, serás libre y dueño de lo que te he vendido.
- Pero y si no consigo el dinero que falta ¿por tu parte no podrías esperar unos días más?
- Lo que acordamos, eso se mantiene sin ningún cambio.

Y el hombre del zurrón, vació en el suelo todo el contenido de la bolsa. Las monedas sonaron como melodías desafinadas y desprendieron varios destellos dorados. El hombre que había llegado desde el lado oculto de la montaña, se agachó, se llenó los bolsillos con las monedas y al poco, se alejaba hacia el lugar oculto que le he dicho. El del zurrón, cabizbajo y con cierta expresión de tristeza en su rostro, cargó con el morral vacío y se dispuso para regresar por el mismo camino que había recorrido solo unos minutos antes.

Me mantuve inmóvil oculto detrás de los árboles y cuando vi que se perdía hacia el rellano de la escalera, salí de mi escondite y me fui para el lado del levante. Mientras me alejaba de ese lugar, dejando el palacio a mis espaldas, me preguntaba por la identidad y presencia en ese rincón tanto del hombre del

zurrón como del que había recogido las monedas. Y como en ese momento me intrigaba aun más que los días anteriores lo que por estos sitios estaba viendo, me dije que tenía que volver y seguir averiguando qué era lo que por aquí pasaba.

Y volví. Una semana después y también una mañana, pasaba yo otra vez por esta senda dirección al barrio del Albaicín y hacia el valle del río Darro. Traía en mi mente la idea fija de este palacio entre niebla y de la montaña que en todo lo alto lo sostiene. Y al llegar al rellano de donde arranca la escalera, vi de nuevo algo que me intrigó. Hoy, donde aquella mañana a la mujer recogiendo flores, descubrí a otra figura femenina que también andaba buscando cosas por aquí. Iba de un arbusto a otro y de mata en mata buscando pequeño frutos rojos que recogía de aquí y allá y echaba a una cesta de mimbre. No me descubrió ella a mí pero como yo sí tenía interés en su presencia y en lo que hacía, la observé durante unos minutos hasta que vi que se fue derecha a la escalera. Dejé que remontara y, después de un buen rato y cuando ya estaba en todo lo alto, tomé una decisión. Sin pensarlo mucho, comencé a remontar la escalera, muy despacio y procurando no ser visto.

Mi corazón temblaba por el miedo que sentía al ser descubierto. Por eso, justo cuando ya me quedaban dos peldaños para encajarme en el tramo final, me paré porque sentí hablar. Miré para mi lado izquierdo y en la misma puerta de la pequeña casa que había en la fachada del gran palacio, vi a un hombre sentado en una mesa de madera. Escribía y frente a él, dos mujeres jóvenes, lo miraba y le preguntaban:
- ¿Qué poema vas a escribir hoy?
- El más bello que nunca nadie haya escrito en Granada.
- ¿Y nos lo vas a dedicar a nosotras?
- Seguro que sí.
Y vi que las mujeres, las dos muy bellas, se reían y, en el fondo, parecían sentirse alagadas. Me fije bien y descubrí que estas dos mujeres eran las mismas que había visto recogiendo flores y la que unos días después, buscaba frutos silvestres.

Vi, en ese momento, salir humo de lado derecho donde al fondo y muy lejos se observaba Sierra Nevada. La gran columna de humo se alzaba como de un pequeño barranco y se fundía con las nubes de niebla. Caminé un poco hacia este lado, procurando no ser descubierto ni por el escritor ni las dos mujeres y al poco, vi la lumbre. Una gran fogata que ardía entre unas gruesas piedras y a la que echaban ramas secas un par de hombres. Entre ellos comentaban:
- Esto va a ser lo nunca visto en los paisajes que rodean a la Alhambra.
- Y hay que procurar que nadie descubra nuestro plan y que de ésta, no quede vivo ni el gato que corretea por los pasillos del palacio.

Cerca de la lumbre, uno de los hombres, descuartizaba varios corderos. Intuí que unos momentos antes los había matado, luego les había quitado la pie y ahora, los iban colgando en las ramas de un árbol seco y de este modo y ya sin piel, iban cortando trozos de carne y los ensalzaba en palos de adelfas, aun verdes y con la corteza quitada. Al ver esto me pregunté: “¿Sabrá este hombre que las adelfas son las plantas más tóxicas que se crían por estos lugares?” Yo

sí lo sabía porque mi padre me lo había dicho muchas veces y desde que apenas comencé a hablar. Por eso también, al ver lo que este hombre estaba haciendo, pensé que toda la carne se estaba llenando de veneno. Me dije de nuevo: “Cualquiera que se coma esta carne, puede acabar muerto. ¿Sabrá este hombre lo que está haciendo?”

Y vi que fue poniendo, junto a las llamas y sobre las brasas de la lumbre, los trozos de carne ensalzados en los palos de adelfas pelados. Decía, según iba colocando en la lumbre esta carne:
- Ya verás qué sabrosa y cuanto va a gustarle en cuanto la prueben. La más rica carne de cordero criado en estas montañas y asados en el fuego de leña en medio del campo.
- Una vianda exquisita como no hay otra en el mundo.
En la puerta del palacio, donde el poeta escribía y las mujeres se dedicaban a lo que ya he dicho, comenzaron a colocar mesas al aire libre. Al poco, en estas mesas, se sentaron las dos mujeres, el escritor y varias personas más que salieron del palacio. Entre estas personas, vi al hombre del zurrón que había transportado las monedas que le comenté y luego vi a uno que parecía rey o príncipe y a la joven que destacaba entre todos por su elegante y lujoso traje de seda verde azul y una pequeña corona muy reluciente sobre su cabeza.

Del palacio también salieron otras personas portando vasijas que colocaron encima de las mesas. Se sentaron unos y otros y la mujer del traje de seda lujoso, la colocaron en el centro de una de las mesas alargada. El que parecía rey dijo:
- Hoy es el cumpleaños de la reina de este palacio y por eso vamos a celebrarlo a lo grande. Podéis empezar a saborear estos exquisitos alimentos que, dentro de un rato, viene la mejor carne de cordero asado en lumbre de las montañas.
Dijo la mujer joven de la corona reluciente:
- Huele a gloria el aire que viene de la lumbre donde se asan los corderos. Seáis todos bienvenidos y gracias por vuestra compañía.

Desde la lumbre, los hombres que asaban la carne y alimentaban a las llamas, comenzaron a transportar trozos de palos de adelfas repletos de carne de cordero ya dorada por las brasas del fuego. Los fueron poniendo en las bandejas que había sobre las mesas y enseguida los comensales dieron comienzo al banquete. Los hombres de la lumbre seguían dorando más y más trozos de carne y, mientras iban y venían, se miraban y reían. Porque, al poner la carne asada en las bandejas de las mesas, sobre la vianda iban echando como una salsa al tiempo que decían:
- Es la mejor salsa natural hecha en estos reinos de Granada. Nosotros mismos hemos buscado los frutos y plantas en las montañas para reforzar con el mejor sabor a esta rica carne de cordero asada.

Y los comensales, al probar las doradas y humeantes chuleas, comentaban:
- Desde luego que está muy rica esta fresca carne de corderos criados en estas montañas y asada y sazonada de la manera más natural.
Pero sucedió que, a la media hora más o menos del comienzo de la comida, unos y otros empezaron a sentirse mal. A los primeros les dolía la cabeza, a

otros, les empezó a doler el estómago, algunos decían que se estaban mareando y la princesa y el rey, se levantaron de las mesas y entraron corriendo por la puerta del palacio. Detrás de ellos se fueron los invitados, dejando abandonado por completo todas las mesas y los alimentos sobre ellas.

Vi, en esos momentos, correr barranco arriba a los hombres que alimentaban a las llamas y asaban las carnes de corderos. La lumbre comenzó a quemar la carne que aun se asaba en los palos de adelfas y el humo, una gran columna blanca, densa y maloliente, se alzó y comenzó a cubrir las paredes y recintos del palacio. Como un mar de niebla espesa, mientras dentro se oían gritos, voces y lamentos. Temiendo que alguien me descubriera y me apresara, yo también me alejé rápido de donde estaba escondido y me fui a mi mundo. Al día siguiente, al otro y al otro, cuando volví a pasar por aquí, me paré en este mismo sitio y vi el palacio aun tapado por una densa cortina y que en esta ocasión, no era humo sino niebla. A nadie vi por estos lugares ni en aquellos días ni en lo que siguieron hasta el día de hoy. Y aunque luego sí pregunté a unos y a otros por el misterio de este palacio y lo que con mis propios ojos había visto, ninguna persona supo darme razón nunca de nada.

Cuando el viejo pastor terminó de contar al científico esta historia, tal como estaba parado en la senda y frente a la montaña del palacio de la niebla, se quedó quieto y en silencio. También en silencio miraba el científico, después de haber escuchado con mucho interés el relato del pastor. Intentaba ahora encontrar explicaciones a lo que estaba viendo y acababa de oír y por eso, pasado un rato, rompió el silencio del pastor preguntando:
- ¿Y qué fue lo que ocurrió a partir del final de aquella envenenada comida?
Y el pastor le confesó:
- Después de unas semanas, durante un tiempo, yo no volví más por aquí. Después de lo que vi y cuando me contaron lo que ya le he dicho a usted, me quedé tan impresionado que sentía temor solo pensar en estos lugares. Era muy desagradable y tenía un trasfondo amargo y desolado lo que ocurrió por estos sitios por eso quería borrarlo de mi mente.

¿Por qué sabe usted? Yo he sido pobre a lo largo de toda mi vida y nunca tuve la oportunidad ni de estudiar ni de conocer mundo ni tener amigos poderosos. Pero en mi corazón y alma, siempre he tenido muy claro y he sabido valorar, apreciar y separar las cosas hermosas de las que no lo son. Y lo mismo digo de las personas y sus comportamientos. Por eso siempre, desde que era pequeño, rehuía y aun lo hago, porque me repugnan, las venganzas, intrigas, violencia y toda clase de comportamientos que lleven consigo acciones malas y obscenas de unas personas para con otras. No es propio de seres inteligentes y casi sublimes, como somos todos los humanos, hacernos daño entre sí. Y menos aun es noble y bello, ejercer la violencia sobre otros, denigrándolo o impidiendo que realice sus sueños, para obtener algún bien para sí. Por eso le decía y ahora repito que, durante mucho tiempo y aun todavía, me daba miedo pasar por aquí e imaginar las tragedias que dentro de ese palacio pudo ocurrir.

Pero aun así, pasado no mucho tiempo de aquellos corderos envenenados, el palacio de la niebla en lo alto de la montaña, se quedó vacío. Por lo visto, nadie quería vivir aquí y como sus propietarios sí eran personas muy

importantes en los recintos de la Alhambra, desde allí organizaron comandos de soldados que empezaron a recorrer todas estas montañas en busca de los hombres que, en la lumbre, envenenaron las carnes que ya sabe. Fue aquello el comienzo de la desolación que hemos venido viendo y le he contado con detalle por los lugares que hemos atravesado.
- ¿Y fueron esos destacamentos de soldados enviados desde la Alhambra, los que envenenaron las aguas de Fuenteliria?
- Es algo que tengo pensado revelar a usted cuando por fin concluyamos el recorrido que estamos haciendo. Será entonces el momento en el que podrá encajar las piezas de todo lo que hoy estamos viviendo. Ahora, sigamos bajando por esta senda hacia el valle del río Darro y al encuentro del barrio del Albaicín. Ya nos queda poco y también la historia va llegando a su final.

Quico y Josefa

XIX- Como en otros momentos, el científico no preguntó más ni hizo comentario alguno. En silencio y tras echar una última mirada a los vellones de niebla que parecían clavados por encima de la cumbre que sostenía al palacio, siguió al pastor. Éste, también en silencio, continuó marcando sus pasos por la estrecha senda desde la cual ya se veían las blancas casas del barrio del Albaicín. No tardaron en llegar a donde una valla de alambres y arbustos espinosos, comenzaba a escoltar a un lado y otro. Apareció enseguida por el lado derecho, un buen rodal de tierra por donde, salpicados, se veían algunos árboles frutales. Miró el pastor y al llegar a donde un par de higueras mecían sus ramas lentamente al paso del vientecillo, se paró y le dijo al científico:
- Una higuera tan grande como todas las que ahora mismo vemos por aquí, clavaba sus raíces ahí mismo.
Señaló para su derecha y como a unos cincuenta metros de ellos. Preguntó el científico:
- ¿Era esa higuera alguna de éstas?
- Ninguna.
- ¿Qué fue de ella y por qué la recuerdas?

Y el pastor explicó al científico:
- Era una higuera grande como nunca en mi vida he visto otra por aquí. Tenía el tronco tan grueso como el cuerpo de dos hombres juntos, retorcido y con muchas heridas y sus ramas se doblaban cuando maduraban los higos y el viento las movía. Siempre que en aquellos tiempos yo pasaba por aquí y en la época en que tenía sus frutos maduros, me acercaba a esta higuera. De sus ramas cogía los mejores higos y me los comía. De este modo me quitaba un poco el hambre al tiempo que rememoraba la imagen del hombre bueno que ya le dije regalaba fruta junto al camino, cerca de Fuenteliria.
- ¿Y nunca se enfadó contigo el dueño de esta higuera?
- El dueño de este árbol y de las tierrecillas donde crecía, un pequeño huerto siempre muy bien cuidado, era un hombre especial.

A él lo llamaban Quico y a su esposa, Josefa. No tenían hijos y los dos vivían casi a las afueras del barrio del Albaicín. En una pequeña casa, con una parra en la puerta, arriates con muchas flores y una acequia de agua muy clara que corría por entre las plantas de este jardín. Desde la puerta de su casa, se abría una hermosa vista hacia la Alhambra, al frente y al valle del río Darro, en lo hondo.

Cerca de este río que usted ya está viendo, Quico tenía un trozo de tierra que, con su mujer, cultivaban a lo largo de todo el año. Los frutos que de estas tierras sacaban, los usaban para alimentarse, para regalar a los vecinos y para ofrecer, los mejores, a los reyes de la Alhambra. Al lado de arriba de su huertecillo, crecía la y frondosa higuera de la cual cogían todos los años muchos, lustrosos y sabrosos higos. Los repartía conmigo y con otros amigos.

Cuando yo pasaba por la senda que rozaba las tierras de su huerto, Quico siempre me saludaba, me ofrecía higos y otros frutos y la mujer me decía:
- En la vida, ya irás descubriendo que las cosas pasan y se desmoronan y las personas se marchan y mueren. Cuando esto suceda, tú nunca te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda.
Y el hombre mayor, de estatura baja, algo grueso, pelo negro y miradas dulces y misteriosas, también con frecuencia me confesaba:
- Como nosotros no tenemos hijos, antes de morir, voy a repartir estas tierras con mis mejores amigos.
- ¿Con qué amigos?
Le preguntaba yo.
- Con los que siempre me han tratado bien y que sean mayores. Porque me gustaría que un día, todas las personas mayores de este barrio, tuvieran un trocico de tierra para cultivar. Para que de este modo se mantengan activos y fuertes. Tú, como dice mi mujer, cuando ya nosotros no estemos por aquí y las cosas en este huerto mío hayan cambiado, no te fijes en la desolación que hay ni te entristezcas por la ausencia de la personas sino admira la belleza que aún queda.

Y a mí, además de sentirme muy alagado y querido por Quico y Josefa, me impresionaban mucho las palabras que pronunciaban. Por eso los admiraba y más aun, cuando una vez y otra, los veía ir y venir de su huerto a la casa o al revés, siempre cogidos de la mano. Me decía: “Parece como si estuvieran tan enamorados el uno del otro, que no pudieran separarse ni un momento. Son buenos de verdad estos amigos y tienen un corazón que rezuma esencia de cielo”.

Y un día, cuando pasé por el camino dirección al barrio, me di cuenta que Quico no estaba en sus tierras. Me acerqué a la vieja higuera y lo encontré caído en el surco de la acequia. Enseguida me puso a ayudarle, lo rescaté del surco, lo recosté bajo la higuera, le lavé las heridas y lo reconforté con palabras animosas. Pero Quico, solo unos minutos después, murió. Subí corriendo a la casa, le conté a Josefa lo que sucedía y ésta, fue corriendo a donde su marido y lo único que pudo hacer por él fue abrazarlo y llorar amargamente. Unas horas después, ayudada por los vecinos, llevamos el cuerpo al cementerio y lo enterramos. Solo tres días más tarde, Josefa enfermó y al ponerse el sol un día de primavera, murió. Al enterarme de ello, acudí al barrio, lloré tanto a Quico como a Josefa y también ayudé a los vecinos en el entierro de su cuerpo.

Regresé luego a mi casa en la montaña y unas semanas más tarde, cuando volví por las tierrecillas del huerto de Quico, me paré bajo la higuera, miré a un lado y otro y por todos los sitios, solo encontraba desolación y tristeza. Pensando en mis amigos, recordé lo que ella siempre me decía: “No te fijes en la

desolación que hay sino en la belleza que aún queda". Y en ese momento, me pareció que tanto Quico como Josefa, seguían vivos por aquí, ofreciéndome los mejores higos de su higuera y la más jugosa fruta de su huerto, al tiempo que sonreían y me animaban con palabras buenas.

Bastantes años después, murieron mis pastores padres en las montañas. Envejecí también yo y por eso un día, me vino a vivir a una casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al caer las tardes, salía a pasear por la orilla del río y al ver las tierras del que había sido el huerto de Quico, me sorprendía lo mucho que por el rincón todo, con el paso del tiempo, había cambiado. La higuera ya no existía, la acequia se había roto, los nuevos dueños de las tierras, habían cortado algunos árboles y otros se habían secado y se veían trozos de paredes rotas y llenas de musgo. Sin embargo yo, aunque todo por el lugar me seguía pareciendo desolado y muy triste, siempre recordaba a Quico y a Josefa.

Por encima de donde ahora se encuentra la Fuente del Avellano, a media ladera y en un pequeño rellano, me iba muchas tardes. Desde este lugar, sentado sobre la hierba, mirando al valle del río Darro, a las cuevas por las laderas del Sacromonte, a las blancas casas del Albaicín y a las puestas de sol al fondo de la Vega de Granada, rumiaba mis recuerdos y meditaba. A mi manera y muy torpemente, alguna vez escribía versos y, en otros momentos, soñaba con escribir un libro para dejar en él recogido la historia de Quico y Josefa. Con nadie compartía este sueño excepto con el silencio de la ladera, el vientecillo que por aquí se paseaba y el azul purísimo del cielo por donde, en un grandioso paraíso lleno de amor y serenidad, sabía que vivían mis amigos.

XX- Bajaban ya por la Cuesta del Rey Chico y al frente se veían las blancas casas del barrio del Albaicín. El sol caía limpia e iluminando con fuerza tanto las laderas de enfrente como las murallas a su izquierda y los picos de las torres de la Alhambra. En su interior el científico se decía: "Se acerca nuestro momento final. Por eso ardo en deseos de saber las claves de las muchas cosas que en este recorrido me ha mostrado. Y tengo que estar atento para que no se me escape ni un solo detalle". Y era tanta la impaciencia del científico que se disponía para hacerle una pregunta al pastor cuando éste se le adelantó y le dijo:
- Cuando en aquellos tiempos, siendo yo todavía pequeño y luego ya de joven antes de la muerte de mi padre, pasaba yo por este camino y tramo que pisamos ahora mismo ¿sabe usted lo que con frecuencia me decía él?
- Es obvio que no lo sé pero me gustaría que me lo dijeras.

Y el pastor, en esta ocasión sin dejar de caminar, dijo al hombre que le acompañaba:
- Al recorrer este trozo de camino con la visión de las laderas que al frente ahora también tenemos, mi padre siempre me aconsejaba: "Hijo mío, según vayas haciéndote mayor irás comprobando que en la vida hay interminables caminos. Sendas que van en todas las direcciones y llevan a lugares desconocidos. Algo así como el camino que ahora mismo recorremos. Tú, cada vez que recorras algunas de estas sendas que te digo, presta mucha atención y observa con meticulosidad. Porque entre las interminables sendas se irán presentando ante ti, solo una es valiosa por encima de las demás. Es la que te llevará al lugar que te

pertenece y donde encontrarás lo que para ti tiene reservado el cielo. Por eso, si al recorrer las sendas de la vida, te vas por la que equivocada, tus sueños y todo tú y para siempre, quedaréis perdidos. Recuerda esto que te digo cada vez que pases por este trozo de camino y lucha en todo momento para no equivocarte y desviarte del buen camino".

Esto era, más o menos, lo que siempre me decía mi padre al recorrer el trozo de senda que ahora pisamos. Y por eso, desde aquellos días hasta hoy, mantengo vivo en mi corazón sus acertadas palabras. Era sabio mi padre y bueno como pocos en este mundo. Y al marcharse él y también mi madre y quedarme solo en este suelo, fue cuando empecé a descubrir algo muy curioso.
Intrigado el científico enseguida preguntó:
- ¿Qué es lo que empezaste a descubrir?
- Que según va pasando el tiempo y las vivencias quedan atrás, descubro más y más que no son los días los que se recuerdan sino los momentos.
Al oír esto confirmó el científico:
- Lo entiendo.

Solo unos minutos después ya descendía por el tramo más inclinado en esta Cuesta del Rey Chico. Caminaban ahora en silencio mientras les acompañaba el rumor de un arroyuelo a su izquierda y les llenaba de emoción la visión al frente del barrio del Albaicín. Llegaron al Puente del Aljibillo y tal como venía caminando, el pastor se paró junto al pequeño muro a su lado izquierdo. Puso sus manos sobre las piedras de este muro y mirando al científico, dijo:
- No es descansar un momento lo que quiero ahora sino despedirme de usted.
Muy sorprendido el científico por lo que de pronto oía, preguntó:
- ¿Despedirte de mí aquí y ahora?
- Ya hemos recorrido el camino que usted deseaba conocer, ya le he enseñado y al mismo tiempo le he explicado lo más importante y de valor único que por estos lugares hay y guardó yo en mi corazón y ya conoce usted, creo yo, los escenarios y parte de los hechos que por estos sitios sucedieron. Por eso ahora creo que ha llegado el momento de marcharme y que usted continúe con su proyecto.
Y sorprendido por completo el científico por lo inesperado de la notica, dijo al pastor:
- Pero me has dicho varias veces que al final de nuestra ruta, me revelarías las claves de lo ocurrido en los lugares que hemos pisado.
- Eso es cierto pero por mi parte, ahora ya creo que usted es el que tiene que investigar y aclarar para la Humanidad, estos misterios. Siento que puedo morir en paz, a partir de ahora mismo. Le he contado a usted todo lo que necesitaba y mi corazón apetecía. Le he hablado en abundancia y hasta descubriéndole los más pequeños detalles de las cosas ocurridas en estos lugares y en mi vida. Déjelo todo escrito en sus cuadernos para que se recuerde siempre y a mí, permítame usted que me vaya y muera para siempre en la paz que a lo largo de mucho tiempo he soñado.

Sobre el pequeño muro de piedra, se sentó el pastor. Se puso a su lado el científico, bastante desconcertado porque intuía que sí era de verdad la despedida y él, no era esto lo que deseaba en estos momentos ni de esta manera. Pero, aun se asombró más cuando vio como la figura del viejo pastor, al

tiempo que se sentaba en el pequeño muro del puente, se inclinaba levemente hacia el cauce del río. Como si poco a poco se dejara caer para hundirse en el vacío que ofrecía el puente hacia las aguas del río. Preocupado ahora porque su buen amigo pudiera perder el equilibrio y caer a las aguas, se acercó para sujetarlo. Pero en este momento, una leve y fina ráfaga de viento, subió por el cauce, empujó al cuerpo del viejo pastor, al tiempo que una nubecilla de niebla se elevaba desde la corriente y muy suavemente, el hombre descendía como para dormirse sobre las aguas del río. Según su cuerpo se hundía, la blanca niebla se espesaba y antes del que el viejo pastor chocara con la corriente, todo él quedó como difuminado o fundido en la vaporosa nubecilla que revoloteaba ahora corriente abajo. Como si el propio viento, fresco y algo perfumado a otoño y primavera, abrazara y se llevara para siempre a la eternidad, al corazón del cielo, al pequeño gran hombre de las montañas al norte de Granada y de la Alhambra.

Despertar del sueño del científico

XXI- En la cama de su hotel, el científico despertó. Inmóvil se quedó durante un rato mientas miraba por la ventana y fijaba sus ojos en la robusta figura de la Alhambra sobre la colina. Hizo un pequeño esfuerzo y rápido recorrió con sus pensamientos todo el sueño que acababa de tener. Meditó un momento y luego se incorporó. No tardó nada en acicalarse un poco y ponerse ropas sencillas y luego, después de tomar alguno alimento, se preparó. En su mochila metió varios cuadernos, mapas y bolígrafos y también algunos escritos. Cargó con esta mochila, salió de su habitación, bajó las escaleras, salió a la puerta y se encontró al comienzo de la calle. En silencio y, cuando el sol ya se alzaba por encima de las torres de la Alhambra, caminó calle arriba hasta que llegó al Puente del Aljibillo. Aquí detuvo sus pasos y durante un buen rato, miró y meditó algunas cosas que en su sueño había visto.

Luego, remontó por la Cuesta del Chapiz, llegó a la plaza del Salvador, buscó las estrechas calles que discurren por detrás de la iglesia y subió al famoso mirador de San Nicolás. Al llegar, vio que ya por aquí iban y venían turistas haciendo fotos y contemplando la figura de la Alhambra, el valle del río Darro y la amplia ciudad de Granada sobre la llanura y hacia el poniente. Despacio observó durante un buen rato y de pronto lo vio. Sentado en el pequeño muro, a la izquierda según miraba para la Alhambra. Se acercó a él y después de saludarlo, le dijo:

- Busco a un viejo pastor que hace mucho tiempo se vino de las montañas de Sierra Nevada. Me han dicho que puedo encontrarlo por aquí. ¿Usted sabe algo de él?

Y el hombre mayor, de cara tostada por el sol y con la piel muy arrugada, pelo blanco, miradas puras y algo encorvado, observó despacio al que se le había acercado y pasados unos segundos, habló y dijo:

- Hace muchos, muchos años, por aquí vivieron algunos pastores venidos de las montañas de Sierra Nevada. Hoy en día, ya no hay ninguno en este barrio.

- Pero a mí me han dicho que sí puedo encontrar a uno que conoce bien los lugares de Fuenteliria.

Al oír la última palabra que pronunció el científico, el nombre de Fuente Liria, el hombre del mirador se quedó como extrañado. Miró de arriba abajo a la

persona que tenía al frente, pensó un momento y luego dijo:
- Nunca en mi vida he oído yo hablar de ese lugar que usted me ha dicho. Y no solo esto sino que me parece que nadie en este barrio sabe nada de ese sitio.
- ¿Ni siquiera el viejo pastor por el que te he preguntado?
- Aunque ya le he dicho que pastores, ni mayores ni jóvenes hay en este barrio, sí puedo anunciarle que conozco una historia muy original, de un hombre mayor con este título. Si le sirve de algo y tiene tiempo, puedo contársela.
- Cuéntamela por favor, porque a lo mejor tenemos suerte y esta historia que sabes tú, nos da algunas pistas que lleven a hechos muy concretos.

De nuevo el hombre mayor del mirador, guardó silencio durante un largo rato, como preparándose para narrar al científico lo que le había anunciado. Y cuando lo hizo, lo primero fue aclarar:
- No es larga la historia que voy a contarle pero antes de nada, quiero advertirle de algo.
- ¿Qué es lo que quieres advertirme?
- El hombre mayor que protagonizó el relato que le vengo anunciando, viejo pastor según se rumoreaba por aquí en aquellos tiempos, en las montañas de Sierra Nevada, dicen que siempre él estaba comentando: "Cuando yo muera, cuando por fin un día Dios me lleve de este mundo a ese paraíso que tanto y tanto y a lo largo de mis días he soñado, no quiero que nadie investigue mi vida. Tampoco quiero que nadie escriba nada de mí ni recoja hechos de mi mundo ni de mi antes pasados". ¿Qué le parece a usted esto?
Y el científico dijo:
- Que es una información muy interesante que tengo que meditar muy despacio. Puedes narrarme el relato que me has anunciado, cuando quieras. Estoy preparado para oírte y tomar nota de lo que me digas.
Y sin más, el hombre mayor, dio comienzo al relato prometido.

La joven de la cueva

XXII- Desde la Alhambra y, especialmente desde la torre más alta y robusta, se veía su cueva. Casi al borde de las aguas del río Darro, ya al final de la ladera que mira a la umbría del Generalife y algo retirada de las casas del barrio del Albaicín. Y estaba casi aislada su cueva. Solo tres más y pequeñas, se abrían por el lado de arriba, ninguna a su derecha y dos más muy distanciada, a la izquierda y aguas arribas del río. Por eso su cueva ni tenía puerta para cerrar la entrada ni ventanas ni chimenea. Solo un pequeño rellano antes de la oquedad y donde su niña, continuamente jugaba.

Vivía ella sola, era joven, no estaba casada, sí era madre de una niña preciosa que ya iba a cumplir los siete años y que era su única y verdadera amiga, así como su gran consuelo y gozo profundo en sus momentos de soledad y sufrimientos, que eran muchos. Porque la joven, no tendría más de veintitrés años, no era aceptada por casi nadie en todo el barrio del Albaicín ni en la Alhambra ni en Granada. A sus espaldas y cuando ni los veía ni podía oírlos, muchos la criticaban más o menos de esta manera:
- Nunca se ha visto en el mundo que una mujer tan bella, viva sola en una cueva y que, además de no haberse casado, tenga una niña.
- Desde luego que no es bueno y por eso resulta escandaloso hasta su presencia.

Pero ella, estas cosas nadie se las decía delante ni de frente, sí sabía que era muy rechazada por casi todos los habitantes del barrio que, hasta incluso, deseaban que desapareciera de los lugares de donde vivía. Muchos pensaban esto menos un hombre mayor, viejo pastor en las montañas de Sierra Nevada y ahora en su vejez, refugiado en una pequeña casa en el barrio del Albaicín. Conocía este hombre a la madre soltera de la cueva del río y como en su corazón sí existía ternura para con los marginados y débiles, con frecuencia se acercaba al rincón donde vivía para saludar a la niña, jugar con ella y regalarles algunos alimentos. En invierno, frutos secos y bellotas que guardaba en su casa y buscaba de los bosques, en primavera, moras, cerezas y otros frutos que recogía de su huerto. En verano, brevas, higos y algunas hortalizas que también cultivaba y en otoño, almendras, nueces, avellanas y setas que encontraba en las montañas cercanas.

Las personas lo veían ir con frecuencia a la cueva de la joven marginada y esto era motivo de más críticas y habladurías. Por eso la joven, cuando el viejo pastor la visitaba para llevarle los alimentos que podía y para compartir con su niña juegos y sonrisas, le confesaba:
- Estoy cansada de tantas críticas de unos y otros. ¿Por qué las personas no se dedican a vivir su vida y dejan en paz a los demás?
Y el hombre mayor siempre le aconsejaba:
- Tú reza, lucha y da la vida por tu hija y entrégale todo el amor que llevas en el corazón. Sed valiente y nunca dañes a nadie ni robes y que los demás digan lo que quieran. Las personas sabias, aunque sean pobres, dicen más callando que los necios cuando hablan sin parar.

Y la joven se admiraba del buen corazón y las bellas palabras que el hombre le regalaba. Tanto se admiraba que cuando estaba sola con su niña, aunque sabía que todavía no la comprendía, una vez y otra la abrazaba y le decía:
- Es más que un padre bueno y que un amigo sincero. Y te digo esto porque si no fuera por él y, sobre todo, el cariño sincero que nos da, ni el más mínimo gozo tendríamos en nuestras vidas. Parece como si fuera un enviado del cielo para guiarnos y acompañarnos por este suelo.
Y la pequeña de su alma, la más bella de las princesas según la madre continuamente le decía, besaba a su reina y sonreía y la miraba de frente. En su pequeña mente y tierno corazón, solo existían sueños maravillosos y la esperanza de que un día sería libre y dueña de lugares muy bellos.

Pero una noche de verano, cuando el calor apretaba y todo era serenidad por el valle del río Darro, laderas del Generalife y Sacromonte, desde el barrio del Albaicín, se oyeron voces que decían:
- ¡Fuego, fuego, fuego!
Rápidos se asomaron algunos vecinos y a lo lejos y por donde la cueva de la madre soltera, vieron las llamas. Dijeron:
- Arde todo lo que por allí y ellas están en el centro de estas llamaradas.
También en la alta y robusta torre de la Alhambra, se concentraron algunas personas y al ver los resplandores y columnas de humo y llamas, dijeron:
- Ojalá se achicharren en medio de esas llamas y desaparezcan de aquí para siempre. Son indeseables y el peor ejemplo para toda Granada.

Al ver el fuego rodeando a la cueva y hasta quemándose en la misma puerta algunos palos y ramas secas, el hombre mayor del barrio del Albaicín, salió corriendo por las calles y cuando llegó a la cueva, encontró a la joven entre las cenizas, agonizando y abrazada a su niña mientras le decía:
- Corazón mío, no sufras ni tengas miedo que yo estoy aquí a tu lado.
De rodillas en suelo, el hombre mayor abrazó a la madre y a la niña y, aunque intentó alejarlas de la lumbre que las achicharraba, lo único que pudo hacer fue abrazarlas aun más fuerte al tiempo que alzaba sus ojos el cielo y llorando suplicaba:
- Dios bueno, llévatelas contigo a tu gran reino y que ahí vivan eternamente junto a ti. La madre se lo merece por lo mucho que ha sufrido en este suelo y el corazón puro y limpio que tenía. Y mi pequeña princesa, sin trajes de seda ni corana ni palacios, porque es un ángel como nunca ha existido ni habrá otro en este mundo.

Y en ese momento, todo el cielo de Granada, sobre las torres de la Alhambra y las montañas de Sierra Nevada, se tiñó de oro viejo, ascuas vivas y doradas llamas. Como si fuera el primer amanecer de un nuevo tiempo, profundamente misterioso y bello, muy bello.

Poema del pastor de las montañas

XXIII- Cuando el hombre mayor del mirador terminó de contar el relato que atrás ha quedado, el científico siguió sumido en su silencio. Impresionado por lo que acababa de oír y también algo desconcertado. Y pasado unos segundos, preguntó al hombre del mirador:
- Sin duda que aquel hombre murió envuelto en una gran dignidad. ¿Se supo en algún momento algo más de él?
- En la pequeña casa donde en este mismo barrio vivía, dicen que todo era pobreza aunque muy ordenada y limpia la humilde estancia. Lo más valioso que allí algunos encontraron, fue una bonita caja de madera, tallada muy rústicamente. La abrieron y dentro hallaron trozos de piedras de cuarzo de las cumbres de Sierra Nevada, una cruz de oro pequeña, algunos diminutos objetos de metal dorado como pulseras, anillos y cadenas y también una amarillenta hoja de papel escrita.
- ¿Qué era lo que había escrito en esa hoja de papel, si es que lo sabes?
- Lo sé y se lo puedo repetir a usted letra por letra. Porque dicen que cuando descifraron lo que en aquella hoja había escrito, todos concluyeron que era un hermoso poema. Lo leyeron y varias personas se lo aprendieron de memoria. Estas personas, se lo repitieron a otras y luego a las que vinieron después y así fue como llegó hasta mis oídos. Cuando yo lo escuché, como me gustó mucho este singular poema, me esforcé en aprenderlo también de memoria y por eso le he dicho que puedo recitarlo palabra por palabra. ¿Quiere oírlo usted?
- Sí, por favor, me muero en deseos de escucharlo.
Y el hombre del mirador, sin más, se puso y recitó el fragmento que sigue abajo:

“A lo largo de mi vida y a cada instante,
he respetado y he sido amigo de la lluvia,
del viento, de las nubes y las nieves
y también de los pajarillos, las flores de los campos,

los arroyuelos y los río
y las puestas de sol y silencios al amanecer.
He sido amigo sincero de las personas humildes como yo
y de los niños y ancianos.
Nunca quise hacer daño a nada ni a nadie intencionadamente
ni robé un trozo de pan ni una moneda en ningún lugar.
Y para no herir ni a las personas,
animales, plantas y Creación en general,
siempre caminé y me comporté con el mayor respeto
y educación hacia todo y para con todos.

Mi corazón buscó alabar y dar gracias a Dios
por todo cuanto tenía y me daba cada día
y por los cantos de los pájaros,
la primavera y el azul del cielo.
Lo que tuve en mí,
siempre lo di gustosamente
y procedí con humildad en todo momento.
Y por eso repito que si algo malo hice en este mundo
y a lo largo de mi vida,
que me perdone el cielo
y las personas o seres que de mí esto recibieron.
Nunca fue mi intención sino todo lo contrario,
porque siempre tuve conciencia
que en este mundo estuve y estoy de paso.
De aquí que tampoco luchara por las riquezas de este suelo
ni me importara pasar hambre,
frío o sentirme despreciado y solo.
mi gran deseo y necesidad en mi corazón,
siempre fue solo amar,
respetar, asombrarme ante la belleza
de las personas y las cosas y agradecer,
como ya he dicho, cada día al cielo.

Y por todo esto y muchas más cosas
que llevo estampadas en mi alma y no sé expresar con palabras,
pido algo a la Humanidad entera:
que nunca nadie,
ni ahora ni cuando muera,
se interés por mí ni investigue mis cosas
ni las deje escritas en ningún libro.
Creo que tengo derecho a que se me respete
igual que hice yo y que me dejen,
para la eternidad y frente al cielo y el Dio en el que creo,
en mi paz y en libertad.
Pido esto y suplico que nadie investigue mi vida
ni saque de ella conclusiones.
Viví y vivo mi dolor y sufrimientos
en soledad, siempre rezando al cielo
y quiero que esto sea respetado como lo más sagrado,
íntimo y personal".

Concluyó el hombre mayor esta narración y notó que el científico se mostraba por completo perplejo. Le conmovió profundamente lo que acababa de oír y por eso se mostraba como desconcertado y sin palabras. El hombre mayor que sentado sobre el pequeño muro del mirador tenía la figura de la Alhambra recortada a sus espaldas, sí después de un breve silencio, de nuevo dijo:
- Ya ve usted, aquel hombre tenía una dignidad muy grande y principios nobles como pocos. Por eso creo que era capaz de formular las cosas que en su poema hay y por eso se sentía libre y bueno ante Dios. Y yo le he contado todo lo que sé para que lo tenga en cuenta.
Dijo el científico:
- Lo he grabado en mi corazón y no dudes que lo reflexiono sinceramente. Creo como tú, que aquel pastor de las montañas, fue un gran hombre y procedió con rectitud. Debe ser respetado y para siempre, por encima de cualquier otra realidad.
- Hace usted y piensa bien y yo que me alegro de ello.

Un tesoro más //Aj

Por toda la colina de la Alhambra, hay muchos tesoros escondidos. Dentro de los recintos amurallados, por donde estuvieron y aun hay algunos palacios, por los espacios ajardinados, en los cimientos de las torres y en las galerías subterráneas y también en las tierras que rodean a las murallas. Por la vaguada al levante y hoy densos bosques, por las laderas que caen para el río Darro, por la umbría y cerro del Generalife y, en especial, por donde estuvieron las huertas, tierras que hoy son aparcamientos y el edificio de la biblioteca.

Por aquí fue donde, en aquellos tiempos, el hombre tenía un puñado de tierra. Solo unos metros cuadrados donde sembró árboles frutales y cipreses junto a una acequia y también cultivaba un pequeño huerto. Levantó, con gran esfuerzo y poco a poco, una humilde y pequeña vivienda y alzó paredes al levante. Vivía solo y con la única persona que compartía algunos de sus secretos y los frutos que le daban las plantas, era con una joven que al lado de arriba vivía con sus padres. A ella le gustaba mucho venirse junto al hombre, sentarse al borde de la acequia y mirando para las torres de la Alhambra, comentar:
- Un día tengo que ir a esos palacios.
- ¿Qué interés tienes en ello?
- Me gustaría ver cómo son las princesas que ahí viven y comprobar de qué modo visten los reyes.
- ¿Pues sabes lo que tienes que hacer para conseguir realizar algún día tu sueño?
- Pienso mucho en ello pero aun todavía no lo sé. ¿Tú puedes ayudarme?
- Voy a intentarlo.

Y al partir de aquel día, el hombre regaba y cuidaba con mucho interés todas las plantas de su huerto. A primera hora de las mañanas y al atardecer, se le veía junto al tronco de una gran morera, mirando para la Alhambra y escribiendo en un papel en blanco. Cada día en un papel nuevo y del mismo tamaño. Cuando terminaba de escribir, enrollaba este papel y lo guardaba en unos cilindros de barro cocido y huecos por dentro. Iba coleccionando estos

cilindros y los ocultaba para que nadie los viera o se los robaran. Cuando veía a la joven, siempre les decía:
- Pienso cada día en ti y no me olvido de tu sueño. Ya tengo casi concluido el regalo que voy a darte para que, el día que vayas a la Alhambra, lleves a las princesas y al rey para que te abran las puertas y te enseñen sus palacios.
- ¿Qué regalo y cuándo me lo darás?
- Te lo daré dentro de poco y el regalo, ya lo verás.

Corrieron los días y un año, cuando la primavera llegaba a su fin, el hombre cogió de su huerto bastantes frutos, muy buenos y maduros. Se dijo: “Mañana mismo entregaré a mi amiga estos frutos y los escritos que tengo guardados para que vaya a la Alhambra y se los ofrezca a las princesas y a los reyes”. Y aquella noche, en la puerta de su humilde casa, durmió frente a las estrellas, dando forma en su mente lo que al día siguiente iba a escribir en el papel en blanco que cada día rellenaba con las palabras más acertadas y los pensamientos más bellos. Pero antes del amanecer, se oyó un gran tropel de caballos y soldados. A todo galope y como alocados, entraron por las tierras de su huerto y los que había cerca y también por los terrenos de la familia de su amiga y sin piedad ninguna, apresaron y mataron a todas las personas que iban encontrando. El hombre quiso correr para llegar a casa de su amiga con la intención de prestarle ayuda pero en esos momentos, vio como la apresaban y entre gritos de auxilio se la llevaron. Uno de los soldados, al ver al hombre que corría en busca de la joven, le clavó su lanza y allí mismo quedó sin vida.

Cuando salió el sol aquel día, por el rincón todo parecía como si nada hubiera pasado. Pero ni la joven soñaba ya por allí ni el hombre escribía sus cosas junto al tronco de la morera mirando a la Alhambra. Nadie supo ni se percataron de los cilindros de barro llenos de escritos secretos ni aquel día ni al siguiente ni mucho después. Tampoco al correr el tiempo y ni siquiera ahora. Un tesoro más que aún permanece escondido en la colina de la Alhambra y no lejos de las grandiosas torres y palacios.

Cumpleaños //Ba

Vivía en una casa muy humilde que tenía dos ventanas a la Alhambra y al río Darro, un rosal y un limonero en la puerta y un pequeño pilar con agua clara. No estaba casada pero sí tenía una niña hermosa como un sol, con ojos y pelo negro y cara sonrosada. Para ella, la madre solitaria pero según algunos vecinos muy afortunada, no existía en el mundo más belleza, gozo y luz que la ingenuidad de su niña, la gracia con que jugaba y la sonrisa limpia y clara que dibujaba en sus labios. Por eso, a los conocidos, siempre les decía:
- Dios no me ha querido dar familia ni grandes amigos que me quieran pero sí me ha premiado con la niña más hermosa que nunca hubo en este suelo.
- Y eso es cierto.
Casi siempre le decían los conocidos.

Y un día, cuando la primavera llegaba a su fin y el verano se acercaba, varias amigas de la niña, entre sí comentaron:
- Todas sabemos que dentro de unos días, justo el primero del verano, nuestra

amiga cumple años. ¿Qué se os ocurre a vosotras que podríamos regalarle?
Las amigas pensaron durante un rato y luego una, la que tenía la misma edad que la niña de la mujer pobre, dijo:
- A mí se me ocurre algo que a lo mejor puede gustarle mucho.
- ¿Qué es?
- Todas nosotras y nuestras familias, somos muy pobres pero todas sabemos que a nuestra amiga le gusta mucho la naturaleza, las plantas olorosas, las flores y especialmente algunas cosas muy concretas.
- Sabemos eso pero ¿qué es lo que se te ha ocurrido a ti?

La niña decidida pidió a las demás que la rodearan y que la escucharan despacio. Le hicieron caso y durante un buen rato, habló y explicó despacio lo que había pensado como regalo especial para el cumpleaños de la buena amiga. Escucharon muy interesadas todas las reunidas y al final dijeron:
- Pues nos gusta mucho tu idea. Creemos que es fantástica. ¿Cuándo empezamos a prepararla?
- Mañana mismo. Esta noche hablo con mi padre para que nos preste el borriquillo y vosotras, les pedí permiso a vuestros padres para que el día primero del verano, nos dejan ir a las montañas.
- ¡Qué divertido y qué original regalo vamos a prepararle a nuestra amiga!

Y el día primero del verano, por la mañana temprano, salieron de sus casas camino de las montañas. Montadas en el borriquillo, algunas y otras andando. Por las montañas, cerca del río Darro en sus partes altas y por algunos valles, buscaron lo que necesitaban y lo fueron cargando en el borriquillo. Cuando ya tuvieron las aguaderas llenas, regresaron al barrio, recorrieron las calles y fueron directamente a casa de la amiga. Llamaron a la puerta y al salir la madre, la niña de la gran idea, dijo:
- Venimos a felicitar a nuestra amiga y a entregarle un original regalo de cumpleaños.
- Pues pasad que en la sala está esperando.
Pasaron las amigas a la vez que empujaron un poco al borriquillo para que se acercara todo lo que pudiera y al ver a la niña que cumplía años, todas la felicitaron cantando una sencilla canción. Luego le dieron besos y al final le dijeron:
- Y aquí está nuestro regalo.

Acercaron al borriquillo un poco más y rápidas quitaron una preciosa tela azul que cubría las aguaderas de esparto y el lomo del animal. Antes ellas, antes los ojos de la madre y de la niña del cumpleaños, aparecieron las plantas y las flores en todos los colores: tomillos verdes y muy perfumados, mejoranas frescas y olorosas, romeros llenos de tallos nuevos, ajedreas, hierba buena y mastranzos. Y al instante, todo el airecillo se quedó impregnado de las frescas y variadas esencias que las plantas desprendían. Sin palabras se quedó la niña de cumpleaños y lo mismo de asombrada y quieta se mostró la madre. Al fondo del borriquillo con su olorosa carga de plantas aromáticas, se vía el río Darro, la Alhambra sobre la colina y la ciudad de Granada. Pasados unos minutos, la niña del cumpleaños dijo:
- Vuestro regalo es lo más hermoso que nunca he soñado.

Al cruzar el río //Ba

Al llegar a la casa, dijo a la madre:
- A partir de mañana ya no tengo que ir al trabajo.
- ¿Y eso por qué, hijo mío?
- Otra vez me han despedido y ahora creo que es para siempre.
- ¿Y qué harás entonces a partir de mañana?
- Desde la salida del sol, sentarme en la puerta de nuestra casa para dejar pasar el tiempo mientras medito mi destino. Siento madre mía, ser para vosotros tan pesada carga y lamento mantenerme tan inútil y empobrecido.
- Mientras tu padre y yo tengamos fuerzas, ni te faltará nuestro cariño ni un trozo de pan para llevarte a la boca, hijo mío.
- Lo sé bien pero yo me siento desgraciado y por completo hundido. Esta vida que estoy viviendo, madre mía, no tiene para mí ningún sentido.

No durmió casi nada a lo largo de toda la noche pero ya de madrugada, se quedó traspuesto y tuvo un sueño. Se vio como huyendo de su casa, triste y abatido, se acercó a las aguas del río Darro y, por debajo del Puente del Aljibillo, cruzó la corriente. Se decía: “En cuanto llegue al otro lado, me iré por todas las casas y talleres del barrio y le pediré, a unos y a otros, que me den trabajo. Sintiéndome tan despreciado y una carga tan grande para mis padres, nunca tendré paz en mi corazón ni seré feliz como tantas veces he soñado desde que vivo”.

Cruzó las aguas del río y se disponía adentrarse por las calles de las viejas y casi abandonadas casas cerca del río y frente a la Alhambra, cuando de pronto, dos desconocidos le cortaron el paso. A unos metros de ellos, los miró asustado y enseguida intuyó que venían a robarle. Sin pronunciar palabra, saltó para el lado izquierdo por encima de unas tapias y avanzó rápido hacia el corazón del barrio. E iba todo jadeante remontando la estrecha calle que desembocaba en la plazuela cuando de nuevo los vio al frente, quietos y mirándolo impávidos. Uno de ellos dijo:
- Corre y huye todo lo que puedas que aquí te estamos esperando.
Y a unos diez metros de ellos se paró y les preguntó:
- ¿Queréis robarme?
- Eso es lo que pretendemos. Dadnos todo lo que tengas ahora mismo y por las buenas y si no, te atacaremos como al peor de los enemigos.
- Si ahora mismo no tengo conmigo nada más que una angustia de muerte y mucha hambre. ¿Qué puedo daros o vosotros podréis robarme?

Y los dos desconocidos, jóvenes pero mayores que él, sin pronunciar más palabras, se le echaron encima, lo sujetaron por detrás, apretaron con sus manos su garganta y por las espaldas, le clavaron un cuchillo. Se oyó un grito tan grande que retumbó por todo el barrio bajo del Albaicín, por el surco del río Darro y hasta en lo más alto de las torres de la Alhambra. La sangre brotó violenta y comenzó a correr calle abajo. Se asomó en esos momentos la madre a la puerta de la casa y al ver la escena, exclamó desencajada:
- ¡Hijo mío, no te mueras!

Despertó sobresaltado y miró por la ventana. Frente a él, vio la gran figura de la Alhambra, besada por los primeros rayos de sol y de fondo se oía el rumor del agua deslizándose por el río. Se acercó la madre y le dijo:
- En la vida, hijo mío, todo es pura lucha y dificultades pero nunca hay que perder las esperanzas ni abandonar el buen camino.
Y él, melancólico y desorientado, le preguntó:
- Madre, ¿y qué hay que hacer con aquellos que de la vida nos arrancan y nos llevan al borde del abismo?

El último sorbo de agua //Pa

El sol se reflejaba sobre las torres de la Alhambra y, por entre los jardines, el fresco airecillo, lento se movía. Sobre las aguas del río Darro, al lado de abajo del Puente del Aljibillo, también el sol reverberaba. Los dos niños jugaban con su amiga y ésta les dio una pequeña bolsa de esparto con algunas piedras de cuarzo al tiempo que les decía:
- Como es el último juego de nuestras vidas, quiero que os llevéis esto con vosotros para que tengáis de mí siempre un buen recuerdo.
El mayor de los dos niños cogió la bolsa de esparto y al abrirla, la pequeña alargó su mano y de nuevo dijo:
- Y estas dos piedrecitas de mica y pizarra negra, también para vosotros de recuerdo. Ponedlas siempre junto a esta otra de cuarzo transparente y blanca para que en todo momentos estemos juntos en cualquier parte del mundo y a cualquier hora del día. Yo en el centro y vosotros dos dándome compañía y protegiéndome para que no me pase nada.

Y en ese momento, la madre de los niños, llegó al río, saludó a la pequeña y a los dos muchachos les dijo:
- Ha llegado el momento de macharnos de aquí cuanto antes.
Triste besó a la pequeña y ellos, también apenados, le regalaron otro beso y la despidieron. Se alejaron de las aguas del río, subieron despacio por la sendilla en el barranco del Rey Chico, cruzaron los jardines y huertas de la Alhambra por el collado de los Alixajeres y continuaron caminando. Cuando ya remontaron a lo más alto del cerro de la izquierda, se pararon, echaron una última mirada para el barrio del Albaicín, para la Alhambra y para Granada y siguieron caminando. El sol calentaba y como ya era casi verano, el bochorno también asfixiaba. De la barja de esparto que la madre llevaba colgada en su hombro, sacó un puñado de cerezas y se las dio a los niños diciendo:
- Tomad y comed algo y luego, cuando lleguemos al manantial de los álamos, bebemos y llenamos de agua esta vasija de barro.
Cogieron los niños las cerezas y mientras caminaban en silencio junto a la madre, se las iban comiendo.

Cuando llegaron al manantial, se pararon, bebieron un buen trago de agua fresca, llenó la madre la vasija de barro y después de unos minutos de descanso, siguieron subiendo. Ya con el sol a sus espaldas y lejos, muy lejos de la Alhambra y de Granada. Preguntó el más pequeño:
- Y cuando se nos acabe el agua que hemos cogido en el manantial ¿de dónde

vamos a coger más?
- Cuando se nos termine el último sorbo de agua, Dios proveerá.
Ninguno de los tres dijo nada más. Siguieron remontando por las sendas llenas de polvo y, cuando se ponía el sol por la ancha Vega de Granada, ellos también se perdían en el horizonte lejano. Nadie supo nunca hacia qué lugar del mundo. Sí aquella noche y al día siguiente, en el barrio del Albaicín y en Granada, algunas personas comentaron:
- Quizá el cielo esté con ellos y antes de que se le agote último sorbo de agua, encuentren el paraíso que tanto están necesitando.

El huerto maravilloso // Ba

Desde la puerta de la casa, se veía muy bien todo el surco del río Darro, la clara corriente que por ahí se deslizaba, los remansados charcos y las pequeñas playas de arena. Al otro lado del río, casi por completo frente a la casa, se veía la umbría que remontaba hacia lo más alto, las murallas de la Alhambra recorriendo toda la colina y las altas torres y ventanas. Con tantos detalles y tan vivos se veían los ventanales de las torres desde la puerta de su casa que, cuando la joven se asomaba al rellano y miraba, con frecuencia exclamaba:
- Es como si desde cada una de aquellas ventanas a todas horas nos estuvieran vigilando. ¿Les interesará a ellos tanto nuestro huerto, los árboles que crecen en estos terrenos y, en especial, la vieja higuera y los cerezos?
Y la madre siempre le decía:
- Los que se mueven dentro de aquellas torres y los que viven en las estancias de los palacios de la Alhambra, pasan de nosotros, de nuestras cosas y huerto.
- Pero entonces ¿por qué yo siempre pienso que desde allí nos observan incluso hasta en las noches de luna llena?
Y la madre callaba aunque en el fondo, le inquietaba bastante este oculto miedo en el corazón de su hija. Se decía: “¿Pensará ella que aquellas personas son malas y que un día vendrán por aquí y le robarán algunas de los árboles del huerto o las cosas que sueña?”

La casa, de paredes muy viejas y techo de chapa, monte y madera, se alzaba sobre un pequeño bancal o terraza a unos trescientos metros del río Darro. Justo a media ladera entre lo más alto de la colina del Albaicín y la corriente de las aguas. Por eso, entre la casa y el río, quedaba una muy buena porción de terreno que ellos cultivaban. No porque fueran dueños de las tierras y de la casa sino porque después de las últimas guerras y revueltas, todo por el lugar se había quedado destrozado y como para siempre perdido. Desde las montañas al norte de Granada, llegaron una mañana montados en su enclenque borriquillo gris y al ver las ruinas de la casa, se refugiaron en ella y se pusieron a reconstruirla. Y como no tenían dinero y carecían hasta de ropa y alimentos básicos, la casa la techaron con trozos de chapas, algunos troncos de árboles, retamas, lentiscos y juncos. Los pocos vecinos que había cerca, enseguida dijeron al padre:
- Ni se te ocurra cortar algún día la vieja higuera que hay junto al pozo, antes del río y no lejos de la parra.
- ¿Y eso?

- Porque esa higuera crece ahí desde tiempos inmemoriales. Ni los más antiguos de este barrio, saben cuándo la plantaron. Por eso nosotros la consideramos un monumento mucho más importante que todos los palacios que hay en la colina de la Alhambra. Puede que tenga más de trescientos años y, si la cuidamos, quizá dure un siglo entero.

Y desde aquel momento, tanto el padre como la madre y la hija, cada vez que se asomaban a la puerta de su vieja casa, palacio fantástico para ellos, miraban embelesados para las tierras de su huerto. A solo unos metros de la vivienda, crecían varios granados, algunos cipreses, dos o tres gruesas moreras, un par de almendros y al final, en el punto más estratégico del terreno, se veía la grandiosa higuera. Achaparrada, abierta como un paraguas gigante y con el tronco gris negro y retorcido. De verla tan hermosa, fresca y frondosa, la joven se fue enamorando de ella y por eso la visitaba todos los días. Sobre todo, en los días de primavera y verano, que era cuando se llenaba de hojas, maduraban las brevas y la cosecha de higos. Le decía a su padre:
- Los vecinos tienen razón. Esta higuera, solo su tronco y retorcidas ramas, tienen mucho más valor que todas aquellas torres de la Alhambra.

Y también comenzó a compartir esta emoción con las demás muchachas del barrio. A las más amigas les decía:
- Si un día yo tuviera dinero ¿sabéis lo que haría?
- Irte lejos de este barrio a recorrer mundo y acrecentar aun más tu fortuna.
- Puede que hiciera eso pero antes, en las tierras del huerto que hay por debajo de mi casa, ahí donde se encuentra el pozo y por donde también crece la parra, me construiría un gran palacio.
- Si ya sobre la colina de la Alhambra, tienes el más bello palacio del mundo ¿para qué quieres construirte aquí y solo para ti otro palacio nuevo?
- Es que este palacio mío no tendrá murallas ni torres pero sí jardines, acequias con claras aguas y, sobre todo, multitud de árboles frutales.

Pero fue pasando el tiempo y ni la joven reunía el dinero que soñaba para la construcción de su palacio en las tierras donde crecía la higuera ni tampoco los padres remontaban su pobreza. Más bien sucedía todo lo contrario, que cada día tenían menos medios para vivir y las tierras del huerto, se las iban quitando poco a poco. Porque de la Alhambra, personas importantes y con dinero, comenzaron a construirse pequeños palacios y casas lujosas cerca de las aguas del río Darro. Hasta que un día, cuando la joven miraba desde la puerta de su casa para el terreno donde crecía la hermosa higuera, los granados, la parra y se abría el pozo de las frescas aguas, vio como un grupo de hombre iban y venían por el espacio. Enseguida bajó por la sendilla, llegó al pozo, se acercó al grupo de hombre que tanto le estaban intrigando y al que parecía el jefe, le preguntó:
- ¿Qué están haciendo ustedes?
- Damos forma a un proyecto.
- ¿De qué proyecto se trata?
- Yo soy el gran administrador del grupo de señores más ricos y poderosos de la Alhambra y aunque puedo explicarte las cosas, no lo haré. ¿Qué razón tengo para hablar contigo y contarte mis planes y proyectos?
- Mis padres cultivan estas tierras y yo soy la dueña de estos maravillosos

árboles y de la grandiosa higuera que hay por debajo del pozo.
- Sueños tuyos que ni siquiera merecen dos palabras.

Tres días después, el mismo grupo de hombres a las órdenes de señores de la Alhambra y comandados por el administrador, cortaron la vieja higuera, cortaron luego los granados, la parra y los cipreses y en los terrenos, comenzaron a levantar un palacio. Desde la puerta de su casa de chapas, la joven observaba todo el movimiento y lloraba de pena y desesperación. Unos meses más tarde, sus padres y ella, tuvieron que irse a una cueva río arriba porque la casa de chapas también fue derribada. En las tierras donde la joven había soñado su huerto maravilloso, se alzaron no uno sino varios palacios que se mantuvieron en pie durante muchos años. Hoy por el lugar, aun se ven algunos de estos lujosos edificios con paredes de piedra y escudos tallados sobre las puertas. Los turistas, cuando pasan, miran y hacen fotos, con la Alhambra de fondo pero nadie sabe nada ni de aquella joven ni de las tierras que un día fue un gran huerto ni de la vieja higuera. Sin embargo, y de alguna forma misteriosa, parece que aquel árbol aun clava sus raíces por aquí y bajo la higuera, sueña la joven. Como esperando el momento de tener suficiente dinero en sus manos para construirse un palacio, junto a la parra, cerca del pozo y del río Darro y al lado de la higuera.

Y hasta parece que en las noches de luna clara y cuando las torres de la Alhambra se recortan sobre las estrellas, la joven se asoma a la puerta de su cueva y mira triste para lo que fueron tierras de su huerto. La madre se le acerca y le dice:
- Hija mía, las personas pobres, siempre tendremos que conformarnos con las migajas que caigan de la mesa de los ricos. Y aun así, debemos estar agradecidos porque nos dejen vivir en esta cueva.
- Pero yo tengo derecho a soñar y ver convertido en realidad un día mi sueño igual que esas personas ricas que nos han quitado nuestras tierras.
- Es lo que a los pobres no podrán quitarnos nunca: nuestros sueños y la convicción de que un día, en algún lugar, Dios nos regalará un cielo completo y todo para nosotros. Este sueño tampoco nadie puede arrebatárnoslo sobre la tierra.

Los grandes misterios de la Alhambra //Pa



Los había guiado por veredas únicas, tapizadas de hierba y escoltadas de vegetación. A lo largo de varias horas y por eso, al llegar a la llanura del pequeño lago verde azul, les dijo:
- Es este el lugar ideal para un descanso. Soltad vuestras mochilas, acercaros a las aguas y lavaros las manos y la cara, bebed del manantial y tomad el sol recostados en la hierba.
Y uno de ellos le preguntó:
- ¿Vamos a montar las tiendas para quedarnos a dormir aquí esta noche?
- Yo voy a seguir caminando para explorar la ruta mientras vosotros recuperáis fuerzas y me esperáis. Cuando regrese, lo hablamos.

El grupo estaba formado por doce “niños mágicos”, como él decía. Y decía esto porque todos ellos eran alegres, de caras sonrosadas, sonrisas limpias y miradas claras como los cielos de las montañas. Y entre todos, dos de las pequeñas, eran “hadas de luz”, según él, porque siempre estaban jugando con los demás, sonreían y compartían sus emociones llenas de gracia y nunca, nunca se enfadaban ni dejaban a nadie sin su ayuda. Pero la luz más hermosa que ellas irradiaban era la belleza que del corazón a todas horas les brotaba. Por eso, él los valoraba mucho y se sentía orgulloso de los silencios, colores, perfume y música de las montañas. Según pensaba, no existía en el mundo belleza más fina ni cielos más perfectos que el pequeño grupo de niños que esta mañana guiaba a las cumbres de las nieves y de las aguas claras.

Les volvió a decir:
- No estéis inquietos ni temáis nada, volveré dentro de unas horas y compartiré con vosotros lo que encuentre al otro lado de esta montaña.

- Y tú vete tranquilo que nosotros confiamos en ti y aquí te esperamos.
Los despidió de nuevo, buscó el caminillo, subió despacio pero sin perder el ritmo, parando de vez en cuando para observar el valle donde los niños se habían quedado y para descubrir la Alhambra y Granada, al fondo y a lo lejos. Llegó a la cumbre hora y media más tarde. Poco a poco fue coronando y descubriendo el paisaje por entre las ramas de unos árboles, al tiempo que hasta sus oídos llegaba el rumor de las aguas.

Superó los últimos árboles y ante él apareció el gran escenario. Al fondo, una cuerda de montañas nevadas y desde ellas, cayendo por las laderas chorros de agua blanca. A los pies de estas montañas, un ancho y largo valle salpicado de lagos azules y mucha hierba y en los bordes de estos lagos, los manantiales brotando como del corazón de la tierra. Y más cerca de él, los verdes y azules lagos, derramándose por entre florecillas, alfombras esmeraldas y hermosos encajes de espumas de cascadas. Miró sin pestañear durante un buen rato, luego sacó su cámara y comenzó a tomar fotos mientras se decía: "En cuanto regrese, se las enseñaré a ellos para que con sus ojos vean esta maravilla única".

Pasado un rato, volvió su cabeza y miró muy atento para el horizonte lejano. Sobre la colina y por entre algunas nieblas, descubrió la robusta figura de la Alhambra y absorto por la gran belleza que al norte le regalaban las montañas, en su corazón reflexionó: "La fina belleza de la Alhambra y los grandes misterios que todavía nadie conoce, están fundamentados sobre la belleza y misterio de estas montañas y estas aguas. Lo que sobre aquella colina se ve y muchos recorren y observan cada día, son muros, torres y unos trozos de historia pero la esencia, el paraíso, el alma de la Alhambra, está condesado en esto que a mis pies tengo".

Poco después, con su mochila en las espaldas, la cámara de fotos en la mano y el corazón henchido de gozo, descendía por la senda al encuentro de los niños que en el valle se habían quedado. Y mientras se iba acercando a ellos, también se susurraba: "Quiero compartir con todos ellos esto que acabo de ver para que un día conozcan la gran belleza del más hermoso de los sueños".

La golondrina dorada //Pa

Por entre las ruinas del edificio, jugaban los dos. Al frente se veía la colina de la Alhambra, con las altas torres y la gran muralla rodeando y la ladera cayendo para el río. Un poco al norte, se veían las blancas casas del Albaicín y, por entre ellas, emergiendo cipreses, higueras, pinceladas verdes de huertos y jardines y, por el azul intenso del cielo, algunas nubes blancas. Un poco al norte de ellos, entre la colina de la Alhambra y en lo hondo, se veía el bonito valle del río Darro. Se adivinaban sus aguas saltando limpias y hasta se percibía el rumor de algunas cascadas. Porque esto fue lo que ellos oyeron al aproximarse a la zarza.

Habían saltado varios trozos de tapias derruidas y al ver la espesa zarza, el joven dijo a su compañera:
- Es como si de la espesura de esta zarza brotara el rumor de las cascadas que oímos.
Y la pequeña contestó:
- Vamos a mirar a ver qué encontramos.
Se aproximaron un poco más a la espesura de la zarza y, por entre los verdes tallos, descubrieron como la entrada de una cueva.
- ¿Qué será esto?
Preguntó la niña a su compañero.
- Déjame que yo pase el primero y con cuidado para ver qué hay aquí dentro.
Pasó el joven por el estrecho agujero en forma de puerta de una cueva y le dio su mano a la niña al tiempo que le decía:
- Ve con cuidado y escucha por si oímos algo extraño.
Y en cuanto recorrieron unos diez metros, al fondo y no muy lejos, vieron un brillante resplandor. Más al fondo pero también cerca, se oía el rumor de las cascadas.

Comentó el joven:
- Será que por aquí corre un río nuevo que nadie conoce.
- Puede ser eso. Avancemos un poco más y lo vemos.
Avanzaron cogidos de la mano y enseguida, ante ellos, apareció una gran cavidad toda tallada en roca caliza. La luz entraba como por una gran abertura que el río había horadado y el agua de este cauce, saltaba de poza en poza desde el lado de arriba hacia el corazón de la cueva. Asombrada dijo ella:
- Es una maravilla como nunca se ha visto por estos lugares.
- Y donde el agua se remansa cuando termina de caer desde estas pozas, fíjate qué charco más claro y azul verde. Cógete firme a mí y vamos a bajar por estas rocas en forma de escaleras hasta el borde de ese pequeño lago.

Apoyándose el uno al otro y dándose ánimo, fueron saltando las escaleras talladas en la roca, se aproximaron al charco y en la misma orilla se pararon. Cogidos de la mano miraban los reflejos del agua y los remolinos que dibujaba la corriente cuando, del lado de la luz, apareció la silueta de una pequeña ave. Volando como herida y confiada y fue a posarse sobre un trozo de roca bañada por las pequeñas olas del charco. Y justo al posarse, en las aguas se reflejó su color dorado, el negro de sus alas y cola y los destellos blancos de algunas de sus plumas. Con la boca abierta y el aliento contenido, miraban ellos y pasado unos segundos el joven comentó:
- Parece una golondrina pero no solo es blanca y negra sino también dorada. Y también parece como si estuviera herida o quisiera algo de nosotros.
- Acerquémonos con cuidado para verla mejor y tocarla, si se deja.
Comentó la niña.

Caminaron muy lentamente y en silencio e iban a rozar con sus dedos las doradas plumas del ave cuando descubrieron que, como en un espejo, su color oro se reflejaba en las aguas del remansado charco, mezclados con los reflejos de las torres de la Alhambra. Al ver esta maravilla, los dos se quedaron quietos observando al ave y los reflejos dorados en las aguas mientras buscaban alguna explicación. Y no solo no entendían nada sino que de pronto, la pequeña

ave, alzó vuelo y río abajo se perdió dirección hacia la alta colina de la Alhambra. La observaron inmóviles hasta que se le perdió a lo lejos y fue cuando el joven comentó a la niña:
- Puede que sea el alma de alguna de las personas que viven en esos palacios. Volvamos al barrio y les decimos a nuestros padres lo que por aquí hemos descubierto a ver si ellos nos aclaran algo.

Caminaron de regreso, salieron fuera de la gruta y luego por el agujero en la zarza entre las ruinas y regresaron enseguida al barrio. Comentaron a sus padres y amigos lo que habían descubierto y estos, ninguno los creyeron. Pero para convencerlos, los dos jóvenes les pidieron que los acompañara a las ruinas de las casas y a la zarza de la cueva. Algunos les hicieron caso pero cuando llegaron a las ruinas, aunque sí vieron la zarza, no encontraron la puerta de la cueva que ellos habían atravesado para llegar al corazón de la gruta, al claro río y azul charco con los reflejos de la Alhambra y la golondrina dorada. Algunos dijeron:
- Lo que nos habéis contado es pura fantasía vuestra.
Y los niños se defendieron confirmando:
- Pues nosotros lo hemos visto y oído y por eso estamos seguros de lo que contamos. Y hasta estamos convencidos de que esta tan hermosa visión, es parte de una verdad para todos desconocida en la Alhambra.

Los tres hermanos //Ba

No es bueno obligar a las personas a que hagan cosas en contra de su voluntad.

La casa tenía tres pequeñas habitaciones. En la habitación de la derecha, dormía el matrimonio y en las dos pequeñas de la izquierda, los dos hermanos, en una y la niña, en la otra. Y como al menor de los dos varones le gustaba mucho las avecillas del bosque y las que hacían sus nidos por entre los árboles en los huertos junto al río, siempre tenía algunas de estas aves en la habitación. Por eso, el hermano mayor, constantemente le decía:
- Llegará un momento que tendré que dejarte la habitación para ti solo y para los pajarillos que cada día recoges de los campos.
- Es que cuando me los encuentro caídos del nido, sin fuerzas y dejados de los padres, no tengo más remedio que recogerlos. ¿Tú sería capaz de dejarlos morir de frío y sin alimentos?
- Yo no ni tú tampoco pero lo que te digo es cierto: un día tendré que dejarte la habitación para ti solo y para tus pájaros.

La hermana mediana, sentía especial cariño por el hermano menor y respetaba mucho al mayor de los tres. Por eso ella, siempre que podía y cuando el hermano mayor no la veía, se ponía del lado del pequeño, mostrando interés por lo que éste hacía y apoyándolo. A veces, le ayudaba a buscar pajarillos indefensos por las riveras del río o por los bosques de las laderas a un lado y otro. Otras veces, se ocupaba en buscar comida para algunas de estas avecillas, como saltamontes, lombrices o semillas silvestres. Y en otras ocasiones, cuando algunas de estas avecillas enfermaban o las veía débil, las acurrucaba en sus

manos para calentarlas al tiempo que les susurraba palabras buenas y le daba ánimo. Les decía:
- Tienes que ser fuerte y ponerte pronto sano porque así te dejaremos libre para que te vayas con los tuyos al campo.
Le gustaba esto mucho y le llenaba de ánimo al hermano pequeño y se lo gradecía también a escondidas del hermano mayor.

Hasta que un día de primavera, muy hermoso y con todos los campos llenos de hierba y muchas flores silvestres, el hermano menor preguntó a la pequeña:
- ¿Me acompañas?
- ¿A dónde?
- En la cañada de los tres servales, a la derecha del río Darro, hace unos días vi algunos nidos de pajarillos. Me acuerdo de ellos porque me preocupa que la tormenta que anoche descargó por esas montañas, los haya dañado. Por eso quiero ir a ver qué ha pasado por allí.
- Pues te acompaño pero no se lo digas a nuestro hermano mayor. Si se entera, seguro que nos lo prohíbe o se enfada con nosotros.
- Estoy de acuerdo contigo. Vamos sin que lo sepa y nos llevamos con nosotros una jaula pequeña por si algún pajarillo está herido y necesita ayuda.

Salieron de la casa, recorrieron las calles del barrio, remontaron por las veredas a los cerros por la derecha del río Darro y le entraron a la cañada de los servales desde abajo. Fueron subiendo poco a poco y al llegar a donde brotaba un pequeño manantial y crecían varios avellanos, el hermano dijo a la niña:
- ¡Espera un momento!
Se quedaron quietos y escucharon con atención y al instante oyeron el piar de unos pajarillos llamando a sus padres. Dijo el hermano:
- En ese avellano tiene el nido una pareja de verderones. Lo vi hace unos días y las avecillas ya mostraban las primeras plumas.
Miraron y no vieron a los pajarillos en el nido. Sí al momento los encontraron desperdigados por entre la hierba, casi sin fuerzas, llamando a los padres y por completo asustados. En unos minutos, cogieron a las tres avecillas, las metieron a la jaula, regresaron por los caminos y aquella noche, el hermano mayor, discutió con el pequeño. Bastante enfadado y casi a voces, le decía:
- Te he dicho mil veces que no quiero más pájaros en esta habitación nuestra. En cuanto amanezca, los voy a coger todos para acabar con ellos tirados en el río.

La hermana pequeña, desde su habitación, oyó toda la discusión que por la noche el hermano mayor había tenido con el menor. Por eso, en cuanto amaneció fue a buscar la borriquilla que el padre tenía para los trabajos en la huerta. Le puso el aparejo y cuando salía el sol por encima de las cumbres de Sierra Nevada y comenzó a iluminar las torres de la Alhambra, surcaba las calles del barrio montada en la borriquilla. Al verla una vecina le preguntó:
- ¿A dónde vas sola y tan temprano?
- Me marcho de mi casa y de este barrio.
- ¿Pero a dónde te marchas y por qué?
- A un país muy lejano donde todas las personas sean amantes de los pájaros y del campo.
- ¿Pero qué sueño es este tuyo?

Y despacio, la niña le explicó los problemas de sus dos hermanos. La mujer la escuchó paciente y al final le dijo a la niña:
- Pero mujer, en este mundo, cada persona tenemos nuestra forma de ser, nuestros gustos y carácter. Tú y tus hermanos, como hacemos todas las personas, tenéis que aprender a respetaros para convivir.
- Las cosas serán así pero yo ahora me marcho para siempre de mi casa y de este barrio en busca de un mundo nuevo. Deme usted un beso y cuando vea a mis hermanos, les da a ellos otro de mi parte.

Besó la niña a la mujer casi llorando y luego la despidió. Siguió montada en la borriquilla y poco a poco la fue guiando hacia al río y para donde se encontraban los huertos. La mujer enseguida fue a casa de los padres de la niña y les contó lo que había visto y oído. Rápido el padre y el hermano pequeño salieron de la casa y corrieron por las calles en busca de la hermana. La encontraron al lado de arriba del pequeño huerto, como escondida entre unas rocas y matas de lentiscos. En cuanto el hermano menor la vio, salió corriendo, la abrazó y le dijo:
- Yo no quiero que te vayas y me dejes solo. Quiero irme contigo a ese mundo nuevo que dices y llevarme conmigo a todos los pajarillos que tengo en mi habitación.
Se presentaron en ese momento el hermano mayor y la madre que enseguida dijo a la pequeña:
- Hija mía, si mundos maravillosos como los que tú buscas no los hay en ningún lugar de la tierra.
- Pero mi hermano tiene derecho a ser amigo de todos los pajarillos que quiera sin que nadie se lo prohíba. Y yo no quiero ser mala ni enfadarme con ninguno de vosotros.

Se acercó el padre a la pequeña, la abrazó con ternura, se sentó en el suelo junto a ella, le pidió al menor de los hermanos que se sentara delante de él, entre sus piernas y también le dijo al mayor de los tres:
- Y tú siéntate aquí a mi derecha.
Le obedecieron los dos hermanos y cuando la madre también estuvo sentada en el lado de arriba y sobre una roca, el padre habló y dijo:
- En el alero de este pequeño edificio que aquí en el huerto tengo para guardar las herramientas, desde hace muchos años, una pareja de golondrina viene y hace su nido. Nunca yo las molesté ni me preocupé en ayudarles en nada. Simplemente las dejé que vivieran sus vidas mientras yo me dedicaba a mis cosas. Y este año, de nuevo ahí las estamos viendo. Van y vienen con pequeñas pellas de barro, plumas y hebras de pasto para reparar el nido y criar otra vez a sus polluelos. Y si miramos al frente, por el río y laderas a derecha y a izquierda, observaremos cientos de pájaros por ahí revoloteando. Currucas, verderones, ruiseñores, gorriones, chamarices, mirlos, oropéndolas, palomas y tórtolas. Todas, igual que estas golondrinas, se afanan con sus nidos y las crías, indiferentes a mi presencia por aquí y lo mismo yo con ellas.

Hizo el padre un pequeño alto en su relato y la pequeña aprovechó para preguntarle:
- ¿Y qué es lo que deseas enseñarnos con esto que nos dices y muestras?
- Algo muy sencillo y que entenderéis con toda claridad. Que todos los pájaros

que por aquí hay y otros muchos que viven a lo largo y ancho de la gran naturaleza de montañas, ríos y valles, se enfrentan a la vida y la superan o no sin que nosotros les ayudemos en nada. Y esta es la gran verdad: que la naturaleza y los seres vivos que la pueblan, cuanto más libre y en paz la dejemos, mejor saben adaptarse, desarrollarse y vivir. Y nosotros sí que podemos coger de la naturaleza aquello que sea bueno y necesitemos, respetando por encima de todo y no intentar dirigirla y domesticarla a nuestro gusto o capricho. Y lo que quiero deciros es que la mayor ayuda que podamos prestarle a las estas avecillas que viven por aquí y a las del mundo entero, es admiraras, disfrutar de sus cantos, vuelos y verlas libres y en paz. Dios ha impreso en ellas sabiduría y conductas que nosotros desconocemos y por eso es bueno y hermoso no intervenir en sus vidas.

Guardó silencio el padre y también los tres hermanos. Y fue justo en este momento cuando, las dos golondrinas que por el aire revoloteaban, de repente se posaron en el suelo. A solo unos metros de ellos y, como si buscaran la mejor hebra de pasto para el nido, emitían sus trinos y miraban a un lado y otro, sin asustarse y como si les gustara estar ahí. En silencio observó la niña, el hermano pequeño y el mayor y, cuando después de unos tres minutos, las dos golondrinas alzaron vuelo y se fueron al nido, la pequeña dijo:
- Nunca antes había visto nada igual.

Sentado en el puente //Aj

Vivir para solo gastar el tiempo,
es la mayor de todas las pérdidas.

Junto a las murallas de la Alhambra, lo vi sentado en el pequeño puente. Miraba a las aguas de espaldas a la Puerta del Arrabal y parecía soñar. Frente le quedaba la Torre de las Princesas por donde, en cascada blanca, el agua de la Acequia Real, se derramaba en el arroyuelo. Cauce pequeño que desde las murallas y corazón de la colina de la Alhambra, desciende por el barranco de la Cuesta del Rey Chico hasta el río Darro, por debajo del Puente del Aljibillo. A su izquierda se veía el singular camino medieval que usaron los reyes nazaríes en aquellos tiempos y todavía existe y lleva al Generalife.

Por el paseo que discurre riachuelo abajo, pegado a las murallas y entre las huertas medievales, llegaron ellas. Dos jóvenes muy hermosas que al acercarse ni lo saludaron. En el bloque de piedra que, bajo uno de los olivos sirve para sentarse, soltaron sus mochilas. Se quitaron sus sandalias y, entre alegres comentarios, caminaron hacia las aguas. Cogidas de la mano, pisaron la corriente arroyuelo arriba y, al poco, se volvieron para atrás. Siguieron caminando hasta que estuvieron a solo unos pasos de donde él estaba sentado. Las miraba ahora muy interesado y se preguntaba quienes serían y por qué de esta manera jugaban con las aguas, cuando una de ellas le preguntó:
- ¿Puedes hacernos una foto?
Se levantó, cogió la cámara que la muchacha le alargaba, enfocó y le hizo la foto que le pedían. Al devolverla la cámara, la otra joven le dijo:

- No somos de Granada. Llegamos ayer por la tarde y mañana nos vamos pero antes de marcharnos, queríamos pisar el agua de este arroyuelo de la Alhambra. Nos han dicho que es muy bueno porque refresca no solo el corazón sino también el alma.

Quiso preguntarles algo pero no se atrevió. Pensó en ese momento en la joven que solo unas tardes antes, en este mismo rincón, sentada sola en el pequeño muro de la izquierda, leí un libro frente al sol de la tarde. También vino a su memoria la joven que hacía una semana, dibujaba el río Darro, sentada en el muro antes del Puente Cabrera. Y en la otra muchacha que el verano pasado, tocaba su flauta bajo el Puente del Aljibillo. También recordó a las dos jóvenes que en otoño, justo a la derecha de este pequeño puente del Arrabal y entre las hojas secas de los árboles, cantaban tristes canciones acompañándose con su guitarra. Pasaban por su mente estos recuerdos, románticos, tristes y poéticos, mientras seguía mirando a las aguas del arroyuelo y a las dos muchachas mojando sus pies en la corriente. Les preguntó:
- ¿Qué misterio hay en lo que estáis haciendo?
- Nos divertimos y al mismo tiempo, alimentamos el alma con algo bello. Y tú ¿qué haces aquí tan solitario?
- Solo gasto el tiempo meditando mis cosas.
- Casi parecido a lo que hacemos nosotras. Porque pensamos que, leer un libro en este rincón tan lleno de silencios, tocar la flauta o la guitarra, dibujar el río y los viejos puentes y meditar en la tarde aquí sentado frente a las aguas, es llenar la vida de lo mejor que hay en el Universo.

Reflexionó un momento intentando comprender lo que la joven decía y vio que, en ese instante, ellas se salían del agua. Se acercaron a la piedra en forma de banco, se calzaron sus sandalias, cargaron con sus mochilas y comenzaron a caminar. Mientras se alejaban una de ellas, de nuevo dijo:
- Gracias por la foto y recuerda: vivir solo para gastar el tiempo, es la mayor de todas las pérdidas. Pero nosotras, ya llevamos nuestras almas lavadas con la frescura de las aguas que corren por las acequias de la Alhambra.
Las despidió con amables palabras y siguió sentado en el viejo y pequeño puente del Arrabal. Mirando a las aguas que manaban por la muralla, como del corazón mismo de la Alhambra y que habían acariciado los pies de las dos jóvenes, hacía solo un momento.

Dibujando al río Darro //Rd

Estaba sentada en el mismo muro que separa al río de la calle. Justo a la altura del Puente Cabrera y a la sombra del árbol que ahí crece. No se le veía la cara porque, al tener la cabeza inclinada para dominar mejor el cuaderno que tenía entre sus manos, el pelo le caía lacio, tapándole las mejillas y la frente. Pero a simple vista, se adivinaba joven y hermosa por el color y brillo del pelo y la blancura de sus manos.

Al verla tan recogida en sí y concentrada en el dibujo que en su cuaderno trazaba, al pasar cerca, se paró. Alzó ella su cabeza y lo miró y entonces, sintió la necesidad de dar una explicación:

- ¡Perdona! Te he visto tan entusiasmada en lo que dibujas que no he podido pasar de largo sin mirar y pararme. ¿Te importa que lo vea más de cerca?
Y ella, en un español muy mal chapurreado por el fuerte acento extranjero, dijo:
- Puedes mirarlo. Es solo un sencillo dibujo de este puente de piedra, del río y las torres que se ven al fondo.
- ¿Y para quién lo pintas?
- Solo para mí, como recuerdo de este rincón de Granada.
- Pues es hermoso tu dibujo, el sitio donde estás sentada, el puente de piedra, la torres al fondo y a la derecha y sobre la colina, la Alhambra como mirando.
- ¿De verdad te gusta?
- Me gusta mucho.

Agachó ella otra vez la cabeza, con el bolígrafo de tinta negra, garabateó algunas líneas más, miró varias veces para el puente, el río y las casas al lado izquierdo y al final, abajo y en la esquina derecha de la hoja con el dibujo, escribió su nombre. Arrancó la hoja del bloc y se la alargó diciendo:
- Para ti como regalo y recuerdo.
Sorprendido cogió el trozo de papel con el dibujo y le preguntó:
- ¿De verdad me lo regalas?
- Sí y con mucho gusto. Yo he venido de Japón a visitar Granada y mañana ya me marcho. No volveré más pero tú, y a cambio del regalo que ahora te hago, cada vez que vuelvas a pasar por aquí, reza por mí una oración al cielo. Sé que un día tengo que morir y siempre deseo que cuando llegue ese momento, sea rápido y sin dolor ninguno en mi cuerpo. Pídele esto al cielo por mí.

No supo que responder a sus palabras pero sí cogió el dibujo, le dio las gracias y cuando ya se retiraba de nuevo ella le dijo:
- Y procura también, cada vez que vuelvas a pasar por aquí, llenarte de la luz que en estos rincones hay. Y si un día escribes un libro que hable de estos sitios, deja claro en él fundamentalmente esto. Luz y esperanza es lo que más necesitamos las personas y este mundo.

Siguió subiendo por la Carrera del Darro, con el dibujo guardado en su bolsillo mientras pensaba en ella y en sus palabras. Al día siguiente volvió por el lugar y al pasar por ahí, no la vio pero sí rezó al cielo. Lo hizo de nuevo dos días más tarde y ahora, siempre que pasa cerca del Puente Cabrera. Y siempre que por ella reza, recuerda sus últimas palabras: “Luz y esperanza es lo que necesitamos las personas y el mundo entero”.

Los amigos //Pa

Las dos familias eran pobres. Vivían en el barrio del Albaicín y, además de un pequeño trozo de tierra que cultivaban como huerto, tenían unas cuantas cabras cada familia. La familia más pobre eran padres de un niño que ya iba casi por los doce años y la familia menos pobre, también tenía una hija rozando los diez años. Y como los padres, tanto de una familia como de la otra tenían que ocuparse en labrar las tierras de sus huertos y hacer otros trabajos para vivir, decidieron que los hijos se encargaran del cuidado de las cabras.

Por eso cada mañana, el niño juntaba sus tres o cuatro cabras con las de su amiga de diez años y por el lado de arriba del barrio y riveras del río Darro, se las llevaban al campo para que pastaran. Mientras el pequeño rebaño de cabras ramoneaba por entre el monte o lo árboles, ellos jugaban juntos a cosas insignificantes pero divertidas. Construían casitas con piedras recogidas en los campos, trazaban caminos, imaginaban edificios llenos de árboles frutales y jardines y, en las arenas del río Darro, a veces querían construir palacios como los de la Alhambra que siempre tenían frente a sus ojos.

Un día, una familia algo más rica que trabajaba en la Alhambra, preguntaron a los padres del niño y de la niña:
- ¿Queréis que nuestro hijo también junte mis cabras con las vuestras y se vayan a cuidarlas por los campos?
- Por nosotros, no hay ningún inconveniente. A partir de mañana mismo tu hijo puede juntar vuestras cabras con las nuestras y hacerse amigo de nuestros hijos.
A la niña sí le gustó esta idea pero al pequeño de la familia más pobre, no le agradó nada.
- ¿Por qué no quieres que el hijo de la familia de la Alhambra sea mi amigo?
Le preguntó la niña a su amigo de doce años.
- Porque cuando estás con él, ya no juegas tanto conmigo y me siento solo y sin cariño.
- Es que es muy guapo, simpático y fuerte y sus padres tienen dinero. A mí me gusta mucho ser su amiga.
Y el niño de la familia más pobre se ponía triste y no sabía qué más podría decir a su amiga.

Pensó que a lo mejor, pasado un tiempo, su amiga volvería a interesarse por él pero no fue así. Según pasaban los días el niño de la familia pobre, vivía y se daba cuenta que la niña siempre buscaba al amigo de la familia rica. Charlaba mucho con él, se divertía y reía con cualquier cosa que hiciera o dijera, jugaban a mil juegos y muchas veces le decía:
- Cuando seamos mayores quiero tener un palacio tan grande y bonito como los de la Alhambra.
- Y yo te prometo que voy a luchar y trabajar duro para hacer real lo que sueñas. No te faltará nunca nada ni te sentirás sola y, si alguien en algún momento se acerca a ti para hacerte daño, te defenderé y derramaré por ti hasta la última gota de mi sangre.
Y al oír estas cosas, el niño de la familia más pobre, se le quitaban las ganas de seguir jugando con ellos. También se le quitaban las ganas de juntar sus cabras con las de la niña y su amigo rico. Y así fue como una mañana, el niño de la familia de la Alhambra dijo al de la familia pobre:
- Mis padres me han dicho que yo sea el jefe entre nosotros y que me encargue de llevar las cabras a los sitios que quiera. También debo decidir a qué hora debemos encerrarlas, llevarlas o traerlas.
- Pero yo soy amigo de esta niña antes que tú y he sido el que siempre he decidido cómo deben hacerse las cosas. Desde siempre, desde pequeño, he cuidado de mi rebaño, del suyo y de ella. En ningún momento le hice daño ni permití que la despreciaran.
- Pues a partir de ahora se harán las cosas del modo en que me ha dicho mi padre.

Y a partir de aquel día, el niño de la familia pobre, como seguía notando que su amiga cada vez le hacía menos caso, dejó de juntar sus cabras para llevarlas a pastar a las montañas. Pasó el tiempo y los tres crecieron mucho. Se hicieron mayores y el joven de la familia pobre, miraba y miraba cada día con más recelo a su amiga y al joven de la Alhambra. Éste, un día se casó con la joven de la familia menos pobre y aquel día lloró triste y desconsolado el joven de la familia más pobre. No dijo nada ni a sus padres ni a la que había sido su gran amiga cuando pequeño ni al joven que se casaba con ella. Aceptó las cosas resignado y dejó que la joven viviera su vida.

Pasaron los años y el joven de la familia pobre ni se casaba ni quería tener nuevos amigos. Ayudaba a sus padres en el trabajo del huerto y cuidaba de algunos animales hasta que un día se enteró que su amiga se había quedado abandonada. Su marido, el hijo de la familia rica de la Alhambra, le quitó su cariño, la casa que ella había soñado y el dinero que había ido ahorrando. El joven de la familia pobre, pocos días después, vio a su amiga yendo de casa en casa por el barrio pidiendo limosna, toda desarrapada y sucia. Aquella noche y en las siguientes, pensó mucho en ella y para así mismo, continuamente se preguntaba: “¿Hablo con ella y le digo que la quiero y que deseo seguir siendo su amigo?”

El sueño de una bailaora //Pa

Cuando se despertó, llamó a la madre y le dijo:
- Esta noche lo he vuelto a soñar.
Y la madre, sentada en la misma cama donde dormía su niña y a la altura de su cara, la miró durante un rato y no pronunció palabra. A su derecha y solo a un metro y medio de la cama de la niña, se abría la ventana. Por el hueco, ya entraba la clara luz del nuevo día de primavera y al frente y en la colina al otro lado del río, se veía la silenciosa figura de la Alhambra. Bañada por los rayos del sol que comenzaba a levantarse desde las altas montañas de Sierra Nevada. En la calle, por la puerta de la casa y en el huertecillo de la derecha, se oían algunos de los vecinos del barrio. Se ocupaban en sus cosas a iban o venían de un lugar a otro.

Dijo la pequeña de nuevo a su madre:
- Tengo que ir a ese lugar y tú debes venir conmigo para que veas lo singular y bello que es eso. Nada de lo que ya tantas veces te he dicho, es mentira sino mucho más de lo que te he contado.
Y la madre confirmó:
- Iré contigo un día de estos porque yo también quiero conocer el lugar que, una vez y otra, se te aparece en sueños.
- ¿Cuándo será eso y qué vestido me vas a poner?
- ¿Vestido?
- Sí, el día que vaya contigo a la cañada de las fuentecillas y el escenario del flamenco, quiero hacerlo con un traje especial.
- ¿Y eso por qué?
- Cuando estemos allí y veas todo aquello y a mí sobre el escenario de la hierba,

lo verás con tu propios ojos y lo entenderás con claridad.

Y dos días después de esta conversación, el padre preparó la borriquilla color café con leche, la amarró en el ciruelo de la puerta de la casa, entró dentro, llamó a la mujer y a la niña y les dijo:
- Vamos ahora mismo al lugar de los sueños de esta hija nuestra. Ponle el mejor y alegre vestido y móntala en la borriquilla.
En un abrir y cerrar de ojos, la madre y la niña prepararon las cosas y media hora después, bajaban hacia el Puente del Aljibillo en el río Darro. Al poco se les vio subir por la Cuesta del Rey Chico y, algo más tarde, surcaban los caminos hacia el levante de la Alhambra. Conforme iban llegando a la cañada que la niña recorría casi cada noche en sueños, ésta le decía a la madre:
- Fíjate en la hermosura de esa ancha ladera tan tupida de bosque y en aquella solana y el cerro que corona. ¿A que no hay belleza en el mundo más grande que la que reflejan estos paisajes?
La madre y el padre miraban y guardaban silencio, esperando llegar al lugar que la niña les había dicho.

Al medio día, subían por una estrecha sendilla como abrazada a una ancha y larga cañada y al llegar a la mitad, se pararon. Por el lado de debajo de una gran roca a cuyos pies manaba una pequeña fuentecilla que derramaba sus aguas en una bellísima pradera de hierba. Aquí mismo se situó la niña, mirando para la Alhambra, al fondo y algo lejos y dijo a los padres:
- Poneros vosotros a este lado de la roca, frente al sol y me miráis a ver si os gusta mi baile y el escenario que tantas veces he visto en sueños.
No lejos de la fuentecilla y sobre unas piedras, se sentaron los padres y esperaron a que su niña interpretara lo que con tanta ilusión en su corazón soñaba. Se hizo un gran silencio y luego, de fondo y con mucha claridad, se oyó como una música muy hermosa que manaba de la pequeña corriente que salía de la fuentecilla. Se preparó la niña recogiendo el delicado vestido de seda en colores que la madre le había puesto y en un momento en que la música del agua parecía pararse para dar entrada a unos sonidos nuevos, la pequeña se arrancó y comenzó su soñada danza sobre el escenario de la hierba, en el centro de la cañada.

Mudos los padre la observaron y sus corazones se les llenaron de asombro al descubrir lo que su niña era capaz de hacer y en un escenario tan original y frente a la Alhambra, aunque estuviera lejos. No pronunciaron palabra mientras la niña dibujaba su baile pero sí su asombro fue aun más grande cuando, pasado un buen rato, la pequeña detuvo su danza y miró para la gran peña que se alzaba por encima de la fuentecilla y del escenario. Desde aquí, desde lo más alto de esta roca, brotó como una lluvia de aplausos al tiempo que muchas personas proclamaban:
- ¡Olé, olé y olé! Viva el arte y la gracia brotada del corazón más inocente y bello.

Al oír estos aplausos y voces, los padres miraron y descubrieron a muchas personas que, sentadas en lo alto de la gran peña, con la boca abierta miraban a la pequeña bailaora. Más arriba y por la cañada, vieron las manadas de ovejas pastando y entonces cayeron en la cuenta que todos los pastores de las montañas, se habían reunido para ver el baile de su niña sobre el escenario

de la hierba en el centro de la cañada. Uno de los pastores dijo:
- Esta niña vuestra es un portento, digna no solo de bailar en los palacios de la Alhambra sino también en los salones del cielo.

La almunia de los naranjos //Pa

Con el nombre de almunias, son conocidas las fincas de recreo, propiedad de las élites urbanas, situadas en el entorno de las ciudades islámicas. Todas ellas tenían en común el hecho de disponer de espacios irrigados que servían para la producción agrícola y el disfrute de sus dueños, además de acoger importantes residencias y palacios. En Granada se encuentra la única almunia nazarí que ha llegado a nuestros días conservando sus huertas y el edificio residencial o palacio: es el Generalife, cuyo nombre árabe era 'Jenan al-Arif', el jardín del arquitecto. Hubo otras fincas parecidas de las que quedan restos arqueológicos, como el 'Jenan al-Arus' por encima del Generalife y el Alcázar Genil en la Vega, mientras otras desaparecieron completamente y solo queda el nombre, como la Casa de las Gallinas, debajo de Cenes de la Vega, a orillas del río Genil.

Él tenía la cama justo al ras de la ventana. Al lado del levante y en el ala de arriba de la casa. Y aquella templada mañana de primavera, cuando se despertó, lo primero que hizo fue mirar por la ventana. Tal como estaba en la cama y envuelto por el canto de muchos pajarillos: gorriones, mirlos, currucas, carboneros, verderones, chamarices, tórtolas y palomas. En uno de los rincones del patio y en el alero de una de las paredes, una pareja de golondrinas se afanaban en la construcción del nido. Iban y venían con pequeñas pellas de barro en sus picos que, con mimo y maestría, aplastaban contra la pared donde las primeras partes del nido ya se veían. Al otro lado del patio y del edificio, al frente y algo lejos, al mirar vio la alta montaña cubierta de bosque, una fina cortina de brumas y el sol levantándose sobre la cumbre. Tuvo conciencia de inmortal y bello momento y cuadro y por eso exclamó:
- ¡Dios míos!

Poco después se levantó. Salió de la casa, atravesó el patio empedrado, cruzó el portón de la entrada y unos metros más adelante, se paró y dándose media vuelta, miró para atrás. Posó sus miradas en la pared y parte de arriba del portón y leyó: "Puerta del Paraíso". El airecillo que subía del río le trajo racimos de esencias a flores de azahar y al mirar para las tierras llanas entre el edificio y la corriente de las aguas, ante sí apareció toda la llanura tapizada de naranjos. Todos estaban repletos de pequeñas flores blancas por donde revoloteaban cientos de abejas y mariposas. Se dijo: "Un año más, los naranjos se cubren de perlas blancas y olorosas, dando testimonio así de la presencia de la primavera y preparándose para la nueva cosecha. ¿Quién estará por aquí cuando de nuevo maduren otra vez las naranjas?" Por entre los árboles repletos de azahar, cantaban, iban y venían multitud de pajarillos en todos los tamaños y colores. De nuevo alzó su mirada para la cumbre de enfrente, un poco a la izquierda de Sierra Nevada y su corazón se llenó de asombro, mezclado con finos hilos de dolor, nostalgia y cansancio. Susurró: "El amor es bello y es la gran fuerza de la creación pero destruye y engendra dolor y mata. Nada hay más

grande en este suelo que la armonía con una mismo y el silencio en el corazón y cuerpo".

Poco después, se le vio remontando por la estrecha senda que surcaba la ladera, subiendo desde el valle y pasando por la cañada. Se paraba, de vez en cuando, para echar una última miraba al valle de los naranjos y al grandioso edificio entre árboles y acequias de aguas color a nieve y bosques verdes. El mágico paraíso que solo un poco y a lo largo de algún tiempo, le había pertenecido. Más a lo lejos, dirección al sol de la tarde y por donde la ancha Vega de Granada, asomaban las altas torres de la Alhambra, entre jardines y murallas. De nuevo se dijo: "Tener la mente en blanco y no sentir nada más que el imperceptible palpitar de la naturaleza, es el sueño más perfecto y la mayor felicidad. Y no sentir dolor alguno, ni siquiera los latidos del corazón, es haber alcanzado en mejor de todos los paraíso y bendición divina".

Llegó a lo más alto de la cumbre cuando el sol de la mañana ya estaba a media altura. Bajo un gran roble y en la piedra tapizada de musgo, se sentó mirando al valle de la almunia con los naranjos repletos de flores blancas. Miró en silencio durante un rato y de pronto exclamó:
- ¡Dios mío!

¿Qué donde estaba esta Almunia de los Naranjos y por qué pasado el tiempo desapareció y nadie, desde aquella mañana, supo nunca más de él? Nadie hoy lo sabe ni en ningún documento hay escrito nada que haga referencia a estos hechos pero este sueño fue real al levante de la ciudad de Granada y de la Alhambra. Yo sí puedo dar fe de ello.

La hermana Milagros //Pa

Sentando en el Puente del Aljibillo, mi amigo me preguntó:
- ¿Tú crees que aquí en Granada y paisajes que le rodean, hay algo que sea más bello y eterno que la Alhambra y los reyes que la construyeron?
- Yo creo que como la Alhambra y la historia, junto con los que ahí vivieron, nada por aquí en Granada es más grande y eterno.
- Pues hay algo mucho más importante que todo esto y que, por ser tan hermoso y singular, trasciende por completo al tiempo.
- ¿Y qué es?
- Te lo voy a contar en forma de cuento. Escucha despacio y luego sacas tus conclusiones.

"De los tres hermanos, era la menor y le llamaban Milagros, porque este era su nombre de pila. Y ella, con el hermano que mejor se llevaba era con el mediano. Por eso siempre estaba pendiente de él tanto para cuidarlo como para jugar o irse de aventuras por los campos. Y aquella mañana de primavera, ya mediado del mes de mayo, el hermano menor bajó por la ladera hacia la fuente de las higueras. Era aquí donde, con el agua del manantial y con la corriente del arroyo, la hermana estaba en su juego. Vio al hermano acercarse y lo esperó porque le llamaba la atención el pequeño ramo de flores que portaba en sus

manos. Se lo alargó a la hermana en cuanto estuvo junto a ella y le dijo:
- De los campos las acabo de coger para ti. Son los frutos de la primavera y fíjate qué maravilla.
Cogió la hermana el ramo y lo acercó a su cara al tiempo que preguntó:
- ¿Qué flores son estas?
- Las moradas son de malvas, las rosadas de ajos porros, la amarillas y blanca, margarita y la rojas, amapolas.
- ¡Gracias por tu regalo en el día de mi cumpleaños!

Y en ese momento, en el puntal de la derecha y donde las encinas de troncos recios, aparecieron las ovejas. El rebaño de ovejas blancas que los tres hermanos cuidaban y que todas las noches encerraban en el corral de monte un poco más arriba de la fuente y por debajo del pequeño cortijillo, sobre el montículo. Y en este edificio era donde en ese momento estaba el hermano mayor. Observándolo todo pero sin intervenir en nada porque confiaba en los hermanos menores. Al ver asomar por el puntal al rebaño de ovejas, la hermana dio unas voces pidiéndoles a los animales que se volvieran para atrás. Le preguntó el hermano menor:
- ¿Por qué haces eso?
- Todavía no se ha puesto el sol y lo que pretendo es que los animales den la vuelta al cerro y lleguen al corral justo al caer la noche. De este modo, tienen más tiempo para seguir pastando.
- ¿Y si al dar tanto rodeo se les hace de noche fuera del corral y los lobos las atacan?
- No pasará eso, ya verás.

Pero la noche llegó y las ovejas no asomaron por el otro lado del cerro. A la cueva de las rocas en el puntal por encima de las cascadas del río, se fue el hermano menor y la hermana se refugió en la cueva del mismo puntal, pero en la parte alta. El hermano mayor se quedó en el cortijo confiando en que todo iría bien como tantos otros días. Pero la noche se cerró y desde su cueva entre las rocas del puntal de las cascadas, el hermano menor imaginó al rebaño de ovejas no acercándose al corral como otros días sino subiendo a lo más alto del cerro de los robles. Se dijo: “Han intuido a los lobos y buscan las alturas para librarse de ellos”. Se acordó de la hermana y por eso se puso a llamarla diciendo:
- Milagros, Milagros, que los lobos se van a presentar y se comerán a todo el rebaño.
Y por más voces que daba, la hermana no contestó. A lo lejos y desde su cueva, el hermano menor veía las antorchas de la Alhambra y a unos metros de su cueva, se oían las cascadas del río cayendo”.

Cuando mi amigo terminó de contarme este relato, de nuevo me preguntó:
- Y ahora que conoces esta historia de la Hermana Milagros ¿crees o no que esto es más importante y eterno que la Alhambra, su historia y todos los reyes y personas que vivieron en ella?
Y no supe qué responderle.

Las tres rosas //Pa

Vivía solo. En una bonita casa, al norte del Granada, rodeada de un gran jardín florido y verde. Ni era suya la casa ni el jardín ni disponía de dinero ni decidía nada de lo que se hiciera, tanto en la casa como en el jardín y el pequeño huerto. Pero aquí lo dejaban vivir y cada día le daban el alimento que necesitaba. Con casi nadie hablaba ni con los vecinos ni con los que cuidaban del jardín huerto aunque a diario los veían. Su mundo, hermoso en apariencia, lleno de silencios y paz, solo era su propio sueño, sin nombre y que a nadie importaba. Por eso, desde pequeño, se fue refugiando en su corazón, en sus sentimientos, el gusto por las cosas de las montañas, ríos, plantas, animales y manantiales de aguas claras. Y según los años fueron pasando y su soledad crecía, más se refugiaba en sí y menos contaba a nadie ni siquiera cuando su cuerpo de carne le dolía. Y le dolía con frecuencia los oídos, la cabeza, los pies, la barriga y hasta el corazón. De aquí que, cuanto más envejecía, su salud venía a menos y sus ganas de vivir y seguir unos días o meses más en este mundo, disminuían. Con frecuencia y, sobre todo por las noches y al levantarse por la mañana, se decía: “Debería morirme ya. ¿Para qué quiero tres días más si nada alivia estas penas y dolores míos y a nadie tengo con quien compartir mis desdichas?”

Y una mañana de primavera, cuando las rosas florecieron, del jardín de la casa donde vivía, cogió tres. Salió a la calle, caminó despacio hacia el corazón de la ciudad, cruzó el semáforo y según iba bajando por donde el edificio histórico, miraba a un lado y otro. Se decía: “Necesito darle estas rosas a alguien. A una joven que al cruzarse conmigo, me sonría, a una niña que camine por la calle de la mano de su madre, a una muchacha extranjera que busque en el mapa, portando su mochila a las espaldas… Mi corazón, hoy más que nunca, necesita regalar una rosa a la persona que sueño y desconozco aunque solo reciba a cambio una leve sonrisa o una breve palabra de gracias”.

Recorrió toda la calle, cruzó la pequeña plaza y avanzó por la estrecha vía hacia el río Darro. Miraba y miraba a todas las jóvenes que en dirección contraria se le iban cruzando y sentía la tentación de pararlas, ofrecerle un saludo y regalarle una de las tres rosas pero no se atrevía. Llegó a Plaza Nueva y mientras la atravesaba en busca del camino del río, pensaba pasar cerca de los bancos que en esta plaza hay. En todos ellos vio a jóvenes extranjeras sentadas tomando el sol, leyendo algún libro, mirando planos, hablando con las amigas o comiéndose un helado. Y su corazón ardía en deseos de pararse frente a estas jóvenes y decirles:
- Te regalo esta rosa.
Y hasta le parecía ver la cara de sorpresa de la joven y oír sus palabras en inglés, francés, alemán o ruso:
- oh, thank you, is a very beautiful pink. - Oh, merci, c'est une très belle rose - oh, danke, ist eine sehr schöne rosa - ой, спасибо, это очень красивый розовый.

Pero a ninguna de estas jóvenes dio ninguna de sus tres rosas. Tampoco a las personas que iban o venían por la Carrera del Darro ni a las muchachas que cruzaban por el Puente del Aljibillo, camino de la Alhambra o del barrio del Albaicín. Al llegar a este lugar, se paró, en el pequeño muro de piedra,

se sentó, sacó papel y bolígrafo de su bolsillo y escribió en siguiente poema:

Sentando junto al río, frente a la Alhambra en lo alto, y en el rellano chiquito antes del Avellano, sueño que ya me he ido y estoy llorando. Me duele el corazón de tanto esperar callado, de tanto como me duele el tiempo hondo y amargo en el alma y el oído y de la soledad, su abrazo. Quisiera morir ahora mismo, en este instante y callado tal como siempre he vivido. ¿Para qué quiero tres días más seguir en mi dolor respirando? Nada espero ya de nada, ni una palabra ni abrazo y menos espero tu presencia porque ya son tantos años que tres días más o un mes ni siquiera merece pensarlo.	Ojalá vinieras a mi muerte no para darme tu mano cuando ya no la necesito pero no, no me des un abrazo cuando ya mi cuerpo sea silencio apagado. Entonces solo querré volar al lejano rinconcito que en el Universo creo tengo reservado. Este fue todo el alimento que en esta vida he soñado, esto es todo lo que tuve mientras viví en mi amargo respirar en esta vida y paso a paso. Quiero morir ahora mismo y quedar para siempre borrado del tiempo y de la memoria. Deseo solo un espacio en el corazón de lo excelso y el descanso.

Con sus tres rosas en la mano, abandonó este puente del Aljibillo y lentamente remontó la empinada Cuesta del Rey Chico. Al llegar al rellano donde crecen varios olivos y hay algunos bloques de piedra como en forma de asientos, se acercó a las aguas del pequeño arroyuelo que por aquí corre. Entre las hojas secas de álamos y avellanos y cerca de las aguas, puso las rosas. Con los tallos metidos en la corriente para que no se marchitaran más y al verlas, algo retirado, se dijo: "Se marchitarán por completo estas flores y no habré encontrado a nadie a quien regalárselas. Y sé que, como yo, a muchas de estas jóvenes que he visto y sigo encontrándome, le gustaría recibir rosas de regalo".

Sentado en uno de los bloques de piedra miraba a las tres rosas metidas en el agua del riachuelo y le hacía una foto cuando la vio. En la torre que tenía enfrente, la famosa torre en la Alhambra conocida con el nombre de La Cautiva, se abrió una puerta. Salió por ella una hermosa joven vestida de azul, caminó como por el aire, se acercó a las tres rosas en las aguas del arroyuelo, las cogió, dio media vuelta y por la misma puerta en la torre desapareció. Mudo contempló la escena, se restregó los ojos y se dijo: "No es cierto esto. Solo es la representación de lo que mi corazón desea que se me aparece en forma de sueño".

Los melones //Pa

Nada hay mejor en esta vida que ser dueño y poner todo el amor en aquello que se cultiva.

Cuando ya las matas de melones tenían sus frutos gordos y apunto de madurar, a media mañana y cuando el sol les daba de frente, era emocionante verlos. Sobre la pequeña ladera que caía hacia el río, por encima de las grandes higueras y a la derecha de la senda que bajaba para el arroyo. Y cuando ya los melones maduraban entre las verdes matas extendidas por la ladera, lo que más admiraba era ver a los hombres, los que labraban las tierras y cuidaban de las cosechas, caminar por entre el melonar por completo satisfechos. Como llenos de orgullo y hasta enamorados de los buenos frutos que la tierra les regalaba.

Miraban ellos hacia las torres de la Alhambra, cuando por entre el melonar hacían su trabajo y entre sí comentaban:
- Ahora les demostraremos que estas tierras son buenas para criar melones y también podremos mostrarles los frutos tan exquisitos que de aquí salen.
- Y todavía, nadie nos ha robado un solo melón como sí ha venido sucediendo cuando todo esto era propiedad del rey.
- Con lo que también les demostraremos que no es cuestión ni de dinero ni de poder. Los frutos se le consigue a la tierra con trabajo sincero, amor por lo que en la tierra nace y crece y sintiéndola como algo propio.
Y miraban a las matas de molones que por la ladera se extendían y de nuevo se sentían más orgullosos.

Los terrenos eran propiedad del rey de la Alhambra y como no estaban lejos del río Darro y miraban al sol de la mañana, todos los años los sembraban de melones. Le decía el rey a su administrador:
- Ya sabes que los frutos que más nos gustan en estos palacios, además de las uvas, higos y granadas, son los melones. Por eso quiero que esas tierras las siembres con estas plantas y de ahí saques los mejores melones que por aquí se hayan visto nunca.
Y el administrador, siguiendo las órdenes del rey, todos los años ordenaba que se sembraran melones en estos terrenos. Pero, un año detrás de otro, sucedía que ni los frutos eran de calidad y los pocos que en algunas ocasiones llegaban a madurar, nadie sabía quién, pero siempre los robaban.

De estos contratiempos se lamentaba continuamente el administrador y el rey hasta que un día, varios hombres del barrio del Albaicín, dijeron al administrador:
- Si el rey nos regala a nosotros esas tierras, seguro que sacamos de ellas los mejores frutos que se han visto nunca por aquí.
- No estoy seguro de eso pero se lo diré a su majestad.
Habló el administrador con el rey y éste le dijo que les regalara las tierras a los hombres que las pedían pero que a cambio, todos los años ellos entregaran una parte de la cosecha que de los terrenos sacaran. Les comunicó el administrador esto a los hombres y enseguida llegaron a un acuerdo. Y los hombres, aquel mismo día se pusieron a trabajar las tierras y a labrarlas con el mayor esmero.

Sembraron los melones, cuando llegó el momento y los cavaron y quitaron las malas hierbas cada día y con mimo. Crecieron hermosas todas las matas de melones y cuando maduraron los frutos, comenzaron a sentirse orgullosos de su trabajo.

Los primeros y mejores frutos, en cuanto los recogieron, se los llevaron al rey de la Alhambra y al entregárselos, le dijeron:
- Majestad, para que usted, su familia y sus amigos, los saboreen y disfruten.
Y el rey, el ver los hermosos y apetitosos frutos que los hombres le entregaban, les preguntó:
- ¿Cómo lo habéis conseguido?
- Trabajando las tierras y amando las plantas como si fueran nuestras.
- ¿Y porque no os los roban por las noches?
- Porque dormimos en el melonar, por entre las plantas y porque somos amigos de todos los que por estos sitios viven.
- ¿Queréis decir que de las tierras se sacan mejores cosechas si las tierras pertenecen a los que las cultivan?
- Exactamente eso, majestad.

Quedó impresionado el rey por la sabiduría de los hombres y por los buenos melones que le entregaban. Y los hombres, al volver a sus tierras y contemplar el vigor y fuerza de sus melones iluminados por el brillante sol de la mañana, de nuevo se sentían orgullosos y decían:
- Nada hay mejor en esta vida que ser dueño y poner todo el amor en aquello que se cultiva.

Las collejas //Pa

A lo largo de toda la noche, había llovido sin parar. Sobre la colina de la Alhambra, por el barrio del Albaicín y río de las aguas azules, por la Vega de Granada y por las montañas entre los ríos Genil y Darro. En las cumbres de Sierra Nevada, la nieve había caído en abundancia y por eso el frío era intenso. Pero como solo unos días antes, las temperaturas habían sido altas porque la primavera ya estaba casi en su mitad, los campos rebosaban de verdes frescos. Con mucha hierba y muy crecida poro todos los alrededores de la Alhambra, riveras de los ríos y arroyos y en las montañas.

Por eso, entre los olivos, en las laderas y junto a los arroyos, crecían los espárragos, las margaritas amarillas blancas y también las amapolas y las collejas. De aquí que, en los días antes de las intensas lluvias, por muchos de estos lugares, se vieran a las personas buscando algunas de estas plantas silvestres, buenas de comer y insuficiente para alimentarse. Sabía esto el joven y, como había aprendido de sus mayores, conocía también casi todas las plantas de los campos y apreciaba mucho a los espárragos, hinojos, cardillos y collejas.

De aquí que, en cuanto salió el sol al día siguiente de la noche de lluvia intensa, se asomó a la ventana de su casa. Amanecía despejado, con una luz

muy brillante y con temperaturas casi de verano. Se dijo: “Hoy es el día indicado para ir a por las collejas que crecen en el puntal que mira al río. Y como le dije ayer a los conocidos de la Alhambra, las repartiremos entre todos y luego llevaremos a cabo lo acordamos”. Salió de su casa en la Medina de la Alhambra, caminó por las sendillas y cuando llegó al puntal que mira al río Genil, se puso a buscar las collejas. Espesas, no muy altas pero sí muy tiernas, crecían en un breve rodal del puntal. Y enseguida se puso a cortarlas con cuidado al tiempo que las iba echando a la pequeña cesta de esparto que en la otra mano portaba.

Y era medio día cuando se reunió con el grupo de los conocidos de la Alhambra. Les dijo:
- En el cortijo de la loma frente al río, nos esperan. Vamos a compartir con ellos estos humildes frutos de la tierra que acabo de recoger.
Algunos preguntaron:
- Y los demás, cada uno de nosotros ¿qué tenemos que llevar?
- Los humildes de ese cortijo, nos han invitado al tiempo que han dicho que solo llevemos estas collejas. Ellos tienen lo necesario para prepararlas y luego compartirlas con nosotros.

Por los caminos de tierra, dirección a Sierra Nevada, avanzaron animados como si fueran a una fiesta, portando cada uno un pequeño puñado de collejas. Entre sí comentaban:
- Desde luego que nunca se ha visto aquí en Granada que pastores de las montañas inviten a comer collejas a personas importantes de la Alhambra. Esto es para escribirlo para que muchos lo sepan aunque nadie se lo crea.
- Es original pero quizá tenga sentido y nosotros no lo entendamos ahora mismo.
Al poco se encontraron con un joven que, desde el cortijo de la derecha y en lo alto del cerro, bajaba con una gran barja de esparto llena de pan recién cocido. Al llegar a él, algunos comentaron:
- Ya nos parecía a nosotros que por aquí olía a gloria pura.
- Este es el pan que hemos preparado para la comida del encuentro.
Y unos metros más arriba, el olor que el airecillo les traía también era de comida recién preparada. Preguntó el joven de las collejas al que portaba el pan en su barja:
- ¿De qué alimentos es este olor?
- De cordero asado en lumbre de leña. Los pastores amigos míos, desde esta mañana temprano, lo están preparando. Ya veréis qué rico con este pan de centeno y trigo recién cocido y con las collejas que traéis vosotros.

Coronaron el collado y, antes ellos, apareció el blanco cortijo de los pastores de las montañas. Estos, en cuanto vieron a los invitados, salieron al encuentro para recibirlos y enseguida le fueron indicando para que se acercaran a las mesas de madera que habían colocado en el rellano de la puerta.
- Mientras vais probando los buenos frutos secos de nuestras cosechas del año pasado, preparamos nosotros las frescas collejas que nos habéis traído. Ya veréis qué ricas como acompañamiento a los corderos que hemos asado.
Y comenzaron a colocarse frente a las mesas, justo cuando el sol caía un poco para el lado de la tarde, cuando de pronto, por las sendas del río, vieron galopando a dos sobres negros caballos.

Todos enseguida miraron y el joven de las collejas preguntó a los presentes:
- ¿Son invitados vuestros?
- Ni los conocemos.
- Pues parece que vienen desde Granada y, hasta juraría que de la Alhambra.
- ¿Pero qué es lo que buscan por aquí?
- No nos preocupemos más, esperemos a que llegan y le preguntamos.
Solo diez minutos después, los dos jinetes, pararon sus caballos en el mismo rellano de la puerta del cortijo de los pastores. Uno de ellos, el del caballo más lustroso y bonito, preguntó:
- ¿Quién de vosotros es el que esta mañana ha cogido las collejas del puntal que mira al río Genil?
Al oír la pregunta, el joven de las collejas, dio unos pasos al frente, salió del grupo y frente al soldado del caballo, dijo:
- He sido yo. ¿Para qué me buscáis?
- El rey, esta noche, ha dormido muy relajado y entre sensaciones placenteras. Pero parece que también, algún dios, le ha revelado un extraño misterio.

Al oír esto, tanto el joven de las collejas como todos los presentes, se quedaron mirando con gran interés al soldado del caballo. Entre sí algunos murmuraban y el joven de las collejas, siguió preguntando:
- ¿Qué revelación extraña es la que ha tenido el rey y qué tiene que ver con nosotros y lo que por aquí estamos celebrando?
- El rey en su sueño, ha visto como la figura de un toro gigante alzándose desde estas montañas, dominando todo y situando su cabeza y sus cuernos sobre el cielo que corona a la Alhambra. A los pies de este toro, como vigilando tranquilamente pero dueño absoluto de todos estos lugares, el rey ha visto un gran león hambriento que lo miraba fijamente. Al levantarse esta mañana, enseguida el rey ha preguntado a los sabios y estos le han dicho algo que nosotros no sabemos. Pero rápidamente hemos recibido órdenes para que vengamos a este cortijo y te busquemos a ti.
- ¿Es que el rey me quiere para algo?
- Puede ser que sí pero nosotros tampoco lo sabemos. Así que disponte a regresar ahora mismo con nosotros a la Alhambra donde te presentaremos al rey. Cuando estés frente a él, tú le preguntas y aclaráis las cosas.

Cuando el joven estuvo frente al rey, además de otras muchas cosas, el monarca le dijo:
- Ese hermoso toro bravo que he visto en mi sueño y el león recostado a sus pies, según me dicen los sabios, son todas esas personas pobres de las montañas con las que tú compartes las collejas. Ellos, en cualquier momento, pueden levantarse contra mí, emprender su revolución particular y arrebatarme el trono y estos palacios. Así que tanto tú como ellos, sois peligrosos y por eso debo teneros bajo control.
Nada dijo el joven ni en su defensa ni para convencer al rey de lo que pensaba. Sí unas horas después, por los caminos que desde las montañas bajan hacia Granada y la Vega, se vieron a los pastores caminando, con sus cuatro cosas cargadas en borriquillos y carros. Sobre el puntal de las collejas frente al río Genil, sentado el joven miraba y triste lloraba. Se decía, como rezando al cielo: “Los ricos, los poderosos, los dictadores, siempre buscan enemigos para tener

escusas. Tan pobres como son estas personas ¿a dónde irán y qué será de sus vidas a partir de ahora?”

Por el valle de la ventana //Pa

Desde hacía tiempo, buscaba tesoros. Leyendas, historias y secretos por muchos rincones de Granada: por el río Darro, nacimiento y valles, por la colina de la Alhambra, Cerro del Sol y olivares, por el río Genil, laderas a los lados y Sierra Nevada, por la ancha vega y las puestas de sol al fondo de ella y por el Albaicín y Realejo. Intuía en su alma que nada hay más hermoso en este suelo que seguir a los sueños y escribirlos para que no se pierdan. Porque se decía: “Los sueños son como los hitos que van señalando el camino hacia el corazón del Universo, a la eternidad, a lo definitivamente bello”.

Y aquella nublada mañana de primavera, se dispuso para recorrer el valle. El hermoso rincón por donde el río corre sereno y, a un lado y otro, crecen espesos los bosques y la hierba se llena de mil florecillas en estos días de primavera. Iba solo, con la pequeña mochila a sus espaldas, la cámara de fotos en la mano y atento a todo lo que por el lugar la naturaleza presentaba. Y caminaba por la senda que sigue a las aguas del río cuando, al dar una cuerva, se los encontró. Dos jóvenes, él y ella, que también caminaban buscando algo. Los saludó y enseguida les preguntó:
- ¿Estáis perdidos por aquí?
El joven, de unos dieciocho años, aclaró:
- Nosotros conocemos muy bien todo esto.
- Entonces ¿a dónde vais?

La muchacha, algo más joven que él, llevaba en sus manos un pequeño cuadernillo de color verde, tamaño A6. Le mostró este cuadernillo y en la portada de cartulina verde hierba, leyó: “Historia de mi abuelo, el tabacal”. Lleno de curiosidad le preguntó:
- ¿Escribes cosas?
- En este valle, por donde ahora mismo vamos pasando, todos los años mi abuelo sembraba y cuidaba su tabacal. Por aquí está toda su vida y la de mi abuela y por eso hoy lo recorremos.
- Y ahora mismo ¿a dónde vais?

Antes de que la muchacha contestara a lo que le había preguntado, al frente y algo más arriba, los descubrió. Eran cinco o seis, también jóvenes como ellos y caminaban en la misma dirección. La joven del cuadernillo los llamó, se pararon, al encontrarse se saludaron y ahora, todos juntos, caminaron hacia la derecha, en busca de la roca en la ladera. Mezclado con ellos siguió caminando y ahora notó que la muchacha del cuadernillo, se ponía a su lado y tratándolo con afecto, le decía:
- Hacia esa gran roca que se clava en la ladera, vamos.
- ¿Y qué hay ahí?
- La Ventana. ¿No la conoces?
- Es la primera vez que oigo hablar de esto. ¿Qué ventana es y qué se ve desde

ella?
- Ese es nuestro secreto. Sigue con nosotros y lo verás dentro de un momento.

Se sintió alagado por la joven, por la ilusión que dejaba traslucir y por el misterio del cuadernillo y la ventana. Y por eso pensó que hoy, en estos momentos, acababa de encontrar uno de los tesoros que con tanto interés continuamente buscaba. Llegaron a la gran roca, los primeros del grupo la rodearon y al colocarse en el lado de arriba, ante ellos apareció la ventana. Un gran agujero abierto en el corazón de la roca, perfectamente tallado por la erosión de la lluvia y el viento. Los primeros se fueron asomando a la ventana y todos lanzaban exclamaciones de asombro. La joven del cuadernillo le dijo:
- Ven por aquí, asómate con cuidado y mira despacio a ver si te gusta lo que descubras.
Le hizo caso, se aproximó a la ventana con gran cuidado, apoyó su mano en la roca, acercó su cabeza y miró. Y al descubrir la luz y los colores que a lo lejos resplandecían, se quedó sin aliento. Le preguntó la joven:
- ¿Reconoces lo que estás viendo?
- Es la Alhambra, sus palacios, torres y murallas pero como nunca antes en mi vida he visto. Las torres parecen pintadas de azul vivo, oro y blancas y lo mismo las murallas y los palacios. ¿De dónde salen estos colores tan hermosos y cómo es posible esto?
- Es nuestro secreto pero real. Lo estás viendo.

Poco después, despidió a la joven del cuadernillo, a su amigo y al resto del grupo. Caminó hacia el río y, mientras se alejaba, para sí susurraba: “Ellos como yo, buscan sueños y escriben historias maravillosas. Y esta de la ventana, el valle y el tabacal del abuelo, merece ser recogida y que muchas personas la conozcan”.

Último día en la Alhambra //Pa

27-4-2013

Amanecía nublado, eran los últimos días del mes de abril y en los palacios, alcazaba y medina, todo parecía dormir. Como si aun nadie se hubiera despertado para enfrentarse al nuevo día o como si todos se hubieran marchado, no se sabía a dónde. Un día extraño, por el gran silencio que por todos sitios había y, desde luego, melancólico y como parado en el corazón del tiempo y del Universo.

En el recinto, alargado, de paredes lisas y algo blancas y no lejos de los palacios, se le veía. Parado inmóvil, frente al rincón del extremo norte y con las miradas como perdidas, buscaba algo. Nadie lo acompañaba, nadie iba o venía ni tampoco nada se oía. Silencio rotundo, quietud honda y luz tamizada, como envolviendo el momento, la estancia y los desconcertantes sentimientos que en su corazón se agolpaban. Se dijo: “Ya lo tengo todo preparado. Lo poco que de aquí me llevo y lo poco que quizá necesite a partir de ahora. Y dejo todo por aquí, en la pequeña estancia que me ha acogido a lo largo de tantos años,

recogido, limpio de mí y de mis cosas y como preparado para que lo ocupe el que ahora venga".

Algo más tarde, cargando con una bolsa no muy grande, salía de la estancia donde, cerca de los palacios, se había refugiado a lo largo de muchos años. Caminó lento en busca de las puertas para salir y seguir avanzando. Atravesó un patio, luego un pasillo, unos jardines donde de la fuente chorreaba el agua y luego otro patio donde, al fondo, se veía una puerta. Un soldado lo miraba como extrañado y al pasar cerca de él, lo saludó y siguió. Cuando llegó a la puerta, detuvo sus pasos, volvió su cabeza, miró lentamente y se dijo: "Aquí os quedáis para siempre, hermosos palacios, construidos con sangre y vidas de esclavos, humillados hasta la destrucción. Se os ve hermosos y como obra de arte excelsa pero por dentro, en el corazón y alma, estáis podridos. Enfangados en la maldad, intrigas, odio, envidias y más muerte y sangre de personas, muchas muy buenas y otras, sabias y llenas de grandes sueños. No me llevo conmigo ni el odio ni el deseo de venganza por el daño que unos y otros me habéis hecho. Sí se amontona ahora mismo en mi corazón la amargura por la incomprensión que he recibido de los que tienen poder y viven bajo estos techos, lujosos salones, hermosas fuentes y olorosos jardines. No se puede construir un paraíso en la tierra, con despojos de batallas y guerras y con la libertad de personas pobres y sin aire para respirar. Nunca será hermoso esto aunque, ahora y en el futuro, muchos lo digan, lo escriban en libros y lo pinten en cuadros. Aquí os quedáis y que el cielo os acoja algún día, si es que puede". Y volvió su cabeza y siguió.

Unas horas después, se le vio subiendo por las sendas de la izquierda del río que desciende desde Sierra Nevada. Solo y triste por lo que atrás se le iba quedando. Atravesó el bosque, salió al claro desde donde se veían las aguas del río, al frente, la ladera de los castaños y al lado norte, la solana de las encinas. Buscó una piedra, se sentó, mirando a las cumbres de las nieves perpetuas y luego se fijó en la ladera del enfrente. Subiendo desde el río como hacia las cumbres, vio a la Alhambra. Con sus altas y bellas torres, sus jardines, fuentes y murallas y todo como inmaculado. Como revestido de un blanco purísimo e inundado de luz con todos los matices y colores.

Volvió su cabeza para la solana que le quedaba a sus espaldas y por aquí también vio a la Alhambra. Como escalando ladera arriba, hacia el sol y silenciosa. Desde sus murallas, se alzaban las hermosas torres, coronando a mil jardines y fuentes de aguas claras. Y todo, como vestido y bañado en roja sangre. Y la luz que los rayos sobre estos muros y palacios derramaba, era naranja y triste. Como si todo por ahí, a pesar de su gran esplendor exterior, fuera desolación y frialdad. De nuevo se dijo: "Esta que tengo a mis espaldas, es la Alhambra real que hay sobre la colina y que, al correr del tiempo, permanecerá y será visitada por millones y millones de personas de todas las partes del mundo. Es la que está repleta de miseria por dentro y yo, a lo largo de mis años viviendo ahí, cada día he querido llenar de dignidad y trascendencia. Y esa Alhambra que tengo al frente, es la que llevo en mi corazón y la que cada noche soñé y nadie conoce en este suelo. Me voy para siempre a ella porque ahí sí hay eternidad, limpia luz y sincera belleza".

Se puso en pie sobre la gran piedra frente al río, alzó sus brazos y se preparó. Para saltar al aire y salir volando hacia la Alhambra blanca y revestida de luz maravillosa que tenía delante al otro lado del río. Y la leyenda cuanta que, a pesar de sus casi noventa años, se le vio surcando el aire, como en forma de sueño hermoso, hacia el encuentro de la Alhambra luminosa que en su corazón tenía.

Margaritas amarillas //Pa

25-4-2013

Aquel veinticinco de abril, se presentó nublado, muy frías las temperaturas y con bastante viento. Claro que era casi plena primavera y por eso, desde la ventana de su casa, se veían verdes los álamos y fresnos del río, florecidas las glicinias en los patios y jardines de las casas del Albaicín, sembrados con mil florecillas los campos y, por donde la colina de la Alhambra, Generalife y Llanos de la Perdiz, todo tapizado de amapolas rojas, margarita blancas y amarillas y otras flores pequeñas, azules claras.

Era media mañana y, sentado tras los cristales de su ventana, mientras el tiempo pasaba y se recreaba en la explosión de la primavera por todo cuanto su vista alcanzaba, pensaba en ella. La hermosa muchacha que un día conoció en Granada y que luego se marchó a su tierra y nunca más volvió. Se decía, para sí y como forma de oración al cielo, desde lo más íntimo de su corazón: “Ya tengo asumido que nunca más te veré en este mundo. Por eso, aunque cada noche sueño contigo y cada día te recuerdo en muchos momentos, no te espero. Sé que no volverás nunca más por Granada y sé que en ningún momento de los días que me queden de vida, podré ver tu cara ni oír tu voz ni regalarte un beso. Ya estoy viejo y tengo tan pocas ganas de nada, después de una vida tan larga esperando, que ahora ni siquiera deseo de ti un abrazo. A estas alturas, solo me recreo en lo que, a través de mi ventana, cada día me regala el cielo y el paso irreversible y firme del tiempo. Sueño y no quiero que vuelvas aunque no pueda borrar tu recuerdo. Hoy en día, ya por fin tengo algo que vale más que nada en este mundo: mi paz de viejo, el silencio amigo, mi corazón cansado pero en armonía con el Universo y mi amor callado y rotundo para todo cuanto a través de mi ventana a cada instante veo”.

Cruzó sus brazos y sobre la mesa los apoyó y en ellos, la cabeza. Cerró los ojos y al instante y como en un sueño y realidad clara, lo vio. No tendría entonces más de doce años y ya iba por los campos, siempre solitario y soñando mundos lejanos y fantásticos. Y aquella mañana de primavera, cruzó el arroyo grande, remontó lentamente por la ladera y cuando llegó a donde brotaban las aguas, claro manantial y fresco que manaba por entre las adelfas y fresnos, se sentó frente al río que descendía desde las blancas cumbres hacia las torres de la Alhambra. Meditó durante mucho rato, mientras el silencio lo besaba y el viento le regalaba su abrazo. Luego, cuando ya la tarde caía, dejó su asiento en la ladera y cerca del manantial y continuó subiendo. Por la pequeña vereda de tierra hasta que traspuso por el collado de las encinas y los romeros.

Muchos, muchos años después, volvía y lo vio caminando no por el collado de las encinas sino atravesando la llanura desde el levante hacia la cumbre del cerro de las rocas en forma de atalaya. Caminaba muy torpemente, como cansado y sin fuerzas porque ya era casi tan viejo como el tiempo y se decía, cada vez que se paraba para tomar aire: "Tengo que remontar a lo más alto de las rocas de este cerro para ver desde ahí la Alhambra y Granada. Y luego, si puedo y las piernas aguantan un poco más, descenderé por la ladera hasta la llanura de las margaritas amarillas para tocarlas con mis manos, olerlas y, sentado entre ellas, soñar el último sueño frente a la Alhambra. Debo conseguir hacer real esto para seguir perteneciendo a los colores, olores y azules de los cielos que por aquí, mientras vivo, tengo".

Y lo vio subir lentamente por la gran pendiente hasta coronar la cumbre de las rocas en forma de atalaya. Parado en todo lo alto, lo vio mirar observando y luego lo vio descender hacia la llanura de las margaritas amarillas. Por entre estas florecillas y los olivos, lo vio sentado, no lejos de la Alhambra y frente a ella, mirando como si ya el tiempo no le afectara en nada.

Y aquel veinticinco de abril, sentando al otro lado de los cristales de su ventana, con la cabeza apoyada sobre los brazos que a su vez descansaban en la mesa, un poco después despertó de su sueño. Miró para la Alhambra, le parecía hermoso el gran día de primavera, recordó a la hermosa joven una vez más y luego se dijo: "Mañana por la mañana, voy a cruzar el río Darro, subiré por la Cuesta del Rey Chico, remontaré al Mirador de la Silla del Moro y luego subiré hasta la llanura del Cerro del Sol. Es por ahí y por entre los olivos, por donde ahora crecen las margaritas amarillas que él soñaba y venía buscando. Quiero comprobar si aquel soy yo y aun sigo por entre estas florecillas sentado, soñando mi sueño y esperando".

Los espárragos //Pa

23-4-2013

En primavera, desde mediado de abril hasta finales de mayo, aquí en Granada y paisajes que le rodean, ocurren cosas muy interesantes. Se abren las espigas de las matas de esparto, brotan los espárragos silvestres por las laderas del Sacromonte y Cerro del Sol, relucen las margaritas blancas y amarillas por entre los olivares de las tierras de la Alhambra, ondean las amapolas luciendo su rojo intenso y se ven mil orquídeas silvestres por entre aulaga cuajadas de flores y jaras blancas.

Y como son hermosos los paisajes, en estas fechas y por la colina que desde la Alhambra sube hasta Los Llanos de la Perdiz y Cerro del Sol, la otra tarde me puse a recorrerlos. Subí despacio hasta el Mirador de la Silla del Moro y luego hasta las ruinas de lo que fue el palacio de Dar al-arusa y por entre las matas de esparto ya con las espigas casi maduras, me senté. Frente al sol de la tarde, mirando a la Alhambra y con las cumbres aun llenas de nieve de Sierra Nevada. Lucía espléndido el sol y, de vez en cuando, lo tapaban densas y anchas nubes de tormenta. Y entre extensas praderas de margaritas silvestres

blancas y amarillas, meditaba yo mis cosas cuando a mi mente vino una pequeña historia que por aquí ocurrió hace ya mucho, mucho tiempo.

Un joven buscaba espárragos silvestres por estos lugares para su madre enferma porque el médico se los había recomendado. Vivía en el barrio del Albaicín, su familia era muy pobre y por eso, cuando por estos lugares llegaba la primavera, buscaba hierbas y flores por los campos. Y aquella tarde, un poco antes de ponerse el sol, ya se disponía él a bajar por la Cuesta del Rey Chico y regresar a su casa en el barrio blanco. Llevaba en sus manos un buen manojo de espárragos silvestres que, a lo largo de muchas horas, había buscado por los rincones de esta gran colina. Y caminaba entusiasmado mientras se decía: “Con estos espárragos, esta noche haremos una buena tortilla y cuando los pruebe mi madre, a lo mejor se cura, según dice el médico”.

Cuando de pronto, un poco antes de la Silla del Moro, le salieron al paso tres soldados de la Alhambra, montados en sus caballos. Se le pusieron delante y le dijeron:
- Ya sabemos quién es el que anda por estos montes robando espárragos y todo lo que se presente.
Perplejo se quedó el joven, mirando a los soldados y pasado unos segundos, reaccionó y dijo:
- Yo no he robado nada a nadie. Estos espárragos crecen espontáneos en las montañas y los he cogido para alimentarnos en mi casa y para que mi madre no se muera.
- Eso es lo que dices tú. Todas estas tierras pertenecen al rey que vive en la Alhambra y por eso sus frutos, flores, leña, agua y aire, son de su entera propiedad. Dadnos ahora mismo ese manojo de espárragos y para que conste que los has robado, te presentamos este documento donde tienes que firmar.
Por completo extrañado y fuera de sí, el joven miraba a los soldados y miraba al documento que le alargaban para que lo firmara. Con voz quebrada dijo:
- Yo no sé firmar ni tampoco acepto que me llaméis ladrón. Mi madre se está muriendo y yo he venido a estos montes a por unos espárragos silvestres para que se los coma y sane.

Y enseguida, uno de los soldados, bajó del caballo, le quitó al joven su manojo de espárragos, le clavó la punta de la lanza en un brazo y al brotar la sangre, dijo al muchacho:
- Moja tu dedo en tu propia sangre y estámpalo sobre este documento. Esta será tu firma para siempre y que nosotros presentaremos al rey.
Aterrorizado el joven mojó su dedo en la sangre que le brotaba de la herida en el brazo y luego presionó el dedo sobre el documento que el soldado le presentaba. Cuando hubo terminado, el mismo soldado le dijo:
- Ahora ya puedes marcharte y da gracias al cielo que solo nos quedamos con tus espárragos y la firma que sobre este documento has estampado.

Por la ladera que baja al río Darro y en aquellos momentos tapizada de abundante hierba fresca, descendió el joven triste y humillado. Las gotas de sangre que caían de la herida en su brazo, se iban quedando por entre la hierba y se convertían en hermosas amapolas, frescas y rojas. Y cuenta la leyenda que, desde aquel día hasta hoy, cada primavera y todos estos paisajes, se llenan de

multitud de flores, muchos espárragos silvestres y amapolas color sangre, que resaltan por entre las praderas de hierba. Y esta tarde, después del tiempo que ha pasado, por aquí todo parece igual. Brillan las amapolas, flore el esparto, se ven espárragos por muchos sitios y hasta se intuye aquel joven caminando por estos campos, que ahora llaman "Territorio Alhambra".

Peña Dorada //Pa

El río Darro, también conocido como "El río de la Alhambra", a lo largo de su recorrido tiene varios puntos muy significativos: su nacimiento, a sólo unos kilómetros del pueblo Huétor Santillán y por el lado de arriba, su paso por este pequeño poblado, por entre huertos y casas blancas, el lugar conocido como Jesús del Valle, con la Presa Real de la Alhambra, por donde la Fuente del Avellano, Valparaíso, Puente del Aljibillo y Paseo de los Tristes.

Y en uno de estos característicos tramos del claro y hermosísimo río de la Alhambra, a la derecha y cerca de unas viviendas, había una gran peña. Antes de Jesús del Valle y por debajo del pueblo Huétor Santillán. Dos niños hermanos, él y ella, entre doce y diez años, casi todos los días acudían a jugar a esta peña. Sus padres tenían una casa no lejos de las aguas del río y cuando cogían frutos del huerto, bellotas o castañas por los campos, siempre ellos se venían a la peña y, mientras se comían estos frutos, inventaban historias y construían castillos. De arena y piedras construyeron una vez las murallas y torres de la Alhambra, el cauce del río y las montañas de Sierra Nevada. En la misma peña, en un recoveco que había, algunas veces se refugiaban de las tormentas. También junto a esta piedra, en ocasiones hacían lumbre y en sus brasas, asaban bellotas o setas de los campos.

Y un día de primavera, cuando todavía no hacía mucho calor pero sí ya los campos estaban todos llenos de hierba y flores, estalló una gran tormenta. Se refugiaron ellos en esta ocasión, en su casa y asomados a la ventana, observaban la oscuridad de las nubes y la densa manta de agua que sobre los paisajes se derramaba. Y estaban entusiasmados mirando este espectáculo cuando, al volver sus ojos para la peña de sus juegos, la vieron relucir. Como una gran ascua incandescente aunque no ardía ni la lluvia la apagaba. Dijo ella al hermano:
- Mira qué bonita la roca donde jugamos. ¿Por qué se ve así?
- No lo sé.
- ¿Vamos corriendo y la vemos de cerca?
- Sí, vamos.
Y sin más, salieron de su casa y corrieron por los campos, en medio del intenso aguacero y se dirigieron a la peña que a lo largo de los años había sido su compañera de juegos.

Unos metros antes de llegar, se pararon y se quedaron fijos mirando a la reluciente roca. Y fue justo en este momento cuando, una luz cegadora, iluminó todo el rincón. Crujió enseguida un gran trueno y la lluvia arreció. En

estos momentos, la madre que estaba en la casa, se acordó de ellos y al mirar para el lado de la gran piedra, solo vio un chorro de luz y la roca como ardiendo. Llamó al marido y, sin miedo a la lluvia ni al viento ni a los truenos, se fueron corriendo hacia la piedra incandescente. Cuando llegaron, llamaron a los niños y estos, ni contestaron ni aparecieron por ningún lado. Dijo el marido:
- Es como si esta roca se hubiera convertido en oro puro y por eso reluce tanto.
Y preguntó la madre:
- Pero ellos ¿dónde están?

No supo qué responder el marido porque no los vía por ningún lado. Los buscaron y los llamaron durante mucho rato, hasta que llegó la noche y la tormenta desapareció. Siguieron buscándolos al día siguiente, al otro y al otro y no los encontraron. Sí la roca, al salir el sol cada mañana, relucía como ascuas incandescentes y luego también al ponerse el sol. Por el entorno, muchos empezaron a comentar:
- Esa roca, a raíz de aquella tormenta y la desaparición de los niños, se ha convertido en oro puro.
En la Alhambra, un día se supo lo de la roca de oro y algo después, el rey ordenó que se expropiara la Peña Dorada y todo el terreno que había cerca. Pocos días más tarde, pusieron barriles de pólvora en esta piedra y al explosionarlos para llevarse el oro que de la peña saliera, todo se convirtió en polvo. Se inundaron las aguas del río Darro de pequeñas manchas de polvo brillante y al ver el fenómeno, muchos dijeron:
- Es como si el cielo quisiera que el oro de esta peña, no sea para nadie.

Muchos, muchos años después de aquella tormenta y la Peña Dorada, un invierno llovió copiosamente. Por el río Darro bajó una gran crecida y las aguas arrastraron ramas y piedras. Junto al Puente del Aljibillo, en la orilla, apareció una piedra muy grande que al darle el sol de la tarde, brillaba como ascuas incandescentes. Yo la vi durante muchas tardes y por eso me paraba a observarla, con la Alhambra al fondo, sobre la alta colina. Cuando escribo este relato, la piedra que digo, todavía está en el mismo sitio. Pero a nadie llama la atención porque ni conocen esta historia ni ven el brillo que la roca desprende. Creo que solo yo consigo verlo y, en estos momentos, a mi mente acude la imagen de la Peña Dorada y los dos niños aquel día de la tormenta.

El líder //Pa

I- **Las aguas**

En la Alhambra, el joven preguntó al rey:
- Majestad ¿a usted le gustan los ríos y las fuentes de aguas claras?
Y el rey contestó:
- Me gustan los baños y las aguas calentitas en las estancias de estos palacios. ¿Por qué me haces esta pregunta?
- Porque si usted me da permiso y me presta los cuatro hombres que necesito, yo puedo conseguir y enseñarle algo que va a gustarle mucho.
- ¿Y para lograr lo que me dices tendrás que declarar guerras o luchar en batallas?

- Nada de eso. Se trata de los más pacífico y bueno de cuantas cosas hay en esta vida.
- Pues tienes mi permiso y los hombres que necesites para llevar a cabo lo que me anuncias.

Y aquella misma mañana, día de primavera muy claro, cielo azul y viento en calma, el joven reunió un grupo de hombres. Les dijo:
- El rey sueña con un tesoro y vosotros y yo, vamos a buscarlo. Os trataré con respeto y os pagaré con generosidad. Así que venid conmigo.
Desde los recintos de la Alhambra, salieron en grupo y caminaron vaguada arriba. Dirección al hoy conocido Cerro del Sol y en el collado, por donde hay jardines, aparcamientos para coches y edificios, se pararon. El joven dijo a los hombres:
- Este es el sitio. Ya veis que cerca del tronco de esta encina, brota un venero de aguas muy clara. Demos comienzo a las obras y logremos lo que tengo proyectado.
Con las herramientas propias, se pusieron los hombres y comenzaron el trabajo. El joven los guiaba y unas horas después ya tenían cavado en el terreno lo que en su mente imaginaba. Luego dijo a los hombres de la cuadrilla:
- Ahora hay que cavar una galería, siguiendo las aguas del manantial pero en dirección contraria a como brotan. Descansad y comed algo y luego seguimos.
Descansaron los hombres, comieron algo y, unas horas después, siguieron con el trabajo. Se ponía el sol y todos volvieron a sus casas. Al amanecer del día siguiente, regresaron al tajo y así durante más de un mes. Hasta que por fin un día, en el collado, donde brotaba el manantial y no lejos de la Alhambra, las claras aguas estaban remansadas en una especia de alberca, bastante profunda y rectangular. Al lado de arriba de esta alberca, se veía la galería también rebosante de agua y el chorrillo del manantial, al fondo. Pagó el joven a los obreros sus jornales, les agradeció el trabajo y les dijo que en cuanto los necesitara, los volvería a llamar.

Fue luego a los palacios de la Alhambra y le dijo al rey:
- Majestad, pronto llegará el verano y por eso los calores apretarán. Cuando usted quiera le acompaño y le muestro el sueño que un día le dije que lograría para vos.
- Mañana mismo vamos a verlo. ¿Qué hay que llevar?
- Solo su corazón preparado para darse un buen baño en las aguas más claras y frescas que hay en el reino de Granada.
- Pues así lo haré.
Y al día siguiente, cuando la tarde caía y el calor ya se sentía fuerte, el rey salió de la Alhambra, acompañado del joven, su guardia personal y varios amigos. Caminaron por la vaguada y al llegar a la alberca del manantial, se quedó parado y miró despacio. En la alberca se remansaba el agua cristalina, en la galería, el líquido también remansado, se mecía sereno y desde la alberca, el agua rebosaba rumorosa y pura. Impresionado el rey dijo:
- Esto es como un sueño o juego pequeño lleno de luz y transparencia. ¿Cómo lo has conseguido?
- Yo y los hombres de la cuadrilla, solo hemos dado forma a lo que por aquí la naturaleza ofrece. Ahora, lo que yo quisiera es que su majestad se bañe en esta alberca rebosante de agua fresca y clara.

- Eso está hecho ahora mismo.

Y al instante el rey se metió en las aguas y se puso a nadar al tiempo que decía:
- Es un placer como nunca antes había experimentado. Tampoco antes había visto yo aguas tan claras y frescas y en medio de este paisaje que nos rodea.
Cerca de la alberca, crecían varias encinas, algunos acebuches, higueras, retamas y cornicabras. Y, vaguada abajo hacia la Alhambra, los árboles también se espesaban, cubriendo el paisaje de verde y serenidad. Entusiasmado por todo esto, el rey pidió a sus amigos que se metieran en las claras aguas y nadaran con él mientras charlaban. Le hicieron caso los amigos y después de un buen rato jugando y disfrutando de las aguas del manantial, el rey se sentó en el borde de la alberca a tomar el sol, llamó al joven y le dijo:
- Desde hace algún tiempo quiero cambiar algunas cosas tanto en los palacios de la Alhambra como en Granada y en todo mi reino y no sé cómo hacerlo.
- ¿Qué es lo que le pasa, majestad?
- Que en cuanto digo de cambiar algo, unos y otros protestan, me critican y hasta se ponen en contra mía con todas sus fuerzas. ¿Qué me aconsejas tú que haga?
- Si usted me da permiso, yo le ayudo porque sé lo que hay que hacer.
- ¿Puedes decírmelo?
- Es algo que solo se puede expresar del mismo modo que lo de este manantial, sus aguas claras y su baño. Hay que hacer las cosas para que se vean y entiendan con claridad.
Y el rey, después de pensar un momento, dijo al joven:
- Pues tienes mi permiso para llevar a cabo lo que me dices. Pero me pregunto: para conseguir lo que me anuncias ¿tienes que luchar o declarar batallas?
- Nada de eso, majestad. Lo que le dije aquel día lo repito ahora: se trata de lo más pacífico y bueno de cuantas cosas hay en la vida.
- Pues tienes mi permiso y los hombres o personas que necesites para llevar a cabo lo que me dices.

II- **La reunión**

Agradeció el joven al rey su buena disposición y la confianza que depositaba en él y al instante se puso mano a la obra. Se movió por los salones de los palacios y otros recitos de la Alhambra y habló directamente con las personas que tenía en mente: generales, administradores, secretarios, sabios y jueces y a todos los fue invitando. Les decía:
- Tengo en mente el proyecto más interesante que nunca se ha dado aquí en Granada.
Y al oír esto, enseguida unos y otros preguntaron:
- ¿De qué se trata?
- Quiero explícatelo porque es muy, pero que muy interesante pero no ahora ni aquí mismo.
- ¿Entonces?
- Lo voy a compartir con contigo y con otros, algunos muy conocidos e importantes, dentro de dos días y en un escenario muy concreto.
- ¿En qué lugar y a qué hora?
- El lugar es justo en el collado de las encinas, donde el manantial de las aguas claras y los nuevos baños del rey. ¿Sabes dónde te digo?
- Todos por aquí ya hemos oídos los de los nuevos baños del rey porque él

mismo lo ha proclamado. Está tan entusiasmado que no puede resistir decírselo a todo el mundo. Y tú ¿por qué elijes ese lugar para la reunión que dices?
- También pienso aclararlo pero no ahora.
- ¡Cuánto misterio encierra tu proyecto!
- No tanto pero ya verás como os va a resultar más que interesante.
- Bueno ¿y a qué hora es la reunión?
- Dentro de dos días, al caer la tarde y en el collado de las encinas, como ya te he dicho. Comunícalo a tus amigos importantes y que ningún falte.

Cuando el joven terminó de anunciar este evento a las personas que le interesaba, pidió permiso para hablar con las princesas y príncipes de la Alhambra. A todos les dijo:
- A vosotros más que a nadie os interesa conocer lo que voy a anunciar.
- ¿Y por qué a nosotros más que a nadie?
Preguntaron interesados unas princesas.
- Porque vuestros padres son reyes y por lo tanto, personas con dinero y poder. Os han criado en el lujo y muy al margen de la vida y problemas de los demás y eso no es bueno. Necesitáis, al menos saber, cómo deberíais comportaros el día que vuestros padres os den poder y dinero.
- Pues iremos a la reunión que propones pero ¿puedo hacerte una pregunta?
- ¿Qué quieres saber?
- Nosotros, los príncipes y princesas ¿estaremos mezclados con las demás personas que vayan a esta reunión?
- ¿Y por qué no?
Y la princesa y sus amigas, ya no preguntaron más.

El día fijado, al caer la tarde, al lugar indicado, fueron llegando los invitados. Sobre las tierras del collado, desde el manantial y la alberca dirección a Sierra Nevada, les pidió el joven que se fueran sentando. En la hierba que ya el sol del verano comenzaba a secar, sobre los troncos de algunos olivos y encinas y en las piedras. En el mismo collado y frente a ellos, princesas y príncipes, se situó el joven, todo sereno y como poseído de autoridad y sabiduría y saludó cortésmente a los que esperaban sus palabras. Les dio las gracias por haberse presentado y luego, de una gran bolsa de cuero, sacó unos papeles en forma de cuadernos rectangulares y del tamaño más o menos de un folio. Mostró estos papeles todos juntos, como en un paquete, a los presentes y estos, en un profundo silencio y expectantes, miraban al joven y a su puñado de hojas en forma de cuaderno.

Con serenidad, el joven mostró a los presentes la primera cara del paquete de hojas y dijo:
- Mirad bien esto que os enseño y responded a mi pregunta: ¿Qué veis aquí?
Enseguida varios levantaron la mano y cuando el joven les indicó que hablaran, dijeron:
- Vemos una hoja de papel por completo en blanco.
- Veis y decís bien porque eso es lo que hay en esta hoja de papel: nada pero ¿a que parece esperar a que alguien aquí escriba o dibuje algo?
- Desde luego que sí. Como todas las hojas de papel en blanco y preparadas para escribir o pintar cosas.
El joven corrió la primera hoja de papel y al aparecer la segunda, en ella se veía,

solo en una pequeña franja de la izquierda, como el comienzo de un dibujo. Mostró esta segunda hoja a los presentes y les preguntó:
- Y aquí ¿qué es lo que veis?
Varios enseguida dijeron:
- Como los primeros trazos de un dibujo y que no se sabe qué es.

Pasó el joven esta segunda hoja y al aparecer la tercera, antes de que él preguntara, dos de los que estaban en la primera fila, comentaron:
- En esta hoja vemos el mismo dibujo pero ya más completo y ocupando mayor porción de papel. ¿Qué dibujo es?
No contestó el joven a la pregunta sino que, lentamente corrió la tercera hoja y al quedar visible la siguiente, enseguida uno de los que estaban al final, levantó la mano y dijo:
- Ya aquí se ve el mismo dibujo casi completo pero todavía no se entiende bien. ¿Nos puedes decir qué significan los papeles que nos enseñas y el dibujo a medias?
- Continuo y en un momento os lo diré.

Con su mano derecha volvió a pasar la hoja y al aparecer la que correspondía al número cuatro, otra vez se mostraba el mismo dibujo pero ahora ya casi completo. Con el aliento contenido y por completos fijo en el joven y en lo que les mostraba, todos los invitados se morían de curiosidad. Y al correr de nuevo la hoja y aparecer la que tenía el número cinco, la presentó con mucho más interés y preguntó:
- Y en esta última hoja ¿qué es lo que veis?
Varios a la vez dijeron:
- Ya vemos que el dibujo llena por completo toda la hoja pero todavía no sabemos qué es lo que significa este dibujo ni qué es lo que tú quieres decirnos con todo esto. ¿Nos lo puedes explicar de una vez?
- Solo un minuto más y os lo explico con todo detalle.
Dijo el joven y ahora, al levantar la hoja que mostraba y ponerla al final del montón, volvió a verse de nuevo el dibujo y por completo llenando la hoja de papel. Les dijo:
- Prestad mucha atención a esta hoja y dibujo y número seis.
Mantuvo en sus manos frente a ellos esta hoja con el dibujo completo y luego la quitó y apareció la que ya habían visto antes. Por eso, algo más rápido, fue quitando hojas y poniéndolas detrás del montón.

Hasta que, en unos segundos, apareció la hoja en blanco que hacía unos momentos había sido la primera. Aquí se paró de nuevo un buen rato el joven, miró a todos los asistentes y aguardó a que le hicieran preguntas. Solo un príncipe preguntó:
- ¿Y con esto se acaba todo lo que tenías que decirnos?
- Sí y no.
- Pues explícate y no te rías más de nosotros.
- Desde luego que no me estoy riendo de nadie sino que todos merecéis mi mejor respeto.
- ¿Pues entonces?
- ¿Puedo preguntarte algo?
- Claro que sí. ¿Qué quieres saber?

- Solo que me digas si te atreves o no a resumir lo que acabamos de ver.
- Es lo más sencillo del mundo. Tú nos has mostrado unas cuantas hojas, en blanco algunas, con trozos de dibujos otras y con un dibujo completo, la última y la primera. ¿Tan difícil es resumir esto?
- No lo es pero ¿qué conclusión sacas de lo que has visto?
- Eso ya eres tú el que tienes que decirlo, si es que no te estás riendo de nosotros.

En este momento, hubo un gran silencio y todos los presentes miraban con mucho interés al joven. Varios dijeron:
- Sí, venga, explícanos las cosas para que no pensemos que de verdad te estás quedando con nosotros.
Y el joven, decidido habló a los presentes y dijo:
- La vida de las personas, es semejante a las hojas que acabo de mostraros. Al principio, todo está en blanco. Luego, según crecemos, vamos dibujando cada día algo, conforme la vida nos enseña y cada uno soñemos. Llega un momento en que el dibujo está completado y entonces, ni buscamos ni añoramos nada. Nos aferramos a que todo permanezca del mismo modo en que quedó el último instante en que completamos el dibujo. Y eso no es bueno porque, de algún modo, nos cegamos y no queremos crear cosas nuevas porque creemos que lo único valioso y bueno es lo que en nuestras vidas ya tenemos conseguido. Y de este modo, nos ofuscamos tanto que ni siquiera deseamos ver el dibujo de las otras personas. Y sin embargo, la vida no es inmutable. Cada día nacen y llegan a este mundo nuevas personas y crean dibujos nuevos en sus vidas que son tanto o más interesantes a los que ya conocemos.

Y lo más importante: a veces, tan convencidos estamos de que lo valioso es solo lo que nosotros vemos y poseemos que ni siquiera advertimos que la vida siempre supera al principio. Después de la última hoja con el dibujo completo, comenzamos a retroceder y las cosas van sucediendo al revés. Poco a poco el dibujo viene a menos, apareciendo más incompleto hasta llegar de nuevo a la hoja en blanco del principio. Es el final de la vida de cada persona, donde todo vuelve a como no lo encontramos al comenzar. Esto es así y será así siempre, mientras que los humanos poblemos este planeta. Por lo que podemos concluir que nada tiene valor único ni dura siempre. Nuestro dibujo, el que creemos más valioso que todos los demás, es solo un granito de arena que se desmorona y desvanece en el tiempo y forma parte de la gran colección aunque no es del todo así.

Con estas palabras, el joven terminó su aclaración. Los presentes, todos muy pendientes de lo que decía, guardaron silencio y luego, poco a poco se fueron hacia la Alhambra. Entre sí, mientras caminaban, comentaban cosas y luego cuando llegaron a los palacios. Aquel día, al siguiente y al otro hasta que todo llegó a oídos del rey. Éste, lleno de curiosidad por lo que el joven había enseñado a sus colaboradores, lo llamó y le dijo:
- Tu comportamiento y sabiduría me gusta. ¿De qué modo podrías poner un buen ejemplo para que todos los que te han escuchado, se convenzan de que lo que dices es bueno?
- Puedo hacerlo, majestad. ¿Usted me da su permiso?
- Tienes mi permiso desde ahora mismo porque sigo confiando en ti.

III- **El río**

Al día siguiente, a media mañana, junto a las aguas del río Darro y por donde hoy se encuentra el Puente del Aljibillo, se concentraron muchas personas del barrio del Albaicín. Principalmente mujeres y algunos niños que acudían, las mujeres a lavar ropa y los niños a jugar mientras las madres hacían sus trabajos. Pero en esta ocasión, algunas de estas mujeres, traían con ellas algo especial que el día anterior y por la noche, habían hecho en sus casas. Por eso, en cuanto llegaron al río, sobre la hierba, pusieron algunas cestas de mimbre y de esparto y dijeron a los niños y demás mujeres:
- Estos son dulces de harina y miel fresca de algunos enjambres que el otro día cogieron nuestros maridos de los troncos de viejas encinas de las montañas. Hemos traído con nosotras estos dulces para repartirlos entre todos y que disfrutéis de tan rica miel silvestre.

Sobre la hierba, las mujeres de las cestas con dulces, pusieron algunas telas limpias y blancas y encima de estas telas, fueron colocando los dulces de harina con miel.
- Flores de miel, llamamos nosotras a estos dulces. Y venga, no os cortéis, acercaros y comed.
A esta misma hora, por el barranco del Rey Chico, desde la Alhambra, descendía un grupo de hombres. Eran los que el joven había invitado en esta ocasión para que lo acompañaran hasta el río porque deseaba mostrarle lo que él creía que el rey debía saber. En cuanto llegaron al río, todos estos hombres, al ver a las mujeres lavando, charlando entre sí y repartiéndose los dulces de miel, se pararon frente a ellas y entre sí comentaron bastantes cosas. Las mujeres de las cestas con dulces, enseguida dijeron al joven:
- Sin reparo ninguno, acercaros a nosotras y comed de estos dulces todos los que queráis. Son los más buenos y de sabores más naturales que hayáis probado en vuestra vida. Nosotras hoy por aquí, celebramos una pequeña fiesta por los dones que la naturaleza nos ha ofrecido regalándonos esta miel silvestre de las montañas.
Y el joven también dijo a los hombres que le acompañaban:
- Sí, hacerles caso. Mezclaron con estas personas, comed lo que os ofrecen y charlar con ellas. Preguntarle si aman al rey y si están contentos y ven con buenos ojos lo que hacen los reyes de la Alhambra y del modo en que se comportan los poderosos.

Tímidamente los hombres se acercaron, probaron algunos dulces y comentaron varias cosas con las mujeres y entre sí. Y cuando les preguntaron qué opinaban de los comportamientos del rey y los poderosos que le rodeaban, enseguida varias mujeres dijeron:
- Los reyes y los poderosos deberían mezclarse más con nosotros los pobres y compartir sus riquezas, trajes y comidas. Lo mismo que nosotros compartimos nuestras penas y miserias y las cuatro cosillas que tenemos. No es bueno que a los pobres nos opriman tanto y nos quiten no solo la libertad y el derecho a pensar y decir lo que nos gusta o no sino que hasta nos arrebatan con violencia lo poco que cada día tenemos para comer. Decidle estos a vuestro rey y decidle también que no queremos guerras ni que a nosotros ni a nadie nos consideren enemigos suyos. No es sabio ese comportamiento ni al final es bueno para nada.

Los hombres amigos del joven, al oír estas cosas de las mujeres, dijeron que se iban en ese mismo momento. En un lado del río, cerca de los dulces que las mujeres habían puesto sobre las blancas telas extendidas en la hierba, se concentraron. Miraron con superioridad y algo de desprecio tanto a las mujeres como a los niños, decían ellos desarrapados y sucios y comenzaron a caminar hacia el barranco del Rey Chico. Antes de alejarse mucho, algunas de las mujeres, de nuevo hablaron y dijeron:
- Nosotras os hemos acogido con todo el respeto y cariño. Y hasta compartimos con gusto lo poco tenemos. ¿Por qué os marcháis de esta manera?
Y uno de los hombres del grupo comentó:
- Es que dentro de un rato, tenemos una reunión muy importante en los salones de los palacios de la Alhambra. Otro día volvemos.
- Sí, volved por aquí otro día y nos lo anunciáis con tiempo para que preparemos los alimentos que podamos y compartirlos de nuevo con vosotros.
Y no se habló más.

Por el barranco del Rey Chico, a toda prisa y bastante disgustados, subieron los hombres más importantes de la Alhambra en aquellos tiempos. En cuanto llegaron a los palacios, fueron a ver al rey y como éste los recibió de inmediato, los importantes sin rodeos le dijeron:
- El joven que usted protege y dice que es sabio y bueno, a todos nos va a meter en un gran lío.
- ¿Por qué pensáis eso?
Y a su manera y con una versión bastante torticera, los importantes comentaron al rey lo que había sucedido en el río y expresaron el malestar profundo que el asunto les producía. También dijeron:
- ¿Cuándo se ha visto en nuestro reino y gobierno que los pobres digan lo que tiene que hacer el rey y de qué modo debe comportarse? Y más aún: ¿Desde cuanto las mujeres tienen derecho decir a los hombres lo que debemos o no hacer?

Escuchó el rey muy en silencios todo lo que los importantes dijeron y al final, los despidió. Prometiéndoles que tomaría medidas porque iba a tener muy en cuenta lo que ellos opinaban. Al instante mandó llamar al joven líder y cuando estuvo frente a él, le preguntó:
- Hasta ahora he confiado mucho en ti y hasta te hice caso en bastantes de las cosas que me dijiste. Pero hoy ¿qué ha sido lo que ha pasado?
- Majestad, nada malo ha pasado sino todo lo contrario: algo muy bueno.
- ¿Cómo puedes decir que lo que ha ocurrido es bueno?
- Porque Majestad, es bueno que los importantes y poderosos del reino se acerquen a los pobres, hablen con ellos, los escuchen y hasta compartan espacio y comida. Muchas de estas personas son sabias, quieren ser libres y creativos y por eso es bueno escucharlos y conocer su mundo. Muchas de las cosas que piensan y proponen tienen gran valor. Yo creo, Majestad, que cada día la humanidad necesita menos profetas, menos poderosos y menos ricos y sí son necesarias las personas sabias, libres y creativas.

Al oír esto el rey, bastante enfadado por lo harto que estaba de lo que le decían unos y otros, comunicó al joven:
- Pues por hoy, ya está bien de consejos, lamentaciones y propuestas. Hasta

este momento te he tenido en gran estima pero a partir de ahora tendré que comportarme contigo de otro modo. Los importantes de mi corte están muy indignados contigo y por eso me piden que te dé un escarmiento. No admiten que sigas mostrándonos caminos nuevos que entran en contradicción con nuestras tradiciones, modos de vida y comportamientos. Como me caes bien y sé que eres un hombre bueno, te dejaré vivir en estos palacios pero prohibiéndote que a nadie digas ni enseñes nada. Debes aceptar que las cosas sean como están siendo y no entrometerte lo más mínimo ni oponerte a nada de lo que yo piense, diga o haga y lo mismo para con mis colaboradores. Y todo esto lo hago en consideración al respeto y aprecio que hacia ti siento.

Miró el joven al rey, guardó silencio, le pidió permiso para retirarse y aquel mismo día se marchó de los recintos de la Alhambra. Por la tarde se le vio buscando una cueva por encima de donde hoy se encuentra la Fuente del Avellano. Desde donde al mirar al frente, se veía el barrio del Albaicín y a la izquierda, las torres y murallas de la Alhambra. Aquí durmió aquella noche y al día siguiente, en cuanto salió el sol, se le vio caminando río Darro arriba, con solo una barja de esparto colgada de su hombre y una vara larga de avellano. Al verlo unos hombres que en las montañas guardaban ganado, le preguntaron:
- ¿A dónde vas por estos campos?
Y dicen que el joven contestó:
- A fundar un reino donde solo haya sabios, personas libres y creativas.

La cántara de leche //Pa

En las partes altas del río Darro y por donde se abre un bonito valle, tenían ellos su cortijo. Rodeado por una pequeña porción de terreno donde crecían olivos, moreras, avellanos y viñas. Tenían un hato no muy grande de cabras que ramoneaban por las riveras del río y por las laderas a los lados. Con una bonita borriquilla, se ayudaba el marido para labrar las tierras y para llevar y traer cargas de leña o acarrear las aceitunas al molino del río o las uvas al lagar. La mujer le ayudaba en todas estas tareas y como no tenían hijos, un día el hombre dijo a su esposa:
- Si en algún momento vemos a alguien buscando trabajo por aquí, debemos ofrecérselo. Nosotros dos no podemos con tanto como hay que hacer en estas tierras.

Y solo dos días más tarde, se presentó en el cortijo un joven que después de saludarlos les dijo:
- Vivo por donde las Cuevas del Sacromonte y busco trabajo para llevar algunas monedas a mis padres que se mueren de hambre.
Y el marido enseguida le dijo:
- Quédate con nosotros ahora mismo porque te necesitamos. Te pagaré un sueldo digno, tendrás alimentos para saciarte de los productos que salen de estas tierras y también tendrás techo y un rincón calentito para dormir en tus momentos de descanso. Lo que tenemos por aquí, lo compartiremos contigo como si fueras hijo nuestro.
Sin pensarlo dos veces, el joven aceptó y se quedó y aquella misma tarde, llevó

a las cabras a ramonear al monte, las encerró al caer la noche y a la mañana siguiente muy temprano, ayudó al marido a ordeñarlas. El hombre le enseñó con paciencia y en poco tiempo, llenaron de leche una vieja cántara de latón. Le dijo el marido al joven:
- Prepara la borriquilla, carga esta cántara en las aguaderas y llévala a Granada y vendes esta leche fresca.
- ¿Y en qué sitio tengo que venderla?
- En la tienda del Albaicín, subiendo las escaleras, a la izquierda. Ahí me conocen y por eso, son amigos míos. Tú, cuando llegues, le dices a la mujer, la tendera, que vas de parte nuestra y ellos se quedarán con la lecha y te darán unas monedas. Regresa luego rápido que esta tarde, tenemos mucho trabajo.

Preparó el joven la borriquilla, cargó la cántara de leche en las aguaderas y se puso en camino, río abajo hacia Granada. Era una muy bonita mañana de primavera y por eso todos los campos estaban verdes y con muchas florecillas por las tierras. La Alhambra, según avanzaba hacia Granada, se le iba apareciendo sobre la gran colina y el río, saltaba rumoroso por entre zarzas y álamos. Montado en la borriquilla, avanzaba y se decía: "En cuanto este hombre me dé las primeras monedas como pago a mi trabajo, se las entregaré a mis padres para que puedan comprar pan y alimentarse algo. Parecen buenas personas estos dueños míos y por eso tengo que portarme bien con ellos".

Llegó al barrio, avanzó por las calles mirando para encontrar la tienda donde debía dejar la cántara de leche y como, después de un rato no dio con ella, a un hombre mayor le preguntó:
- ¿Dónde compran la leche que traigo en esta cántara?
Y el hombre señaló con su mano diciendo:
- En aquella tienda que ves junto al árbol pequeño.
Le dio las gracias y al llegar a la puerta de la tienda, amarró a la borriquilla en el árbol. Descargó la cántara y en un escalón cerca del árbol, la dejó. Entró en la tienda y a la mujer que vendía, le dijo:
- Traigo la cántara de leche del matrimonio del cortijo del valle. ¿Qué tengo que hacer con ella?
Y la mujer le dijo:
- Acerca esa cántara hasta aquí, vaciamos la leche en está otra cántara mía y te la pago porque yo ya la tengo vendida. Todas estas personas que ves aquí, están esperando para llevarse un jarrillo de leche fresca.

Y sin más, el joven dio media vuelta, salió de la tienda y se dirigía a donde la borriquilla y la cántara de leche cuando, sorprendido, se quedó parado y dijo:
- ¡Mi cántara de leche no está! Me la han robado.
Entró corriendo en la tienda, le dijo a la mujer lo que acababa de suceder y ésta exclamó:
- Hay que avisar ahora mismo a los guardias para que busquen y cojan a los ladrones.
Nervioso el joven, volvió a salir de la tienda para regresar a donde la borriquilla y asegurarse si la cántara de leche había desparecido o no, cuando de nuevo se asombró:
- Tampoco veo ahora a la borriquilla. El mismo ladrón me la ha robado también.

Salieron rápido de la tienda, la mujer y demás personas y, en ese momento, vieron al joven correr calle arriba, gritando y llamando a su borriquilla. Al poco lo vieron bajar por la otra calle y luego por la de enfrente y la paralela. Y mientras corría, a ratos gritaba y a ratos lloraba pidiendo que lo ayudaran. Unos y otros, por todos lados, lo miraban y así fue como una hora después, vieron al joven volver a donde el pequeño árbol y escalón donde, no hacía mucho, había dejado la cántara de leche.

Agotado y todo desanimado, en este mismo escalón se sentó, sujetó su cabeza entre las manos y sobre las rodillas y lloró. Desconsolado y triste y sin saber qué era lo que podía hacer a partir de ese momento. La mujer de la tienda se acercó a él, se sentó a su lado y con palabras dulces le dijo:
- Es muy malo lo que te ha pasado pero anímate que ya buscaremos la manera de arreglarlo.
Y el joven, hondamente desconsolado, miró a la mujer y le dijo:
- Mi amo es muy buena persona y, desde el primer momento ha confiado en mí. Por nada del mundo yo quiero defraudarlo pero lo que me ha ocurrido, él no va a perdonármelo nunca. Lo he defraudado y por eso desconfiará de mí y me dejará sin trabajo. Y claro que también pienso que las personas que roban es por necesidad y porque, igual que mis padres, se están muriendo de hambre. Hay muchas personas en el mundo que se mueren de hambre cada día y eso no es bueno. Pero tampoco es bueno robar o pensar que los demás tenemos derecho a sufrir sus agresiones. Lo que me han robado, no va a servir para quitarles el hambre toda la vida ni para hacerlos ricos siempre. Y sin embargo, mi desdicha, la pena que han traído a mi vida, es tan grande que no sé cómo podré superarla.

La mujer de la tienda, se acercó un poco más al joven, lo tocó con ternura, acarició su pelo y cara y limpió las lágrimas que por su mejilla rodaban al tiempo que le decía:
- Yo explicaré todo a tu dueño y le diré lo mal que lo estás pasando. Y luego le devolveremos, su cántara, tu cántara de leche y la borriquilla.

Solo quince monedas //Pa

Llegaron a la puerta de la muralla y el padre dijo a los guardianes:
- El rey me está esperando.
Y los soldados le abrieron paso. La comitiva cruzó el arco de la gran puerta, subieron la cuestecilla, giraron a la derecha y se dirigieron a los palacios, donde el rey los esperaba.

Era un bonito día de primavera, con un sol espléndido, mucha hierba por los campos, nieve todavía en Sierra Nevada y con muchos pajarillos revoloteando por los jardines y entre los árboles. Y ellos, la pequeña comitiva que se presentaba al rey con el padre al frente, venían de una batalla en la guerra entre fronteras. Junto al padre y montado en su caballo negro, estaba el hijo, todavía no sabía él para qué pero el padre sí le había dicho:
- El rey quiere verte y no me preguntes por qué ni para qué.
- Pero me gustaría saberlo.

- Quizá cuando estés frente a él, te lo diga. Yo por mi parte y ahora, quiero cumplir lo que me ha ordenado. Así que monta en tu caballo, despídete de los amigos que tengas aquí en la guerra y sígueme.

Y cuando la comitiva, con el padre, el hijo y un buen grupo de soldados, llegó a los recintos de la Alhambra, todos detuvieron sus pasos ante el palacio del rey. En una ancha estancia, al aire libre y donde corrían fuentes de agua clara y crecían jardines. Ordenó el padre que todos se detuvieran, llamó al hijo, le entregó un pergamino enrollado y le dijo:
- Yo y mis soldados te esperamos aquí. Coge tú esto, preséntate ante el rey y espera que él te diga lo que tiene pensado.
Cogió el hijo, soldado fuerte, alto y recio, el pergamino, caminó despacio hacia el palacio del rey, lo dejaron entrar y, después de atravesar grandes y lujosos salones, al fondo y en un hermoso trono, vio al rey sentado. Se acercó lentamente, saludó, le alargó el pergamino, lo cogió rápido el rey, lo desenrolló y leyó: "Majestad, aquí tiene usted a mi hijo, tal como me había ordenado. Espero que por su parte, me pague lo que habíamos acordado".

Pidió enseguida el rey papel y escribió en una hoja en blanco, lo siguiente: "Bien, siervo fiel y bueno. Te agradezco que me hayas entregado a tu hijo. Ahora, llévatelo a donde dijimos y ya sabes lo que tienes que hacer con él. Con tu hijo mismo y en una pequeña bolsa de cuero, te entrego parte de las monedas que acordamos. Solo quince monedas de plata y las otras quince, te las daré cuando haya cumplido lo pastado". Firmó el rey el pequeño escrito y, junto con una bolsa pequeña de cuero con las quince monedas dentro, se lo entregó al hijo diciendo:
- Lleva esto a tu padre y dile de mi parte, que estoy contento porque por fin tú ya estés detenido. Desde este momento, se te acabaron las rebeldías y luchas contra mí y contra mi reino.
Al oír esto, desconcertado el joven preguntó al rey:
- Quiero hablar algo y decir lo que pienso. ¿Me da permiso su majestad?
- No tienes permiso para hablar y retírate ahora mismo.

Saludó el hijo al rey, dio media vuelta, caminó cruzando los salones y al llegar a donde la patrulla y el padre esperaban, entregó a éste el mensaje del rey y la bolsa con las monedas. El padre leyó el mensaje y luego abrió la bolsa y al terminar de contar las monedas, dijo:
- Pongámonos en camino y acabemos cuanto antes con todo esto.
Y la patrulla, con el hijo y el padre, montaron en sus caballos, salieron por la puerta de la muralla y tomaron por un camino que iba dirección al río Darro pero por las partes altas de la colina. En silencio y cabizbajos, caminaron durante mucho rato. Cuando ya el sol estaba un poco caído para el lado de la tarde, al llegar a unos parajes con grandes bosques y hondos barrancos, el padre dijo a los soldados:
- Seguid vosotros escoltando a mi hijo y cuando lleguéis al lugar que conocéis, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

La patrulla, obedeció al padre y al poco, se les vio avanzar por el camino hacia los bosques y barrancos, escoltando al hijo. En lo más alto del cerro, se vio la silueta del padre montado en su caballo y mirando, a veces para

la Alhambra, luego para donde la patrulla se alejaba y también para las blancas nieves de Sierra Nevada. Y mientras esperaba que los soldados regresaran con la misión cumplida y ya sin el hijo, se decía: “Antes de que la tarde caiga, me presentaré otra vez al rey y le diré que sus órdenes se han cumplido. Que cumpla él también su palabra y me dé las quince monedas que faltan”.

La mala madre //Pa

El rey de la Alhambra, se enamoró de una mujer que no era ni princesa ni reina. Una mujer de ojos y pelo negro, de estatura mediana, cara algo redonda y cuerpo muy bello. Era ambiciosa, con apariencia de reina pero con el corazón lleno de egoísmo y muy amantes de las riquezas.

Se quedó un día embarazada esta mujer y el rey, para que en los palacios no se desatara el escándalo, mandó construir una pequeña casa junto al río Darro. Por encima del Puente del Aljibillo, en el lado de las cuevas del Sacromonte, frente a la Alhambra y más o menos a la altura de la Fuente del Avellano. Por eso, en la puerta de esta casa, sembraron jardines, hicieron algunas fuentes y respetaron unos cuantos árboles grandes que por el lugar crecían. El rey le dijo a la mujer:
- Aunque en esta casa del río vivas sola, no te faltará de nada ni tampoco nadie va a molestarte. Y aunque estés lejos de los palacios de la Alhambra y de sus torres y murallas, cada vez que me asome a una de estas ventanas, veré tu casa y me acordaré de ti.
- ¿Y no vendrás a verme nunca?
- Iré a verte cada vez que pueda pero a escondidas para que nadie nos descubra.
- ¿Y cuando nazca nuestro niño o niña?
- Seguirá viviendo en esta casa y cuando tenga la edad necesaria, haré todo lo que pueda para que sea rey o reina en la Alhambra.

Nació su hijo y fue varón. En la solitaria casa del río, la mujer lloró por dos cosas hermosas y tristes a la vez: porque al fin nacía su hijo pero el corazón se le llenó de tristeza porque su niño estaba enfermo. Se lo dijeron los médicos a los pocos días y lo fue comprobando ella según el niño crecía. No hablaba, hacía movimientos extraños con las manos, la cabeza y la boca y no aprendía a comer ni era capaz de andar ni jugar como los otros niños de su edad. Dijo un día al rey, el padre del niño:
- Aunque soy su madre, yo no lo quiero porque nunca servirá para rey. ¿Qué hacemos con él?
- Yo le buscaré un sitio para que lo cuiden y donde nadie sepa que es nuestro hijo.
- Pero lo que yo siempre he querido es tener un hijo rey.
- Tendrás otro hijo y otro más, si el segundo es una niña y será rey, como siempre te he prometido y tú sueñas.

Se conformó la mujer y, al día siguiente, el hijo enfermo y ya casi con diez años, fue donado a una familia para que lo cuidara y guardara el secreto.

Una familia pobre que vivía por las partes bajas del barrio del Albaicín y que eran buenas personas. A cambio del cuidado del niño, el rey les daba algunas monedas de vez en cuando, frutas y otros alimentos. Y la madre amiga del rey, al poco tiempo, volvió a quedarse embarazada. Dio a luz una niña y en esta ocasión, era una niña muy bella. De nuevo el corazón de la madre se llenó de alegría y más feliz era cada día al comprobar que, según la niña crecía, se parecía más y más a ella. De cara muy dulce, pelo y ojos negros, boca pequeña y sonrisa de princesa. Preguntó al rey:
- ¿Y esta hija nuestra no podrá ser un día reina?
- Podría pero lo mejor sería tener otro hijo a ver si nace un varón.
Y la mujer volvió a quedarse embarazada. Nació su tercer hijo y en esta ocasión también fue una niña. Mucho más pequeña que la primera y, entristecidos, la madre y el rey confesaban que no era bella. No tenía el pelo moreno ni los ojos eran bonitos ni la boca ni cara. Por eso la madre, poco a poco le fue dando menos cariño y, en cambio, sí adoraba y mimaba mucho a la hija mayor. Y cuando estaba a solas con ella, le decía:
- Un día seguro que serás la reina de la Alhambra.
- ¿Y también podré tener un hermano que sea rey?
- Tienes un hermano mayor que tú que nació hace ya tiempo pero que es mongólico. Retrasado mental casi por completo y por eso no podrá ser rey.
- ¿Y dónde vive este hermano mío?
- Algún día, cuando pase el tiempo, te lo diré y lo conocerás.

Y un día, un hombre solitario que era conocido en todo el barrio y en la Alhambra por su fama de bueno y sabio, pasó cerca de la casa de la mujer del río. Vio a las niñas jugando y se paró con ellas. Éstas, enseguida quisieron hacerse amigas del hombre porque intuyeron que era bueno y jugaron con él. También al día siguiente y al otro hasta que una mañana, la hermana mayor dijo al hombre del zurrón, que era el apodo con que todos los conocían:
- Nosotras tenemos un hermano que es mongólico y que nunca hemos visto. ¿Tú sabes algo de él?
- Lo sé todo y también conozco a tu hermano y sé dónde y con quien vive.
- ¿Puedes llevarnos algún día a verlo?
- Sin el permiso de vuestra madre, no.

Aquel mismo día la hermana mayor dijo a la madre:
- Nos ha dicho que puede llevarnos a ver a nuestro hermano mayor y yo quiero. ¿Qué dices tú?
- Que podéis ir y luego me contáis cómo está y qué os parece.
Y a la mañana siguiente, en cuanto el hombre del zurrón apareció, la hermana mayor le dijo que las llevara a ver a su hermano.
- Mi madre ya lo sabe y nos ha dado permiso.
Entusiasmado se mostró el hombre y al poco, se les vio a los tres bajar por las calles y llegar a la casa donde el hermano enfermo. Llamaron a la puerta, donde con la familia el hermano vivía y enseguida abrió una mujer algo mayor. La saludó el hombre del zurrón y le dijo:
- Estas son las hermanas del joven que cuidas tú y vive aquí en tu casa. Nunca en su vida lo han visto y ahora la curiosidad y la ilusión se las comen por dentro. ¿Nos das permiso y nos presentas a este joven?
Durante unos segundos, la mujer mayor miró y observó detenidamente al

hombre del zurrón y a las dos hermanas y luego habló y dijo:
- Podéis pasar y esperáis un momento en estos bancos del jardín. Lo llamo enseguida y os lo presento.

En el pequeño jardín que la mujer tenía en su casa del río y barrio del Albaicín, los tres aguardaron la llegada del hermano. Lucía en esos momentos un sol muy brillante que refulgía sobre las torres de la Alhambra al levante y sobre la alta colina. Dijo la hermana mayor al hombre del zurrón:
- Mi madre quiere que un día me case con uno de los príncipes que vive en esos palacios.
- ¿Y tú eres amiga de algunos de esos príncipes?
- No conozco a ninguno pero el día que me case, seré amiga de todos y mi madre será reina.
- ¿También tu madre va a casarse con algunos de los reyes que viven en la Alhambra?
- Ella, algunas veces dice que sí y otras veces se lamenta que mi hermano haya nacido mongólico.
Y en estos momentos, el hombre del zurrón y la hermana mayor, guardaron silencio. Frente a ellos y por entre unos rosales en el fondo, se abrió una puerta. Apareció la mujer mayor y detrás de ella, un joven alto, de pelo negro y hombros y espaldas anchas. Caminaba muy sereno y, mostrando cierta timidez, miraba expectante.

Cuando ya estuvo frente a las niñas y el hombre del zurrón, la mujer mayor dijo al joven:
- Esta muchacha dice que es hermana tuya y por eso viene a verte.
Durante unos segundos el joven miró a la niña y luego se dirigió a la mujer mayor diciendo:
- Yo nunca tuve hermanos.
Y al oír estas palabras, ninguno de los presentes supieron qué hacer o decir. Pasado un rato, sí la mujer comentó:
- Nunca viste ni a tus padres ni a tus hermanos pero esta joven afirma lo que ya te he dicho.
Y ahora fue la hermana mayor la que habló aclarando:
- Es cierto, yo y esta niña que me acompaña, somos tus hermanas.
- Mi padre, yo no sé quién es y mi madre, sí es esta mujer que me acompaña. A ti y a esta pequeña que hay a tu lado, no os he visto nunca.
Dijo el joven como enfadado al tiempo que daba media vuelta y, cogiendo la mano a la mujer mayor, se retiraba hacia la puerta por donde momentos antes había aparecido. Pidió disculpas la mujer y, solo unos minutos más tarde, el hombre del zurrón y las niñas salieron de la casa.

Por las calles caminaron de regreso y cuando llegaron a su casa, enseguida contaron a la madre lo que habían visto y oído. Escuchó ella el relato y su corazón se lleno de tristeza. Preguntó al hombre del zurrón:
- ¿Por qué él no quiere ser mi hijo ni tiene por hermanas a estas niñas?
Y el hombre del zurrón, secamente le dijo:
- Tú y el rey de la Alhambra, habéis hecho mal las cosas y el cielo, siempre, siempre, escribe derecho con renglones torcidos.
- ¿Quieres decir que este hijo mío, sano y fuerte como me estáis diciendo, nunca

será rey?
- Parece que él no lo quiere porque en el mundo en que vive, es feliz y libre. Quizá intuya que no hay que pedirle más cosas a la vida.

Y cuenta la historia, que el rey de la Alhambra y padre del niño con deficiencias mentales, pocos días después, murió en la guerra cuando luchaba en una batalla. La mujer de la casa del río, enfermó y cada día se sentía más desgraciada y la hija mayor, nunca fue ni princesa ni reina. Se casó con quien nunca había soñado y fue pobre e infeliz. En cambio, el joven que de pequeño había sido abandonado por su madre, siguió cada día más libre, sano y fuerte. Y con la familia de la casa junto al río, era más que feliz con solo pasear por el jardín de la casa donde se había criado, observar a la Alhambra sobre la colina y contemplar las claras aguas del río. De vez en cuando, a la mujer que lo cuidaba y que él llamaba madre, le decía:
- Ser rey o reina, debe ser lo más triste y aburrido del mundo.

El manantial del huerto //Pa

Cuando hablaba con los amigos, algunos le decían:
- Huir de los problemas, como lo haces tú, no es honesto en esta vida.
- ¿Por qué vosotros pensáis eso?
Les preguntaba él.
- Porque los problemas y las dificultades, son inherentes a la naturaleza humana. Hay que criticar a los que nos gobiernan para que se comporten y cambien las cosas. Hay que exigir que los vecinos y compañeros adecuen sus conductas a los modales correctos y hay que pedir que nada ni nadie nos quite nuestros derechos. Los problemas y dificultades, solo son el obstáculo que nos impiden llegar a la parcela de felicidad que cada uno merecemos. Por eso no hay que huir de ellos sino afrontarlos, superarlos y vencerlos.
- Pero, y si yo consigo alcanzar el trozo de felicitad que nos corresponde, apartando de mí todos los problemas y dificultades ¿qué mal hago con eso?
- No te entendemos.
- Quiero decir que para llegar a la felicidad que cada uno soñamos, un camino concreto también es apartar de nosotros cualquier problema o dificultad que se nos presente. Al final, nadie nunca, consigue ni cambiar el mundo ni a las personas. Y muchos, ahora y en todos los tiempos, actúan, creyendo que sí van a conseguir un mundo nuevo y un humanidad mejor. Y como yo pienso que de lo que se trata es de ser algo feliz y vivir en paz y armonía, veo correcto conseguirlo del modo en que os digo: viviendo en paz conmigo mismo y con los demás, ignorar por completo cualquier problema, soñar y hacer siempre lo práctico e instalarse en la serenidad. Todo, al final, acaba en esto.
Y los amigos callaban porque no entendían sus argumentos.

El manantial, nunca se había secado. Ni siquiera en los inviernos más lluviosos ni en los veranos más calurosos. Nadie sabía de dónde venían las aguas pero todos tenían claro que eran puras, finas, muy buenas para la salud y fértiles para las plantas de los huertos.

Y el manantial, el borbotón de agua que brotaba por el venero, no era muy abundante. Escasamente daba para regar su pequeño trozo de tierra, su huerto y para que de esta agua se surtiera su familia y algunos vecinos próximos a las tierras que cultivaba. Brotaba justo en el tronco de un viejo fresno y, como estaba en la pequeña ladera que subía desde el valle, por su propio pie el agua corría en busca del cauce principia, el río Darro. Pero él, como usaba el agua de este manantial para regar su huerto, a solo unos metros del fresno, había construido una balsa. Algo así como una alberca pero escavada en forma de hoyo en el terreno para sujetar una pequeña cantidad de agua y tenerla disponible en los momentos del riego. La que sobraba, después de llenar la balsa y después de regar las tierras, la dejaba ir ladera abajo para que la aprovecharan otras personas.

Su huerto estaba justo al lado de abajo del fresno del manantial. Por eso el agua, primero caía desde el venero a la balsa y luego desde la balsa, corría libre y por su propio pie y empapaba cómodamente todas las tierras. Donde el fresno clavaba sus raíces, el terreno ofrecía como una pequeña torrentera. Y justo donde el árbol en verano derramaba su sombra, había como un escalón en el terreno. Por eso a él le gustaba mucho este sitio. Lo miraba y miraba cada vez que por el lugar andaba y con frecuencia se decía: “Podría yo construirme aquí un cómodo asiento para sentarme en mis ratos libres, a la sombra de este fresno, junto a este manantial y frente a la Alhambra”.

Se decía esto porque el lugar era ciertamente bonito. Solitario, muy fresco en verano por la especial sombra que regalaba el árbol y con el rumor del chorrillo de agua siempre presente y también por la presencia de muchos pajarillos. Al fondo, le quedaba el cauce del río y al frente, la umbría y las construcciones del Generalife, un poco a la derecha y sobre la colina, se alzaba la Alhambra, más al fondo se veía Granada y la Vega y al frente pero muy lejos, aparecían las altas cumbres de Sierra Nevada. Por eso, cuando rumiaba la idea de construirse un asiento en la sombra del árbol del manantial, también se decía: “Porque con este manantial de agua clara y buenas, las tierras de mi huerto, la sombra de este árbol y mi asiento frente a la Alhambra, ya tengo más que bastante en esta vida. Una felicidad pequeña, libre de todas esas preocupaciones que a tantos atormentan y nublan las horas y los días. A estas alturas de mi vida, ya tengo bien claro que cuantos menos problemas y preocupaciones por las cosas materiales, más estaré lleno por dentro y más auténtica será mi paz y dicha”.

Y un invierno llovió mucho. Sin parar durante varios meses y luego se presentó la primavera. Salió el sol y los campos se llenaron de verde y mil flores bellas. Desde el fresno de su manantial, se veían las laderas de la Alhambra y Generalife, limpias y con un verdor que encandilaban solo contemplarlas. Por eso aquella mañana de luz muy brillante, con el viento por completo en calma y con el cielo todo azul intenso, se repitió de nuevo: “Ahora mismo me pongo y cavo en esta torrentera y bajo este fresno, el asiento que tantas veces ya me he dicho”. Cogió el azadón, la pala y la espuerta de esparto y, tras observar bien el terreno, eligió el lugar y se puso a tallar el asiento que tantas veces había imaginado. Bajo la sombra del fresno, muy cerca de donde brotaba el manantial y a lado de arriba de las tierras de su huerto.

Cavó entusiasmado durante un buen rato, parándose de vez en cuando para recuperar energías y ver cómo le iba quedando la obra. Hasta que de pronto, se quedó parado. Al dar un golpe con el azadón en el terreno, por el lado del manantial, se vino abajo un trozo de torrentera. Y al deslizarse la tierra, apareció un pequeño agujero algo oscuro y que dejaba al descubierto como una gran cavidad en las entrañas del cerro. Y simultáneamente hasta sus oídos también llegó el rumor de mucha agua. Más que sorprendido se dijo: “Lo que menos había esperado y nunca imaginaría, me lo encuentro aquí. ¿Será esto un lago oculto en el corazón de esta colina y es desde aquí de donde rebosa el agua que brota por el manantial?” continuó dando algunos golpes más en el terreno hasta que el agujero se hizo suficientemente grande como para ver lo que había en la gran caverna. Y como el sol, en esos momentos del día, llegaba y caía con fuerza desde el lado de Sierra Nevada, la luz penetraba dentro y conseguía iluminar los primeros metros de la gruta que estaba descubriendo.

Y cada vez más asombrado, fue observando que lo que antes sus ojos tenía era un gran lago de aguas muy claras y frescas. Y el rumor de agua que se oía dentro de la cavidad, se derramaba en una o varias cascadas que desde las aguas remansadas, caían como hacia el cauce del río pero a mucha profundidad en la montaña. Miró y miró y pensó una y otra vez, buscando descubrir y también intentando acertar con lo que debería hacer. De nuevo se dijo: “Sin duda que esto es un gran tesoro y algo nunca visto aquí en Granada. Pero si dejo este agujero abierto y se lo digo a las personas, quizá vengan por aquí muchos y hagan grandes obras para llevarse esta agua. Y hasta puede que los de la Alhambra, sean los primeros no solo en adueñarse de este gran lago sino también de mis tierras y toda esta ladera y las pequeñas propiedades que muchos tenemos por aquí. Y si esto sucediera, a mí no me gustaría nada porque aparecerán en mi vida los problemas y dificultades y mi pequeña parcela de paz y gozo, de aquí y de mi vida desaparecería. Así que lo mejor que puedo hacer es tapar ahora mismo este agujero, no decírselo a nadie y proceder como si nada hubiera sucedido”.

Al instante se puso, buscó piedras, cal y algo de arena, levantó un pequeño muro sobre la torrentera y en unas horas, tapó el hueco por el que había visto el lago. Luego, al lado de abajo del muro, dio forma a un pequeño asiento y antes de ponerse el sol, todo lo tenía concluido. Se sintió satisfecho y a nadie dijo nada de su hallazgo. Ni aquella noche ni al día siguiente ni nunca. Disfrutó en paz y harmonía, durante bastante tiempo, del asiento que había construido frente a la Alhambra y por encima y cerca de sus tierrecillas. Recogió buenas cosechas de su huerto que compartió con su familia y vecinos y daba gracias al cielo por el sol y el aire que cada día le regalaba. Hasta que un día, bastante años después, el hombre dueño de estas tierrecillas, murió y su familia, vendió el terreno porque el manantial del fresno y el árbol mismo, se secaron. Y el tiempo siguió corriendo hasta el día de hoy.

Nadie supo nunca, ni antes ni ahora, lo del lago subterráneo en las entrañas de la colina del Sacromonte. Pero sí es cierto que muchos han dicho, tiempos atrás y ahora, que la Alhambra, Granada entera y la gran Vega, se asientan sobre un magnífico lago subterráneo de aguas dulces y puras. Aguas que en parte son del lago que aquel hombre descubrió en su fresno y que desde

ahí, en cascadas cristalinas por las entrañas del suelo, caen y corren como en un mundo fantástico y misterioso.

Y claro que yo también ahora y, en más de un momento, después de conocer esta historia, me he preguntado si aquel hombre hizo bien o mal no contando a nadie su hallazgo para evitar tener problemas o dificultades en su vida. ¿Fue sabio y actuó correctamente o estuvo por completo equivocado?

La hermana, la cueva y el hijo //Pa

Muchos decían que su cueva estaba en el lugar más bonito del río Darro. Alzada sobre las aguas del cauce unos cien metros, tallada en la pura roca, con una plataforma en la puerta que le servía de pórtico y mirador hacia las aguas del río, el valle del cauce, a la izquierda y derecha y a la gran umbría y colina de la Alhambra. Su cueva estaba decorada a los lados, toda la ladera y desde el mismo río hasta lo más alto del cerro, con matas de retamas, espliegos, tomillos, romeros, espartos, cornicabras, algunas encinas centenarias, acebuches y varios almeces.

Por eso su cueva, además de amplia, muy soleada todos los días del año, era como un hermosísimo palacio, frente a las cumbres blancas de Sierra Nevada y como colgada en el aire. Porque desde aquí se oía no solo el rumor de las aguas del río deslizándose o saltando por las cascadas sino también la sinfonía de los cientos de pajarillos que por entre la vegetación revoloteaban o iban y venían río arriba o aguas abajo. Varios charcos redondos, algo profundos y azules, se remansaban justo al frente y por debajo de su cueva, y que a ella, la hermana que era como los dos jóvenes la llamaban, le servían como de espejo. También para usarla como de piscina natural porque desde su cueva, de alguna manera mágica, se podía saltar y caer justo en el centro de los azules charcos que en el río se remansaban.

Para llegar, entrar o salir de su cueva, solo se podía por una estrecha veredilla que arrancaba desde las mismas arenas del río y, trazando zigzags, recorría la pendiente de la inclinada ladera hasta encajarse en la misma puerta y sobre la sola de la roca. Una sendilla también muy bonita y original que los hermanos le habían hecho para que ella pudiera vivir en este tan bellísimo y a la vez extraño y solitario lugar no lejos de Granada y frente al sol de la mañana. Algunos árboles como encinas, acebuches y almeces, iban escoltando esta sendilla y a ella les servían como de hitos o barandillas para apoyarse o agarrarse y no caer al vacío cuando entraba o salía de su cueva.

Al poco de morir los padres, cada uno de los hermanos intentó vivir a su manera aunque sin dejar de estar unidos y compartir casi todos los momentos de sus vidas. El mayor de los tres hermanos, vivía por debajo de la cueva y el más pequeño, casi en las partes altas del cerro. Por eso, a este hermano menor le gustaba mucho un recogido mirador que ofrecía la ladera justo por encima de la cueva de la hermana. Donde el terreno se transformaba en una pequeña plataforma, casi al borde el acantilado de la cueva y la vereda que subía desde el

río. Desde esta plataforma, casi a la altura de las torres de la Alhambra pero en la ladera de enfrente y cara al sol de la mañana, el hermano vía claramente la cueva donde vivía la hermana. Y como, a pesar de las muchas limitaciones que había en la vida de los tres hermanos, unos a otros entre sí se apoyaban y querían, el hermano menor siempre estaba pendiente de su hermana.

No podía hacer mucho por ella porque los tres eran muy pobres pero nunca la criticaban. Ni siquiera le retiró su cariño y apoyo el día que la hermana se quedó embarazada, nadie sabía de quién ni tampoco luego cuando nació su niño. Fue él el que le buscó la cueva al borde del río y le dijo:
- El cielo nos quitó a nuestros padres y ahora somos los más pobres de estos lugares pero esto no quita que entre nosotros nos ayudemos. Nuestra pobreza y desgracia no debe ser impedimento para querernos entre sí, ayudarnos y protegernos. Incluso hasta pienso que precisamente porque somos pobres y a nadie tenemos en esta vida, es bueno que estemos unidos y nos queramos entre sí. Nuestra pobreza nos empuja a unirnos.
Y la hermana, mujer muy sencilla, de buen corazón y con la autoestima muy baja, escuchaba con interés lo que el hermano menor le decía y se sentía reconfortada. Y más reconfortada aun por la cantidad de personas y veces que por el barrio y por Granada, la despreciaban.

Nadie la quería y sí muchos, por detrás de ella y como en secreto, murmuraban:
- Ni siquiera se sabe quién es el padre del niño.
- Es una mujer mala que además de no respetar las leyes de nuestra religión, vive solitaria y como echándonos en cara que los malos somos nosotros.
- Aunque en el fondo yo creo que en algo tenéis razón, también pienso que esta mujer tiene buen corazón y respeta a Dios.
- No sé como piensas tú que respeta a Dios haciendo y viviendo de la manera que todos sabemos. En la vida, uno debe comportarse de otra manera a como lo hace esta mujer.
- ¿Pero vosotros no creéis que en la vida, también cada uno tiene derecho a ser y hacer lo que su corazón y conciencia le dicte?
- ¿Es que tú apruebas lo que hace y la manera de comportarse?
- Lo que yo no veo honesto es, erigirme en juez de nadie. Criticar a los demás, para muchos, es lo más fácil. Pero yo pienso que antes de comportarnos de este modo, todos deberíamos mirarnos a nosotros mismos y dar ejemplo con nuestra forma de comportarnos y nuestros hechos.
- Entonces, según tú ¿es hipócrita y un mal ejemplo decir a los demás cómo deben hacer las cosas y proceder en la vida?
- Ya os lo he dicho y es así como lo pienso: criticar a los demás, es lo más fácil. Y hasta creo que ya este hecho en sí, nos descalifica por ser poco inteligente y muy feo.
Y ellos, los que a escondidas criticaban a la hermana huérfana y entre sí discutían, cuando en sus conversaciones llegaban a estas reflexiones, unos callaban, otros se iban en silencio y algunos movían la cabeza, como gesto de aprobación o lo contrario.

Y una hermosa mañana de primavera, después de varios días de lluvias continuas y densas, el sol apareció por entren las nubes, brillando con una luz

muy limpia. No hacía frío ninguno y sí se veían, por las laderas de enfrente, muchas durillo con sus blancas flores abiertas. El río Darro, el que pasaba a los pies de la cueva de la hermana, bajaba repleto de aguas color naranja y en la laderas, a un lado y otro, corrían algunos arroyuelos. Bajó el hermano pequeño por la sendilla que descendía desde lo más alto del cerro y se fue derecho al recogido trozo que en forma de mirador se asomaba a la cueva de la hermana. Nada más llegar al sitio, se paró, se asomó al borde del pequeño acantilado con la intención de ver la cueva y comprobar si estaba la hermana y qué hacía y la vio. Salió en esos momentos de su cueva, con su niño en los brazos. Buscó la sendilla de la izquierda que, casi en forma de escalera, subía por el barranco hacia el mirador. Ascendió lentamente por este caminillo, seguida por las miradas del hermano en todo lo alto y quince minutos después, coronó a la pequeña plataforma. Con su niño en los brazos y todo el vestido roto y lleno de tierra.

Ni siquiera se dio cuenta ella de que el hermano estaba en aquel recogido trozo de tierra. A la izquierda de la senda que acababa de recorrer y un poco tapado por una gran piedra que en ese lado del balcón había. Por eso ella, por completo ajena a que alguien la observara, al llegar a la llanura de la pequeña plataforma, se acercó al borde del precipicio que caía para el barranco. Por donde abajo, a unos doscientos metros de distancia, se veían las rocas que formaban la puerta de su cueva. Miró a su niño, lo besó y le dijo:
- No te abandono porque eres sangre de mi corazón y lo único que quiero y tengo en este mundo. Pero debo irme porque todos por aquí me han dejado sin dignidad y ya no hay aire para que respire yo en este suelo. Te dejo en manos de Dios y por eso, a pesar de mi dolor, me voy tranquila sabiendo que el cielo va a perdonarme y a bendecirte a ti con el más sincero de los besos.

Hasta los oídos del hermano, llegaron estas palabras y en su corazón la sangre se le heló. Sintió el impulso de salir de su escondite y presentarse ante la hermana pero se mantuvo quieto. Mirando asombrado y vio que la hermana, se acercó un poco más al precipicio. Sobre una piedra que sobresalía del terreno y colgaba un poco en el aire, en el vacío hacia el barranco, sentó a su niño. Con todo el cariño y cuidado al tiempo que le pedía que no llorara.
- Todo será rápido y ocurrirá como en un sueño. En realidad, la vida en este suelo es solo eso: un misterioso sueño que, aunque parece largo, al final es breve y de él todos despertamos. Y lo hermoso, lo verdaderamente valioso y que da sentido a todo cuanto en este suelo vivimos, es lo que al despertar de este sueño que es la vida, encontremos.

Su niño, como si entendiera lo que la madre le decía, ni lloraba ni parecía sentir ninguna molestia. Dulce sonreía y la fina piel de su cara brillaba pura iluminada por los limpios rayos de sol de la mañana. Tal como la madre lo sentó en la piedra que colgaba en el vacío, se quedó como mirando y esperando. Esto le dio tranquilidad a la madre que, en cuanto dejó a su niño sentado en la piedra, se aproximó un poco más al acantilado. Miró para la Alhambra, para las blancas cumbres de Sierra Nevada, para el río Darro y para donde su niño parecía esperar confiado. Y sin más, la hermana inclinó su cuerpo hacia el vacío y al instante, se le vio caer como volando.

De su escondite, el hermano saltó como impulsado por un resorte al tiempo que gritaba:
- ¡Hermana, no!
Pero aunque corrió veloz hacia ella, nada pudo hacer para retenerla. Sí tuvo tiempo de asomarse al vacío y verla caer. Como volando en un vuelo mágico y, unos segundos después, vio su cuerpo estrellarse en las mismas rocas de la puerta de su cueva. Y en este preciso momento, comprobó asombrado como del punto en que su cuerpo chocaba contra la roca, surgió como una bandada de estrellas muy brillantes. Una densa nube que según se elevaba por el aire, se abría en pequeños puntos luminosos que palpitaban como finas alas de mariposas. Barranco arriba y surcando el aire como en busca del niño asomado al vacío, se elevaban muchos de estos puntos luminosos y otros se esparcían como hacia las aguas del río y luego comenzaron a irse lentamente hacia las torres y palacios de la Alhambra. Como si por ahí pretendieran esparcir o revelar algún secreto.

Absorto y restregándose los ojos estuvo el hermano durante unos segundos y luego, con el corazón oprimido y lleno de miedo y confusión, se acercó al niño, lo cogió en sus manos, lo abrazó fuerte y como susurrando le dijo:
- Tú no te preocupes por esto que ha ocurrido y los dos acabamos de ver, porque ella no se ha ido. Solo se ha marchado al paraíso de sus sueños, donde vivirá para siempre y desde donde continuamente estará contigo dándote su beso. Y lo ha hecho de este modo porque no tenía otra forma de decir a los demás que el camino para un mundo amable y bello, no es la crítica y destrucción de las personas sino todo lo contrario: la dignidad de cada uno, la libertad y la búsqueda de lo bello. Ella acaba de poner su granito de arena para que el mundo y las personas crezcamos hacia el amor, la belleza y lo eterno. Y de este modo, a partir de ahora, tú también tienes una razón muy poderosa para luchar por la vida y el mundo amable y bello que a ella no se le ha permitido vivir en esta tierra. Esto es lo que nos ha dicho y quiere para nosotros y para el mundo entero.

Despedido //Pa

En la ladera cara al sol, se paró. Justo en el pequeño mirador que el terreno ofrecía frente al valle. A lo lejos, muy elevadas y todas blancas, se veían las nieves de Sierra Nevada. Por las laderas, se adivinaban los ríos desparramándose y en el recogido valle, casi a sus pies y junto a uno de los ríos que descendía de las cumbres, se veían las manadas de cabras. Separadas las blancas de las negras y subiendo hacia el mirador desde donde el joven observaba. Al frente de la primera manada, caminaba la madre y el hijo.

Desde el mirador los veía y por eso, sobreponiéndose al miedo que le oprimía por dentro, caminó por la sendilla dirección al valle. Le salió al paso y, después de saludarlos, les preguntó:
- ¿Ya no contáis conmigo para que cuide del rebaño de las cabras blancas?
- A nosotros nos han dicho que ya no contemos contigo.
- ¿Y se sabe por qué?
- Tú has querido hacer las cosas por tu cuenta y eso al dueño no le ha gustado.

No consiente que le des lecciones de nada y menos en su propiedad y con sus animales.
- ¿Y qué vais a hacer conmigo a partir de ahora?
- Supongo que si lo mereces, te darán las gracias y después, si te he visto no me acuerdo.
- ¿Ya tiene quién le haga el trabajo que hacía yo?
- Al menos, dos hombres hay casi seguro y, el tercero, puede decirse que también.
- ¿Y a dónde voy a ir yo ahora y de qué vivo?
- Por lo que hemos oído, al dueño de estos animales, lo que sea de ti, tus sueños y necesidades, a partir de ahora, nada le importa.

Miró el joven a los dos rebaños de cabras esturreados por el valle y luego miró para la ladera de enfrente. En la mitad, entre la cumbre del cerro y el valle, se veía la majada de las cabras y la casa donde hasta hacía unas horas había vivido. Durante muchos años, dedicado exclusivamente al cuidado del rebaño de cabras, llevándolas a pastar, convirtiendo su leche en queso y criando muchos y lustrosos chotillos. El dueño, una persona rica que vivía en la Alhambra al servicio de los reyes, no lo trataba bien porque el joven nunca había estado de acuerdo con su forma de pensar y proceder con las personas. Pero como el joven hacía su trabajo, el dueño lo dejaba seguir. Hasta que un bonito día de primavera, el joven dijo al vecino de las tierras cercanas:
- Ahora que llega el buen tiempo, podríamos juntar tu rebaño de cabras y las mías y así los dos nos vamos juntos por los campos y, mientras los animales pastan, nos damos compañía, charlamos y nos contamos cosas.
- Yo no puedo hacer eso sin contar con la autorización del dueño de tus cabras y las mías.
- Y el dueño ¿por qué tiene que enterarse de esto?
- A ti y a mí, es él quien nos tiene contratados. Las cabras son suyas y las tierras también y nosotros, sus criados.
- Tonterías. Mañana mismo, cuando abramos la puerta del corral, juntamos los dos rebaños y en una sola manada nos los llevamos por los campos.

Pero al día siguiente, cuando el joven fue al corral para abril la puerta al rebaño de cabras que cuidaba, se encontró con un hombre que en la misma puerta lo recibió y le dijo:
- Ni se te ocurra abrir la puerta de este corral.
- ¿Y eso?
- El dueño está muy enfadado contigo y me ha enviado para que te lo diga y te despida.
- ¿Y tú quién eres?
- Un enviado del dueño de estas cabras y tierras y amigo del administrador del rey.
- ¿Y de este modo me trata solo porque he pensado unir los dos rebaños de cabras?
- Así son las cosas y yo cumplo órdenes.

Ahora, ya media mañana del hermoso día de primavera, la madre y el hijo subían por el valle al frente de los dos rebaños de cabras, separado el uno del otro. El joven, sintiendo que ya era un intruso tanto en las tierras como entre

los animales, después de hablar con la madre y el hijo y conocer lo que ya el dueño había decidido, caminó río arriba, alejándose de las cabras, las tierras, la madre y el hijo. Y triste para sí se decía: “Y dice que recibo lo que merezco por haberme atrevido a pensar y querer hacer las cosas a mi modo. ¿Qué va a ser de mí si a partir de ahora ya nadie me quiere?”

El perro Martín, los pájaros y las uvas //Ba

Tres pequeñas cosas a él le llamaban mucho la atención: los racimos de uvas negras que en verano colgaban de las ramas de la parra en su casa, las carantoñas y juegos de su perro amigo que llamaba Martín y los pájaros que por el barrio y riberas del río Darro revoloteaban. Y de estas tres pequeñas cosas, la que más en el fondo le admiraba, era la presencia, cantos y forma de vida de los pájaros.

Por eso, cuando sus amigos le decían:
- Nosotros no sabemos qué es lo que encuentras tú de maravilloso en estos pájaros que por aquí continuamente vuelan.
- Pues las maravillas que yo veo en ellos, en cualquier ave y en especial en los mirlos y ruiseñores que viven por entre las zarzas del río, es el asombroso milagro de trasmitir la vida.
- ¿Milagro y además asombroso?
- ¿No lo veis cada primavera?
- ¿Cómo tenemos que verlo?
- Solo hay que ser amigo de algún mirlo o ruiseñor, observarlo primero en los días que empiezan a hacer el nido y seguir luego observándolos hasta que los nuevos pajarillos alcen vuelo y se hagan adultos.
- Lo que dices son puras tonterías. Perder el tiempo y preocuparse por cosas tan banales, no es de provecho ninguno.
Y cuando los amigos le decían esto, el joven callaba.

Había nacido en el seno de una familia pobre, en una casa no lejos de las aguas del río Darro. A la altura de lo que hoy conocemos como Paseo de los Tristes y desde donde se veía y se ve la Alhambra sobre la colina. Desde el mismo momento de su venida a este mundo, los padres le dieron mucho cariño y lo cuidaron con amor. Cuando ya corría y gritaba, jugó muchas tardes y mañanas, con los demás niños del barrio y no se destacó en nada. Y cuando fue algo mayor, ayudaba al padre en el taller de alfarería que cerca de las aguas del río, tenía. En este ambiente creció y al llegar a los catorce años de edad, sí comenzó a destacar entre los demás jóvenes del barrio. Un poco por su forma de pensar pero especialmente, por el interés que cada día mostraba en un perro color café con leche, por las aves que con frecuencia veía entre las adelfas y zarzas del río y por los racimos de uvas negras que en verano colgaban de la parra que había en la puerta de su casa. Por eso, en cuanto tenía un rato libre o el padre le permitía que se tomara un descanso, llamaba a su perro Martín y jugando con él, se iba por las calles o por las orillas del río.

Alegre siempre lo agasajaba y cantando una sencilla canción, a su manera le decía:

Mi perro Martín
es un gran amigo
y yo soy feliz.

Al verlo y oírlo algunos de los jóvenes del barrio, entre sí comentaban:
- Ya está el payaso éste con las mismas tonterías de siempre.
- ¡Y que lo digas! Es como si para él no hubiera más seres vivos en el mundo que su perro. Que se comporte bien con las personas, que hable con ellas, que les ayude y las respete y que se deje de tantos mimos con su perro tonto y feo.
Y otros jóvenes conocidos suyos, le preguntaban:
- Y tu perro, la uvas negras de tu parra y las aves del río ¿qué fortuna esperas que traigan a tu vida algún día?
- Una fortuna muy interesante que yo sí tengo muy claro y que en algún momento, veréis con vuestros propios ojos.

En la Alhambra, para la educación de los príncipes y princesas, los padres reyes, habían ordenado construir una madraza, recinto sagrado donde los jóvenes altezas estudiaban y practicaban todo lo relacionado con su religión y otras ciencias como filosofía, matemáticas y astronomía. Sabía el joven del perro que existía este centro de enseñanza en los recintos de la Alhambra y por eso, cuando iba por las calles jugando con su amigo Martín o cogía uvas de su parra o se distraía por las orillas del río Darro observando a las aves, miraba una vez y otra para la Alhambra. Rumiaba en su corazón un sueño que le inquietaba tanto que hasta deseaba compartirlo con sus padres y amigos. Pero siempre se decía: "Los sueños, hay que mantenerlos en secreto, luchar por ellos con toda ilusión y energía hasta lograr que se concreten en obras claras en el momento oportuno. Solo así podremos demostrar a los demás, que no estábamos equivocados".

Y un año, antes de la llegada de la primavera, en el ciprés de la puerta de su casa, una pareja de mirlos hicieron su nido. Cuando todavía los fríos eran intensos y las lluvias caían en abundancia. Al verlo el joven, prestó mucha atención y sin perderse ningún detalle, siguió día a día todos los avatares de las aves con su nido. Los vio construirlo, luego poner los huevos, incubarlos durante varios días, nacer los mirlillos y luego vio a los padres dándoles de comer y protegiéndolos de las lluvias, el frío y de los depredadores. Se decía: "Se comportan como verdaderos sabios, dando lugar al milagro más hermoso de la Creación. Permitiendo y luchando para que nazca nueva vida y que así la naturaleza y creación siga su curso. ¿Cómo no asombrarse ante estas maravillas?" Y miraba para la Alhambra, alimentando el sueño que en su corazón tenía. Las avecillas crecieron y unas semanas más tarde, ya revoloteaban por entre los rosales y la parra de la puerta de su casa.

Desde la pequeña ventana de su habitación, veía a solo unos metros, unos rosales, un trozo de tierra repleta de hierba, la parra y el ciprés. Por eso, con solo asomarse y mirar, tenía ante sí todo el mundo por donde se movían los mirlos. El día que los mirlillos salieron del nido, enseguida lo notó y al poco los vio. Parados en una rama en el mismo ciprés cerca del nido y unos días más tarde, los vio ya volando torpemente y refugiarse en los rosales. Y fue entonces

cuando descubrió que los mirlos jóvenes, aunque ya estaban crecidos y tenían plumas y alas, no volaban con elegancia porque carecían de cola. Descubrió que las plumas de la cola son las que más tardan en crecerles y como estas plumas son las que les sirven como timón para mantener o variar el rumbo cuando van surcando el aire, al carecer de ellas, notaba que sus vuelos son torpes y desgarbados. Similar a los movimientos de los borrachos cuando caminan por las calles.

Descubrió esto y también descubrió el modo que los nuevos pajarillos, refugiados en los rosales, llamaban a los padres pidiendo comida. Con un sonido grave, corto y carrasposo. Posados en las ramas bajas de los rosales, se pasaban horas y horas, inmóviles y en cuanto los mirlos padres, más el macho que la hembra, percibían algún peligro, avisaban a las crías con sonidos muy característicos. Y era en estos momentos cuando los mirlillos se mantenían quietos y sin hacer ningún ruido en las ramas donde estaban posados. Luego, a los seis o siete días, la madre se los empezó a llevar a las ramas bajas de la parra y comenzó a enseñarle a buscar lombrices.

Y algo que le gustó mucho fue descubrir que los mirlos padres no lo consideraban a él como una amenaza. Todo lo contrario: veía que lo aceptaban como a un amigo que les protegía y por eso se sentían seguros cerca del joven y cerca de la ventana de su habitación. Varias veces vio a las urracas merodear por donde se refugiaban los pajarillos, con la intención de llevárselos. Los mirlos padres eran los primeros en avisar de la presencia de estas carroñeras. Y el joven, en cuanto sentía los chillidos de los mirlos padres anunciando el peligro, salía a su ventana y con las manos daba fuertes palmadas para espantar a las urracas y que se fueran. Rápidas y asustadas, alzaban vuelo y se alejaban y, al instante, veía a los mirlos padres venir volando hacia él y pararse en el ciprés, tranquilos y confiados. Como si de alguna manera, pretendiera agradecerle que les ayudara a proteger a sus crías de las urracas.

Desde la ventana, el joven observaba con mucho interés todos los movimientos y comportamientos tantos de los mirlos adultos como de los jóvenes. Y como asombrado cada día descubría más y más detalles de estas aves, se decía: “Tengo que ordenar, para luego acordarme bien, cada una de las maravillas que en estos pajarillos estoy descubriendo: no pueden volar bien mientras no les crezca la cola, se esconden y quedan quietos en cuanto los padres les avisa de algún peligro, siguen a la madre para aprender a buscar alimento, llaman a los padres con sonidos cortos y graves, permanecen todo el tiempo más o menos en el mismo sitio, por las noches no se les ve ni se les oye y los padres siempre duermen cerca, atentos a cualquier peligro que aparezca, sus enemigos naturales son los gatos, las urracas, perros y culebras y por eso, en cuanto descubren cerca algunos de estos depredadores, chillan anunciando el peligro de una forma especial”.

En los primeros días del mes de abril, los padres mirlos hicieron otro nido y luego otro y así hasta cuatro veces antes de las calores del verano. Siguió el joven con el mismo empeño y curiosidad todos los avatares de las aves y vio como la parra de su casa, también se llenaba de grandes racimos de uvas. Al llegar el mes de agosto, estos racimos de uvas, primero se tornaron morados y

luego negros casi por completo. Fue entonces cuando el joven le dijo a los padres:
- Este año, dejad que estas uvas maduren hasta que yo os diga cuando es el momento de cogerlas.
- ¿Y eso por qué?
- Cada día aprendo más y más cosas de mi perro Martín. Y este año también he aprendido de los mirlos, sus nidos y sus crías y ahora quiero aprender de esta parra nuestra, sus racimos de uva, el color de su piel y el sol que las madura.
- Pues como quieras tú y ojalá algún día te sirva para algo todas las cosas que dices estás aprendiendo.
Y los padres dejaron que su hijo hiciera, observara y aprendiera lo que quisiera de los racimos de uva de la parra.

Con el calor del verano, maduraron las uvas y los mirlos se comieran muchas. Pero un racimo grande y muy sano, descansaba sobre la pared de la casa, algo oculto bajo ancha pámpanas. Lo miraba el joven cada tarde y al observarlo, siempre veía al fondo la Alhambra. Se le llenaba en ese momento el corazón de entusiasmo y pensaba en los jóvenes príncipes y princesas que estudiaban en la madraza junto a los palacios de los reyes. Hasta que una mañana, al salir el sol, vio que el gran racimo de uvas negras, brillaba sano y misterioso. Dijo a su perro Martín:
- Ha llegado el momento. Ahora mismo voy a cortar este racimo de uva y luego vamos a subir a la Alhambra.
Cogió una pequeña cesta de esparto que él mismo había tejido, escaló por la pared y con mucho cuidado, cortó el gran racimo de uvas. Lo colocó bien en la cesta de esparto y luego salió de su casa. Bajó por las calles, cruzó el Puente del Aljibillo y al poco se le vio subir por la Cuesta del Rey Chico. Acompañado de su perro y llevando en la mano la pequeña cesta con el racimo de uvas. Llegó a las puertas de la muralla y dijo a los guardianes que tenía que hablar con el rey. Los soldados informaron al general y éste al rey que sí ordenó que dejaran pasar al joven.

Cuando estuvo frente al rey, le ofreció el racimo de uvas en su cesta de esparto y dijo al monarca:
- Quiero que usted me permita entrar en la madraza para enseñar a los príncipes y princesas algo muy importante.
- ¿Qué es ese algo tan importante que puedes enseñar tú en la madraza?
- Les puedo hablar de las maravillas y misterios de las aves, de la lealtad de los perros para con las personas y de las uvas negras que dan la parra de mi casa.
- ¿Y dónde has estudiado tú para que te sientas preparado y con autoridad para enseñar a los príncipes y princesas?
- He observado las cosas minuciosamente cada día y como me fascina tanto todo lo que he visto y he aprendido, siento un gran deseo de compartirlo para que otros lo sepan. Usted no puede imaginarse la maravilla que es el comportamiento y vida de los mirlos y las satisfacciones que da un amigo como este perro mío. Creo que por encima de otras muchas cosas, los príncipes y princesas, deberían conocer estas ciencias. Para que cuando un día ellos sean reyes o reinas, gobiernen con acierto y enseñen el respeto a estos seres vivos que le digo.

Escuchó el rey los razonamientos que el joven le exponía y, como sintió cierta curiosidad, le hizo esta pregunta:
- Entonces, según tú ¿Cuáles son las cualidades más importantes que debe tener un rey?
Por un momento, el joven pensó algo y luego habló y le dijo al monarca:
- Yo creo, majestad, que un rey, cualquier gobernante en general, lo primero que debe practicar con los demás, es el respeto, la libertad y el amor.
- ¿Y por qué piensas esto?
- Porque si una persona que gobierna ejerce el respeto y el bien con los demás, las personas se comportarán bien y el mundo caminará cada día hacia lo mejor y más bello. Y un rey, con tanto poder como tiene, si se convierte en maestro y ensaña las cosas que ya le he dicho, fíjese qué camino más hermoso muestra a la humidad entera. El poder, para lo que realmente debe servir es para enseñar el camino del bien. Me gusta a mi mucho el título de “Rey Maestro”. ¿No cree usted esto, majestad?
El rey guardó silencio y al rato, dijo al joven:
- Bueno, pues ya veremos si un día puedes pisar la madraza como profesor de lo jóvenes príncipes y princesas. Ahora vete a tu casa y llévate a tu perro y sigue aprendiendo. A lo mejor, en el momento en que menos lo esperes, recibes una invitación para que vengas a estos palacios y comiences a enseñar las cosas que me has dicho.
- ¿Y será pronto?
- Tú vete a tu casa y sigue siendo amigo de tu perro y de los mirlos y ruiseñores del río.

Volvió el joven a su casa y aquel mismo día, al enterarse los amigos de lo que había sucedido en los palacios de la Alhambra, le preguntaron:
- ¿Que vas a ser profesor en la madraza de la Alhambra para enseñar a los príncipes y princesas?
- Eso es lo que un día espero.
- ¿Y si ese día no llega nunca?
- Como es mi sueño, solo ya esto me alimenta y me llena de ganas de vivir. Porque ¿sabéis lo que os digo?
- ¿Qué es lo que nos dices?
- Que en la vida hay que tener hermosos sueños y luchar por ellos. Y si estos sueños luego no se realizan, no pasa nada. Siempre y de alguna manera, sirven para conocernos a nosotros mismos, conocer a las personas que nos rodean y para descubrir las grandes y profundas maravillas del Universo. Soñar cosas grandes y hermosas, es algo bueno, muy bueno.

El álamo //Pa

- No sé cómo podré irme de aquí.
Le comentó a los hombres que estaban junto a él, al darse cuenta que los arroyos crecían y crecían por momentos.
- Esto se pasa enseguida.
Le dijeron ellos y así fue: ni siquiera media hora más duró el cielo nublado. La gran tormenta, tal como había llegado derramando lluvia y lanzando rayos y truenos, se fue y el agua por los arroyos, comenzó a bajar.

Sin embargo, los que trabajaban en la cantera, a partir de aquel momento, suspendieron el arrastre de los grandes bloques de piedras. Todo el campo y, en especial cerca de la cantera, se había convertido en un barrizal. Y como precisamente su presencia allí aquella tarde era ver de cerca el traslado de las rocas, en cuanto los hombres dejaron el trabajo, los despidió y se fue. También porque temía que se presentara otra tormenta y le cogiera en medio de los campos. Cruzó el arroyo por el puente de piedra y luego atravesó la llanura dirección a la huerta. Aquel día la pequeña no iba con él. Se había quedado en la casa y luego acompañó a la mujer hasta la huerta para recoger algunas frutas. Ahora, en este momento, tenía ganas de verla para contarle lo aparatoso de la tormenta y los cambios que había dejado en el campo.

Y recorría los últimos metros de la llanura, acercándose a los álamos del arroyo que bajaba desde la huerta, cuando de pronto, le azotó en la cara, manos y cuerpo, una fuerte racha de viento que subía por el arroyo. Eran los últimos retazos de la tormenta que acababa de marcharse. Justo cuando llegaba a la altura del bosque de los álamos, uno de estos árboles, crujió, se retorció y lo vio caer, partido por la mitad. La parta alta, la que había sido arrancada del tronco principal, el mismo viento la empujó y fue a caer al borde del arroyo. El tronco quedó tumbado dentro de la corriente, en un charco redondo y las copas, apuntando a la colina al otro lado del cauce. Se paró, miró observando interesado el destrozo en el álamo y al momento comenzó a sentir como tristeza. Le tenía un gran cariño al pequeño bosque de álamos porque en verano, daba una sombra muy fresca y en invierno, le gustaba mucho contemplarlos desde la ventana cuando las nieblas revoloteaban o las lluvias caían.

Siguió y pasó cerca del árbol roto. Lo volvió a mirar pensativo durante unos segundos más y luego continuó hacia la casa. En cuanto llegó, llamó a la pequeña y le contó lo de la tormenta, la crecida de los arroyos y la tragedia del álamo tronchado por la ráfaga de viento. Preguntó ella:
- ¿Puedes llevarme a ver ese árbol roto?
- Si quieres tú, te llevo ahora mismo.
- Es que me gustaría verlo.
Se pusieron en camino y solo unos minutos después, ya estaban los dos junto al bosque de los álamos en el arroyo y frente al que la tormenta había partido. Y durante mucho rato, miraron e hicieron varios comentarios, extrañado por el cambio que se había producido en el lugar.
Al final, dijo él a la pequeña:
- Así es la vida y así son las cosas y, en muchas ocasiones, no tenemos más remedio que aceptarlas.

Pasó el tiempo, un mes, tres meses, un año, dos años y el trozo de álamo tronchado, de unos cuatro metros, no perdía lozanía ni se marchitaba. Todo lo contrario: cada día que pasaba, se le veía más verde y fresco, a pesar de estar por completo separado de las raíces. Y en cambio, el trozo de álamo que tenías raíces, sí se había secado y poco a poco se iba pudriendo. Y además de esto, en aquel pequeño bosque de álamos, sucedió algo que le desconcertó por completo: aquella mañana de primavera, se marchitó totalmente el que parecía más robusto de todos aquellos álamos. El que estaba cerca del que había roto la ráfaga de viento. Era un árbol alto, verde, recio y frondoso y sin

embargo, se marchitó.

Dos semanas más tarde del día de la tormenta, empezó a ponerse amarillo y veinte días después, estaba por completo seco. A la pequeña, este fenómeno le llamó tanto la atención que desde aquel día, siempre que pasaba por allí, se paraba y observaba tanto un árbol como el otro. Decía:
- Me parece imposible que el álamo tronchado por aquella ráfaga de viento, siga tan verde y lozano y en cambio el otro, el que sí tiene raíces robustas y profundas, se esté muriendo de esta manera.
Y durante muchos días, estuvieron observando el fenómeno y comentando sus impresiones y sentimientos. Tanto que pasado el tiempo, hasta empezaron a temer que por fin un día el árbol roto, se marchitara. Después de tantos meses tronchado pero verde y lozano, ahora no querían que muriera. Por eso comentaba a la pequeña:
- Sí, yo también quiero que siga vivo y para siempre. Es como una necesidad, como la demostración de algo.
- ¿Y si cualquier día de estos amanece lacio y seco?
Preguntaba ella.

Sin embargo, pasó el tiempo y el trozo de álamo, no se podría. Y de esta imagen, él y la pequeña, hasta habían sacado conclusiones. Le decía a la niña:
- Parece como si nos dijera que las personas más sanas, las que tienen muchas raíces por donde les puede llegar la vida a raudales, muchos medios para vivir y poseerlo todo, pudieran ser, sin embargo, las más prontas en morir y desaparecer para siempre. En cambio, esas otras personas sin nada, sin amor, sin casa, sin dinero, sin amigos, sin influencia, sin raíces y sin tierras, sí son capaces de permanecer en la vida para siempre y no morir jamás. Lo que ha ocurrido con estos dos árboles parece anunciarnos y enseñarnos esto.

Reflexionaba de este modo con la pequeña y ni siquiera tenía claro que ella lo comprendiera. Por eso, para sí también se decía: "Este álamo, el que permanece con sus raíces clavadas en la tierra y sin embargo se seca y mure, se parece a la madre de esta pequeña amiga mía. Ella, con ser un día la más hermosa entre todas las otras y poseer mayor encanto y pureza, aun teniéndolo todo y abundante dinero, casa, comida y unos padres que la quieren mucho, ahora se marchita y pierde lozanía y fuerza. Ya no tiene encanto porque empieza a estar llena de prejuicios y cree solo lo que le interesa. Ya no hay inocencia ni en su alma y mente y aunque, como el álamo sigue con sus raíces y todo lo necesario para ser la más grande, es pobre. La de menos atractiva y por donde la vida al pasar, ya no crea belleza ni sentimientos puros. Y en cambio, este otro árbol, el tronchado por la gran ráfaga de viento y que sigue verde junto a las aguas del arroyo, sí está lleno de misterio y encanto. Y por eso se parece a mi pequeña amiga. Ella ahora, con estar tronchada y separada de sus raíces, posee la vida con toda su riqueza y esplendor. En esta niña sin padre y sin madre que la cuiden y quieran, se acumula todo el encanto e inocencia del Universo, sin mancha y apuntando hacia un mundo nuevo".

Domingo de Ramos en Granada //Pa

Los ríos que descienden de las montañas al levante de Granada y de la Alhambra, siempre han traído aguas muy limpias y frescas. Esencias de nieves y plantas aromáticas, para regar las tierras de la Vega del Genil y los jardines de la Alhambra. Y junto a estos ríos, desde tiempos muy lejanos y aun en épocas más recientes, muchas personas han vivido, labrando sus huertos, cuidando sus animales y persiguiendo sus pequeños o grandes sueños. Cerca de las aguas de uno de estos ríos, no hace muchos años, se vino a vivir un hombre solitario. Amigo de los animales y cosas de la naturaleza pero un poco raro, según decían algunos. Puso su tienda de campaña al borde de un gran charco azul y una cascada blanca y, en compañía de algunos animales, vivía ajeno y lejos de la ciudad y personas. Para ocupar sus largos ratos de silencio y soledad en estos lugares, se le ocurrió escribí sus vivencias en un cuaderno. Y en las páginas de este cuaderno, dejó cosas muy curiosas. Un día, cayó en mis manos una de las historias que en este manuscrito había recogido y como me pareció sugestivo, la leí con mucho interés y luego me animé a reflejarla aquí.

Del cuaderno del hombre del río que riega a la Alhambra.

"¿Qué es lo que ha pasado? Ayer me dolía la rodilla a rabiar y hoy ni siquiera la siento. Y, además, esta noche he dormido tan profundamente que hasta me asusto de tanta placidez y honda sensación. Una vez más he sentido como si el mismo cielo me hubiera mecido entre sus brazos. Y claro que es delicioso pero me asusta tan densa y dulce paz. Le estoy buscando alguna lógica al sueño sereno que he tenido esta noche y a la remisión del dolor que ayer se comía a mi rodilla derecha y no sé qué decirte. Para tanta armonía y consuelo, no encuentro explicación ni sé a qué se debe.

Te explico las cosas para que las sepas y queden escritas y, por si de paso, encontramos alguna respuesta convincente. Ya te decía ayer que me dolía mucho la rodilla y que necesitaba ir a Granada capital. Me fui andando y tenía que darme prisa porque a las doce y media era la bendición de los ramos. Pero me era imposible correr porque, aunque andar si podía, me dolía mucho la rodilla. Y, sobre todo, cuando el desnivel del terreno era cuesta abajo. Cada vez que, con el pie izquierdo echaba un paso adelante, la rodilla del pie derecho parecía saltarme en pedazos. Pero me agarré al viento y me decía: "Tengo que llegar a tiempo para coger la bendición de los ramos." Y llegué a las cumbres que, por el lado del levante, coronan a la ciudad de Granada. Por encima del barrio del Albaicín y desde donde siempre se ve la más hermosa y amplia imagen de la Alhambra. Bajé por las veredas, entré en las estrechas calles de este bonito barrios, pasé por entre los turistas y, justo unos minutos antes de las doce y media, llegaba a la plaza de la catedral. A la derecha de la puerta, en una mesa, vendían trocitos de ramas de olivo. Por veinte céntimos compré un tallo pequeño y, al entrar al recinto, ya los estaban bendiciendo. Unas gotitas de agua bendita cayeron sobre mí y sobre mi rama de olivo. Ya me sentí bien porque al fin tenía en mis manos, al menos, un pequeño ramo. Y estaba yo mirando a las personas que, en procesión, iban con sus palmas por el centro de la catedral cuando alguien se puso a mi lado. Sin más rodeos me preguntó:

- ¿Dónde se recogen los ramos?

Miré y me encontré con la cara de una señora alta y muy bella que sonreía. Le

dije:
- Hay que comprarlos en la entrada.
Me respondió:
- Pues otros años los regalaban ahí junto al altar. Yo no me he traído el monedero y no tengo dinero.

Sin pensar en lo que hacía, partí en dos mi ramita de olivo y le di la mitad. La cogió, me dio las gracias, le dije que no las merecía y, en estos momentos, se movió para ponerse detrás de mí. Unos segundos más tarde miré y ya no la vi. Me pregunté: "¿Quién será?" Algo después, salí del recinto y ¿qué te crees que sentí al cruzar el umbral de la catedral? Que la rodilla no solo no me dolía sino que ni la sentía. O la sentía sin dolor y como si en ese mismo momento hubiera tenido diez años de edad. Me seguí extrañando y miré con más interés con el deseo de encontrar a la señora de la mitad de mi ramo de olivo pero no la vi. Hacía calor, las calles estaban llenas de turistas, por todos sitios muchos vendían cosas, las sillas de los palcos para las procesiones de Semana Santa, ya estaban puestas y las personas iban en manga corta.

Recorriendo las calles de la ciudad, me venía para las afueras de Granada y pasé por la Plaza del Triunfo. La han arreglado y en estos días la han abierto al público. Ha quedado bonita porque corre agua, crecen las flores y reluce el césped. Seguí subiendo, de nuevo atravesé el barrio blanco del Albaicín, salí de la ciudad y mi rodilla enferma, seguía sin dolerme nada. Llegué al Cortijo de la Viña y al verme, la niña se abrazó a mi cuello y me comía a besos. Esta encantadora criatura, nunca dejará de ser nuestro cielo particular. ¡Si la hubieras visto! Estaba tan guapa que entraban ganas de comérsela. Toda vestida de azul, con sus dos trenzas negras, sonrisa blanca y zapatitos rosa, parecía toda una flor viva engalanando a la luz del día del Domingo de Ramos. Como la primera flor que este año le ha nacido a la primavera. Me decía:
- Quiero ver a Enebro y quiero ver al borriquillo de mis sueños. Tengo ganas de abrazarlos y de trotar con ellos por los campos.

Le dije que el borriquillo de algodón, Enebro y Bandolero, a todas horas la recuerdan y allí en el cortijo me quedé con ella, con su madre y los que labran la tierra. Ya por la tarde me hizo un regalo para ti y para sus dos caballos. Me entregó también un buen puñado de manzanas. Y, como sabía que hoy se cumple un año, me dio muchos recuerdos y muchos besos. Cuando caía la tarde llegaba yo, de regreso de Granada y Domingo de Ramos, a este Prado de los Fresnos. Me estabais esperando y lo primero que hice fue daros las manzanas. Cuando cayó la noche, me fui a mi tienda y, con el fresco del primer día de primavera, me venció el sueño y de un solo tirón he dormido todo el rato. Cuando he despertado hoy, día veintiuno de marzo, he pensado en las cosas y me he preguntando: "¿Qué es lo que ha pasado?" Tú ya vas camino de los cuatro años, nuestra pequeña amiga está cada día más guapa, a mí ya no me duele la rodilla, el cielo se presenta algo nublado y parece que lloverá, he dormido esta noche como en un sueño mágico y ahora mismo tengo aquí conmigo el pequeño ramo de olivo que ayer me bendijeron en la catedral de Granada. ¿Sabes qué haré con él? Voy a sembrarlo junto al acebo del mirlo. Sé que los tallos de olivo agarran fácilmente y por eso pienso que éste puede echar raíces y crecer en este rincón de las montañas y ríos de Granada. Sería bonito para tener un recuerdo de este

singular Domingo de Ramos. Pero aun así te sigo preguntando: ¿Qué es lo que pasó en el día de ayer y qué es lo que esta noche ha ocurrido?”

En la noche //Pa

En la noche, mientras Granada duerme y, sobre su colina la Alhambra es silencio, una ventana emerge. Como del corazón del tiempo y enmarcada por las celosías del viento y deja ver las escena, los paisajes y el momento. Ahí, donde el río del agua clara y amigo de la Alhambra, forma un gran valle, todo sembrado de huertas y densos árboles. Al lado de arriba, se ve un cortijo blanco, algunas personas entrando y saliendo, cuatro rosales en la puerta y las viñas y olivos a un lado y otro.

Es primavera recién llegada y por eso todos los campos están verdes y chorreando el agua que las lluvias de los días atrás, han dejado. Pero esta mañana, el cielo amanece despejado, con solo unas nubes blancas por el lado de la salida del sol y colores oro y plata, según llega la luz del nuevo día. Se le ve aproximarse, caminando siguiendo una sendilla que remonta por el río y al llegar a la puerta del cortijo, saluda al que sale a recibirle y le pregunta:
- Vengo buscando a una persona muy importante que el otro día me dijo que hoy me esperaba aquí. ¿Ha llegado?
El que lo recibe lo mira y responde:
- No sé quién es esa persona importante pero por el monte cercano y por detrás de este cortijo, hoy están cazando. ¿Acaso buscas tú a un rey, a un príncipe o a una princesa de las que viven en la Alhambra o en otro lugar de la tierra?
- Sólo sé que es importante, la persona que por aquí vengo buscando y que va a revelarme un gran secreto que creo es una llave. Traigo mi corazón emocionado.
- Pues busca por los bosques cercanos que en este cortijo ahora mismo no te espera nadie porque ninguno por aquí te conocemos.

Y desde la puerta del blanco edificio, camina para la parte de atrás. Llega enseguida a donde unos grandes árboles y dos sendas se dividen. Toma por la que remonta al frente como buscando lo más alto de la montaña y sigue mirando con el deseo de encontrar a la persona que busca. Media hora despupés, siente perros ladrar y al poco, por entre el monte, aparece un hombre. Se para frente a él, lo saludo y le pregunta:
- Busco a una persona muy importante que tiene que transmitirme un secreto y darme un gran encargo. ¿La has visto por aquí?
- ¿Es algún rey de la Alhambra, príncipe o princesa?
- Creo que sí pero no estoy seguro. ¿A dónde lleva la senda que estoy recorriendo?
- A dos lugares muy concretos. Solo unos metros más arriba, se divide en dos. La de la derecha, lleva a la gran roca en el collado y la de la izquierda, lleva a lo más alto de la montaña que ves al frente. ¿A dónde quieres ir tú?
- Solo tengo claro que busco por aquí a quien me dijo que viniera. ¿Qué es lo que hay en la gran roca del collado y qué se ve desde ahí?
- La gran roca es como un espléndido mirador hacia un mundo muy hermoso y sagrado. ¿Buscas tú esto?

- Tengo que encontrar a quien me ha citado para entregarme las llaves del secreto y tesoro más grande. ¿Qué se ve desde la cumbre de la montaña de esta senda de la izquierda?
- Se ve el río Darro, el valle por donde corre, la colina de la Alhambra, el Albaicín y Granada. ¿Te sirve para algo esto?
- Si desde ahí encuentro o veo lo que vengo buscando, puede que me sirva mucho.

Y despidió al hombre de los perros. Mientras se alejaba siguiendo la senda de la izquierda, el que se quedaba, para sí susurró: “Otro loco más en este mundo en busca de su felicidad, su tesoro personal”. Y el que ya subía por la senda dirección a la cumbre de la montaña, para sí también susurró: “Si es tan importante y me revela ese gran tesoro y secreto y me entrega las llaves de lo que mi corazón intuye, mi vida entera cambiará por completo”.

En la noche, mientras todos duermen y también Granada, la Alhambra y el mundo entero, se le ve a través de esta ventana que surge como del corazón del tiempo. Nadie lo conoce, nadie sabe quién es y solo unos pocos sabemos que existe y camina por estos lugares soñando un sueño. Y aunque, desde la lógica y realidad que ahora cada día los humanos vivimos todo parece una auténtica fantasía y puro cuento, vive y palpita y es eternidad. Bella eternidad, luminosa o triste, según se le mire pero fuerte y limpia como nunca hubo nada igual en este suelo.

El perfume de la Alhambra //Aj

Nada dura para siempre en esta tierra, lo que ayer fuera un hermoso jardín y la más florida de las primaveras, pasado el tiempo es solo polvo que nadie bajo el sol recuerda.	Solo el sueño que desde el corazón surge y eleva hasta las estrellas en forma de oración, que trasciende a la materia, solo lo que nace del amor, eterno queda.

I- El rey de la Alhambra preguntó a la princesa:
- ¿Qué regalo quieres para tu cumpleaños?
Y la joven, sin dudar un segundo, respondió:
- Un trozo de tierra ni grande ni pequeño, por encima de los jardines del Generalife.
- ¿Y puedo saber para qué quieres estas tierras?
- Con mi amiga, la hija pequeña del hortelano, quiero sembrar jardines y construir ahí un bonito palacio, mucho más hermoso y original que estos donde ahora vivimos.
- Un poco raro me parece tu sueño pero, si este es tu deseo, mañana mismo tendrás como regalo el trozo de tierra que me pides.

Y el rey cumplió su palabra: aquel mismo día, dio órdenes y al día siguiente, los administradores llamaron a la princesa y le pidieron que los acompañara.
- ¿A dónde queréis que os acompañe?

- A ese sitio donde sueñas tener tu porción de tierra. Queremos que nos digas dónde es exactamente y que nos indiques la extensión que necesitas.
Y sin más, la princesa se fue con los administradores que el rey había escogido y salieron de los recintos amurallados de la Alhambra. Caminaron dirección a Sierra Nevada y después de un rato, se encajaron por donde comienzan las laderas del Cerro del Sol. Más o menos por donde hoy se encuentran los aparcamientos para los coches de las personas que visitan la Alhambra y casi exactamente por donde están los edificios de la biblioteca y archivos de estos palacios.

Era por aquí por donde vivía la pequeña amiga de la princesa, la única hija de un matrimonio sencillo. Su padre era hortelano y la madre tejía alfombras y telas de seda. Al llegar al lugar, lo primero que hizo la princesa fue acercarse a la casa donde vivía su pequeña amiga. Le preguntó a la madre y ésta le dijo:
- Se fue hace un rato, me dijo que a la montaña.
- ¿Sola se ha ido?
- Sola y me dijo que iba a buscar plantas aromáticas.
- ¿Para qué las quieres?
- Las colecciona aquí, en su habitación y dice que para estar rodeada en todo momento del perfume más puro y natural de la tierra. ¿Para qué la buscas tú?
- Precisamente para que me ayude.
- ¿Ayudarte en qué?
- Por fin mi padre me va a regalar lo que tanto siempre he deseado. Y como sé que a mi amiga le gustan mucho las plantas aromáticas, quiero compartir con ella esta ilusión mía y pedirle ayuda.
- Lo entiendo. Pero si no tiene prisa, quizá no tarde mucho en volver.
- La esperaré.

Y la princesa, mientras comenzaba a retirarse de la madre y se dirigía a los hombres que le acompañaba, se dijo para sí: “No sé qué tendrá la casa de esta amiga mía que siempre que vengo por aquí, me embriaga un perfume delicioso. Y no es perfume de incienso ni de rosas ni de jazmines ni de flores de almendros. La casa de esta amiga mía, huele a naturaleza pura y fresca y a libertad y luz. Como si ella por aquí tuviera un mundo mágico lleno de transparencias. En cuanto ahora llegue y la vea, tengo que preguntarle el por qué su casa huele a hierba húmeda y limpia y no como mis palacios y otros que en la Alhambra hay”.

Se dirigió ella a las personas que el rey había ordenado que le acompañaran y al administrador mayor le dijo:
- Desde aquel árbol hasta esta acequia, subiendo por ese barranco, quiero que limitéis el trozo de tierra que voy a convertir en mi jardín particular y especial.
- Así se hará ahora mismo, princesa.
Y el administrador dio órdenes para que los que le acompañaban, se pusieran mano a la obra. Miraba la princesa a un lado y otro y miraba para donde las montañas. Y no había pasado media hora cuando vio a su amiga aparecer por la pequeña senda. Le salió rápida al encuentro y nada más estar junto a ella, le dijo:
- Te estoy esperando.
- ¿Para qué?

- Para algo muy importante.
Y la princesa explicó a su amiga el proyecto que tenía en mente. La niña la escuchó muy interesada y cuando la joven princesa terminó, la amiga le dijo:
- Me gusta tu sueño y por eso, desde ahora mismo estoy a tu disposición. Y si me das permiso, hablo con mi padre y ya verás como en poco tiempo, en este trozo de tierra, construimos para ti, el vergel más hermoso, verde y fresco.
- Tienes mi permiso y confío en el trabajo y sabiduría de tu padre.

Allí mismo la niña regaló a su amiga princesa algunas de las plantas aromáticas que traía de las montañas. Y aquella misma noche, planeó con su padre el jardín para la princesa. Al día siguiente, el padre y ella, se pusieron a trabajar en las tierras, trazando amplios acequias, delimitando paseos y arriates y luego buscaron plantas aromáticas por la montaña cercana. Lo mismo hicieron al día siguiente y al otro y así durante varios meses. La niña, durante todo este tiempo, trabajó muy ilusionada junto con el padre y esperó que su amiga princesa apareciera por el lugar. Pero no fue así. Sí cuando la primavera estaba en su mejor momento, una mañana se presentó la princesa en la casa de la amiga y al mirar y ver el terreno que hacía tiempo había escogido para su jardín, se quedó impresionada. Preguntó a la niña:
- ¿Cómo has conseguido todo lo que por aquí estoy viendo?
- Te di mi palabra. Ven conmigo que te llevo por estos sitios y te enseño y explico todo cuanto para ti por aquí hemos hecho.

Acompañando a la niña se fue la princesa, comenzando el recorrido desde la misma puerta de la pequeña casa. Bajaron despacio por una sendilla que descendía siguiendo el trazado de la acequia y la niña, comenzó a explicar a su amiga:
- Ves, aquí hemos sembrado las plantas de romero. Florecen estas plantas en los primeros meses del año y ya se muestran frescas y perfumadas durante mucho tiempo. A este lado, ese arriate es solo de matas de espliego, el perfume más fino y puro en los meses de verano. Ahí, como estás viendo, solo hay plantas de mejorana y en aquel lado, tomillos, poleo y mastranzo. Todas plantas de montañas que son las que regalan el mejor perfume y por eso gustan tanto a las abejas y mariposas. ¡Mira cuántas revolotean por aquí y por las flores de los cerezos y granados!

Sin palabra, caminaba la princesa junto a su amiga, descubriendo el pequeño y bonito jardín que para ella le había configurado. Y como el airecillo era cálido y se movía con calma, llevaba y traía el aroma de las plantas como un delicado regalo. Llegaron a la parte alta, donde la acequia principal caía en forma de cascada dirección a las torres de la Alhambra y bajo la sombra de un laurel, se pararon. Dijo la niña a su amiga:
- Ponte aquí y mira dirección a las torres de la muralla y dime qué te parece.
Le hizo caso su amiga la princesa y al mirar en la dirección que corrían las aguas, descubrió el hermoso trozo de tierra en toda su extensión. Surcado de largo paseos con romeros, tomillos, mejorana, poleo y mastranzo y rematados con almendros, granados, cerezos, laureles, avellanos y nogueras. Impresionada y toda emocionada, dijo:
- El mejor jardín que en estos lugares de la Alhambra se haya construido nunca y de donde mana el aroma más fino y puro. Ahora todo esto huele a ti y al aroma

fresca que siempre he percibido en tu casa.

II- Llovió mucho aquel año, a lo lardo de toda la primavera. También salió el sol y, por las noches algunos días, bajaron mucho las temperaturas. Desde la pequeña casa de la amiga de la princesa, al lado de arriba del jardín de romeros y mejoranas, se veía a lo lejos, muy al fondo y altas, las cumbres de Sierra Nevada. Blancas en todo momento y por eso, como proclamando que las nieves no se derretían. Sin embargo, en el original jardín y algo de huerta de la princesa, todas las plantas que la niña y el padre habían sembrado, crecían y crecían y daban mil flores y llenaban de aromas el lugar y todo el entorno. La niña dijo un día a su madre:
- De las ramas de romero que con frecuencia podamos, quiero que cada día me hagas algunas infusiones.
- ¿Infusiones de ramas de romero?
- Sí, y lo mismo de mejorana, espliego y poleo.
- ¿Y para qué deseas estas infusiones?
- Tú hazme caso y ya verás como es algo bueno.
Y aquel mismo día dijo al padre que le hiciera unas mesas pequeñas de madera y unas cuantas sillas de eneas. También el padre le preguntó:
- ¿Y para qué son estas mesas y sillas?
- Lo mismo te digo: tú hazme caso y ya verás como te gusta cuando lo veas.

En pocos días, el padre le hizo un par de mesas pequeñas y también le tejió cinco o seis sillas, algunas de eneas y otras de esparto. Y una mañana de primavera, llena de sol, cielo azules y con el viento por completo en calma, puso las mesas en la puerta de su casa. Colocó, junto a las mesas, las sillas y sobre las mesas, algunos recipientes de barro cocido y vasos. Dentro de estos recipientes, la madre le había depositado infusiones de espliego, romero, mejorana y poleo. Por eso, toda la puerta de su casa y un buen trozo del original jardín de la princesa, comenzó a oler a montaña fresca y a mañana recién llegada.

Se sentó ella en una de las sillas que el padre le había regalado y dijo a la madre:
- Vente aquí a mi lado y, mientras bordas esas telas de seda, saborea algunas de las infusiones que hemos puesto sobre estas mesas. Del tarro de miel de romero que el otro día me trajo padre de la montaña, yo te regalo unas cucharadas para que estas bebidas sepan más a cielo.
Y la madre le hizo caso al tiempo que le preguntó:
- ¿Y solo para nosotras dos son estas meses, sillas y bebidas?
- Para nosotras dos y también para todas aquellas personas que venga o pasen por aquí y les apetezca un sorbo de estas delicias.
- ¿Y qué personas serán esas?
- La otra noche lo soñé: de la Alhambra y de los que viven en la Medina y en los barrios de Granada no lejos de aquí, van a venir muchas personas a que los invitemos a una de estas infusiones nuestras.
- ¿Y cómo van a venir?
- En cuanto se enteren y los primeros prueben lo que les regalemos, ya verás como unos a otros se lo comenta y por aquí llegan en masa.
- Pero si vienen tantas personas ¿cómo podrás atenderlos a todos?

- Podré, ya lo verás.

Y aquella misma mañana pasó por allí un soldado de la Alhambra. Al ver a la madre y a la niña sentadas en la puerta de la casa y oler el aroma que desprendían las infusiones, preguntó:
- ¿A cómo vendes el vaso de estas delicias tuyas?
- No las vendo, las regalo. Ven y siéntate aquí con nosotras y dime si te gusta más el romero, la mejorana, el espliego o el poleo.
- Me gusta mucho el poleo con miel silvestre de la montaña.
Y la niña le llenó un buen vaso de infusión de poleo con unas cucharadas de mil, se lo dio y le dijo:
- Ya verás qué bueno está y lo bien que te sienta.
Y el soldado preguntó:
- ¿Este es el jardín de la princesa de la Alhambra?
- Es su jardín y yo soy la encargada de cuidarlo. ¿Has visto tú alguna vez un jardín tan original como éste?
- Nunca ni en ningún lado. Ni tampoco nunca vi que una persona como tú, tu padre y madre, ofrecieran gratis infusiones de plantas de la montaña en la puerta de su casa, al aire libre y frente a la Alhambra.
- ¿Te parece interesante?
- Creo que es lo más interesante que por aquí nadie nunca hizo. En cuanto regrese a la Alhambra y me encuentre con los compañeros, le voy a contar todo esto. Pero antes ¿me permites un consejo?
- ¿Qué consejo?
- Que por estas ricas bebidas de plantas aromáticas que aquí ofreces, cobres algunas monedas a lo que vengan.
- Bueno, ya veremos.

Y al día siguiente, al otro y en los que siguieron, empezaron a llegar personas a la puerta de la bonita casa de la amiga de la princesa. Todos decían:
- Nos han hablado de esto que aquí ofreces y hemos venido a verlo con nuestros propios ojos y a probar tus tesoros.
- Pues habéis hecho bien. Y como regalo, después de tomaros una infusión de plantas silvestres con miel de romero, os enseñaré el bonito huerto jardín de la princesa. Lo hemos sembrado y lo cuidamos mi padre y yo.
Y las personas, todos los que de un lado y otro llegaban, después de saborear las bebidas de plantas de la montaña, recorrían los paseos del jardín de la princesa. Y mientras caminaban guiadas por la niña y luego cuando ya se iban, comentaban:
- Este pequeño huerto y jardín de la princesa, es mucho más original y bello que los que hay en los palacios de la Alhambra. Y las infusiones de plantas silvestres de las montañas, son más sabrosas y sientan mejor que el té que beben en esos palacios.
- ¡Y que lo digas!

Cuando a los pocos días la noticia llegó a oídos de la princesa, ésta salió de los palacios y a prisa subió a las tierras de su jardín. Al llegar vio a la niña sentada en la puerta de su casa, con las mesas repletas de tarros de barro cocido y todos llenos de bebidas aromáticas. Al ver la niña a su amiga la princesa, enseguida le salió al encuentro y le dijo:

- Te estaba esperando.
- Y yo vengo para que me expliques qué es lo que por aquí está pasando.
- ¿Es que ocurre algo grave?
- Todos los días, a todas horas, por todos sitios y muchas personas, hablan y hablan de este jardín mío.
- ¿Qué cosas malas dicen, princesa?
- No dicen cosas malas sino buenas y todos se asombran que en este rincón de la colina de la Alhambra, exista un jardín como el mío y con un perfume tan especial. Y de lo que más se asombran unos y otros, es de las bebidas que aquí en tu casa regalas.
- Princesa, yo lo hago para que todos se admiren de tu jardín y para que con sus propios ojos vean que con las plantas naturales que crecen en las montañas que rodean a la Alhambra, se puede crear un paraíso único en el mundo. Y que en este jardín, se puede disfrutar de olores y sabores como no hay otros en toda la tierra. Y ya verás tú cuando los cerezos, granados, almendros, nogueras y avellanos den sus frutos. Yo quiero que tu jardín sea lo más especial que nunca se haya visto y realizado en esta colina de la Alhambra.

Y la princesa, agradeció a su amiga y al padre de ésta, la inteligencia y cariño que cada día ponían en las tierras de su huerto jardín. Durante mucho, mucho tiempo y mientras en la Alhambra reyes y soldados organizaban y participaban en guerras y batallas, el jardín de la princesa crecía y daba flores y era envidia de todos los que lo visitaban y conocían. Hasta que un día la princesa, ya mayor y casada pero no reina, tuvo que irse de la Alhambra. Murió el padre de la niña y también la madre y, ésta, fue echada de las tierras del jardín huerto y de su pequeña casa. Poco a poco todo por ahí fue muriendo y desaparecieron las plantas, árboles y acequias. Hoy, mucho, muchos años después, el lugar lo han convertido en aparcamientos para los coches de las personas que visitan la Alhambra y en biblioteca y archivo histórico. Pero nadie sabe ni en ningún lugar se recoge la historia de este maravilloso jardín ni de la princesa y su amiga. Así es la vida y así son y suceden las cosas en este mundo.

Epílogo

Estas son algunas de las propiedades que tienen las plantas que la amiga de la princesa sembró y cultivó y luego regalaba en infusiones. Romero. Reduce o previene la caída del cabello, ya que mejora la llegada de sangre al bulbo piloso. Disminuye la tensión arterial, ya que fluidifica la sangre, mejorando la circulación sanguínea. Adelgaza y aumenta la actividad celular, reduce el tejido graso y disminuye la hinchazón abdominal causada por exceso de flatulencias. Actúa sobre el sistema nervioso, brindando una acción calmante. Reduce el dolor de cabeza. Previene el malo aliento. Ayuda a mejorar estados anémicos. Disminuye los síntomas de la tos y el catarro.

Tomillo. Es una hierba que, además de tener gran capacidad astringente, es muy buena para combatir bacterias y otros problemas que puedan aparecer en la boca y garganta incluidos dolores de la misma. Tiene buenas cualidades antisépticas y esto nunca viene mal para combatir cualquier microorganismo que se haya depositado en la boca. Por esto mismo, no tienes más que preparar este remedio casero**,** bastante sencillo y con ingredientes que se consiguen con facilidad.

Mejorana. Por sus propiedades aperitivas es muy útil para tratar casos de inapetencia o para estimular el apetito previo a las comidas. La mejorana posee propiedades sedantes, por lo cual se recomienda su consumo en casos de trastornos del sueño o insomnio. Además, es muy útil para personas que sufren de nerviosismo y ansiedad. En estos casos se recomienda beber una infusión de mejorana. La planta de la mejorana posee propiedades antiespasmódicas, ya que actúa favoreciendo la relajación del músculo liso, siendo muy útil para tratar casos de diarreas y cólicos estomacales. La mejorana se utiliza como antibacteriana de uso urológico, siendo muy recomendado su consumo para tratar infecciones urinarias.

Poleo. Como expectorante, la menta poleo actúa estimulando la eliminación de secreciones acumuladas en los pulmones, siendo útil su aplicación en casos de bronquitis, además está totalmente recomendado su consumo para casos de resfriados que afecten a la garganta. Como carminativo, la menta poleo actúa favoreciendo la eliminación de gases acumulados en el tubo digestivo, resultando muy útil para tratar casos de flatulencias y meteorismo. Debido a las propiedades sedantes de la menta poleo, es muy bueno su consumo mediante infusión para tratar casos de nerviosismo, también situaciones de ansiedad y problemas para dormir. Otras propiedades medicinales de la menta poleo son: Antipirética: debido a su composición, la menta poleo es útil para tratar resfriados que presenten fiebre. Antiséptica. Indicada para limpiar heridas, previniendo de esta manera que se infecten. Cicatrizante: en aplicación externa, la menta poleo tiene propiedades que estimulan la cicatrización, siendo muy recomendada para tratar heridas o cortes.

Como en un espejo //Aj

Algunas personas las conocían, solo unos pocos trataban con ellas y de su vida, sus sueños y angustias, casi nadie sabía nada. Y después de aquel día en que el cielo se las llevó, el tiempo las ha ido borrando y todos, todos, las fueron olvidando. Tanto que hoy en día, nadie sabe ya nada de ellas y menos nadie conocen cómo fueron sus últimos días ni tienen información del lugar donde en aquellos últimos momentos se refugiaron.

Pero es cierto, yo doy fe de ello que, aunque ya hace muchos, muchos años que de los lugares de la Alhambra desaparecieron, siguen por aquí presentes casi tan vivas como en aquellos días finales de sus vidas. No se les ve con los ojos de la cara ni tampoco se puede hablar con ellas pero ahí, en el rincón y tierra que les pertenecía, yo las veo con frecuencia. Acurrucada una con la otra, dándose ánimo, temblando de miedo y mirando para el lado de abajo temiendo que aparezcan. Y la madre, la más valiente y hermosa de cuantas mujeres hayan pisado tierras por donde la Alhambra, abraza fuerte a su niña y le dice:

- Aunque el miedo te coma, sed valiente, respira despacio, no digas nada y deja que pase el tiempo. Quizá una vez más tengamos suerte y pasen de largo y no lleguen.

- Pero mamá, tengo tanto miedo que estoy aterrada. Ni un solo día encontramos la manera de vivir tranquilas y ser libres en este pequeño paraíso nuestro.
- Te comprendo, hija mía pero el cielo nos ayudará, dándonos las fuerzas necesarias para seguir vivas.

Y la madre, con el corazón también lleno de miedo, quería explicarle y no sabía cómo hacerlo. Su pequeña casa, con un trozo de tierra donde crecían hortalizas y otras plantas, se ocultaba un poco más arriba de las torres de la Alhambra. Por donde hoy se encuentran algunos jardines y huertas dentro del recinto del Generalife. Eran de su propiedad estas tierras y vivienda pero un día, los que tenían el poder en los palacios de la Alhambra, se enfrentaron al padre y como éste se hizo fuerte, rebelándose contra lo injusto, prisionero se lo llevaron a las montañas al norte. Salió la madre en su ayuda y a ver que lo arrastraban de la manera más violenta y sin dar razones algunas, les gritó:
- ¿Pero a dónde lo lleváis y por qué de este modo?
- A partir de hoy, ya no molestará más al rey. Y tú, no sigas gritando ni preguntes más que también podemos venir a por ti en cualquier momento. En los recintos de la Alhambra, ya te tienen fichada.

Y al oír esto, el corazón de la madre tembló. Se llenó de miedo y dejó de gritar, se volvió a su rincón, buscó a su niña, se abrazó a ella y desconsolada lloró y lloró. Asustada la niña, dulcemente besó a la madre y le dijo:
- Mamá, tú sed valiente que papá puede volver en cualquier momento. A lo mejor esta tarde misma. Él siempre fue bueno con nosotras y, en todo momento, nos dio lo mejor de su trabajo y de su corazón.

No volvió ni aquella tarde ni al día siguiente ni al otro. Nunca más volvió ni supieron de él. La madre y la niña, sí lo esperaron impacientes y, a escondidas, a veces en su pequeña casa y en otros momentos por entre las plantas de las tierrecillas y huertos frente a la torres de la Alhambra, observaban tristes por si aparecía, temblando de miedo y, aunque lloraban, se daban ánimo y esperaban en el cielo. El cielo, se las llevó un día y poco después, las pocas personas que las conocían, las olvidaron por completo. No pasado mucho tiempo se borró su memoria y desaparecieron las tierrecillas que les habían servido de huerto y la pequeña casa donde se cobijaban. Por el lugar, levantaron algunos palacios, trazaron acequias, sembraron árboles y convirtieron las tierras en fértiles huerta. Y pasado aun más tiempo, por el lugar van y vienen muchos turistas, fotografiando todo cuanto por ahí ahora hay pero todos ajenos por completo a la madre y a la niña, escondidas por aquí en aquellos días.

Yo que con frecuencia recorro estos sitios, sí intuyo que siguen por aquí vivas. Escondidas detrás de un promontorio de tierra, mirando asustadas a las personas pasar cerca de ellas y abrazándose entre sí para darse ánimo. Y al verla y observar la realidad actual, algunas veces me digo que el tiempo las guarda y las refleja como en un espejo frente a la Alhambra, a los turistas y demás personas que por aquí ahora pasan. Como si de alguna manera, emergieran desde el cielo al que se fueron y dejaran ver que son eternidad en este lugar de tierra y polvo. Y en algunos momentos, hasta me parece oír una dulce, alegre y triste canción que dice:

Nos prohibieron la vida
y creyeron
que ganarían
y que nos olvidaría hasta el tiempo,
no sabían
que nos haríamos cielo
y que algún día
seríamos de la eternidad, espejo.

Junto a las torres de la Alhambra //Aj

¡Qué pena vivir en Granada
y no tener con quien compartir
sus tardes mágicas,
paseos por la Carrera del Darro
y los misterios de la Alhambra!

Desde hace mucho, mucho tiempo, cada tarde recorre la Carrera del Darro, cruza el Puente del Aljibillo y por la Cuesta del Rey Chico, sube hasta lo más alto del Cerro del Sol. Por donde todavía pueden verse las ruinas del palacio Dar al-arusa y ahora crecen pinos y olivos. Nadie sabe quién es ni qué es lo que busca por aquí cada tarde y menos nadie sabe qué es lo que piensa o sueño, mientras despacio recorre estos sitios. Sí se le ve caminar muy lentamente, mirando a todo cuanto va encontrando y parándose, de vez en cuando, junto y frente a cosas insignificantes. A veces, frente a la corriente del río para observarla durante un rato y luego seguir. Otras veces, frente a los árboles que junto a las aguas crecen para seguir despacio el vuelo o canto de algún mirlo o lavandera cascadeña. Mira también a las torres y murallas de la Alhambra y a las nubes o azules del cielo que por ahí se ven. Y hay momentos que se para frente a una mata de hierba, musgo o pequeña flor que a veces encuentra en estos sitios y ahí se queda largos ratos. Coge ramitas del espliego que han sembrado por la Cuesta del Rey Chico izquierda o, desde algunas de las curvas que por aquí el camino dibuja, se para y mira para las laderas del Albaicín.

Muchas tardes, por estas laderas todas llenas de casas blancas y por donde resaltan mil cipreses, el sol se derrama. Color oro y fuego, en algunas ocasiones o pálido y gris, en otros momentos. Y al ver este espectáculo, mil y mil veces fotografiado por los turistas que por aquí van y vienen, se dice: “Definitivamente pienso que Granada y la Alhambra, si uno no tiene con quien compartirlas, son tristes aunque se les vean tan mágicas. Recorrer estos lugares, observarlos despacio y llenarse de ellos, realmente tiene sentido si en la vida hay alguien muy querido con quien compartirlos”. Y en estos momentos, algunas personas dicen que lo han visto llorar, mientras sigue y remonta esta Cuesta del Rey Chico.

Y una de estas tardes, invierno ya casi acabado y después de varios días de lluvias, recorría una vez más este solitario y empinado camino. A los lados, la hierba crecía y los jaramagos, ya mostraban mil flores amarillas. El sol

brillaba como en el mejor día de primavera y el viento estaba en calma. Palomas, mirlos, petirrojos y gorriones, revoloteaban lanzando sus cantos por las laderas de las huertas del Generalife y por las torres y murallas que iban quedando a su derecha según remontaba. Saltaba el agua por el riachuelo que por aquí discurre pegado a las murallas y por el suelo se veían las últimas hojas ya secas de las nogueras al borde de la torrentera de la izquierda. Sabía que aquí y en lo alto, se extendían y extienden las huertas medievales del Generalife.

Terminó de remontar la cuesta y al llegar a la vieja torre que aún conserva la puerta que usaban los reyes para ir desde los palacios a la casa de campo Generalife, se encontró con los olivos y los bancos de piedra. Cinco o seis olivos que por lugar sembraron para decorar un poco este paseo de las murallas y las torres escalonadas. Se paró un momento, miró a la corriente del riachuelo y luego siguió como sin prestar atención. Y solo unos metros más adelante, donde por la izquierda comienza a subir el viejo camino medieval que lleva a los blancos palacios del Generalife, la vio sentada. Sobre una pared chica que aquí han restaurado y donde el sol daba con fuerza.

Tenía en sus manos un viejo libro y leía toda recogida en sí y como ausente de cuanto a su alrededor sucedía. Sus pies colgaban por la pared y su mata de pelo, tapaba parte de su cara. Al verla, le llamó la atención. Por eso se quedó parado, la observó durante unos segundos y luego se acercó despacio y muy educadamente la saludó. Al oírlo, alzó ella su cabeza, lo miró y correspondió a su saludo. Su hermosa cara de tez suave, resplandeció iluminada por los rayos del sol de la tarde. Le preguntó:
- ¿Te molesto?
- Estoy leyendo algo muy interesante pero si necesitas preguntarme algo, te escucho.
- Es que, por pura casualidad, me gustaría saber qué es lo que estás leyendo.
- ¿Y eso por qué?
- Me llama mucho la atención verte aquí tan solitaria, sentada en esta vieja pared, frente a las torres y murallas de la Alhambra, en este rincón de los olivos y besada por el sol que cae. Dime por favor qué libro lees.

Y ella, como si guardara un pequeño secreto, tapó con sus manos el título del libro, lo abrió por la página que estaba leyendo, se lo mostró un poco y le dijo:
- La historia que ahora mismo leo en este capítulo, habla de la Alhambra.
- ¿Y qué cuenta?
- La describe desde aquí mismo y el escenario es como una inmensa ruina a otro lado de la muralla que tenemos al frente. Todo por ahí dentro se encuentra destrozado, las plantas secas y ciento de piedras amontonadas y desperdigadas. Pero a esas ruinas, ha llegado un grupo de jóvenes y entre estas piedras y torres derruidas, quieren montar un campamento. Mientras tanto, por un trozo de muralla rota, salta un guía y busca una ventana para entrar al interior de los palacios también en ruinas y deshabitados.
- ¿Y qué es lo que buscan en los escombros de esos palacios?
- Según narra el relato, buscan no un tesoro sino varios y por eso los describe muy interesados en la aventura que tienen entre manos.

Al oír esta historia, el hombre pensó un momento y luego dijo a la joven del libro:
- Pues la Alhambra que en tu libro se describe debe ser muy antigua porque ahora mismo, el rincón que sirve de escenario al relato que me cuentas, todo está cuidado, limpio y lleno de plantas con muchas flores.
- La Alhambra que describe este relato, existió hace mucho tiempo y por eso es tan interesante el libro que tengo entre mis manos. Lo que aquí se cuenta es real aunque sea muy, muy viejo. ¿Y sabes para qué sirve?
- ¿Para qué?
- Para una reflexión seria y profunda sobre la vida, el tiempo y lo que queda o no al final de todo. Nada es eterno en este suelo y todo, absolutamente todo, vuelve al polvo del que un día salió.
Y el hombre, de nuevo estuvo a punto de preguntarle por el título del libro. No se atrevió porque notaba que la joven lo ocultaba con su mano como si se tratara de gran misterio. Por eso, pensó que la estaba molestando. Y como no quería ser descortés, la miró una vez más y le dijo:
- Siento si te he importunado y te agradezco tu comentario del relato que en este libro lees. Sigo mi camino y te dejo en tu rincón y paz. Pero antes de irme ¿me permites una pequeña y última pregunta?
- ¿Qué quieres saber?
- ¿Volverás por aquí otro día y te sentarás en esta pared a leer tu libro?
- ¿Y para qué me preguntas eso?
- Yo paso por aquí con frecuencia y como me intrigas mucho, no solo tú sino también el libro que lees, por eso te hago esta pregunta.
- Pues no sé si volveré algún otro día pero cuando pases por aquí, si me ves, te acercas y me preguntas. Te diré el título de este libro, te descubriré quién soy y te contaré las más hermosas y misteriosas historias que nunca se han dicho de la Alhambra. Todas están recogidas en el libro que ahora mismo tengo entre mis manos.

Agradeció el hombre a la joven sus palabras, se retiró y siguió subiendo por el bonito paseo de los olivos, torres y murallas. Algo ilusionado y al mismo tiempo lleno de intriga por lo que había visto y oído. De nuevo se dijo: "¡Qué pena que a nadie tenga en mi vida para compartir estas historias, tardes y momentos de la Alhambra y de Granada!"

La muchacha de la bicicleta //Ba

Se le veía cada mañana, por la Carrera del río Darro, montada en su bicicleta. Con su coleta de pelo negro meciéndose al viento, pedaleando despacio y portando, en la cesta que en su bicicleta llevaba en el centro del manillar, sus libros, cuadernos, bolígrafos. También algunas manzanas que luego a media mañana se comía en el balcón mientras contemplaba la Alhambra. Era joven, alta y algo delgada y hermosa como un sueño. No tenía muchos amigos pero sí le gustaba soñar sueños bellos y encontrar, un día a un hombre bueno que la quisiera mucho y la tratara con respeto.

Mientras ella cada mañana subida en su bicicleta recorría la calle más hermosa de Granada que va por las orillas del río Darro y a los pies de la Alhambra, él practicaba sus ejercicios de piano. Justo en una pequeña sala con una gran ventana en forma de balcón frente a la colina de la Alhambra. Más o menos en la mitad de la ladera del barrio del Albaicín y casi a la misma altura de la colina que tenía al frente. Por eso, cuando en esta pequeña sala se sentaba frente al piano y se ponía a tocar la música que le gustaba, siempre y a intervalos, miraba por la ventana. Para no olvidarse de las torres y murallas de la Alhambra y para disfrutarla recortada sobre las nieves de Sierra Nevada, los azules intensos del cielo en los días soleados o las blancas nubes o nieblas que con frecuencia revoloteaban al otro lado de la colina.

Y también, mientras en la pequeña sala de la ventana frente a la Alhambra sacaba de su piano las melodías que le gustaba, miraba hacia la Carrera del Darro. Pensando en la joven de la bicicleta e imaginándola subida en ella camino de la casa del filósofo. Por eso, mientras la imaginaba sentado al teclado del piano, se decía: “Un día tengo que componer y luego interpretar para ella, una bonita y original melodía. Escribiré un poema y luego le pondré música y lo cantaré y tocaré para ella. Quizá tenga suerte y me salga algo que le guste mucho. ¡Sería tan importante para mí poder hacer realidad este sueño!” Y con este pensamiento se entusiasmaba tanto que tocaba y soñaba sentado frente a su piano sin encontrar un momento para descansar.

A su lado, en la misma casa grande pero al otro lado, el filósofo tenía su estudio. También en una sala no muy grande que miraba para la Alhambra y a un jardín muy lozano que se extendía debajo de la ventana. Por eso, cuando el joven se encontraba junto a su piano practicando sus piezas musicales o simplemente improvisando alguna melodía que en ese momento tenía en mente, veía al filósofo. A veces, estudiando sobre la mesa de su despacho, escribiendo algo y otras veces, leyendo libros o buscando papeles por encina de la mesa o en las estanterías. El hombre era alto, muy delgado, con barba larga y blanca y escaso pelos en su cabeza. Cuando iba de un lado a otro de su despacho, siempre lo hacía lento y como meditando cada paso y sus brazos y cara, estaban arrugados por los años. Porque el filósofo era muy mayor aunque su voz siempre sonaba firme y jovial y parecía transmitir mucho entusiasmo tanto por la vida como por las cosas que enseñaba a la joven de la bicicleta.

Porque el pianista, como cada día estaba más y más atento a la muchacha de la bicicleta, la veía subir por la calle Cuesta del Chapiz. Por aquí, siempre empujando a su bicicleta porque la cuesta es muy larga y empinada y al llagar a la puerta de la casa, llamaba. Veía al filósofo asomarse al balcón y le decía:
- Entra que la puerta se encuentra abierta.
Empujaban la joven, miraba, subía la pequeña escalera y en unos segundos, se encajaba en el despacho del filósofo. Sacaba de su mochila los libros y cuadernos y el filósofo se ponía a explicarle las cosas diciendo:
- Está claro, según ya muchas veces hemos hablado que la vida hay que vivirla con entusiasmo pero con mucho cuidado.
- Y también está claro que tampoco hay que tener prisa en vivir las cosas porque luego pasa lo que a mí ya tantas veces me ha ocurrido.

Y desde su sala del piano, el joven veía y oía claramente estas y otras muchas cosas. Por eso, en una ocasión escuchó a la joven que hablando con el filósofo le decía:

- Ya más de cinco veces me he enamorado y nunca tuve suerte con ninguno de estos hombres.
- ¿Qué ocurrió?
- Todos me prometieron una vida feliz y hasta me dijeron que se casaban conmigo y que tendríamos muchos niños. Pero todos, uno detrás del otro, al final me dejaron argumentando que se lo habían pesando mejor. He sufrido mucho y por eso ahora desconfío tanto de los hombres que ya no quiero volverme a enamora de ninguno.
Y el filósofo le decía:
- No todos los errores son fracasos ni todas las personas y hombres pensamos y somos iguales.
- Pues yo pienso que los hombres, todos sois iguales y todos pensáis y buscáis lo mismo.

Y cuando el joven pianista oía esto, algo extraño ocurría en su interior. Se sentía triste, sentía deseos de acercarse a ella, hablarle y decirle que él no era igual a los demás hombres que había conocido en su vida. Pero luego, en ningún momento encontraba la oportunidad para el encuentro que soñaba. Se refugiaba en su habitación, escribía música, tocaba el piano, soñaba con ella e imaginaba momentos hermosos paseando por las calles de Granada y palabras y reflexiones bellas.

Pero un día, cuando asomado a su ventana miraba para la Carrera del Darro para verla aparecer montada en su bicicleta, el corazón se le quedó helado. La vio surcar toda la bonita calle y al torcer para tomar por la Cuesta del Chapiz, un coche le entró de frente y justo con su bicicleta, mochila y cesta llena de fruta, rodó hasta caer en las aguas del río, por donde el Puente del Aljibillo. Precipitado salió el joven de su casa, recorrió a toda prisa la calle y cuando llegó a donde había ocurrido el accidente, vio a muchas personas que la rodeaban junto a las aguas del río. Varios intentaban reanimarla pero su corazón se había parado y la sangre le cubría brazos, cara y pecho. Miró para la Alhambra, en todo lo alto de la colina, miró a las aguas del río, se puso de rodillas junto a ella, cogió su mano aun caliente y como si rezara al cielo, para sí y en silencio susurró: “¿Por qué te has ido de este modo? Ni siquiera sabías mi nombre pero te he soñado y para ti cada día he tocado mi piano. ¿Cómo podre, a partir de ahora, vivir sin verte recorrer las calles de Granada montada en tu bicicleta?”

Cerca de donde su cuerpo había quedado sin vida, crecía un árbol. Un achaparrado almendro, de tronco grueso, ramas retorcidas y que todos los años, al llegar la primavera, se vestía de verde y nunca daba flores ni almendras. Pero aquella primavera, a los pocos días del accidente de la joven, el viejo almendro se llenó de flores blancas y delicadamente bellas. Suspendido sobre las aguas del río Darro y frente por completo a las torres de la Alhambra. Descubrió esto enseguida el pianista porque él, desde el día del accidente de a joven, cada tarde salía de su casa y al llegar al río, en el muro del viejo puente se sentaba a recordarla. Y como no podía consolar su pena, la soñaba, la imaginaba

recorriendo las calles subida en su bicicleta y rezaba al cielo por ella, mientras miraba a las aguas del río y se admiraba de las bellas flores que el almendro había dado.

Y una tarde, meditando su ausencia, escribió el siguiente poema:

Con la música que en mi corazón llevo, me grita y quema y que cada día te regalaba sin que lo supieras, ¿qué hago yo ahora en tu ausencia?	¿Y para quién tocaré mi piano en las serenas tardes misteriosas y hondas que por aquí quedan, si ya no estás tú, sueño mío dando sentido a mis penas?

Paisajes nevados //Pa

Al levante de la colina de la Sabika, entre el río Genil y Darro, se alza un monte muy bonito. Una pequeña montaña que es casi mirador a un valle ancho, a las cumbres de Sierra Nevada, al cauce del río Darro y a las torres y murallas de la Alhambra. En todo lo alto de este monte, hay unas ruinas muy antiguas, justo donde crecen varios árboles centenarios y desde donde se descuelga una pequeña ladera sembrada de olivos y un ancho arroyo que entrega sus aguas al río Darro antes del valle. A la derecha de este monte hermoso y extraño, hubo bosques y hondonadas, al frente y por donde el sol cada día sale, se prolongaban las montañas, a la izquierda, se adivinaban copiosos manantiales y a las espaldas, por donde el sol se pone cada tarde, es por donde se eleva la gran colina de la Alhambra y la ancha Vega de Granada.

Muchas tardes, en mis paseos por los lugares que rodean a la Alhambra y fueron paisajes muy concretos en otros lejanos tiempos, he subido hasta lo más alto de este cerro. Siguiendo una estrecha sendilla de tierra y aquí, en las gruesas piedras llenas de musgo y besadas por el sol, la lluvia y el viento, me he sentado. Frente a las nieves de Sierras Nevada, con la ladera de los olivos y la profundidad del arroyo, a mis pies y acompañado solo del vientecillo fresco que por el lugar siempre corre, del profundo silencio, de la soledad en este monte y del azul del cielo y el sol de las tardes.

Y cuando en este silencio y mirador a los infinitos, solo me he sentado, siempre he sentido como un misterioso beso. Como si Dios, el cielo, el Universo eterno, estuvieran a mi lado mostrándome un camino muy bello y por completo oculto a los ojos de la cara. Sin saber cómo ni pretenderlo, he rezado y me he sentido bien. Hondamente en paz conmigo mismo, lleno de vida y fuerza y con la clara sensación de estar en presencia de lo más puro, bello y eterno. Por eso, más de una vez me he dicho: “Es como si en este cerro, entre las piedras de estas ruinas y al rumor del vientecillo por entre estos centenarios árboles, estuviera Dios abrazando. Y como si en este abrazo me dijera:
- Te estoy mostrando, de la manera más limpia y sencilla, quién es el dueño de cuanto existe y que para ti tengo reservado ese gozo profundo que a lo largo del tiempo tú y millones de personas, habéis soñado. Te tengo reservado el mayor y

mejor de todos los paraísos.”

Y como una vez y otra y cada tarde que por este lugar vengo, me siento bien parado en este cerro y meditando, creo que ahora ya sí estoy preparado para contar el relato. Sentado encima de las piedras de este amigo rincón, miro hacia la ladera de los olivos, terreno que me queda en la dirección en que sale el sol y a mis pies y me parece verlos. A la madre, a su niña, al padre y al anciano y, sobre todo, a ellos montados en sus caballos y gritando mientras bajan hacia el barranco para hacerlos desaparecer. Y aunque todo esto sucedió hace ya mucho, mucho tiempo, cuando todavía había reyes en la Alhambra, a veces me parece que ocurre ahora mismo.

Por la ladera que cae hacia el arroyo, un día y otro, ellos se movían. Cuidando de los olivos, en muchos momentos, recogiendo orégano, moras de las zarzas, mejorana o bellotas de las centenarias encinas que por el lugar crecen y sentándose frente al sol de la mañana para calentarse en los días fríos de invierno. Y los cuatro eran felices a pesar de la dura lucha de cada día y los escasos alimentos que de la tierra sacaban. Porque también cultivaban un pequeño huerto junto a las aguas del arroyo y cuidaban un reducido rebaño de cabras y siete u ocho ovejas. Abajo, ya casi al final de la ladera, por donde el arroyo se despeña en tres o cuatro cascadas y luego se remansa en charcos, tenían su vivienda. Una bonita cueva natural en el mismo corazón de una gran roca y que mostraba su puerta en la misma dirección en que se van las aguas del arroyo. Por eso, desde la hermosa puerta natural de esta cueva, nada más situarse aquí, ellos veían un paisajes muy amplio y bello. En primer plano les quedaba la ladera de los olivos, que arrancaba justo de la puerta de la cueva y luego subía como trazando juegos con el sol de la mañana. Al fondo, se veía siempre el arroyo, alejándose por entre dos altas colinas y a su derecha y un poco más al norte, era por donde los bosques se espesaban. También era por aquí por donde aquella mañana de invierno y paisajes nevados, aparecieron los hombres de los caballos.

El día anterior, al caer la noche, el cielo estaba muy nublado pero no hacía frío ninguno. Sin embargo, según la noche fue avanzando, el frío aumentaba y ya de madrugada se oyó el crujido de un gran trueno. Dentro de la cueva, junto a las cascadas y en la gran roca, acurrucadas en sus mantas de lana y piel de oveja, la madre dijo a su niña, al notar que ésta se despertaba:
- Es una tormenta que se acerca. Dentro de un rato, la lluvia caerá y puede que sople fuerte el viento.
- ¡Tengo miedo!
Exclamó la niña acurrucándose en la madre y en las mantas de lana.
- Tú no te preocupes que en estas montañas, estas cosas pasan cuando menos se les espera. Arrópate bien para no tener frío y deja que la nube llegue y descargue lo que quiera.

Se oyó otro trueno pasado un rato y entonces la madre miró para la puerta de la cueva. Vio que la luz del nuevo día ya entraba en la cueva y también comprobó que no era lluvia lo que del cielo caía sino grandes copos de nieve. Miró a su niña y la vio dormida, muy liada en las mantas de lana y tuvo el deseo de llamarla para que viera la nieve caer. Pero se dijo: “Mejor es que la deje

dormir hasta que se despierte sola. Ya tendrá luego tiempo de ver la nieve tapizando estas laderas y todos los paisajes que nos rodean”.
Y tal como estaba ella también acurrucada en las mantas, siguió mirando a través de la puerta de la cueva. La nieve caía en grandes copos que suaves se posaban sobre las piedras de la misma puerta y en las ramas de los árboles que había cerca. Se dijo mudamente y como hablando consigo misma: “Es tan mágico este amanecer y tan hermosos los copos blandos que caen que hasta entran ganas de irse volando”.

Y en este embeleso y silencio estuvo durante mucho rato. Luego, cuando ya la luz del nuevo día iluminaba claramente, se incorporó de la cama de mantas donde, junto a su niña, estaba acurrucada. Cogió algunas ramas y palos secos, en el rincón de la derecha hizo fuego en el hueco que servía de chimenea y se puso a calentar un poco de leche, mientras doraba una pequeña sartén de migas para ella y para su niña. La despertó un poco más tarde y cuando ésta vio los copos de nieve caer y el gran manto blanco que ya se veía a lo ancho de los paisajes, dijo a la madre:
- Nunca he visto yo un amanecer tan mágico como éste. ¿Hasta cuándo estará nevando?
- Es una tormenta que cruza por estas montañas. Puede que pare dentro de un rato.

Y media hora después, dejó de caer nieve. Ya todos los campos estaban por completo cubiertos de una ancha y espesa alfombra blanca. Después de comerse la pequeña sartén de migas con leche de cabra calentita, salieron de la cueva, muy abrigadas en gruesas telas de lana y la madre dio su mano a la niña. Se puso a caminar por la sendilla que desde la cueva surcaba la ladera y subía hasta lo más alto del collado que se veía al frente. Era este el camino que el padre y al abuelo, recorrían con frecuencia para acercarse a la ciudad de Granada y a los recintos de la Alhambra. También para sus tareas en los trabajos de las tierras, olivos y pequeño rebaño de cabras y ovejas. Y precisamente el día anterior, el padre y el abuelo, habían recorrido este camino dirección a la Alhambra. Porque dos días antes, a su cueva junto a las cascadas, habían llegado unos soldados montados a caballo y le dijeron al padre:
- De parte del secretario general del rey de la Alhambra, que te presentes mañana mismo en aquellos palacios.
- ¿Para qué me quiere y qué tengo que llevar?
- No lo sabemos. Nosotros solo te comunicamos lo que nos han dicho.

Y al día siguiente, el padre y el abuelo, salieron de la cueva, tomaron por la sencilla que surca la ladera y al poco, trasponían por el collado, dirección a la Alhambra. Hoy, esta extraña, serena y blanca mañana de invierno, ya hacía bastantes horas que los dos faltaban de estos lugares. Y como la madre no tenía ninguna noticia ni señal, dijo a su niña mientras ahora se ponían en camino por la senda de la ladera:
- Vamos a subir al collado a ver si desde ahí los vemos por algún lado.
- Pero mamá, con tanta nieve como ahora mismo hay en estos lugares ¿cómo van a volver ellos?
- Tu padre y el abuelo, siempre han sido valientes y fuertes. Yo he aprendido de ellos y por eso tú no tengas miedo. Mientras los esperamos y salimos a su

encuentro, también disfrutamos de esta nevada tan grande y blanca, ahora mismo cubriendo estos campos.

Y conforme ya iban recorriendo la ladera, descubrían que las nubes se abrían en el cielo. El viento estaba por completo en calma y el sol, por lo más alto de las montañas al levante, aparecía de vez en cuando. Por eso, en cuanto la nieve dejó de caer, todo el paisaje se quedó por completo en calma y hasta parecía que la primavera quería brotar por todos lados. Lentamente remontaron ellas siguiendo la senda hasta que se encajaron en lo más alto del collado. Donde uno de los arroyos de la ladera nacía y donde, a un lado y otro, crecían gruesas y recias encinas. Todas se veían con sus ramas llenas de nieve y lo mismo los amplios paisajes que desde el lugar se divisaban.

La madre detuvo sus pasos justo en lo más alto y, durante unos segundos, miró muy concentrada para la robusta colina de la Alhambra. A lo lejos, como perdida entre finas cortinas de nubes y algo tapada por grandes sábanas de niebla, se vía la recia figura de la Alhambra, las altas torres y murallas y más al fondo, se intuía la ancha Vega de Granada y las casas de la ciudad, todas también cubiertas de blanco. Y mientras ella se asombraba del inmaculado y ancho paisaje que ante sus ojos se abría, sus pensamientos se concentraba más y más en el recuerdo del marido y del abuelo. Para sí pensaba: "¿Dónde estarán ahora mismo y qué puede haberles pasado para que no vuelvan?" Le preguntó su niña:
- ¿Tú crees que regresarán esta mañana?
- No lo sé pero seguro que sí. Por eso, aquí mismo vamos a quedarnos a esperarlos para, en cuanto lleguen, ver qué noticias nos traen y por si necesitan que les ayudemos en algo.

A la derecha del collado, sobre una gran piedra, la madre y la niña se sentaron. Frente al sol que cada vez aparecía más hermoso y, por entre las nubes, se quedaba más rato. Por detrás de ellas, un poco retirado en el terreno del collado, se veía la pequeña construcción de piedra. Una obra muy sencilla, rectangular, con solo seis metros de largo y tres de ancho que el padre y el abuelo, habían levantado tiempos atrás. Con piedras calizas, trabadas entre sí con mezcla de cal y arena y rematada en las partes altas, con sencillas estructuras de madera. Sobre esta estructura ellos habían colocado varias capas de ramas: retamas, lentiscos, madroñeras, ramas de encinas y juncos del manantial que brotaba algo más arriba. Y en esta tan sencilla y pequeña construcción, guardaban ellos algunos de los frutos que recogían en las cosechas y también las herramientas para labrar las tierras.

Por dentro, la pequeña construcción, estaba dividida en dos estancias. La primera era donde se encontraba la puerta para entrar y donde también habían construido una sencilla chimenea para hacer lumbre en los momentos en que lo necesitaran. La segunda estancia, servía como de habitación y era aquí donde ellos guardaban los productos que recogían de las tierras: algo de trigo, avena y cebada, almendras, nueces, manzanas, higos secos y avellanas. A lo largo del año, de estas reservas en forma de despensa, iban cogiendo lo que necesitaban para alimentarse y también lo compartían con los animales que cuidaban. La paja que sacaban del trigo, avena y cebada y también algunos que

otros cereales, se la daban como alimento a su pequeño rebaño de ovejas y cabras en los días de invierno y momentos de nieve como el que hoy se había presentado.

Por eso, al poco de estar sentadas en la piedra al lado del camino, para descansar de la subida de la cuesta y para calentarse un poco con el sol que de vez en cuando aparecía por entre las nubes, la madre dijo a su niña:
- Ayúdame y echamos de comer a las cabras y ovejas nuestras. Hoy no podremos llevarlas por el campo con tanta nieve por estos paisajes.
Y la niña, siguió a la madre dirección al pequeño edificio de piedra donde estaban las alpacas de paja y el grano para alimentar a sus animales. Y pisaban ellas el umbral del edificio de piedra cuando, de pronto, sintieron voces y gritos. Sorprendida la madre miró para el barranco y, por la ladera al otro lado del arroyo, los vio. Un grupo de soldados montados a caballo, algunos y caminando, otros, bajaban por el camino. Delante de ellos, traían al padre de la niña y al abuelo y al llegar al arroyo, todos quedaron ocultos por entre las adelfas, tarayes y juncos. La madre siguió mirando y no tardó en oír desgarradores gritos que pedían ayuda. Los soldados parecían alegrarse y con los caballos, trotaban de un lado a otro y lanzaban grandes voces.

Por completo aterrada la niña, preguntó a la madre:
- ¿Qué está pasando?
- No lo sé, hija mía pero creo que algo muy grave.
- ¿Están matando a padre y el abuelo?
- Quizá no pero parece que sí le pasa algo.
- ¿Vamos y les ayudamos?
- Puede que mucho no podamos hacer nosotras pero sí, vamos.
Y la madre, haciendo un esfuerzo para que su niña no viera el miedo que en su corazón había, cogió a la pequeña de la mano y rápidas comenzaron a bajar por la sendilla de la ladera. Pero solo unos minutos después, vieron a los hombres de los caballos subir a prisa ladera arriba, ahora ya sin el padre ni el abuelo. Dijo la madre a su niña:
- Vienen a por nosotras.
- ¿Qué hacemos, mamá?

Sin pronunciar palabras, la madre agarró fuerte a su niña, se volvieron para atrás, subieron a toda prisa el trozo de ladera que habían recorrido solo uno minutos antes y se refugiaron en la pequeña construcción de piedra. No tardaron los soldados en llegar, abrieron la puerta del corral de los animales y los empujaron por la senda que desde el collado seguía dirección a la colina de la Alhambra. Pero antes de alejarse, el que parecía jefe del batallón, ordenó:
- Prended fuego al pajar y que arda todo lo que dentro hay.
Solo unos minutos después, el chorro de humo blanco y con olor a hierba seca y monte, se elevó desde el collado. Hacia las cumbres blancas y las nieves que relucían en las montañas más altas. Y mientras los soldados dirigían sus caballos por el camino que desde allí viene a la Alhambra, por entre las llamas y humo de la pequeña construcción de piedra y monte, se oían gritos pidiendo ayuda. No le hicieron caso y sí continuaron empujando camino adelante al pequeño rebaño de ovejas y cabras.

Al poco, se alejaban del collado y todo por el lugar quedó en silencio y por el aire revoloteando las últimas hebras de humo. Al caer la tarde, el cielo se nubló densamente y al oscurecer, la nieve comenzó a caer. Sin parar estuvo nevando toda la noche y al amanecer, todo el collado, las laderas y montañas cercanas, amanecieron cubiertas con un espeso manto blanco. Una nevada como no se había visto nunca por estos lugares. Por el collado, por las ladera de los olivos, por el barranco donde la cueva en las rocas y por la curva de las adelfas y grandes charcos azules, todo era silencio profundo y quietud eterna. Solo algunos mirlos, petirrojos y zorzales, revoloteaban como buscando un trozo de tierra libre de nieve.

Durante diez días, la nieve siguió cayendo y los campos estuvieron cubiertos más de un mes largo. Luego salió el sol y poco a poco, la nieve se fue derritiendo. Y por los paisajes, la hierba creció y se abrieron cientos de flores en todos los colores y tamaños. Nadie apareció ni por el collado ni por el barranco de la cueva ni nadie echó de menos al padre, al abuelo o a la madre con su niña. Siguió corriendo el tiempo y en ningún momento, nunca nadie habló ni comentaban lo ocurrido por el lugar. Hoy, muchos, muchos años después de todo aquello, yo vengo de vez en cuando al collado donde estuvo y todavía se ven algunas ruinas de aquel pequeño edificio de piedra y monte. Sobre estas ruinas me siento en silencio y rezo. Y a veces noto como si el mismo cielo me abrazara y llenara de consuelo. Como si Dios, desde lo más profundo de la eternidad y donde no existe el tiempo, emergiera y por aquí se hiciera presente de una forma especial, para abrazar y besar a la madre con su niña y al padre y al abuelo.

El hombre y el borriquillo //Pa

Una sola ventana tenía su casa. Miraba a la Alhambra desde las laderas de enfrente, barrio del Albaicín y bajo su ventana crecía un pequeño árbol. Un acebo que siempre estaba muy verde y, en los días de otoño e invierno, repleto de semillas rojas. Por eso, entre las ramas de este acebo, siempre revoloteaba un mirlo. Un ave que había nacido precisamente aquí, entre las espesas ramas del acebo y por eso el pájaro, había delimitado como territorio propio tanto el acebo como las tierrecillas cerca de su pequeña casa. Se pasaba el día y parte de la noche cantando y, especialmente, cuando la hembra estaba en el nido encubando.

Y aquella noche fría y lluviosa de otoño, comenzó a cantar mucho antes del amanecer. Ya estaba el otoño muy avanzado pero aún así, las lluvias no paraban. Había llovido casi sin parar durante dos meses largos y en las cumbres de Sierra Nevada, caía y caía nieve como nunca se había visto antes en Granada. Por eso el hombre, cuando estaba en la habitación de su pequeña casa, miraba por la ventana y sin querer veía las nubes, las lluvias y las nieblas por el valle del río Darro, por la colina y umbría del Generalife y por donde las torres y murallas de la Alhambra. No le importaba a él mucho ni lo que ocurría dentro de los palacios en esta colina ni las personas que vivían en ellos, incluidos reyes y princesas. Pero como desde la ventana de su casa veía cada día y a

cada instante estos lugares, sí le gustaba la luz de los paisajes, el misterio de la lluvia y de la niebla cuando revoloteaban por estos sitios.

Y aquella noche de otoño, lluviosa, fría y oscura, se fue a la cama pensando en esto. Tenía él unas tierrecillas junto al río Darro, por debajo de la Fuente del Avellano, que era de lo que vivía. En invierno las labraba, les echaba estiércol y las preparaba para sembrar legumbres y hortalizas antes de la llegada de la primavera. En verano recogía la cosecha y con su borriquillo, un jumento pequeño color ceniza, llevaba estos frutos a su casa. Y sucedió que uno de estos días de otoño, recogió las pocas almendras que sus tres almendros en esta ocasión le habían dado. Metió estos frutos en unos viejos sacos de cuero y los cargó en su borriquillo. Se puso en camino bajando por las sendillas del río hacia el Puente del Aljibillo, cruzó el cauce por aquí y subía montado en su borriquillo por las cuestas del Albaicín, cuando le salieron al encuentro.

Dos jóvenes con las caras tapadas que se acercaron al borriquillo, lo sujetaron del cabestro y se agarraron a los sacos de almendras para llevárselos. El hombre, sentado encima de su borriquillo, lo único que se le ocurrió, para defenderse y procurar que no le robaran la cosecha de almendras, fue golpear a los ladrones con el palo que llevaba en la mano. Y al tiempo que los golpeaba gritaba:
- ¡Socorro, que me roban!
Oyeron sus gritos los guardas que vigilaban por las calles del barrio y acudieron para ayudarle. Pero los ladrones, en cuanto vieron a los guardas, salieron corriendo sin llevarse los sacos de almendras. Se acercaron los vigilantes al hombre del borriquillo y le preguntaron:
- ¿Cómo ha sido todo esto?
- De la manera más tonta pero ya habéis visto que querían robarme.
- ¿Los conoces?
- Creo que sí pero no he visto las caras.
- Investigaremos a ver si damos con ellos pero, a partir de ahora, ten cuidado. Ellos sí saben bien quién eres tú y también saben donde tienes tu huerto y tu casa.
- ¿Es que pensáis que puedan volver?
- En cualquier momento y ahora seguro que con peores intenciones. Como no les ha salido bien el robo que habían planeado, desde este momento, ya eres su enemigo y no pararán hasta acabar contigo.
- ¿Y vosotros no podéis ayudarme?
- Lo único que podemos hacer es advertirte y pedirte que tengas cuidado.

Siguió el hombre con su borriquillo y cuando llegó a su casa, descargó las almendras, metió el jumento en su cuadra, le echó un puñado de paja e hierba y se fue a su habitación. No pudo dormir aquella noche pensando en el ataque de los jóvenes y cuando al día siguiente se encaminó a las tierrecillas de su huerto, iba temblando. Llovió mucho aquel día y al caer la tarde, se levantaron nieblas que cubrieron todo el valle del río Darro y toda la colina de la Alhambra. Y el hombre, empapado y con algunas cosas que había recogido de su huerto, subió por las cuestas del barrio hasta su casa. Cuando llegó, encendió una lumbre, se calentó un poco, asó unas patatas en las brasas y después de comérselas, se fue a la cama. Seguía lloviendo con fuerza y hacía mucho frío.

No pudo coger el sueño a lo largo de toda la noche pensando en el ataque de los jóvenes y en lo que en cualquier momento podría pasarle. Y fue ya casi al amanecer cuando sintió al mirlo chillar por entre las ramas del acebo. Se asomó rápido a su ventana y los vio. Uno de ellos se había quedado un poco retirado y el otro se acercaba a la puerta de su casa. Aterrado el hombre se dijo: "¡Dios mío! Vienen a por mí. ¿Qué hago, dónde me meto y a quién pido ayuda?"

Al amanecer del nuevo día, una densa nube de humo se cernía sobre la colina del Albaicín. De la casa del acebo y el mirlo, aun brotaban pequeños chorros de humo blanco y gris. Muchos vecinos por allí cerca se congregaron y, entre comentarios y preguntas, alguno dijo:
- Sin duda que en algún lugar del Universo tiene que haber un Dios justo y bueno que, de alguna manera, abrace a este hombre y para siempre en su corazón lo tenga. Era bueno como pocos, nunca hizo daño a nadie, con los más pobres siempre repartía las cosas que de su huerto sacaba y por no molestar ni herir a las personas, casi no hablaba. Por eso merece un cielo para toda una eternidad. Y los que le han atacado, nunca deben ser amados ni respetados. Así que de nuevo repito que debe existir un cielo y un Dios grande e inmensamente bueno que premie y condene el bien o el mal que entre nosotros las personas nos hacemos.

El sueño //Pa

Los cuadernos del sabio-I

Tenía el sabio su casa cerca del río Darro. Al pasar el Puente del Aljibillo, a la derecha y donde comienza el camino que lleva a la Fuente del Avellano. Y le gustaba a él, además de escribir cada día un buen rato, sentarse en el puente del río para contemplar las aguas y las puestas de sol al otro lado de las torres de la Alhambra. Le servían estos momentos para llenar su alma y alimentarse de los silencios y sueños que luego escribía en sus cuadernos.

Porque el sabio, tenía en su casa, una muy bonita colección de cuadernillos donde redactaba sus cosas. Los iba colocando en un lugar muy concreto dentro de su vivienda y de esto se sentía orgulloso. A veces, con algunos de sus amigos compartía estas cosas pero en otros momentos, meditaba y escribía solo para sí y esto era precisamente lo que le daba un interés especial a sus pequeños cuadernos. Que eran cosas escritas en libertad, llenas de sinceridad, por el puro placer de explicar la vida y lo que veía y ocurría en el mundo que le rodeaba. Y aquella soleada mañana de invierno, sentado el sabio frente al río y frente a las torres y palacios de la Alhambra, en uno de sus pequeños cuadernos, escribió lo siguiente:

"Durante algún tiempo, estuvo viviendo con ellos. En la casa grande, de piedras y tejado rojo, al final de la llanura en el amplio valle del río. Donde el cauce tiene algunos charcos de aguas claras y los avellanos crecen cerca. Y a la orilla de estos charcos, se iba cada día. Simplemente a sentarse ahí, mirar el ir y venir de los renacuajos y a disfrutar del fresco airecillo en las tardes de verano. También le gustaba esperar sentado hasta que la noche llegara. Para mirar el

firmamento y la luz de las estrellas y para escuchar despacio el canto de los grillos.

Uno de los que vivía en la casa grande, no paraba de ir al director para decirle:
- No sé qué pinta entre nosotros. Vive solo su vida y los demás, nada le importamos. Y las normas, las reglas, lo que está mandado, ya ves que ni les hace caso.
Y un día el director lo llamó y le dijo:
- Ya estoy harto de tantas quejas como recibo de ti. Y además, hasta parece que con todos estés enfadado.
Miró fijo al director y nada comentó. Sabía que otra vez lo estaba acusando pero en esta ocasión, no tenía claro qué castigo le impondría.

No tardó el director en dejarlo claro:
- Coge una manta, tú morral y algunas cosas de comer y te vas a la cueva del río.
- ¿A qué cueva del río?
- A la de los tajos.
- ¿Y qué voy a hacer allí?
- Te pones y arrancas todo el monte del lado derecho. Labra luego esa tierra, le quitas las piedras y los escaramujos y, cuando llegue la primavera, la siembras.
- ¿De qué la siembro?
- De garbanzos y algunas matas de maíz.
- Y durante todo este tiempo ¿dónde vivo y de qué me alimento?
- Te sientas en las orillas del río y por las noches contemplas las estrellas y sueñas con las fantasías que en tu corazón llevas. Todos en esta casa estamos hartos de ti y ha llegado el momento de que lo sepas.

Y aquella tarde, una muy calurosa tarde de verano, se le vio salir de la hermosa casa. Con solo una pequeña mochila acuestas y una manta. Atravesó la llanura, buscó la senda que va por entre las encinas y se dirigió a las partes altas del río. Iba solo y cabizbajo, muy en silencio y como rezando. Miraba muy despacio y en su corazón se decía: “Me han echado de su sociedad. Porque esto es como si en el fondo me estuvieran desterrando a las montañas, a las orillas del río para que goce de su encanto y, en las noches, del cielo estrellado”

El administrador fantoche //Aj

Los cuadernos del sabio-II

> Hay personas que, para sentirse algo en la vida, necesitan crear enemigos.

Sentado en el muro del puente del Aljibillo, el sabio escribía. En un pequeño cuadernillo de papel blanco que había dividido en varios apartados. En uno de estos apartados, había puesto: “Personas buenas que nunca han hecho daño a nadie”. Debajo de este título, aclaraba: “Estas personas siempre serán felices en este mundo y en el que sueñan encontrar el día que mueran”. En otro apartado había escrito el siguiente título: “Personas malas que humillan y limitan

imponiéndose a los demás”. Y también debajo de este encabezado, había desarrollado la siguiente reflexión: “Estas personas nunca serán felices en esta vida ni encontrarán paz después de su muerte. No son bendecidas por Dios aunque en el fondo lo deseen ni tampoco tendrán un paraíso bello el día que para siempre mueran. Mo siquiera en este mundo, serán capaces de sentir la belleza y armonía de las cosas. Y aunque se sientan atraídas por la luz y misterios de la naturaleza, la naturaleza nunca les regalará con el conocimiento de sus grandes verdades”.

En el siguiente apartado, el sabio había hecho un sencillo dibujo en su cuaderno. Unas líneas que describían el curso de un río que se abría como en abanico en las partes altas. Como si miles de arroyuelos vinieran desde todas las direcciones para irse encontrando poco a poco hasta formar la gruesa línea central, el cauce del río principal. Al final de esta hoja en el pequeño cuadernillo, el sabio había escrito: “Como este río y los mil arroyuelos que lo alimentan y dan forma, son las obras, sueños y riquezas de las personas buenas. Se abren desde la tierra como hacia el centro del cielo en el que creen y suben y llevan consigo transparencia, armonía y belleza”.

Y estaba el sabio tan emocionado en las reflexiones que escribía en su cuadernillo de hojas blancas, que ni siquiera se dio cuenta del hombre que se acercó. Muy mayor, algo encorvado y con una sonrisa muy bella. Se puso al lado del sabio, lo saludó, le pidió permiso para sentarse en el mismo muro del puente y luego, al mirar al cuadernillo del sabio y ver el original dibujo del río, le preguntó:
- ¿En algunas de estos tres capítulos que en tu libro tienes escritos encajan las dos Alhambras?
Miró el sabio al hombre y, después de unos segundos, le preguntó:
- ¿De qué dos Alhambras hablas?
- En realidad son tres: la Alhambra del corazón y alma blanca, la del corazón y alma negra y la otra.
- ¿Cuál es la otra?
- La del administrador idiota, engreído y adulador que le amargó la vida a la princesa y al hombre artesano. ¿No conoces tú esa historia?
- De la Alhambra, las personas que la han construido, vivieron y viven en ella, conozco muchas cosas pero lo del corazón negro y alma blanca y el administrador fantoche, nunca oí nada.
- ¿Si te hablo de ello podrás luego poner correctamente estas realidades en algunos de los tres capítulos de tu cuaderno?
- Seguro que podré. Háblame primero del administrador malo. Las historias de estas personas siempre son de risa y hasta dan pena pero ilustran mucho.

Y el hombre encorvado dijo al sabio:
- Uno de los reyes de la Alhambra, tenía una hija. La quería mucho y como la princesa era muy amante de los libros, el padre ordenó que se pusiera en marcha un pequeño taller de encuadernación. Le dijo a la hija:
- Para que, todos aquellos libros que a ti te gusten y quieras conservarlos de una manera especial, en este taller se puedan encuadernar y restaurar.
Y la princesa preguntó al rey:
- ¿Y podré yo buscar y encargarme de las personas que hagan el trabajo en este

taller?
- Puedes hacerlo
Agradeció la princesa al padre los detalles que tenía con ella y aquel mismo día se fue a la Medina. Saludó y habló con casi todos los artesanos que en esta ciudadela vivían y al final, se presentó ante un hombre mayor. Lo saludó y le dijo:
- Todos me hablan bien de ti.
- ¿Y qué te dicen de mí, princesa?
- Que eres un hombre bueno, inteligente y un gran artesano.
- Me alegra mucho oír tus palabras pero sí es cierto que nunca en mi vida robé ni humillé a nadie intencionadamente. Los trabajos que me encargaron los hice con amor y fui siempre enemigo de los que adulan a los poderosos y humillan a los pobres.

Y la princesa, admirada de las bonitas palabras que salían de la boca del anciano, le preguntó:
- ¿Tú quieres hacerme un gran favor?
- Lo que me pidas, eso haré yo por ti y hasta donde tenga fuerzas. ¿Qué quieres de mí?
- Soy amante de los libros y mi padre me ha regalado un pequeño trabajo de encuadernación. ¿Quieres tú trabajar en este sitio, encuadernando y restaurando libros para mí?
- Quiero, princesa.
- Pues desde ahora mismo te nombro responsable del taller que te he dicho.
Y aquel mismo día, el hombre se instaló en el taller que el rey le había regalado a la princesa. Ésta lo acompañó durante unas horas y luego le dio varios libros muy hermosos que ella poseía. Le dijo:
- Algunos de estos libros son verdaderas joyas que me han ido regalando mis amigos. De poesías, varios de ellos, de relatos e historias, otros y, bastantes de ellos, de cosas de animales y naturaleza. Estos últimos son los que más me gustan y por eso, no solo los leo y mimo todo lo que puedo sino que hasta los estoy ilustrando poco a poco. Fíjate en esto.
Y la princesa le mostró algunas de las ilustraciones que entre las páginas de los libros tenía guardadas. Echas todas en blanco y negro y con trozos de líneas muy finas y elegantes.

Observó el hombre muy despacio lo que la princesa le mostraba y luego, pasado un rato y por completo impresionado por lo que veía, dijo:
- Princesa, tu corazón está lleno de belleza y sentimientos hermosos y tu mente y alma, poseen la mayor bendición del cielo. Me alegro que sepas plasmar en el papel lo que ves cada día y sientes en cada momento.
- ¿Quieres decir que te gustan las cosas que dibujo?
- Me gustan mucho, princesa y te agradezco que me hayas elegido a mí y ahora compartas conmigo lo mejor de lo que en ti hay.
Y la princesa, más que contenta por las palabras que seguía oyendo del hombre que había traído a su taller de artesanía, le dijo:
- Pues lo que deseo es que es que estos libros, las poesías que escribo y los dibujos que hago, tú los adornes con la mejor decoración que nunca haya existido. ¿Podrás hacerlo?
- Claro que sí.

Ayudó ella durante un buen rato al hombre en las cosas que empezó a preparar y como enseguida comprobó que necesitaba algunos instrumentos y material para realizar el trabajo que le estaba pidiendo, la princesa dijo al artesano:
- También y desde este momento, tú mismo te encargas de buscar, pedir y comprar todas aquellas cosas que necesites en este taller y que sean necesarias para hacer bien el trabajo que te pido.
Y el artesano le dijo:
- Princesa, lo primero que necesito es un pequeño telar para coser los libros que sean necesarios. Necesito hilos y cuerdas, pegamento, pieles, papel de colores y calidades distintas y también pinceles y algunos instrumentos.
- ¿Y a dónde podemos ir a por todo eso?
- Si tú me das permiso, yo me encargo de ello. Sé quien nos puede servir y, además, conozco la calidad de las cosas y la nobleza de las personas.
- Pues tienes mi permiso. Y lo que cuesten estos productos, tú no te preocupes. Que pasen los gastos a mi padre el rey para que él lo pague todo. Tengo permiso para ello.

Al caer la noche, aquel mismo día, el artesano habló con varias personas conocidas y les pidió que les trajera las cosas que necesitaba en el taller. Y al día siguiente llegaron al taller varias personas con mucho y variado material que el hombre necesitaba. Compró él de todo un poco y luego mandó a los vendedores al rey para que le abonaran el importe de los productos. En los palacios, como el rey había ordenado que se pagara puntualmente todo lo que en el taller de la princesa se comprara, pagaron a los vendedores las facturas que estos presentaron firmadas por el maestro artesano. Y aquel mismo día, al siguiente y al otro, en el taller, el hombre restauró, cosió y luego encuadernó con toda pulcritud y cariño, todas las cosas que la princesa le dejaba. Y ésta, como le gustó tanto el bonito y delicado trabajo que el artesano hizo en su colección de libros, le dijo:
- Si necesita un ayudante, solo tienes que decírmelo.
- Lo necesito no solo para que aprenda el oficio sino también para que haga las cosas más elementales mientras yo me concentro en las partes más delicadas de restauración y encuadernación.
- Pues mañana mismo hablo con mi padre y arreglamos esto.

Habló la princesa con su padre de este asunto y dio la casualidad que la noticia llegó a oídos de un hombre mayor que siempre andaba por los palacios haciendo cosas insignificantes. Nadie en la corte lo apreciaba por su escasa inteligencia, sus artimañas de manipulador y la capacidad que tenía de controlar a todos lo que se movía a su lado. Se acercó este hombre al rey y le dijo:
- Majestad, yo puedo trabajar en el taller de encuadernación de la princesa.
- ¿Sabes tú de este oficio algo?
- Nada sé pero lo aprenderé enseguida.
- Pues habla con la princesa y dile que vas de parte mía.
Habló este hombre con la princesa y lo primero que le dijo fue:
- Además de hacerte un trabajo precioso en todos los libros que me des, voy a horrarle mucho dinero a tu padre.
Confío la princesa en las palabras del hombre manipulador y al día siguiente, éste se presentó en el taller de artesanía. El maestro le encargó algunos trabajos

menores y aquel día, al otro y en los que siguieron, las cosas fueron más o menos bien.

Sin embargo, el hombre artesano de verdad, desde el primer día comprobó que el que había sido colocado en el taller como ayudante, se metía y entrometía en las cosas que no le competían. Continuamente le decía al artesano:
- Es que gastas mucho pegamento.
- Solo lo necesario para que los libros queden fuertes.
- Pero es que también gastas mucho hilo y mucho papel y, además ¿para qué compras tanta cantidad de esto y de aquello?
- Es justo el material que se necesita para realizar bien el trabajo que la princesa me encarga.
- Pues yo no estoy de acuerdo.
Y el buen artesano callaba por no discutir con el manipulador su tacaña visión pero en su interior, se empezó a sentir mal.

Dejó que pasara el tiempo mientras cada día ponía todo su amor e interés en hacer bien las cosas que la princesa le encargaba. En su aposento, en una de las torres de la Alhambra, la princesa fue coleccionando libros y más libros, lujosamente encuadernados, tanto de poesía como de historia, relatos y otros temas. También de manuscritos que ella misma confeccionaba y por eso se sentía feliz y muy orgullosa de lo que en su palacio estaba acumulando. Con sus amigas comentaba estas cosas y el contenido de sus libros y les decía:
- Cada día me siento más llena por dentro y soy feliz pensando que esto que hago será, en el futuro, no solo una gran fuente de sabiduría sino un tesoro para el mundo entero. Me dará renombre a mí, a mi padre el rey y a la Alhambra.
- ¿Y tanto valor le das tú a los libros que coleccionas?
- Es que lo tienen y aun más. Para mí es como la realización de parte de mi sueño porque pienso que de este modo me expreso y dejo para la humanidad un legado muy valioso.
- ¿Y qué dicen de esta afición tuya tus amigos los príncipes?
- Algunos lo entienden y me apoyan y otros, no pero a mí me da igual. Yo soy sincera conmigo misma y, como tengo el apoyo de mis padres, mi corazón es feliz y me siento muy satisfecha.

Quizá por esto y porque también en el fondo le gustaba la compañía del artesano del taller, en este lugar se pasaba horas y horas todos los días. Le ayudaba al hombre en el trabajo tan bonito que cada día hacía y también trataba con respeto al ayudante manipulador. Éste, un día y otro, la llamaba aparte y le decía:
- Princesa, que este hombre mayor que tú llamas maestro, no es tan artista ni mucho menos bueno.
- ¿En qué te basas para pensar eso?
- Gasta pegamento, papel y pinceles sin control y, en algunos momentos, hasta lo he visto llevarse cosas a su casa.
- ¿Estás seguro de lo que dices?
- Y tan seguro. Es feo, muy feo por dentro y por eso yo quisiera que él no fuera el encargado de pedir y comprar las cosas que en este taller hacen falta. Es un inconsciente derrochador.

La princesa guardó silencio y no dijo nada a su amigo artesano.

Pero unos días después, vio ella al ayudante manipulador hablando con el administrador. Aquella misma tarde el administrador se presentó en el taller y dijo al jefe artesano:
- De parte del rey, tenemos que hacer un inventario en este taller.
- Yo en eso no me meto. Si el rey lo ha ordenado, usted haga su trabajo.
- Y también de parte de la princesa, desde ahora mismo, lo que se necesite en este taller, lo pido yo.
- Pues lo mismo le digo.
Y como en ese momento el hombre manipulador estaba allí y vio y oyó todo lo que se decía, en su corazón se alegraba que las cosas comenzarán a encauzarse según sus puntos de vista.

Tres días más tarde, la princesa una mañana se presentó en el taller y dijo a su amigo el artesano:
- Mi padre me ha dicho que quiere llevar él las cuentas personalmente de lo que se hace, compra y gasta en este taller.
- ¿Y por qué te ha dicho tu padre esto, princesa?
- No se fía de mí ni tampoco de ti y ha perdido interés en la colección de libros que yo estaba juntando en mis aposentos.
- ¡Cuánto lo siento!
Dijo sin más el hombre artesano. Y a partir de aquel día, la princesa ya no volvió más por el taller. El hombre manipulador sí hablaba con frecuencia con el administrador hasta que éste un día le dijo:
- Quiero que tú te encargues de los pedidos y lleves control de lo que entra y sale en ese taller.
- Gracias señor. Ya verá usted como todo cambia aquí para mejor.

Y como a los pocos días el hombre artesano descubrió que no tenía ni el apoyo ni el respeto de la princesa ni del rey ni del administrador, se dijo: “Lo mejor es que yo desaparezca de aquí y para siempre”. Y a la mañana siguiente ya no apareció por el taller. Tampoco al otro día ni en los que siguieron. Triste se ponía a tomar el sol en la puerta de su casa en la Medina y no dejaba de pensar en la princesa. Un día, pasado el tiempo, ésta apreció por la Medina y al ver al viejo maestro, lo saludó y luego le preguntó:
- ¿No vas a volver más por el taller?
- Princesa ¿tú sigues entusiasmada con tu colección de libros bellos?
- Me gustaría pero como el administrador, por orden de mi padre el rey, no muestra interés ninguno en ayudarme, no quiero seguir en este empeño. Parece como si todos se hubieran confabulado para quitarme la ilusión que tenía cuando te conocí a ti y no lo entiendo. ¿Qué piensas tú que ha pasado?
- Yo lo tengo claro y si pudiera, hablaría con el administrador y le diría lo que en mi corazón siento y pienso de él.
- ¿Piensas de él que no es un hombre bueno?

Y el viejo artesano guardó silencio. Lo comprendió la princesa y por eso nunca más volvió por la medina. Poco meses después, dejó de funcionar el taller de encuadernación y tres meses más tarde, el administrador pidió permiso al rey para vender y deshacerse de toda la colección de libros hermosos que la

princesa había juntado en sus aposentos.
- Majestad, estos libros no sirven para nada y sí podemos obtener con ellos algunos dineros.
- Pues ordeno que así se haga aunque se enfade la princesa.

Con estas palabras, el hombre encorvado que hablaba con el sabio del Puente del Aljibillo, concluyó su relato. Miró al sabio y después de unos segundos, le preguntó:
- ¿Encaja o no este relato en algunos de los capítulos del libro que escribes?
Y el sabio, sin pronunciar palabra ni mirar al que tenía a su lado, debajo del capítulo que decía: “Personas malas, no inteligentes y egoístas que humillan y limitan imponiéndose a los demás desde la soberbia y por la fuerza”, escribió: EL ADMINISTRADOR FANTOCHE.

La princesa y los cautivos //Aj

Los cuadernos del sabio-III

I- Unos días más tarde, el sabio repasaba sus escritos sentado donde otras veces: en el pequeño muro del Puente del Aljibillo y, mientras se distraía en la corriente del río que en esta ocasión bajaba abundante y muy clara, se decía: “Ojalá hoy venga por aquí el hombre que el otro día me habló de la Alhambra de corazón y alma blanca y negra. Le quiero preguntar para dejar recogido en mis cuadernos las cosas que nadie cuenta de estos palacios, reyes y habitantes”. Y estaba el sabio ensimismado, repasando lo que tenía escrito y pensando en el hombre encorvado, cuando lo vio acercarse. Venía del lado del barrio del Albaicín y al llegar lo saludó. Le correspondió el sabio y enseguida le dijo:
- Me gustó mucho la historia que el otro día me contaste y que ocurrió en la Alhambra.
- ¿Y la has recogido en tus cuadernos?
- Con mucho interés para que se conserve a lo largo del tiempo. Pero mientras la escribía, me iba dando cuanta que a la historia que me narraste, le falta algo. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?
- ¿Lo de la Alhambra de corazón y alma negra y blanca?
- Eso mismo. Si tienes tiempo y te apetece ¿por qué no me hablas de esto?
Y el hombre encorvado, sin más, dijo al sabio:

- El rey de la Alhambra quería mucho a su hija. Y como ésta era muy amante de las flores, del agua y de los árboles que rodeaban a los palacios, el padre siempre que podía la llevaba de paseo. Por los jardines más verdes y bellos que había ordenado construir dentro de los recintos amurallados y por donde se remansaban las albercas y saltaban las claras acequias.

Le decía a la princesa:
- No quiero que en esta vida te falte nada ni tampoco quiero que carezcas de los jardines más hermosos.
Se lo agradecía la princesa y se sentía orgullosa de tener por padre un rey tan bueno. Les decía a sus amigas:
- Siempre me complace en todo lo que me gusta y siempre está pendiente de mí

para que sea la más feliz.
- Tu padre, desde luego, es un rey excepcional. Eso se ve y muchas personas así lo dicen. ¡Quién tuviera un padre rey tan bueno como el tuyo!

Y un día que la princesa paseaba cerca de los palacios y en compañía de su padre, sintió lamentos de hombres que gritaban.
- ¿Quiénes son y qué les pasa?
Preguntó la princesa al rey.
- Son los esclavos.
- ¿Qué esclavos?
- Otro día te hablo de ello. Hoy, sigamos con nuestro paseo y disfruta de las flores en estos palacios y del agua clara de las acequias y fuentes.
No preguntó más la princesa a su padre pero aquella noche, apenas durmió pensando en los hombres que había oído lamentarse. Al día siguiente, salió ella sola de sus aposentos, cruzó los salones de los palacios y se dirigió al lugar donde había oído los lamentos el día antes. Unos soldados le salieron al paso y le dijeron:
- Tu padre el rey nos ha dicho que no te permitamos pasear por aquí.
- ¿Y eso?
- Ahí un poco más allá, es por donde están las mazmorras de los cautivos. El rey no quiere que veas y conozca eso.
- ¿Cuántas cautivos hay ahí?
- Cientos y cientos.
- ¿Y cómo viven?
- La mayoría de ellos, encerrados en las mazmorras que hay en el suelo y sin apenas ropa, agua y alimentos.
- ¿Pero por qué sois tan crueles con estas personas?
- Nosotros solo cumplimos órdenes.

Aquel mismo día, la princesa habló con su padre el rey y le dijo:
- Yo no entiendo como aquí, a cien metros de estos palacios donde vivimos con toda comodidad y lujo, puede haber tantas mazmorras llenas de personas sin libertad.
- Los esclavos no son personas y por eso no tienen derechos.
- Pero padre, yo vivo y tengo mis aposentos y cama a solo unos metros de donde estas personas se mueren sin la luz del sol, de hambre y frío. ¿Cómo puedo tener en el corazón paz y ser feliz de este modo?
- La vida es así, hija mía. Para que nosotros podamos tener todos los lujos y comodidades que en estos palacios hay, es necesario quitarles la libertad a todos los esclavos de las mazmorras. Y para que yo sea rey debe haber muchas personas sometidas, sin libertad y sin tierras. A todos los críticos y rebeldes, siempre es necesario eliminarlos.

Y la princesa aquella noche, ya no habló más con el padre de este asunto. Tampoco durmió feliz en su cama de seda y lana porque no podía dejar de pensar en los esclavos de las mazmorras a solo unos metros de donde ella estaba acostada. Por eso, a la noche siguiente, subió a lo más alto de su torre y durante mucho rato estuvo observando el firmamento lleno de estrellas. Se preguntaba, mientras a su modo rezaba: “¿Qué podría hacer yo para darle la libertad a todos estos cautivos y que fueran felices como se merecen?” Y pensó

que podría ponerse de acuerdo con los militares que conocía y pedirles que, por los mil pasadizos secretos que había y hay bajo las torres y murallas de la Alhambra, dejar que se escaparan y se fueran a la libertad, todos los cautivos que llenaban las mazmorras. “Pero ¿y si mi padre luego se enfada y me quita su cariño o me encierra a mí en estos calabozos?” Se decía asustada.

Vivió sin vivir con este extraño sentimiento durante algún tiempo. Hasta que una noche de luna clara, subió una vez más a lo más alto de la torre donde tenía su mundo. Se puso a contemplar las estrellas mientras a ratos, también miraba para las mazmorras donde adivinaba a los cautivos encerrados. Y de pronto, un blanco resplandor le dejó medio ciega. Cerró los ojos, tapándose la cara con sus manos y luego, poco a poco los fue abriendo. Asombrada fue descubriendo junto a ella y al frente, la figura de un joven muy hermoso. Le preguntó:
- ¿Quién eres y qué quieres de mí?
- Vengo desde una de esas estrellas que tú cada noche observas en el cielo.
- ¿Y qué te trae por aquí?
- En el cielo donde brillan esas estrellas, se ha oído tu plegaria y se conocen los buenos deseos de tu corazón
- ¿Vienes por aquí a liberar a los esclavos que se mueren en las mazmorras de estos palacios?
- Mira para tu derecha.

Y la princesa, miró para su derecha, lado por donde se encontraba el barrio del Albaicín. Y en las aguas del río Darro, vio caer como una densa y maravillosa lluvia de estrellas en todos los tamaños, formas y colores. Preguntó al misterioso joven:
- ¿Qué es y qué significa esto?
- Los esclavos que tú quieres liberar, por las galería subterráneas de la Alhambra, un día llegarán hasta las aguas de este río y al salir a la luz y ser libres, todos ellos se convertirán en estrellas hermosas que desde este río subirán al cielo que les pertenece y que tu padre rey les ha negado en este suelo.
- ¿Pero cómo será eso y cuando?
- Será así un día y para toda la eternidad, permanecerán libres y bellos y tú con ellos. Y pasado el tiempo, lo más valioso y hermoso que de estos palacios de la Alhambra se conocerá para siempre, serán precisamente estas personas y no las torres, piedras o tronos de los reyes y recintos de estos palacios.

II- Pasado el tiempo, muchos, muchos años después, un grupo de personas, ensayaban la escena. Caminaban por uno de los más bellos patios de la Alhambra y se dirigían a la grandiosa sala de la Torre de Comares. Al frente iba una joven muy bella que hablaba muy entusiasmada. Antes de llegar a la gran sala, le salió al paso el director y le dijo:
- Luego quiero hablar contigo, largo y tendido de este tema pero ahora, te adelanto algo: vamos a filmar vuestro ensayo para incluirlo en la gran película que estamos realizando.
- ¿Quieres decir que debemos tomarnos muy en serio lo que estamos haciendo?
- Exactamente eso es lo quiero decirte.
Y la joven, dirigiéndose al grupo que le rodeaba y seguía para ensayar la obra de

teatro, dijo:
- Ya estáis oyendo. La representación que preparamos tiene que ser tan real que todo el que luego en el cine nos vea, entienda con claridad los hechos de aquella extraña y sincera princesa.

Dos días antes, el director de la película, también había filmado otra de las escenas de esta obra de teatro. En esta ocasión, exactamente en los jardines donde se creía que, en aquellos tiempos, paseaba y soñaba la princesa. Era parte de los primeros momentos de la princesa en su relación con su padre y los cautivos de la Alhambra. Pero esta escena, la que ahora se disponía ensayar el grupo de actores en la sala de la Torre de Comares, era la realmente interesante. Lo que ponía punto y final a la vida de aquella princesa, su padre el rey y los cautivos de las mazmorras.

Por eso, en cuanto el grupo de actores estuvo en la gran sala, la joven que interpretaba el papel de la princesa, tomó asiento al fondo de la sala y frente al grupo, habló y dijo:
- La princesa, primero fue encarcelada en su torre y, luego fue sometida a un juicio y, al final, fue condenada por ponerse del lado de los cautivos y hacerse amiga de los pobres. La princesa sufrió mucho porque hasta su padre la despreció. Pero ella se hizo fuerte y no renunció en ningún momento a sus convicciones más íntimas. Todo esto, nosotros ahora tenemos que memorizarlo para luego transmitirlo en la representación que preparamos. Y con más fuerza aun tendremos que expresarlo en el momento que empiece el rodaje de la película. Así que demos comienzo al ensayo del último juicio al que fue sometido la princesa amiga de los cautivos. Todos la acusaban de loca y traicionera pero en este juicio debe quedar claro que ni estaba loca ni traicionaba a nadie. Que la condenaban y ejecutaban porque a ninguno le gustaba su postura a favor de los esclavos.

Un tesoro distinto //Aj

Los cuadernos del sabio-IV

A la tarde siguiente, el hombre encorvado se acercó al sabio y le dijo:
- En la Alhambra, ahora, muchos conocen sitios y van y vienen por jardines y palacios. Pero a pesar del tiempo transcurrido, ahí donde rodean esas murallas, hay un lugar muy especial, desconocido por completo de todas las personas.
Y al oír esto el sabio le preguntó:
- ¿Y qué sitio es ese?
- No puedo decírtelo exactamente porque aunque lo concrete hasta en sus más pequeños detalles, ya todo por ahí tanto se ha transformado, que es imposible verlo y recorrerlo como yo dentro de mí lo tengo.
- ¿Entonces?
- Lo veo casi cada noche en mi sueño y por eso sé que existe y fue importante en su momento y lo sigue siendo ahora.
- ¿Y por qué es, según tú, importante ese rincón que hay en la Alhambra y ves con frecuencia en tu sueño?
- A mi modo, voy a describírtelo para que lo escribas en tus cuadernos y quede para siempre recogido.

Y el hombre encorvado dijo a sabio:
- El rincón del que te hablo, es como un lugar sagrado, entre los palacios y las murallas. El terreno donde se encuentra, es algo inclinado y por eso se ve como repisas. Al lado de arriba o parte alta, crecen muchos árboles. Por entre ellos, desciende un camino en forma de escalera que va derecho a un pequeño rellano, donde hay asientos de piedras, fuentes a los lados, plantas con muchas flores y agua en cascadas y acequias serenas. Y al final de este camino tallado en escalera, hay un descanso algo más grande. Al lado de la derecha, una gran fuente vierte sus aguas y a la izquierda, dos o tres grandes árboles derraman sus sombras en verano.

En mi sueño, cada noche veo caminando por esta escalera entre fuentes, árboles y flores, a un hombre muy anciano. Lleva siempre en su mano un libro muy grande, grueso, encuadernado en piezas rotas y casi deshechas por el tiempo. Las hojas de este libro, están amarillas y también se caen a pedazos. Pero él, siempre trae el viejo libro en sus manos, apretándolo contra sí con mucho cariño y al llegar al último rellano del camino en escalera, se para, mira y luego se sienta en una piedra grande que hay junto a la fuente. Abre el libro y hace como si lo leyera al tiempo que, de vez en cuando, mira para el lado de abajo.

Por entre los árboles, rozando la acequia del agua clara y apartando las flores, aparece y camina ella. Una joven muy bella, de pelo negro, alta y delgada y de caminar sereno. Roza la gran fuente del rellano, se acerca a donde el anciano lee el libro, se sienta a su lado y sin decirle nada, mira las hojas de este viejo libro y parece que leyera. Sonríe el anciano y al poco, cierra el viejo libro, se lo entrega a la joven y le dice:
- Princesa, esto es lo que queda de aquel tan bonito sueño que tuviste cuando eras libre.
- También quedas tú que fuiste y eres mi fiel y mejor amigo. Y para que aquel tan bello y dulce sueño mío permanezca fresco, quedan los versos escritos en estas descoloridas páginas del libro que fue mi sueño.
- Princesa, debes quedarte con él y cuidarlo mientras vivas. Es de un valor inmenso lo que en este libro hay escrito.
- Tú lo cuidas mejor que yo. Siempre caminando y cada tarde, mientras tengas fuerzas y a mí el cielo me lo permita, ven a este lugar y me lees algunos versos. Ahora ya, con esto me sacio y mi corazón alcanza su paz.

Y en este momento, el anciano abrió el libro casi por el centro, buscó despacio y luego, muy quedamente y como si rezara una oración, leyó a la princesa el siguiente poema:

No me echéis de menos
ni lloréis por mí
cuando ya me encuentre
lejos de aquí,
en lo más adentro,
a todos os metí

y donde Dios y el cielo
y las rosas de abril
se unen con mi sueño,
seremos y ya, sin fin.
Allí os espero,
no lloréis por mí.

Y casi siempre, al llegar a este punto, mi sueño se termina. Me despierto y en el alma siento una sensación muy extraña. Como si de verdad hubiera estado presente en ese rincón de la Alhambra, viendo con mis propios ojos, el anciano del libro y su amiga la princesa. ¿Qué crees tú que puede ser esto?
Preguntó el hombre encorvado al sabio, al terminar su relato. Dejó el sabio que pasara un rato y luego dijo:
- Yo no sé lo que podrá ser pero sí me parece que tu sueño es hermoso. Pertenece a esas cosas misteriosas del alma, Dios y el cielo y por eso saben y proyectan eternidad.
- ¿Lo vas a escribir en tus cuadernos?
- Tengo que escribirlo y dejándome un gran espacio en blanco para poner el final el día que en tu sueño, descubras el misterio de ese libro, del hombre que lo porta y de esa joven tan bella.

El valle de los reyes //Aj

Los cuadernos del sabio-V

Una mañana de abril, después de muchos días de abundantes lluvias y enormes crecidas del río Darro, salió el sol. Brillante como nunca antes se había visto en Granada y por eso los paisajes se veían limpios y frescos. Las torres y murallas de la Alhambra, los árboles por las laderas, la hierba con sus florecillas junto al río y al borde de los caminos por donde la Fuente del Avellano y las cumbres de Sierra Nevada. Se anunciaba un mes de abril muy bello, preludio y pórtico de la primavera que llegaba.

Por la orilla del río Darro, a la altura de lo que hoy es el Paseo de los Tristes y subiendo por la izquierda del cauce, se vio caminar al hombre encorvado. Solo y observando con interés todo cuanto a su paso iba encontrando. El vuelo de un mirlo, le sorprendió al pasar a solo unos metros por encima de su cabeza y entonces se paró y miró. Lo vio posarse en las ramas de un pequeño árbol casi en el mismo camino que las personas recorrerían al ir y venir por estos sitios. Y al mirar más despacio, descubrió que el mirlo traía comida a sus pajarillos. Estos, alzaban sus cabezas y abrían sus picos y en esos momentos los vio recortados sobre el azul del cielo y las torres de la Alhambra en lo más alto de la colina. Se dijo: "Solo hace unos días que la primavera ha llegado y solo también hace nada que las lluvias han parado y estas avecillas, ya tienen sus crías pidiendo comida. Lo que es la vida y lo que es la naturaleza, con sus pequeños y grandes misterios y sus inigualables pinceladas de belleza".

Y se dispuso seguir su paseo cuando, al mirar para el Puente del Aljibillo, lo vio sentado. Hoy no en el mismo muro de la calzada del puente sino en el muro que hay por delante del edificio conocido en estos tiempos como El Rey Chico. Desde aquí se veía claramente la aun turbia corriente del río y los árboles que por ahí, las crecidas de los días anteriores, habían dejado tumbados. Aligeró el paso, cruzó el puente, se acercó al viejo sabio, ahora ya amigo suyo y al llegar, lo saludó. Vio que tenía en sus manos un pequeño cuaderno con las hojas en blanco. Sin más rodeo le preguntó:
- ¿Si te explico las cosas, despacio y con detalles, serías capaz de dibujar un

plano?
Lo miró pensativo el sabio y a su vez le preguntó:
- ¿A qué plano te refieres?
- A un secreto, grande y bello que también me gustaría contarte. Por eso, si dibujas el plano en esta primera hoja blanca de tu cuaderno y luego escribes el relato que da sentido al plano que te digo, ya verás como todo queda claro.
- Pues explícame las cosas despacio y con todos los detalles que yo por mi parte voy a intentar hacer el dibujo del plano que me dices.

El hombre amigo del sabio, se sentó junto a él y despacio comenzó a contarle las cosas. Escuchó un momento en sabio y luego se puso a dibujar en la hoja en blanco los detalles que el amigo le iba narrando. Retocó un poco por un lado y otro y, pasado media hora, un pequeño plano, muy sencillo, bonito y algo decorado, se vio dibujado en la primera hoja en blanco de su cuaderno. Al final el sabio preguntó al hombre encorvado:
- ¿Refleja con exactitud el terreno y los paisajes que tienes en tu mente?
- Lo refleja bastante bien pero con la narración del relato que ahora voy a contarte, todo va a quedar muy claro. Escribe en la parte de arriba y como título al plano EL VALLE DE LOS REYES y debajo y en las páginas que siguen, toma nota y escribe lo que te cuento ahora mismo.
Escribió el título el sabio y luego, continuó escribiendo la historia que el amigo le contaba. Pongo a continuación el relato que al final, quedó perfectamente escrito en el pequeño cuaderno del sabio:

“Al levante de la Alhambra, en un paisajes que nadie conoce porque nadie ha visto nunca, se encuentra el misterioso y bellísimo Valle de los Reyes. Lugar que visitaban con frecuencia los reyes de la Alhambra y otros cortesanos. Y como el paisaje era tan bello, mucho tiempo atrás, aquí ordenaron construir no un palacio sino varios, rodeados de grandes jardines, muchas fuentes y acequias con abundantes aguas cristalinas. Pasado el tiempo, estos lugares tan bellos y repletos de vegetación, lo fueron usando como cementerio. Algo que solo algunos sabían porque al recinto del grandioso valle, no se podía llegar sino desde el lado del río grande. Subiendo desde Granada y la Alhambra hacia Sierra Nevada pero por caminos y lugares que hoy nadie saben.

Y la última vez que los reyes y cortesanos llegaron y llenaron esta fantástico valle, fue un día de primavera recién comenzada. Desde la colina de la Alhambra, por una gran vereda ancha y en dirección contraria a como corren las aguas del río Genil, se vio subir al cortejo. Una gran fila de personas a caballo, en carruajes y andando, bajó primero a las tierras llanas del río. Tierras que estaban sembradas con muchos árboles frutales, llenos de flores algunos, aquella mañana y ya con hojas y pequeños frutos, otros. La gran comitiva surcó las tierras llanas junto al río y al remontar la pequeña loma, se encontraron frente a las hermosas construcciones de piedras, mármoles, jardines, fuentes y arroyos. El rey que iba al frente de la comitiva, se paró, miró a los que le acompañaban y les dijo:
- Este lugar ha sido, es y será siempre para nosotros, pórtico del paraíso que esperamos encontrar en el cielo. Que nadie nunca lo profane ni le dé otro uso que el que nosotros siempre hemos querido.

Guardaron silencio todos los de la gran comitiva y unos minutos después, descendían por la pequeña ladera hacia el corazón del gran valle. Al llegar frente a los magníficos edificios de piedra y mármol, se pararon. Rezaron al cielo y algo después, dieron sepultura al que había sido príncipe entre ellos, hasta aquellos momentos. Todos rezaron un poco más, miraron al sol y a las cumbres de Sierra Nevada y algo más tarde, las nieblas cubrieron todos aquellos paisajes. Cuando al día siguiente volvió a salir el sol, nadie vio ni a la gran comitiva ni a los reyes ni a los magníficos edificios ni jardines ni fuentes de aquel valle. Nadie lo ha vuelto a ver nunca más ni nadie sabe hoy en día que existió este lugar, con todo lo que ya he dicho".

Con estas palabras, el hombre encorvado, concluyó el relato que contaba al sabio. Éste puso punto y final al escrito y luego alzó su cabeza, miró al amigo y le preguntó:
- Lo que me has contado es muy bonito pero ¿cómo puedo saber yo si esto es verdad o es algo que tú te has inventado?
- ¿Importa eso mucho para que lo dejes o no escrito en tus cuadernos?
- Desde luego que no importa nada. Es más: creo que debo dejarlo escrito y junto al plano dibujado. Porque también creo que en el fondo importa poco que "El Valle de los Reyes" en Granada, sea cierto o no. Tú me lo has contado y yo lo he dejado recogido en mi cuaderno porque me parece bello y como reflejo de algo aun más bello y eterno.

El joven, el perro y las monedas de oro //Rd

Parece que, a pesar del tiempo transcurrido y lo mucho que por el lugar han cambiado las cosas, todo por aquí siguiera vivo. Como si, en algún lugar de la luz o del viento, su figura, su caminar y sus sueños, hubieran quedado recogidos y nada, nada pueda borrarlo. Al menos, yo así lo percibo y casi nítido lo veo en muchos momentos.

Y sucedió hace ya mucho, mucho tiempo. Antes de que en la colina de la Alhambra, se alzaran las torres y murallas. Y por supuesto que mucho antes que junto al río Darro, Genil o por la Vega de Granada, hubiera edificios o palacios. Sí existían por aquellos tiempos, caminos que iban y venían por las orillas de estos ríos, cerca de las hermosas corrientes de aguas claras que descendían serenas o se remansaban en charcos o pequeñas playas. Subía, uno de estos caminos, por la orilla del hoy conocido como río Darro y pasaba por donde unos paisajes muy hermosos. Algo más arriba de donde ahora se juntan el río Darro con el Genil y casi a la altura de lo que conocemos con el nombre de Paseo de los Tristes.

Por este camino, todas las tardes, se le veía. Era joven, siempre le acompañaba un pequeño perro colorado y blanco y parecía que en todo momento iba al encuentro de algo grande. Algunas veces, se paraba junto al río, donde el cauce tenía una pequeña curva y se remansaban varios charcos. Y aquí, durante rato, se entretenía mirando y jugando con su perro. Cogía, a veces, algunas truchas y en otros momentos, le llamaba mucho la atención el pequeño

animal salvaje que en este tramo del río vivía. Al verlo su perro, perseguía a este animal y nunca lograba cogerlo. No le importaba porque su mundo era otro y por eso siempre llamaba a su perro y seguía por el camino.

Le gustaba mucho el paso del pequeño arroyo que le llegaba al río por la derecha. Un hilo de agua muy clara, siempre descendía por este arroyuelo y para cruzarlo, él buscaba unas piedras gordas y de una a otra, saltaba. Como si no tuviera prisa pero siempre como al encuentro de algo importante que parecía no encontrar en ningún momento. Sin embargo, un día de invierno algo cálido, subió por este caminillo, en la curva de los charcos del río se paró un momento y jugó un rato con su perro. Luego siguió, cruzó el arroyuelo por el vado de las piedras y unos metros más adelante, se encontró con varios conocidos que caminaban en dirección contraria. Le preguntaron:
- Queremos cruzar al otro lado del río para remontar a la colina de la izquierda. ¿Por dónde hay un buen paso?
- Cruzad el arroyuelo saltando por las piedras y por debajo de la curva del río, veréis una bonita playa de arena. Ahí el río ofrece un cómodo paso.

Le dieron las gracias las personas y él siguió subiendo por el caminillo. Una veredilla estrecha, muy pegada a las aguas y por donde todo el suelo era arena. Por eso pisaba con cuidado y al poco, sus desnudos pies, tropezaron con unas monedas muy relucientes. Se agachó, las cogió y enseguida comprobó que eran de oro. Siguió caminando, ahora mirando a la arena del caminillo que pisaba y, al poco, vio otras monedas. Las volvió a coger y al mirar, vio más monedas y así hasta doce. Las guardó todas en su bolsa de cuero y cuando la tarde caía por la gran Vega de Granada, él se perdía río arriba, siguiendo la senda y en compañía de su perro. La oscuridad de la noche lo ocultó en los bosques y montañas al fondo y por donde brotaban las aguas del río y al día siguiente, ya nadie lo vio. Nunca más se le vio por las orillas de este río Darro ni tampoco nunca nadie preguntó ni ha preguntado por él. Pasado el tiempo, construyeron casas junto al río Darro y junto al río Genil y construyeron torres y murallas en la colina donde hoy se alza la Alhambra. Se borró y desapareció aquel caminillo, el arroyuelo del vado de las piedras y los charcos del río. Y, pasado el tiempo, aun se borraron mucho más aquellas playas de arena dorada y los paisajes que le rodeaban.

Hoy en día, ya muchos, muchos años después, aquel caminillo y el joven con su perro, por completo han quedado enterrados en todo lo que por aquí se ha construido. Pero yo, muchas tardes me vengo al famoso Puente del Aljibillo, me siento en su muro, miro a la Alhambra sobre la gran colina, observo a los turistas y a las demás personas que por aquí pasan y me extasío en las puestas del sol sobre la Vega de Granada. Y claro que me gustaría preguntar, a los reyes que vivieron en la Alhambra, a los turistas y demás personas que ahora van y vienen por aquí y a una persona muy concreta que conozco, qué saben y piensan de aquel joven. Y por qué, a pesar del tiempo transcurrido y tanto como por aquí todo se ha transformado, aquel joven, su perro y las monedas de oro, parecen no haber desaparecido de este lugar. Como si, a pesar de haber sido insignificante, el Universo y el cielo, lo mantengan vivo en el alma y la luz de estos lugares.

El hombre, los pájaros y los gatos //Ba

Su casa no era muy grande. Recogida en la ladera del barrio del Albaicín, frente por completo a la colina de la Alhambra y no lejos del Mirador de San Nicolás. Tenía un pequeño jardín con naranjos y limoneros, higueras, granados, muchos rosales que daban flores en todos los colores, un cerezo y un par de acebos. También un pequeño y fresco césped de violetas moradas y blancas y, en el mismo centro de este jardín, una fuente de piedra con agua rumorosa y clara.

No tenía familia y por eso vivía solo en su bonita casa y pequeño jardín que adoraba. Pero él, amanten de los animales y amigo sincero de la naturaleza, puestas de sol y del pequeño río que corre a los pies de la Alhambra, cuidaba con gran esmero las plantas de su jardín. Le decía a los amigos, cuando venían a su casa a por algunas naranjas o tallos de hierba buena:
- Con el sudor de mi frente, quitándome el pan de la boca, piedra a piedra y a lo largo de mucho tiempo, por fin he conseguido la pequeña casa de mis sueños. ¿Y sabéis lo que ahora cada día más deseo?
- Tener un día no una casa como ésta sino un palacio como la Alhambra.
- Eso, ni lo sueño. Con este recogido paraíso mío tengo más que suficiente.
- ¿Entonces?
- Lo que más deseo cada día y sueño que se haga realidad es que este jardín mío se llene de muchos pajarillos.
- ¿Qué clase de pajarillos?
- Ruiseñores, currucas, gorriones, tórtolas, palomas, mirlos blancos y negros, petirrojos, verderones y otros muchos más.
- Pues ojalá un día tu sueño se haga realidad.
Le decían los amigos.

Por eso, desde aquellos días, el hombre ponía más y más interés en las plantas de su jardín y en el agua clara de la fuente. Pasado el tiempo, una noche y en el acebo que crecía bajo su ventana, sintió cantar un mirlo. Le pareció tan hermoso que por un momento pensó que soñaba. Pero al día siguiente, se sorprendió aun más al ver posarse en las ramas del ciprés, una pareja de tórtolas. Se dijo: “¡Qué bien que las aves vayan llegando a este jardín mío! No les daré de comer ni tampoco les pondré nidos artificiales. Quiero que, los pájaros que vengan a este rincón, sean los más libres del mundo porque eso es lo que la naturaleza les pide a ellos”. Pero el hombre, a partir de aquel día, regaba las plantas de su jardín con más entusiasmo y procuraba que en la fuente nunca faltara agua. También dejaba que los pájaros se comieran de sus árboles, los higos maduros, las manzanas y las cerezas.

Y una mañana de primavera, antes de salir el sol, el hombre sitió los trinos de un ruiseñor. Cantaba con fuerza melodías casi mágicas y esto le lleno de gozo el corazón. De nuevo se dijo: “Lo que nunca soñé y más me gusta en esta vida, por fin ocurre en este jardín mío. Debo darles gracias al cielo por el regalo tan maravilloso que cada día me ofrece”. Y a partir de aquel día, a todas horas contaba el bonito milagro que estaba ocurriendo en el pequeño jardín de su casa. Y los amigos, uno y otros, le decían:
- Pues ya verás lo que pasará con todos estos hermosos y silvestres pájaros que

se han venido a vivir a tu jardín.
- ¿Qué es lo que puede pasar?
- Pues que un día, cuando menos lo esperes, aparecerá por aquí un gato y se los comerá todos, uno detrás de otro. Eso ocurre con frecuencia y las avecillas de tu jardín no están exentas de esta amenaza.

El hombre guardaba silencio y ni siquiera quería pensar que un día ocurriera lo que los amigos le anunciaban. Pero un día, un poco antes de la primavera, bajo uno de los acebos y en un rincón entre piedras, una gata del barrio parió cuatro gatitos. Ni siquiera lo descubrió él a pesar de lo mucho que cuidaba y regaba su jardín, casa y pájaros. Crecieron los cuatro gatitos por completo salvajes y cuando ya la madre los destetó, aparecieron por el jardín buscando alimentos y agua. Enseguida el hombre descubrió que los ruiseñores dejaron de cantar y al poco desaparecieron. A los mirlos apenas se les veía por el jardín. Pocos días después, vio junto a la fuente, las plumas de una tórtola y otro día, por entre los rosales, se encontró también las plumas y restos de una curruca. Desaparecieron las palomas y hasta un par de mochuelos que había oído ulular por las noches, dejaron de oírse.

Preocupado el hombre cada día más, varias veces intentó echar fuera de su jardín a los gatos y no lo conseguía. Habían crecido tan salvajes que en cuanto lo veían, salían corriendo y saltaban por las paredes o se escondían en los sitios más complicados. Y el hombre, a lo largo de todo el verano, en los meses del otoño y durante el invierno, fue encontrando una vez y otra, plumas, patas y picos de pájaros comidos por los gatos. No dormía ideando la forma de echar fuera de su jardín a estos salvajes felinos y para animarse se decía: “En cuanto de nuevo llegue la primavera y los mirlos, las tórtolas y las palomas que aun todavía quedan por aquí hagan sus nidos y salgan sus crías, seguro que otra vez mi jardín se llena de avecillas”. Y sí, al llegar la primavera aparecieron algunos mirlos, currucas y gorriones, hicieron sus nidos y sacaron sus crías. Pero al salir los nuevos pajarillos de sus nidos, cían al suelo y mientras intentaban entrenarse para coger fuerzas y escabullirse entre las ramas, aparecían los gatos y se los iban comiendo uno detrás de otro. Enfadado el hombre, un día hizo una jaula grande de alambres recios y trozos de hierro, le puso una puerta con unos muelles, un gancho dentro y en el fondo y aquí trabó un trozo de carne. Preparó esta trampa y, al caer la noche, la colocó en el rincón donde sabía se refugiaban los gatos.

Se dijo: “Si da resultado y caen en esta trampa, los eliminaré de este jardín mío y así los pajarillos volverán otra vez y vivirán en paz”. En cuanto amaneció al día siguiente, salió de su casa y se fue derecho a la jaula que había colocado para atrapar a los gatos. Y al acercarse, vio que dentro de la jaula, miraba asustado y furioso uno de los gatos que mil veces antes había descubierto corriendo por su jardín. Se dijo: “Eres muy bello y ahora mismo me inspiras compasión pero te has comido casi todos los pájaros que vivían en mi jardín y eso me tiene muy enfadado. Los siento porque nunca me hubiera atrevido hacerte daño si tú y tus hermanos hubierais respetado las avecillas de este pequeño paraíso mío”. Cogió la jaula con el gato dentro, se acercó a la fuente, sumergió la jaula en el agua y en el fondo la tuvo hasta que el felino murió por completo ahogado. Luego abrió la jaula, sacó de ella el gato ya sin

vida, hizo un agujero en el rincón del jardín y lo enterró diciendo: “Puede que a partir de ahora me llamen matagatos pero lo siento. Ni tú ni tus hermanos habéis respetado los bonitos y alegres pájaros de mi jardín y por eso yo tampoco puedo respetaros a vosotros. Uno detrás de otro, os iré eliminando”.

El misterioso puzle de la Alhambra //Aj

Se llamaba María y era la más buena del mundo. Tenía su casa, un bonito palacio con patio interior y columnas de mármol, cerca de las aguas del río Darro. A la altura del Paseo de los tristes, no lejos del Puente del Aljibillo. Era algo mayor, no tenía hijos y su marido la quería mucho. Nunca le reprimía nada, dejaba que expresara sus sueños y aspiraciones en libertad y del modo en que quisiera y la valoraba mucho. Cuando hablaba con los amigos, siempre les decía:
- A las mujeres, hay que verlas y respetarlas como a la obra más perfecta de la creación. Si se les mira desde el corazón, las mujeres, todas las mujeres del mundo, son tan bellas que se comprende enseguida que sin ellas el mundo no tendría valor. Pienso que todas tienen una gran misión en la tierra. El más grande y digno cometido que existe. Las mujeres, todas, son pilares del cielo, belleza del mundo, fuerza del corazón, esperanza de la vida, alimento del alma, la vida misma… Y para los poetas, escultores, escritores, pintores, para todos los que llevan sensibilidad en el alma, ellas son la poesía. El libro más bello nunca escrito.
Al oír esto, algunos de los amigos le preguntaban:
- ¿Y de este modo que dices es como tú ves y tratas a tu esposa?
- María, mi mujer, es única. Ella me ha dado tanto cariño y me ha enseñado tantas cosas que de no haberla conocido, mi vida habría sido nada.
- ¡Pues sí que ves tú tesoros y belleza en la mujer de tu vida!

María la bella, que era como muchos la llamaban en el barrio del Albaicín, no solo era hermosa en su rostro y cuerpo. Ella era enormemente bella en su corazón y alma y esto, muchos también en el barrio lo sabían. Y, sobre todo, los más pobres, maltratados y despreciados. Porque ella, siempre con el permiso de su marido, una de las cosas que con frecuencia practicaba, era su amor para con los más débiles. Por los niños que vivían cerca de su casa y por los pobres que se refugiaban en las cuevas, calles y plazas. No era muy rica pero sí tenía una pequeña fortuna. Y, parte de esta fortuna, la gastaba en los pobres y niños. Porque, con frecuencia, en el patio de su bella casa, organizaba no una fiesta para divertirse sino un encuentro de personas humildes. Preparaba alimentos y en este lugar, se reunía con estos pobres y niños, compartía con ellos todo lo que pudiera. Y, mientras estas personas se alimentaban con las cosas que ella les regalaba, se hacía presente entre ellos, los saludaba, les preguntaba por su vida y luego los cogía de las manos y les decía:
- Lo poco que tengo, ya estáis viendo que, siempre que puedo, lo comparto con vosotros.
Y ellos le decían:
- Es usted la mujer más buena que nunca hemos conocido. Ojalá todas las personas del mundo tuvieran un corazón como el suyo.

Y como se sentían tan queridos, bien tratados y respetados, expresaban su sinceridad ofreciéndole pequeñas reverencias y hasta tocándole las manos o regalándole algún beso. Les agradecía ella estos detalles y les decía:
- Es que, además de otras muchas cosas, el cielo me ha premiado con el marido más bueno del mundo. Me respeta tanto y me premia con tanta libertad que soy la más feliz de las personas. Como bien decís vosotros, ojalá todos los hombres fueran tan gallardos y nobles como mi marido.

Desde la bonita casa de María la bella, se veía perfectamente la gran colina de la Alhambra. Y, alzada sobre esta robusta colina, se veían las torres y murallas de los palacios, gran parte de los jardines y toda la umbría que caía por la ladera hacia el río Darro. Le gustaba a María, en las calurosas tardes de verano, sentarse en la puerta de su casa y desde aquí, contemplar despacio y en calma, los paisajes que tenía enfrente. Y como también al caer las tardes, los niños de las casas cercanas salían a la calle a jugar, a ella le gustaba mucho observarlos. Mientras contemplaba la figura de la Alhambra, se distraía en el juego, risas y algarabías de los niños que cerca de ella jugaban y hasta se sentía una privilegiada.

Tres de estos niños, vivía en la casa contigua a la suya. Dos de ellos, entre diez y doce años, eran varones y la tercera, hermana de los dos niños, no llegaba a los nueve años. Y era esta pequeña la que, cuando estaba en la casa y veía a la mujer tratar amablemente a los pobres, siempre preguntaba:
- ¿Por qué los quieres tanto?
- Estas personas tienen corazón como nosotros. Regalarles una sonrisa, una simple caricia o una palabra amable, a mí no me cuesta nada y a ellos les da la vida. Lo que más necesitamos todas las personas en este mundo no son riquezas ni grandes palacios ni hermosos vestidos sino sentirnos queridas por los que tenemos a nuestro lado.
- Pero tú ¿qué recibes a cambio de lo que haces por estos pobres?
- Recibo su agradecimiento y, verlos felices, es para mí lo más valioso.
- ¿Te deja el corazón contento?
- Contento y lleno de una dicha que ni con todo el oro del mundo puede comprar nunca nadie.
Y la pequeña, aunque no llegaba a comprender, si notaba que tanto las palabras de María como sus comportamientos para con los pobres, era algo bueno.

Por eso lo comentaba con sus hermanos y por eso, cada vez más, le apetecía compartir con esta amiga mayor, ratos, juegos y palabras. Y así fue como una tarde que la mujer repartía comida a los pobres en el patio de su casa, se acercó a ella y le confesó:
- Pues a mí ¿sabes lo que me gustaría en esta vida?
Algo sorprendida María la miró, puso sus manos obre la cabeza de la niña, la observó con ternura y le preguntó:
- ¿Qué es lo que te gustaría?
- ¿Tú conoces ese pequeño puente de piedra que, en el río, da paso hacia el barranco de la Alhambra?
- Claro que lo conozco. No está lejos de mi casa y muchas veces lo he cruzado para subir a la colina de ese barranco.
- Pues desde ahí, desde ese puente, a mí me gustaría lanzarme al río y no para

tirarme a las aguas o quitarme la vida.
- Entonces ¿por qué te gustaría lanzarte al río desde ese puente?
- Para volar.
- ¿Para volar?
- Sí, porque lo que a mí me gustaría mucho es ponerme encina de ese puente, en el lado de la derecha según se cruza dirección al barranco, asomarme a las aguas en la dirección en que la corriente se va y dar un salto al vacío.
- ¿Y qué te gustaría que pasara después de dar ese salto?
- De qué modo podría ser, no lo sé porque yo no tengo alas pero después de dar este salto que te digo, me gustaría quedar en el aire suspendida y salir volando en la misma dirección en que se alejan las aguas del río.

Guardó silencio la mujer, abrazó un poco más a la pequeña y después de unos segundos, de nuevo preguntó:
- ¿Y se puede saber cuál es la razón por la que quieres volar y además en la misma dirección que se alejan las aguas del río?
- Tampoco lo tengo claro pero sí sé que me gustaría mucho. Porque me parece a mí que volar desde este puente en la misma dirección de las aguas del río, podría llevarme a lo más alto de las torres de la Alhambra. Y lo de las aguas del río creo que es porque sería muy divertido que esta corriente me acompañara en este fantástico vuelo mío. ¿Tú crees que esto podría suceder algún día?
- Tu sueño es muy bonito y está lleno de libertad, luz y transparencia. Pero ahora mismo no sé si algún día se hará real.
- ¿Entonces?
- Que por soñar no pasa nada. Y yo sé que algunas veces, hasta los sueños más incompresibles se convierten en realidad.

Unas tardes después, jugaban los tres hermanos justo por donde el Puente del Aljibillo. Y, en uno de los momentos de sus juegos, la niña se paró, se acercó al puente, miró para las torres de la Alhambra que en lo más alto de la colina emergían como saludándola. Se ocultaba el sol tras estos muros y por eso, las torres de las murallas y palacios, resaltaban sobre un cielo muy bello, con tonos naranja, azul y morado. Y este tan mágico cuadro le encandiló a ella tanto que preguntó a sus hermanos:
- ¿Qué pensáis vosotros que puede haber por aquellos cielos y rincones de la Alhambra?
- No lo sabemos pero eso debe ser bonito y extraño.
Comentó el menor de los niños. De nuevo ella dijo:
- Un día, debemos subir hasta esa colina y descubrir lo que en esos lugares haya. ¿A que será divertido?
- A mí me gustaría mucho.
Dijo ahora el mayor de los tres hermanos.

Y en estos momentos, al mirar la niña para el pequeño muro en el puente del río, vio a un hombre ahí sentado. No lo conocía de nada porque nunca antes lo había visto por ningún rincón del barrio. Lo miró, durante unos segundos y luego, sin decirles nada a los hermanos, se acercó a él, lo saludó y le preguntó:
- ¿Cómo te llamas?
Y el hombre, algo mayor, con barbas blancas y pelo negro, miró a la niña y le

respondió:
- Mi nombre no es importante pero sí tengo para ti algo que puede gustarte mucho.
- ¿Qué es?
- Sé que te gustaría trazar un vuelo desde este puente hasta las torres de la Alhambra y sé también que te gustaría subir a esa colina y recorrer todos los rincones que por ahí hay para descubrir los secretos y misterios de esos lugares.
Algo extrañada por lo que el hombre le revelaba, la niña preguntó:
- ¿Y tú como sabes todo esto?
- Ahora tampoco importa porque quiero decirte que sí puedo ayudarte a realizar algunas de las cosas que sueñas.
- ¿Y a mis hermanos también?
- A los tres puedo ayudaros.
- ¿De qué modo y cuando?
- El modo es de la manera más sencilla y el momento puede ser ahora mismo.

Llamó la niña a los hermanos, les habló de lo que le acababa de contar el hombre que allí estaba sentado, se acercaron los tres de nuevo a este hombre y después de que la niña le presentara a los dos niños, le dijo:
- Ahora ya estamos esperando a que nos digas más cosas de lo que hace un momento me contabas.
Y el hombre de barbas blancas, con voz suave y como acariciando, habló y dijo:
- En lo más alto de la colina, sobre la que se alza la Alhambra, hay muchos tesoros y secretos escondidos.
- ¿Tesoros y secretos?
Preguntó muy interesado el hermano menor.
- Sí, además de otras cosas valiosas y muy interesantes que solo algunas personas conocen.
- Pues a nosotros nos gustaría mucho encontrar un día algunos de estos tesoros y secretos. ¿Es en esto en lo que dices puedes ayudarnos?
- Exactamente en esto es en lo que puedo y ahora deseo ayudaros.
- Pues ya estás viendo que nos morimos de ganas de oír de ti lo que nos anuncias.

Hizo una pausa el hombre, metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó un papel doblado, se lo mostró a los niños, comenzó a desdoblarlo al tiempo que les decía:
- Esto es un plano de un rincón en lo alto de la colina de la Alhambra.
- ¿Y qué hay en este plano?
Seguía preguntando la niña.
- ¡Fíjate! Por este lugar se ve un pequeño barranco. Algo así como un arroyuelo sin agua, donde crecen muchos árboles y han sembrado algunas plantas de jardín. Justo aquí, en la parte alta de este arroyuelo y que se encuentra al otro lado de la Alhambra pero en lo más elevado de la colina, hay un tesoro escondido. Hace mucho, mucho tiempo que lo enterraron ahí y nadie lo sabe ni fue nunca descubierto.
- ¿Qué clase de tesoro es?
- Eso podréis descubrirlos vosotros en cuanto deis con este tesoro y lo saquéis del lugar donde se encuentra enterrado.
- ¿Tú vas a llevarnos a ese sitio y luego nos ayudas a encontrar el tesoro que

dices?
- Me gustaría hacer esto pero no puedo.
- ¿Por qué no puedes?
- Tampoco a vosotros os interesa mucho esto. Pero puede que más adelante y en un momento concreto, sí pudiera deciros lo que ahora queréis saber y no lo hago.
- Entonces nosotros ¿de qué manera podremos encontrar el tesoro que nos dices?
- Con este plano que, a partir de ahora mismo, ya es vuestro.

Dobló el hombre el plano, se lo dio a la niña y luego le indicó:
- Cuando vosotros queráis, podéis subir a la colina de la Alhambra y, siguiendo las indicaciones que en el plano hay escrito, poneros a buscar el tesoro que ya os he dicho.
- ¿Y cuando lo encontremos?
- Ya veréis entonces lo que sucederá.
- ¿Y podremos compartir con otras personas todo lo que nos acabas de contar y mostrarle este plano?
- Podéis hacer lo que a vosotros os guste más.
- ¿También, el día que encontremos el tesoro, venir por aquí y mostrártelo?
- También podéis hacer eso.

Y durante un buen rato, los tres niños siguieron hablando con el hombre de las barbas blancas. Le preguntaron y le preguntaron cosas y luego, cuando ya la noche comenzaba a llegar, despidieron al hombre del puente del río, se fueron a su casa y al pasar por la puerta de la casa de su amiga María, el mayor de los tres preguntó:
- ¿Y si le contamos a nuestra amiga esto del plano y lo del tesoro en la colina de la Alhambra?
Y la pequeña enseguida comentó:
- Podemos hacerlo y a lo mejor ella se une a nosotros y todo así puede ser más divertido. Pero creo que mejor es no decir nada a nadie.
- ¡Pues vale!

Casi no durmieron nada a lo largo de la noche pensando en hombre del puente, en el plano que les había dado y en el tesoro que iban a buscar al día siguiente por la colina de la Alhambra. Por eso, en cuanto amaneció, los tres se levantaron enseguida. Al verlos la madre madrugar tanto y tan diligentes, les preguntó:
- ¿Qué aventura tenéis hoy entre manos?
El menor de los hermanos dijo:
- Vamos a ir a un lugar muy interesante que ahora no podemos contarte. Pero no te preocupes porque nada nos pasará y sí puede que nos ocurra algo muy bonito.
- Pues llevaros, en la barja de esparto, algo de comida y tened cuidado.
Hicieron caso los niños a su madre y al salir el sol, se pusieron ellos en marcha. Caminaron por la calle, pasaron cerca de la casa de su amiga María, cruzaron el Puente del Aljibillo, subieron por el barranco de la Cuesta del Rey Chico y al poco vieron algo que les llamó mucho la atención.

Por la ladera que, desde las torres de la Alhambra cae hacia el río Darro, revoloteaba una bandada de palomas. Eran tantas y se movían como trazando círculos que esto fue lo que a ellos más les empezó a intrigar. Dijo la niña:
- Nunca por estos sitios, hemos visto tantas palomas.
- Es la primera vez. ¿Por qué será?
Y en este momento, descubrieron otra bandada de estas aves. Arrancaban vuelo como de las torres de la Alhambra, las que hoy se les conoce como del Homenaje y de la Vela y trazando círculos, se concentraban en lo más alto del Cerro del sol. Por donde en aquellos tiempos se encontraba el bonito palacio conocido con el nombre de Dar al-arusa. Comentó el hermano menor:
- Es como si alguien las estuviera cuidando y ahora mismo se las llevara para ese cerro, por alguna razón.
- ¿Pero quién puede ser dueño de tantas palomas?
- ¿No os acordáis vosotros de lo que un día nos contó nuestra amiga María?

María, la amiga de ellos y la mujer más buena del mundo, un día les dijo que en tiempos pasados, un padre y su hijo, por aquí tenía muchas palomas.
- ¿Y qué hacían con ellas?
- Eran palomas silvestres que se concentraban en estos lugares y al padre y al hijo, les gustaba mucho guiarlas hacia lo más alto del Cerro del sol y la colina de la Alhambra.
- ¿Y se dejaban cuidar estas aves por ellos?
- Nadie por aquí sabía cómo pero el caso era que estas bandadas de palomas, se dejaban guiar por ellos. El padre se iba por la orilla del río Darro y el hijo se situaba en lo más alto del cerro. Desde allí, él movía sus brazos indicando a las palomas que se fuera para un lado u otro y éstas le hacían caso. Lo mismo que cuando el padre las llamaba desde el río o la colina de enfrente.
- Qué misterios ¿verdad María?
- Sí que es un gran misterio y todos por aquí lo sabían sin que nadie supiera explicar esto de las palomas y lo del padre y el hijo.
- ¿Y qué sucedió pasado el tiempo?

Y María, aquella tarde no pero al día siguiente, sí contó a los niños la historia completa de las palomas. Por eso ahora, esta mañana, al ver ellos estas grandes bandadas de palomas sobre las torres de la Alhambra, recordaron lo que María les había contado. Dijo la hermana:
- Luego, cuando mañana vayamos a verla, le contamos lo que ahora estamos viendo por aquí.
- Sí, se lo tenemos que contar y también debemos compartir con ella esto del tesoro y el plano que tenemos con nosotros.
- Seguro que le va a gustar mucho y hasta puede que se alegre.

Terminaron de remontar la colina justo por donde hoy se encuentra la Casa de la Mimbre. Es aquí donde nacen dos pequeños barrancos: el que baja por la Cuesta del Rey Chico y el que ahora es el Paseo Central de los Bosques de la Alhambra y Cuesta de Gomérez. Miraron el plano, buscaron algunos puntos que ellos creían eran interesantes y comenzaron a descender por este segundo barranco. Dijo la niña:
- Según aquí se ve, en este barranco, a la mitad más o menos, es donde se

encuentra enterrado el tesoro que buscamos.
A un lado y otro de la pequeña senda que recorrían, crecían árboles y algunas plantas. Y, por entre estas plantas, al dar una cuerva, vieron una acequia con agua muy clara que saltaba como en la misma dirección que descendía el barranco. Justo aquí se pararon, abrieron el plano, miraron prestando mucha atención y la niña dijo:
- Un poco más acá de esos árboles, entre esta acequia y nosotros, es donde se encuentra el tesoro.
- ¿Por qué estás tan segura?
- Lo estoy viendo reflejado en este plano y, además, mi corazón me lo dice.
- ¿Y qué hacemos ahora?

Cogió la niña unos trozos de ramas secas que vio por allí, le pidió al hermano mayor que las partiera y con los palos que de las ramas salieron, apartaron el manto de hojas secas de árboles y plantas que tapizaban el suelo. Ella la primera y muy entusiasmada, se puso a limpiar el suelo al tiempo que les decía a los hermanos:
- Removed la tierra conmigo con toda la fuerza que podáis que ya veréis como aquí encontramos lo que venimos buscando.
Ilusionados y con ahínco los niños clavaban los trozos de palos secos en la tierra y luego apartaban la tierra, piedras y hojas secas.

Y a los cinco minutos de su esfuerzo limpiando el terreno, de pronto, el hermano pequeño exclamó:
- ¡Mirad lo que veo aquí!
La niña y el hermano mayor, se acercaron y miraron donde el hermano menor escarbaba. Y asombrados vieron que, en la tierra húmeda, algo roja y recién removida, aparecía algo muy brillante y transparente. Como un trozo de cristal alargado, grueso como dos dedos gordos, con facetas muy pulidas y terminadas en punta de pirámide. Lo cogió enseguida la niña, lo mostró en sus manos y dijo a los hermanos:
- Es una punta de cristal de cuarzo.
- ¡Pero qué transparente y pulido está!
- Y es bonita y brilla como el diamante más puro.
- ¿Qué hacemos con él?
- Vamos a guardarlo y cuando vayamos luego a la casa de María, se la enseñamos y le preguntamos a ver qué nos dice ella.
Dijo la hermana. Se acercó a la acequia y en el agua clara, lavó su joya de cuarzo, dejó que el vientecillo la secara y luego, después de mirarla y remirarla al sol y a contraluz, la guardó en la barja que la madre les había dado para que trajeran algo de comida.

Y ahora, mucho más entusiasmados que antes, de nuevo se pusieron a remover la tierra, mientras la niña seguía comentando:
- Presiento que esta bonita piedra transparente que aquí nos hemos encontrado, es como una pieza del tesoro que buscamos.
- ¿Como la llave de este tesoro?
- Sí, eso es lo que yo creo.
Y a los pocos minutos de apartar hojas y remover tierra con los trozos de palos que había preparado, vieron una pequeña pieza que parecía arcilla. El mayor, la

cogió enseguida, la sostuvo en sus manos, se la mostró a la pequeña y le dijo:
- Parece de cerámica pero es un trozo de losa de piedra con dibujos en colores.
La observó la niña, la cogió con mucho cuidado y luego, la puso en el suelo sobre unas matas de hierba. Y fue justo ahora cuando, de pronto y como si surgiera de algún punto concreto en el cielo, por encima de ellos y como flotando en el aire, apareció algo que les llamó mucho la atención. Sobre el azul del cielo recortada y como suspendida en el aire, se veía como una nube alargada que reflejaba varios colores y de uno de sus extremos, dejaba caer como pétalos de flores. Muy sobrecogidos los tres niños miraban a la figura de esta nube, a los pétalos en forma de signos musicales al tiempo que también se sorprendían por la música que empezaban a oír. Porque hasta sus oídos llegaba como el comienzo de una melodía muy hermosa, extraña y algo triste que parecía surgir un poco de la nube de colores que sobre el cielo aparecía y otro poco de los pétalos en forma de signos musicales que desde esta nube caían.

Y la niña, instintivamente cogió el trozo de piedra que el hermano mayor había encontrado, lo levantó en sus manos y al instante la música dejó de oírse. La volvió a poner otra vez sobre la hierba y la música de nuevo comenzó a oírse pero solo duró unos segundos. Dijo el hermano mayor:
- Es como si este trozo de losa que hemos encontrado, fuera también la llave de la música que ahora mismo oímos y parece que está incompleta.
- Tienes razón porque, si nos fijamos bien, también este trozo de piedra parece que le falta algo.
El trozo de piedra que la niña había dejado sobre la hierba, estaba como roto por varios lados. Por eso de nuevo el hermano mayor comentó:
- Vamos a seguir buscando a ver si encontramos algunas piedras más que puedan encajar con ésta.
Siguieron buscando y al poco, descubrieron otro pequeño trozo de piedra. De mismo material y algunos dibujos parecidos a los que había en el trozo que sobre la hierba descansaba. Vio la niña que este segundo trozo de piedra, encajaba en unos de los lados con otro de los bordes del primer trozo de piedra. Colocó despacio y con mucho cuidado una piedra junto a la otra y justo al encajar sus aristas, en el cielo se volvió a ver la misma figura en forma de nube y de varios colores. De uno de sus lados, en esta ocasión, se deslizaban pequeños trozos en forma de copos de nieve. Pero eran también como notas musicales. La melodía volvió a oírse aun más bella y con sonidos brillantes y vivos. Escucharon ellos durante unos segundos y luego siguieron buscando en el mismo sitio. Dijo la niña:
- Quizá este sea el tesoro que ese hombre no dijo ayer por la tarde.

Durante mucho rato, con los trozos de ramas secas, escarbaron en el suelo y poco a poco fueron encontrando más trozos de losa con dibujos muy parecidos y aristas desiguales. Los fueron encajando unos con otros y, según iban construyendo una pieza grande en forma de losa rectangular, descubrían que era como un puzle. El hermano mayor comentó:
- Cada vez que colocamos una pieza junto a la otra, en el cielo aparece esa bonita nube de colores y se oye la música que nos fascina tanto. Pero ahora llegamos al final y tanto la música como este puzle, quedan incompleto. ¿Qué podemos hacer?
La niña y el hermano menor comprobaron que en realidad las cosas eran como

el hermano mayor decía. Y por eso, buscaron con ahínco el último pedazo del puzle con el deseo de ver qué sucedía. El tiempo fue transcurriendo y no encontraban la última pieza que les faltaba.

Miró la niña el plano unas cuantas veces, observó la nube de colores y escuchó muy atenta la música que siempre se extinguía antes del final y luego dijo a los hermanos:
- Creo que sí, en este lugar es donde se encuentra el tesoro que ese hombre nos ha dicho. Pero ya no sabemos ni cómo seguir buscando ni en qué consiste este tesoro.
- ¿Qué hacemos?
- Coloquemos todos los trozos de piedra que hemos encontrado, en el mismo sitio en que estaban, los enterramos y volvemos a nuestra casa.
- Pero si hacemos eso nos quedaremos ni saber el secreto de lo que por aquí hemos descubierto.
- Sí, es así pero no del todo.
- ¿Cómo que no?
- Es que yo ya he pensado lo que vamos a hacer.
- ¿Qué es lo que vamos a hacer?
- Luego os lo cuento. Ahora vamos a dejar todo por aquí tal como lo hemos encontrado y regresemos a nuestra casa.
Dijo muy segura de sí la niña.

Los tres hermanos, se pusieron y en poco rato, colocaron los trozos de piedra en el mismo sitio donde los habían descubierto. Echaron tierra encima, los taparon y cubrieron con las mismas hojas secas, guardaron el plano, caminaron barranco arriba y al llegar a donde comienza el segundo barranco, se pararon. Abrieron su barja de esparto, sacaron los alimentos que la madre les había preparado y, sentados junto al agua de una acequia, comieron despacio. Luego, tomaron por el camino que discurre barranco abajo y un rato después, cruzaban el Puente del Aljibillo. En lugar de irse a su casa, los tres se dirigieron a la casa de su amiga María. La saludaron al llegar y enseguida la niña le contó lo del hombre del plano y lo que le había contado en la colina de la Alhambra. María la escuchó con toda atención y cuando al final la niña preguntó:
- ¿Qué puede ser las piedras que allí hemos encontrado y por qué al unirla unas con las otras, en el cielo aparece esa nube tan bonita y se oye tan hermosa música?
Miró María a los tres hermanos, los acarició y dijo a la niña:
- Venid conmigo ahora mismo que os quiero mostrar algo muy interesante.

Siguieron los niños a su amiga, salieron de la casa y caminaron hacia el Puente del Aljibillo. Al llegar al pequeño muro se pararon, mirando en la dirección en que se iban las aguas del río y también frente a las torres de la Alhambra. María habló y dijo a los niños:
- Mirad fijamente al cielo y ya veréis lo que por ahí aparecerá en cuanto el sol descienda un poco más sobre el fondo de la Vega de Granada.
Hicieron caso los niños a su amiga y muy atentos, miraron para las tres grandes torres de la Alhambra. El sol caía lentamente, al tiempo que se apagaba y el cielo comenzaba a cambiar de color. Primero se tiñó de azul intenso y fue cambiando a morado para pasar luego a rojo sangre y a negro noche. Y fue justo en este

momento cuando, asombrados los niños comenzaron a descubrir algo maravilloso.

Por detrás de las tres grandes torres que, de la Alhambra se ven desde el Puente del Aljibillo, comenzó a surgir como la cola de un gran cometa que parecía ocultarse por detrás de estas torres. En el cielo se veían muchas estrellas cada una de un color y se oyó una dulce música al tiempo que el fondo del cielo se teñía de azul intenso. Por completo asombrados los niños miraban y fue la niña la que otra vez preguntó a su amiga:
- ¿María, qué es esto y por qué ocurre?
Y María, abrazando a la pequeña con su mano izquierda y a los dos hermanos con su mano derecha, frente a las torres de la Alhambra y en la dirección en que se iban las aguas del río, habló y dijo:
- Lo que ahora mismo estamos viendo al frente y sobre el cielo que corona a las torres de la Alhambra, es parte tu sueño.
- ¿De mi sueño?
- Sí y el deseo de encontrar el tesoro en la colina que nos corona, también es parte de tu sueño y el de tus hermanos.
- No lo entiendo, María.
- Claro, porque la Alhambra en sí, es un gran puzle que se completa con el puzle que rodea a esta colina y con el maravilloso mundo de tus sueños y el de tus hermanos.

Y como la niña seguía diciendo a su amiga que no entendía lo que le estaba mostrando y explicaba, María se sentó en el pequeño muro del puente. Cogió a la pequeña sentándola a su lado y le dijo:
- Yo también estoy dentro de este puzle y todas las personas pobres que con frecuencia se reúnen y mi casa.
- ¿Son ellos las estrellas de colores que ahora mismo vemos sobre el cielo?
- En parte sí.
- ¿Y el cielo donde se sostienen esas estrellas eres tú?
- También en parte.
- Pero y los trozos de piedra que en esa colina hemos encontrado ¿a qué puzle pertenece?
- Tú y yo y las personas pobres amigas mías y todas las personas del mundo, llevamos un sueño en el corazón desde el momento en que nacemos. Y todos deseamos encontrar y vivir en un mundo mucho más hermoso que este que vemos y tocamos ahora mismo. En el fondo, toda la Alhambra y la colina donde se asienta, es un intento de reconstruir en esta tierra este maravilloso mundo y sueño que te digo. Y vosotros, sois privilegiados porque el cielo os está permitiendo encontrar y, de alguna manera, ver lo que a otra personas no.

Después de estas palabras, ninguno de los niños dijo nada. La pequeña se abrazó al cuerpo de su amiga y después de un buen rato en silencio, muy quedamente le preguntó:
- Pero María, la música que sonaba cuando uníamos las piedras y esas mismas piedras allí enterradas ¿qué son?
- Un día de estos, vamos a ir todos a ese lugar de vuestro tesoro y allí, sobre el terreno, os diré qué es esa música y de qué modo podremos encontrar y colocar la pieza que os ha faltado en ese puzle.

- ¿Y vendrá también y nos dirás quién es el hombre que nos ha regalado el plano?
- Vendrá también y sabréis quién es.

En uno de los bolsillos de sus pantalones, el hermano menor se había guardado la bonita piedra de cuarzo que en la colina de la Alhambra habían encontrado. Momentos antes la niña le había dicho:
- Ten cuidado de no perderla y cuando estemos con María, se la mostramos y le preguntamos.
Y como el hermano menor, ahora que estaban con María, creyó que era el momento de mostrarle la piedra, la sacó de su bolsillo, se la dio a la hermana y le dijo:
- Toma, enséñasela tú y le preguntas.
Cogió la niña la transparente punta de cuarzo, se la mostró a María, le explicó dónde y cómo se la habían encontrado y luego le preguntó:
- ¿Y sabes tú qué es esta piedra y el secreto que encierra?

Y María, mostrando ahora mayor cariño por los tres niños que tenía junto a ella, habló y les dijo:
- Lo que yo sé es que la Alhambra, ese gran edificio que vemos sobre la colina, tan lleno de torres y murallas y los grandiosos paisajes que le rodean, tiene un alma que nadie ha visto ni verá nunca con los ojos de la cara.
- Y María ¿qué tiene que ver eso con esta transparente piedra de cuarzo?
- Que esta bonita piedra de cuarzo, es como la llave que un día abrirá las puertas de ese alma transparente y blanca que esconde la Alhambra y nadie en este mundo ha visto ni verá.
- ¿La llave de ese universo que tantas veces tú nos has dicho se llama cielo?
- Así es. Y que se parece mucho al alma y luz que tú y tus hermanos tenéis en el corazón. Por eso a vosotros, y por un misterio que ahora mismo no sé, se os ha permitido encontrar y tener ahora entre vuestras manos esta misteriosa y bellísima llave que abre las puertas del alma de la Alhambra.

Hubo unos segundos de silencio y luego la niña preguntó de nuevo:
- Y el alma que dices tú y que es parte del cielo ¿es transparente y blanca como esta piedra de cuarzo?
- Blanca como la nieve de Sierra Nevada y transparente como las aguas de este río y el cristal de esta piedra. Por eso nadie la ha visto nunca y ni siquiera la buscan. Todos se quedan de la Alhambra, lo que deslumbra a los ojos y ni se plantean que exista este mundo transparente que estamos diciendo.

Tarde de invierno por la Alhambra //Aj

El río Darro, a su paso por el Paseo de los Tristes y Puente del Aljibillo, bajaba muy crecido. Con el agua color chocolate y arrastrando la hierba de las orillas, ramas de zarzas y hojas de álamos y sauces. Era pleno invierno y, a lo largo de casi una semana entera, había llovido mucho. Sobre las Sierras de Huétor Santillán, que es donde nace este río y por todas las altas colinas a un lado y otro. También había nevado mucho unos días antes de las lluvias. Las

nieves habían caído sobre las montañas de cabecera del río Darro y, más aun, sobre las cumbres de Sierra Nevada. El invierno estaba siendo muy lluvioso y también muy potente en frío.

Se paró un momento en el muro que encaja al río, a la altura del viejo Hotel Reuma. Miró despacio la turbia corriente del río y por entre las adelfas, siguió atento los revoloteos de un mirlo blanco que este invierno vive por aquí. Sacó su cámara, hizo algunas fotos a este mirlo blanco, al mirlo acuático que también este año revolotea por este tramo del río y luego también hizo algunas fotos al pequeño pajarillo, gris amarillo, llamado lavandera cascadeña. Se dijo: "Este río Darro, ya aquí mismo en Granada y Paseo de los Tristes, está lleno de vida. No solo es grande su corriente y crece densa y variada la vegetación sino que hasta la fauna es muy especial. Deberíamos cuidar mucho este río amigo de la Alhambra y con tanta riqueza natural en el mismo corazón de la ciudad". Y pensó luego en la muchacha que hacía unos meses había visto tocar su flauta bajo el Puente del Aljibillo y siguió.

Enseguida a su derecha, se le quedó el camino que lleva a la Fuente del Avellano y al mirar, a su mente vino la imagen de la muchacha rusa que se refugia en una de las cuevas que hay más arriba de la fuente. De nuevo se dijo: "Con tanta lluvia y este frío invierno, lo estará pasando mal. Y seguro que además de frío, se sentirá sola y tendrá hambre. Es buena persona y de ningún modo merece vivir de esta manera". Siguió caminando y en unos metros, ya remontaba por la estrecha calle empedrada, comienzo de la Cuesta del Rey Chico. Al frente, se alzaba la figura de la Alhambra y a sus espaldas, cada vez que volvía la cabeza, veía las casas del Albaicín. Hoy más blancas que otros días porque estaban lavadas por la lluvia pero como veladas por fina cortinas de humo y algunos girones de niebla. De muchas chimeneas en las casas del Albaicín, salían chorros de humo. Otra vez se dijo: "Con este frío y tanta lluvia, lo que más apetece es precisamente eso: encender una lumbre en la chimenea y sentarse frente a las llamas para calentarse mientras pasa el tiempo. Y la tarde de hoy, parece que más que otros días, invita a esto".

Subía lento la empinada Cuesta del Rey Chico y miraba a un lado y otro. Hoy, como tantas otras tardes desde hacía muchos años, recorría este camino buscando algo. No sabía qué pero hacía fotos, miraba, se paraba y luego seguía. De aquí que, después de tantas tardes y años recorriendo este camino y otros rincones de la Alhambra, ahora ya supieran mucho de todos estos sitios. Más incluso que los historiadores y guías de turistas. Porque, no solo cada día y a lo largo de muchos años recorría estos caminos sino que, cuando llegaba a su casa, leía y escribía para conocer más a fondo todos los secretos de la Alhambra. Sus amigos le decían:
- No sé para qué te esfuerzas en aprender tanto de estos sitios si luego no sacas ningún beneficio de ello.
- Lleno mi tiempo y por dentro voy creciendo.
- ¿Creciendo en qué?
- En algo que no tiene nombre y que solo se consigue del modo en que lo hago yo.
- Si al menos te dedicaras a explicarle a las personas lo que ya sabes de estos lugares, sí que tendría sentido tu trabajo. Enriquecerías a los que te escucharan

y vivirías bonitas experiencias para escribir tus libros.
- Aunque no haga eso, para mí tiene mucho sentido lo que cada día vivo.

Terminó de remontar la gran cuesta empedrada y se encajó justo donde aparecen las torres clavadas en la muralla. Torre del Arrabal, Torre de los Picos, Torre de la Cautiva, Torre de las Infantas, Torre del Agua… Y al llegar a este lugar vio que los avellanos que por aquí, junto al riachuelo crecen, tenían sus ramas repletas de flores colgando en forma de zarcillos. Sacó su cámara, se puso a hacer fotos y se entusiasmó tanto que ni siquiera la vio acercarse. Pero al volverse para atrás con la intención de continuar su paseo, la vio. Se había parado frente a un pequeño panel con un plano de la Alhambra que por aquí han colocado los que gestionan estos recintos. Era joven, con un gorro gris sobre su pelo, envuelta en una recia bufanda y abrigada con gruesas prendas. Se acercó y le preguntó:
- ¿Buscas algo?
- Solo voy por aquí descubriendo esto. ¿A dónde lleva este paseo?
- Siguiendo recto, en unos metros, llegas a los pabellones donde venden las entradas para visitar los jardines y palacios de la Alhambra. Yo voy en esa dirección y paso por ahí.

No dijo nada ella pero sí comenzó a caminar en la misma dirección que él llevaba. Al rozar la Torre de la Cautiva, le explicó el relato del libro Cuentos de la Alhambra y algo de Washington Irving, autor de este libro. Dijo ella, en un español poco claro:
- Nunca he oído hablar de este libro ni de este escritor.
- ¿De dónde eres?
- De Brasil y estoy en España con beca Erasmus. He venido este fin de semana a conocer Granada y mañana voy a subir a Sierra Nevada.
Al oír esto, pensó él que podía explicarle los rincones que estaba recorriendo y que así conocería las cosas más importantes de la Alhambra. Por eso, al pasar bajo el arco de la Acequia Real, le habló del Generalife, del agua del río Darro, de la Acequia Real, de las huertas y jardines que riega y luego le dijo:
- Para entrar al recinto amurallado, sigue por aquí a la derecha y, al final, te encontrarás con la Puerta de los Carros. Algo más abajo y al frente, se ve el gran arco de la Puerta de la Justicia. Es ahora mismo la entrada principal de todo lo que hay en el interior de la muralla: Alcazaba, Palacios Nazaríes, Partal, Medina, ruinas de los palacios de los Abencerrajes, Convento de San Francisco y Paseo de las Torres.
- Y un plano ¿dónde puedo conseguirlo?
- Ven por aquí.

Desde la misma puerta de la casa de las Mimbres, caminaron unos metros, llegaron al pabellón donde venden las entradas, se acercó a una de las ventanillas, pidió un plano, lo abrió y frente a la muralla que baja hacia la Torre de los Siete suelos, le explicó el camino que tenía que recorrer para llegar al Palacio de Carlos V. Escuchó ella con gran interés, con el plano abierto entre sus manos y de pronto él le preguntó:
- ¿Quieres que te acompañe y te explico todo lo que en el plano estamos viendo?
Y muy secamente la joven dijo:

- No.
- Pues continúa todo recto, tal como aquí ves y cuando estés dentro, puedes visitar gratis, el museo de la Alhambra y también el de bellas artes.

La despidió y, durante unos segundos, la vio caminar en busca de la acera que desciende paralela a la muralla, dirección a la Puerta de los Carros. Subió él despacio en busca de los jardincillos que preceden a los aparcamientos de la Alhambra. Por aquí miró buscando la presencia de algún ave curiosa en estos parajes y como no la encontró, al poco se volvió y por el paseo central del bosque, bajó. Meditando sus cosas y mirando a un lado y otro por si encontraba algo interesante para sacarle fotos. Y se ocultaba el sol por el fondo de la Vega del río Genil, cuando cruzaba el bonito arco de la Puerta de las Granadas. Siguió bajando por la calle de Gomérez cuando, al mirar como distraído para la derecha, la vio. La reconoció enseguida y descubrió que ella también lo había visto.

Subía por la Cuesta de Gomérez, por la otra acera, con el plano en la mano y jugando con su bufanda. No le dijo nada ni ella tampoco prestó ninguna atención a su presencia pero para sí, él si reflexionó: “Hace apenas media hora que la he despedido dirección al palacio de Carlos V. Si ahora mismo sube por aquí como del centro de la ciudad, es imposible que haya estado dentro del recinto amurallado de la Alhambra. Puede ser que se haya perdido y, en lugar de entrar por la Puerta de los Carros o la de la Justicia, haya seguido bajando creyendo que lo que buscaba estaría por aquí”.

Y mientras ahora solitaria cruzaba el arco de la Puerta de las Granadas y él seguía bajando hacia Plaza Nueva, se lamentaba que ella no hubiera aceptado su ofrecimiento para acompañarla y explicarle las historias y secretos de la Alhambra. “Si me ha dicho que mañana sube a Sierra Nevada y pasado mañana regresa a la ciudad donde estudia, se irá de Granada sin conocer las maravillas que por estos lugares hay, aunque esta tarde los haya pisado. Y mis ofrecimiento ha sido sincero porque confío en lo que sé de estos sitios por lo mucho que he pisado todo esto, los libros que he leído y las páginas que tengo escritas. Yo no le hubiera hecho ningún daño sino que la habría tratado con el mayor respeto y cariño. Y estoy seguro que le hubiera aportado una rica y bonita experiencia en su visita a la Alhambra y a la ciudad de Granada”.

Y mientras ya la noche comenzaba a llegar y se perdía por entre la gente por Plaza Nueva, seguía rumiando en su corazón lo que en la joven había visto.

Puerta sin llave //Ba

La calle era estrecha, toda de tierra, en el mismo corazón del que es hoy en día el barrio del Albaicín y discurría, no desde el río a lo alto de la colina, sino en otra dirección. El trazado de la calle se alineaba casi paralelo al cauce del río Darro pero en las partes altas. Casi en lo más alto de la colina de este barrio. Más o menos por donde hoy se localizan los cármenes que hay por

debajo del Mirador de San Nicolás. Por eso la calle, la del lado de arriba, porque en realidad eran dos las calles, dominaba muy bien toda la colina de enfrente. La que hoy es conocida como la Sabika y es donde se alza la fantástica Alhambra.

La calle de arriba, la que tenía pavimento de tierra y discurría paralela a la colina de la Alhambra, en realidad no avanzada por la misma línea de nivel. Nacía un poco a la altura del que hoy es el Mirador de San Nicolás y según avanzaba, descendía como al encuentro del río. Pero no llegaba a tocarlo porque la calle era corta y por eso moría como en una pequeña plaza, que era donde justamente se encontraba con la segunda calle. Ésta también discurría paralela al cauce del río y era algo más ancha. Y la casa, de una sola planta, quedaba recogida entre las dos calles. De aquí que la vivienda tuviera dos entradas. La del lado de arriba, en la calle primera y la del lado de abajo, en la segunda calle.

Las dos entrada a la casa eran importantes pero la entrada del lado de arriba, resultaba muy bonita. Tenía en la puerta un trozo de terreno donde crecían rosales, jazmines, algunas matas de arrayán, naranjos y limoneros. Por eso, al entrar a la casa por esta puerta, todo resultaba agradable. La puerta se ocultaba un poco por entre las ramas de los naranjos, limoneros, jazmines y rosales, creando un especio muy recogido y fresco antes de atravesar la puerta y pasar al interior de la casa.

La otra puerta, la que en la misma casa daba a la calle de abajo, era igual de importante pero mucho menos bella. En la entrada, solo había un banco y dos ventanas a los lados y con rejas. Era una puerta muy concreta que se abría frente a la colina de la Alhambra, como un mirador muy particular. De aquí que esta puerta de la casa, aunque no fuera tan bonita como la de la calle de arriba, sí mostraba un encanto especial. Sin embargo, a la joven que vivía en la casa, hija única de un matrimonio mayor, la puerta que más le gustaba era la del lado de arriba. Comentaba con la madre:
- Resulta como algo misterioso por quedar bastante escondida entre las plantas de este trozo de tierra.
Y la madre le decía:
- Pero lo que no acabo de entender es por qué quieres que esta puerta nunca esté cerrada con llave.
- Yo sí lo entiendo y, como además me gusta, esto es lo que siempre deseo.
- Pero, hija mía, tener abiertas las puertas de las casas, siempre es un peligro. ¿Cómo no comprendes esto?
- Lo entiendo y comprendo tu preocupación pero mi corazón me dice que es hermoso y, de alguna manera, deja muy feliz por dentro no cerrar nunca la puerta con llave.

Cuando se entraba por la puerta de arriba, la de los rosales en el jardincillo, si se seguía recto, enseguida se llegaba a una pequeña sala. Si se avanzaba un poco más, en solo unos metros, se encontraba la segunda puerta, la que miraba a la colina de la Alhambra. Y a la joven, le gustaba mucho la sala que había en el mismo centro de la casa y que era como el recibidor a las dos entradas. En esta estancia, ella tenía su pequeño mundo. Una mesa camilla en la que, en los fríos días de invierno, se sentaba al calor del brasero y a estar con ella y meditar sus cosas. De vez en cuando, como la puerta de arriba nunca la

cerraba con llave, las amigas empujaban, entraban y en la sala se quedaban con ellas contando sus aventuras o sueños. Otras veces, cuando ella estaba sola en la sala, la puerta se abría, se asomaba por el hueco algún vecino, la saludaba, le preguntaba alguna cosa y luego se iba.

A la derecha de la sala, tenía ella su habitación y también la puerta de esta estancia nunca tenía la lleve echada.
- Que algún día, cuando tú estés en esta sala o en tu habitación, va a pasarte algo.
- Pero es que me siento libre y muy feliz con la puerta de mi casa y habitación sin llaves ninguna.
Le seguía ella argumentando a la madre un día y otro y cada vez que ésta le pedía que cerrara bien las puertas. Y una noche, cuando la luna brillaba limpia y redonda en lo más alto de la Alhambra, estaba ella en su habitación. Sintió que se abría la puerta de los rosales y luego sintió que se abría la puerta de su habitación. Miró y vio a un hermoso joven que le dijo:
- Vengo a llevarte conmigo ¿estás preparada?
- Llevo mucho tiempo esperándote y por eso las puertas de mi casa y habitación, las tengo abiertas.
- Mi caballo está en la puerta esperando dame tu mano y no hagas ruido.

Al día siguiente, cuando la noticia se corrió por el barrio, algunos vecinos comentaban:
- Anoche sentí yo relinchar un caballo mientras galopaba veloz y se alejaba como hacia la colina de la Alhambra.
Y la medre decía:
- ¡Y mira que yo le tenía dicho que no dejara abiertas ni la puerta de la casa ni la de su habitación! Esto tenía que pasar y ahora es mi corazón el que se va a morir de dolor.
Aquel mismo día, los siguientes y durante mucho tiempo, por todo el barrio del Albaicín se hablaba y se hablaba de la joven y las puertas sin llave en su casa. Algunos decían:
- Es que en los tiempos en que vivimos ¿a quién se le ocurre no cerrar con llave todas las puertas de las casas?
Y otros argumentaban:
- Pero es que cerrar con llave todas las puertas y ventanas es como poner fronteras entre cada uno de nosotros y el resto del mundo. Y de este modo, cada día nos aislamos más y nos volvemos egoístas y posesivos. Como si consideráramos enemigos nuestros a todos los que hay fuera de nuestras casas. Quizá sea muy peligroso lo que ella pensaba e hizo pero si de este modo era feliz y, donde ahora esté lo sigue siendo, nos ha demostrado que las cosas pueden hacerse tal como soñaba.

En el barrio del Albaicín y en otros muchos lugares del reino de Granada, hubo un tiempo en que las personas siempre tenían abiertas las puertas de sus casas. Hoy en día, no es así. Las puertas de las casas a todas horas están cerradas y con llaves, candados y cerrojos.

Mensajes no descifrados en la Alhambra //Aj

Dentro de los palacios de la Alhambra, en los recintos más recogidos, en salones y estancia, hay muchos mensajes escritos. Poesías, sentencias, alabanzas, leyendas… Fueron escritos estos mensajes en los momentos de la construcción de estas fortalezas, torres y murallas. Se han conservado a lo largo del tiempo y, en épocas más modernas, muchos expertos estudian y difunden estos mensajes. Por eso hoy en día, hay bastantes libros donde se explica el contenido de estos mensajes. También hay reportajes y películas y los guías lo transmiten a los turistas o visitantes a estos recintos. Todos repiten lo mismo porque lo escrito en los salones de la Alhambra, es concreto, finito y hasta parece que ya no hay más que descubrir pero esto último no es cierto.

En la Alhambra y especialmente en sus jardines y entorno, más cerca y lejos, hay muchos, muchos mensajes por descubrir. Escritos algunos, si no del todo en parte, por los humanos. Y otros muchos de estos mensajes, simplemente representados por el gran creados del Universo. El gran arquitecto, poeta y sabio que nunca nadie ha conocido en su exactitud ni será descifrado jamás. Pocas personas, a lo largo del tiempo, han llegado a conocer estas rúbricas que estoy diciendo y menos personas aun han explicado estos mensajes ni en libro ni a los que continuamente visitan los recintos de la Alhambra. Yo sí conozco algunos de estos signos que, como he dicho, no están escritos en las paredes de los salones ni otras estancias. Pertenecen a otro espacio y quizá por eso, pocos los conocen y menos les presta atención. Desarrollo a continuación el relato.

El huertecillo no era muy grande. Como la tercera parte de un campo de futbol, más o menos y se encajaba en una pequeña repisa. Junto a un pequeño arroyo entre dos no muy grandes laderas, al comienzo del lugar conocido ahora como barranco del Rey Chico y tenía tierras muy buenas. En el huertecillo, que también se configuraba como un recogido jardín, crecían unas cuantas cepas de viña, granados por el lado del arroyuelo y al borde de la acequia, un par de cerezos, una gran noguera, almendros, tres limosneros y seis o siete naranjos. Daban estos naranjos una fruta tan buena que no había en toda Granada mejores naranjas. Cuando estaban maduras, y siempre las cogían precisamente cuando estaban por completo maduras, tenían un sabor exquisito. Ni dulces del todo ni agrias por completo sino muy suaves y con tanto zumo que un solo gajo bastaba para llenar la boca y saborear un buen trago de zumo.

A la princesa, la más hermosa que por aquellos días vivía en la Alhambra y también la más inteligente y amante de la naturaleza, le gustaban mucho las naranjas que daban los naranjos del pequeño huerto. Por eso, a sus padres y al hortelano que cuidaba estas tierras, siempre les decía:
- Las granadas quiero que las cojas cuando ya estén a punto de abrirse. Cuando, al partirlas para sacar sus granos, estos se vean por completo color sangre y brillante como los granates. Porque en el fondo, las granadas de estos granados, es eso lo que parecen: granates incandescentes tallados con sangre viva. Y por eso su sabor no puede igualarse a ninguna otra fruta del mundo.
Y el joven hortelano siempre que oía a la princesa contando estas cosas, se desvivía en complacerla. Porque para él, la joven alteza, era su mejor amiga y la más buena princesa que nunca había soñado.

De aquí que no solo la respetara y complaciera en todo lo que estuviera en sus manos sino que dejaba su vida, sudor y sueño, en el cuidado de las plantas del pequeño huerto y también jardín. Este trozo de tierra era propiedad exclusiva de la princesa. Los padres se lo habían regalado como un obsequio especial y para que su amor por la naturaleza, plantas y animales, de algún modo estuviera colmado. Buscó el padre también el mejor hortelano y entendido en plantas y árboles para que cuidara el jardincillo y huerto de la hermosa princesa. Y el afortunado de este trabajo, recayó sobre el joven, ahora un buen amigo de la princesa. De aquí que por estas cosas, el joven tuviera muchos y grandes motivos para cuidar con esmero los naranjos, granados, rosales, jazmines y otras plantas del jardín.

Por eso cuando la princesa también le decía:
- Las naranjas de estos naranjos míos, también debes dejarlas que maduren en el árbol. La fruta, toda la fruta y especialmente estas naranjas, para comerlas, deben cogerse directamente del árbol y justo en el momento exacto de su maduración. No hay sabor más bueno en la naturaleza entera que una naranja de estos naranjos cogida justo en el momento de su maduración.
Y el joven siempre le decía:
- Tú no te preocupes, princesa. Tus indicaciones son para mí órdenes y, además, que de estos árboles salga lo mejor para ti, es también mi dicha.
Decía esto el joven y era sincero porque él, también sabía que la joven era poseedora de una sabiduría especial.

Su corazón se lo decía cada vez que, al caer las tardes y otras veces al salir el sol, la veía paseando por entre las plantas del jardín huerto. Sola siempre y como mostrando mucho interés por cuanto a su paso iba encontrando. Una rosa abierta, algún mirlo revoloteando por entre las ramas de los árboles, las plantas aromáticas que crecían al borde de la acequia, los almendros florecidos y luego cuando estos árboles maduraban sus frutos. También le gustaba a ella pararse junto a las aguas de la acequia o donde una pequeña fuente y quedarse aquí observando quieta a lo largo de mucho rato. Al ponerse el sol, se sentaba en el pequeño banco de piedra que el joven hortelano le había construido, justo al lado de arriba de los naranjos. Y desde este sitio, a través de las ramas de los granados, observaba las puestas de sol, cuando la luz del día se iba apagando al fondo de la Vega de Granada.

Llamaba algunas veces al joven jardinero y le decía:
- Por ese horizonte donde el sol se oculta cada tarde, debe existir algo misterioso y grande.
- ¿Por qué piensas eso?
- Es que, de alguna manera, mi corazón lo intuye.
- Quizá sean los colores rojo sangre y azul morado que por ahí aparecen cada día.
- Sí, quizá sea esos colores y también sé que es la luz que por ahí se despliega. Pero al mismo tiempo, mi corazón me dice que algo mucho más grande por ese horizonte se esconde.
- También puede ser que por ahí adivines los reinos de tu padre, el rey.

Y al oír esto, la princesa pensaba en las ciudades, montañas y mares que muchas veces le habían dicho existían por donde el sol se ocultaba cada tarde. Pero al traer a su mente estas imágenes, le decía al jardinero:
- Los territorios, las ciudades, las personas, lo que cada día nace y muere, todo esto son cosas pequeñas e insignificantes si las comparamos con lo que mi corazón adivina por ese horizonte por donde el sol se oculta cada tarde.
- Pues si tú lo dices y así lo sueñas, algo de verdad existirá y un misterio grande puede que haya en las puestas del sol que tanto te llenan.

Y una tarde, estaba la princesa junto a la acequia y miraba al horizonte lejano y también a las cumbres de Sierra Nevada. Sobre estas montañas brillaban las nieves y por las montañas más cercanas se adivinaban los ríos. Miró ella a los naranjos que tenía cerca y, en uno de ellos, descubrió algo que le extrañó mucho. Le dijo al joven jardinero:
- ¿Tú estás viendo lo que yo?
- ¿Qué ves tú?
- Que el naranjo de la acequia, el que crece al lado de arriba, este año no tiene ni una naranja.
- Hace tiempo que lo había descubierto. Y también me ha dado cuenta que precisamente ahora, cuando los demás naranjos muestran sus frutas maduras y con los colores más vivos, éste de la acequia comienza a dar flores.
- Pero si ahora estamos en pleno invierno ¿cómo da flores y justo en el momento que los demás naranjos tienen maduras sus frutas?
- Yo no sé por qué será esto, princesa, pero las flores son blancas y huelen como las que brotan en primavera.

No hablaron más aquella tarde del naranjo florecido en pleno invierno. Sí unos días después, la princesa descubrió que el naranjo singular, que era como empezó a llamarlo, ya estaba por completo cubierto de flores olorosas y frescas. Y se extrañó mucho más que ni siquiera las grandes heladas de las noches frías, le afectaran a las pequeñas flores del naranjo. Y andaba ella cavilando y mirando al naranjo florecido cuando vio algo que le llamó nuevamente la atención. Por entre las ramas del árbol, aparecía, saltaba y revoloteaba un pequeño pájaro blanco. Llamó al joven jardinero y le preguntó:
- ¿Qué ave es esa?
- Un mirlo, princesa.
- ¿Un mirlo blanco?
- Eso es.
- ¿Y tú sabías que por estos jardines míos vive un mirlo de este color?
- Es la primera vez que lo veo y por eso estoy como tú extrañado.

Tres días más tarde, estaba ella cogiendo algunas flores de azahar del naranjo florecido en invierno y al mirar para el horizonte, por donde el sol ya se ocultaba, vio como unas figuras de nubes que parecían fuego. Otra vez llamó al joven jardinero y le preguntó:
- ¿Qué es aquello?
- En parte son las puestas de sol que a ti te gustan tanto pero hoy, con algo nuevo.
- Sí porque entre esos colores rojos sangres y azul morado, se ven como unas letras muy concretas. ¿Quién escribirá ahí un mensaje y qué desea decirnos?

- No lo sé, princesa.

Al día siguiente, buscó al mirlo blanco por entre las ramas del naranjo y no lo vio. Unas semanas después, el naranjos de las flores, perdió el color de sus hojas y se secó. Pero cuando la primavera comenzó a llegar, cada tarde las puestas del sol al fondo de la Vega de Granada, eran más bellas y misteriosas. Comentó ella esto y lo del mirlo blanco y el naranjo seco, con el joven jardinero y de ningún modo encontraban una respuesta que les convencieran.

Pasó el tiempo, mucho tiempo. Los naranjos y el pequeño jardín de la princesa, desaparecieron, se fueron los reyes para siempre de los palacios de la Alhambra y todo por esta colina cambió mucho. Nadie supo nada ni de aquel joven jardinero ni de la princesa ni de sus bellos pero extraños sueños. Sin embargo, de aquellos días y momentos, por los jardines de la Alhambra y por el barrio del Albaicín, aun se repite el misterio. Por entre los naranjos que ahora decoran los aparcamientos para los coches de los turistas, algunas tardes he visto revolotear un mirlo blanco. Y también sé que, en un Carmen muy concreto del barrio del Albaicín, un naranjo da flores en los días más fríos del invierno. Justo cuando los demás naranjos tienen sus frutos maduros. Y desde el Mirador de San Nicolás, el de la Silla del Moro y el de San Miguel Alto, se ven puestas de sol que asustan de tan bellas y misteriosas.

Por eso decía al principio de este relato y ahora repito, que en la Alhambra, palacios y torres, hay muchos mensajes escritos, casi todos ya descifrados. Pero estos otros mensajes, el mirlo blanco por entre las ramas de los naranjos, el naranjo que da flores en invierno en uno de los cármenes del Albaicín y las puestas de sol al fondo de la Vega de Granada, son tan reales o más que lo escrito en las paredes de los palacios de la Alhambra. Y hasta pienso que mucho más importantes y profundos y nadie, nadie hasta hoy, los has descifrado.